

OBRAS ESCOGIDAS

DE

D. SALVADOR SANFUENTES

EDICIÓN DE LA ACADEMIA CHILENA



IMPRENTA UNIVERSITARIA

— Estado 65 — Santiago —

1921

OBRAS ESCOGIDAS

DE

D. SALVADOR SANFUENTES

OBRAS ESCOGIDAS

DE

D. SALVADOR SANFUENTES

EDICIÓN DE LA ACADEMIA CHILENA



IMPRENTA UNIVERSITARIA

— Estado 65 — Santiago —

1921



S. D. SALVADOR SANFUENTES.

LEYENDAS NACIONALES

y casi siempre confusa
a encumbrarse se resiste.

5 De llorar se cansa a veces,
y de describir pasiones,
y entre sus inspiraciones
vierte a menudo sandeces.

10 Pero sé también, chilenos,
que si nunca comenzamos,
campo vastísimo damos,
a los dicterios ajenos.

Ya sabéis lo que nos dice
un periódico perverso,
que no ha producido un verso
nuestro caletre infelice;

15 A pesar que nuestro hermano
más estrofas ha medido,
que lagrimones vertido
por el monte y por el llano.

20 Sabéis también que indulgentes
serán con nuestros ensayos
ciertos benéficos ayos
que quieren hacernos gentes.

25 ¿Qué tememos, compatriotas,
con tan franco pasaporte?
¡Ea! ¡que no hay quien nos corte,
ni diga: «Callad idiotas!».

Si no sabemos hablar,
inventemos un lenguaje;

todo lo vence el coraje,
y se trata de empezar.

Por mi parte, he de deciros
que aunque sé que nada valgo,
a vuestra cabeza salgo
deseoso de redimiros.

5

De ese temor que encadena
vuestras mentes embotadas
por reglas ya desterradas
del recinto de Hipocrena.

10

¿Nó somos libres hoy día?
¿No hemos hecho mil pedazos
los ignominiosos lazos
de la hispana monarquía?

Y formando a nuestro modo
un gobierno democrático,
¿no hemos con grito simpático
dicho que el pueblo lo es todo?

15

Pues ¿por qué en literatura
sufrimos un yugo exótico,
y ese vestigio despótico
entre nosotros aun dura?

20

¡Vamos, vamos! que es en suma
preciso ser consecuentes,
y hacernos independientes
con la espada y con la pluma.

25

Escribamos sin preceptos,
cuanto a la mente nos venga,

y ninguno se detenga
a meditar sus conceptos.

5 Si le falta el consonante,
en el sitio requerido,
hágase el desentendido,
y continúe adelante.

10 Ni mida con mucho empeño
los versos que vaya echando,
que en la tierra anda alternando
lo grande con lo pequeño.

Con nuestra facilidad
la prensa gemir hagamos,
y entre tanto repitamos:
«¡que viva la libertad!»

15 Si os parece estrafalario,
compatriotas, tal consejo,
con vuestro capricho os dejo;
ya yo soy su partidario.

20 Y hoy permito a rienda suelta
divagar mi pensamiento,
y una historia os presento
en difícil metro envuelta.

25 Si os gusta, tanto mejor:
si os desagrada, acabóse;
más de un poeta llevóse
un chasco mucho peor.

CANTO PRIMERO

Crando el siglo diez y ocho promediaba,
cierto Marqués vivía en nuestro suelo,
que las ideas y usos conservaba
que le legó su castellano abuelo:
quiero decir que la mitad pasaba 5
de su vida pensando en irse al cielo:
viejo devoto y de costumbres puras,
aunque en su mocedad hizo diabluras.

Y amaba tanto las usanzas godas,
que él hubiera mirado cual delito 10
el que se hablase de francesas modas,
o a París se alabase de bonito.
Sobre la filiación de casi todas
las familias de Chile era perito,
y de cualquier conquistador la historia 15
recitaba fielmente su memoria.

Como era en esta ciencia tan adepto,
aducía argumentos con destreza
para hacer verosímil su concepto
de derivar de reyes su nobleza. 20
Nosotros hoy llamáramos inepto
al hombre que albergase en su cabeza
de loca vanidad tales vestiglos;
mas esto era frecuente en otros siglos.

Y bien podía mi Marqués sin mengua 25
alarde hacer de pretensión tan loca,
porque él era muy rico, y ¿a qué lengua
no hace callar tan fuerte tapaboca?
En vano contra el oro se deslengua

un moralista, y su valor apoca:
lo que yo siempre he visto desde chico,
es que hace impune cuanto quiere el rico.

En el año una vez sus posesiones
5 visitaba el Marqués por el verano,
ejerciendo en sus siervos y peones
la amplia jurisdicción de un soberano;
y luego a los primeros nubarrones
que anunciaban el invierno cano,
10 exento de molestias y pesares,
tornaba con gran pompa a sus hogares.

Y ora mandando hacer un novenario
en que sonaban cajas y cohetes,
ora una procesión con lujo vario
15 de arcos triunfales, música y pebetes,
de admiración llenaba al vecindario,
y daba a las beatas y vejetes
para conversación fecundo tema,
en que ensalzaban su piedad extrema.

20 Como ningún quehacer le daba prisa,
dormía hasta las ocho este magnate:
en su oratorio le decían misa,
y tomaba después su chocolate.
La comida a las doce era precisa,
25 y la siesta después, y luego el mate,
y tras esto, por vía de recreo,
iba a dar en calesa su paseo.

A oraciones se vuelve, y si del templo
llama a Escuela de Cristo el campanario
30 el Marqués y los suyos dan ejemplo
de infalible asistencia al vecindario.
Si no hay distribución, ya le contemplo

rezar con la familia su rosario,
y luego ir a palacio diligente,
para hacerle la corte al Presidente.

A las diez de la noche se despide,
sin propasarse un punto de esta hora, 5
y vuelto a su mansión, la cena pide,
porque ya el apetito le devora.
Con su cuerpo en seguida un lecho mide,
donde cabrían bien sus cuatro ahora,
y viniéndole el sueño dulce y blando, 10
a las once el Marqués se halla roncando.

Tenía este dichoso personaje
un hijo y una hija; y al primero,
por no hacer una injuria a su linaje,
sólo de paso describir yo quiero; 15
leía no muy bien: su aprendizaje
de la escritura fué tan pasajero,
que en vez de letras con trabajo hacía
garabatos sin ley ni ortografía.

En la aula de un convento procuróse 20
que aprendiese a Nebrija de muchacho;
pero en llegando a *quis vel qui*, estancóse,
sin poder digerir aquel empacho.
Al fin su sabio preceptor cansóse,
y recibió el alumno su despacho 25
para vivir, cual viven tantos otros,
laceando vacas y domando potros.

¡Valientes ejercicios! a los cuales
se aficionó bien pronto a tal extremo,
que el andar en rodeos de animales 30
era su dicha y su placer supremo.
Con tal educación, con gustos tales,

muchos lectores pensarán, yo temo,
que cuando Cosme a la ciudad venía,
en sociedad ridículo sería.

¡Error! ¡solemne error! Desde el momento
5 que el señorito Cosme se mostraba,
la atención general y el rendimiento
de su persona en rededor volaba:
el mismo sexo hermoso; ¡qué portento!
con su conversación se deleitaba,
10 aunque hablar de otra cosa no le oyera,
que de pechadas, lazos, y carrera.

¡Tanto es lo que valía y lo que vale
ser hijo de Marqués! Mas si discurro
mucho tiempo sobre esto, el cuento sale
15 muy prolongado, y al lector aburro.
Así, evitando que mi esplín se exhale
en duras voces, a pintar me escurro
a la bella Leonor, digna por cierto,
de tener un hermano más despierto.

20 A su edad, si la cuenta bien se ajusta,
para enterar diez y ocho poco falta.
Su estatura es crecida: a mí me gusta
como a Lord Byron la mujer que es alta;
y no se tache esta opinión de injusta,
25 que en pigmea mujer nunca resalta
ese gentil y seductor donaire,
de que habla aquel proverbio: *amor es aire*.

Su delicado talle es tan esbelto,
que sin duda las Gracias le han formado:
30 breve es su planta, su ademán resuelto,
y su seno gracioso y abultado:
cuando el negro cabello ondea suelto

al rededor del cuello torneado,
ver en todo su cuerpo me imagino,
la obra mejor del Hacedor Divino.

Luce en sus ojos el color obscuro,
pero chispeando de celeste fuego, 5
y su mirada al corazón más duro
en blanda cera lo convierte luego.
Mas ¿habré de meterme en el apuro,
yo, pobre bardo que a escribir me entrego,
cuando ya tantos otros han escrito, 10
de pintar lo que miles han descrito?

Frente espaciosa, y un si es no es henchida,
en que los signos del talento lucen,
boca pequeña y a la vez pulida,
donde las perlas y el coral relucen: 15
tanta gracia mil veces repetida,
que los poetas sin cansarse aducen
para pintar sus bellas heroínas,
son, describiendo a mi Leonor, mezquinas.

Baste, pues, sobre prendas corporales, 20
y hablemos de su noble entendimiento,
que es como fértil planta entre breñales
nacida sin cultivo ni fomento;
mas su despejo y su vigor son tales,
que a tener el más leve pulimento, 25
daría en profusión rico tributo
de sazonado y exquisito fruto.

Por desgracia, en los tiempos de que trato
poco servían tan brillantes dotes,
y era en las niñas excesivo ornato 30
el saber algo más que hacer palotes:
coser, bordar y por la noche un rato

leer devotamente unos librotos
donde raros prodigios se ingirieran,
los ejercicios femeniles eran.

Y si Leonor tenía letra hermosa,
5 era porque copiaba de contino
novenas que su madre religiosa
juzgaba flores del amor divino;
y siempre que ocurría alguna cosa
en que importaba el escribir con tino,
10 desde el amo de casa hasta el sirviente,
hacían de Leonor su confidente.

Un viejo motilón, que era muy diestro
en tocar en el órgano una misa,
y con su canto lúgubre y siniestro
15 causaba a veces a los niños risa,
fué de clave y de canto su maestro,
y si bien la enseñanza anduvo a prisa,
de tal manera adelantó la dama,
que hizo adquirir al motilón gran fama.

20 En casa de Leonor no se permite
visitar sino a Condes y Marqueses;
gente de estado llano no se admite,
sino por grande precisión a veces.
El padre confesor hace en desquite
25 más de veinte visitas en dos meses
y siempre su persona gorda y santa
a la familia con su vista encanta.

Pues si bien su moral es algo estricta,
son sus discursos fáciles y amenos,
30 y al mismo tiempo que consejos dicta,
cuenta pasajes de chuscadas llenos.
Y sobre todo su elocuencia invicta

parece despedir rayos y truenos,
cuando por blanco de su arenaga toma
a los herejes que condena Roma.

Este oráculo vivo de la casa
del Marqués, tiene en ella tal imperio, 5
que por precepto incuestionable pasa
cuanta regla prescribe su criterio;
con cuidado especial no se traspasa
lo que él decide sobre baile serio,
siendo sólo el minuet lícita danza, 10
e invención infernal la contradanza.

En los días también de alguna fiesta
dice que puede haber gran *manducacio*,
y mesa de manjares bien repuesta,
pero con el licor se ande despacio: 15
que haya un poco de canto, que haya orquesta,
mas que se deje suficiente espacio
entre ambos sexos, pues la vil lujuria
con la proximidad se vuelve furia.

Y a las diez de la noche cada uno 20
se retire a su casa sin desvelo,
que el pasar de esta hora es importuno
y anuncia planes que reprueba el cielo.
Yo estoy con este padre: yo me aduno
a los consejos de su santo celo, 25
y al ver tal mutación en años pocos,
exclamo: «*O tempora corrupta!* ¡Oh locos!»

Vivió Leonor tranquila y satisfecha
en tan mística vida algunos años.
A pesar que ha llegado ya a la fecha 30
en que amor suele hacer terribles daños,
y en que la niña a la virtud más hecha,

por más que la refiera desengaños,
empieza a desear con ansia mucha
triunfar de un pecho en amorosa lucha.

Llegando a tal edad, la mujer siente
5 una vaga inquietud, gustosa mira
de dos palomas el cariño ardiente,
y apartando los ojos, ¡ay! suspira:
ama a los niños con ardor vehemente,
y su inocencia encantadora admira:
10 se vuelve hacia un espejo, y se alboroz
al notar con rubor que es buena moza.

Y luego va a mirar si está el zapato
ajustado a su pie; si el chal es rico:
examina el vestido un largo rato,
15 y abre y cierra con gracia el abanico;
se hace de crespos un pomposo ornato,
y ufana se acomoda el sombrerico:
y al fin después de agitación tan viva,
viene a quedarse mustia y pensativa.

20 Mas Leonor no ama aún: no, quien lo crea
se engañará por cierto; ella conoce
de Condes y Marqueses la ralea,
pero la encuentra insoportable, atroce;
y por más bellos jóvenes que vea
25 de una clase inferior, los desconoce,
e imbuída en las ideas de su rango,
cree que es fijar sus ojos en el fango.

Ella siente que falta algún encanto,
para ser más completa su ventura;
30 mas de advertir cuál sea dista tanto,
que se jacta de ser cual bronce dura:
viendo tal perfección, lleno de espanto

dice su confesor que alma tan pura
no ha encontrado jamás desque confiesa,
y que al fin ha de ser una abadesa.

Por mi parte, lectores, es preciso
confesaros que pienso de otro modo, 5
y de un sabio francés sigo el aviso,
pues que se amolda a mi experiencia en todo.
Dice, pues, Labruyère en su conciso
lenguaje, que a mis versos acomodo,
que la mujer que de tibieza charla, 10
aun no ha visto al que debe enamorarla.

Y prueba con un caso sucedido
en la ciudad de Esmirna a cierta dama,
que niña que hasta tarde no ha querido,
cuando llega a querer, de veras ama; 15
y las aguas del ancho mar tendido
no son bastante a extinguir su llama.
¡Ojalá que esta máxima absoluta
la desmienta Leonor con su conducta!

Lo vamos pronto a ver, porque se acerca 20
la hora decisiva de su suerte,
y si aun consigue mantenerse terca,
ya diré con razón que es mujer fuerte.
Figúrese el lector que ya está cerca
el día del Marqués, que de su inerte 25
reposo él sale, y quiere que haya boda
a que se invite la nobleza toda.

Brillando como el día los salones
me imagino ya ver con los reflejos
que despide la luz de los blandones, 30

26. La palabra *boda* entre nosotros significa cualquier función doméstica. En este sentido se toma aquí.

repetida en finísimos espejos.
 Las techumbres ornadas de florones
 y portentosos figurones viejos,
 mas de ricos dorados esmaltadas,
 5 se atraen de los curiosos las miradas.

Ocupan los asientos de cojines
 las damas de purísimo linaje.
 con ricos y plegados faldelines
 y ligeras mantillas por ropaje.
 10 Los adornos de perlas y rubines,
 el bordado de plata y el encaje
 con que su lujo y su riqueza ostentan,
 de sus encantos el poder aumentan.

Sentado en un macizo taburete,
 15 y de grandes señores rodeado,
 preséntase el Marqués con más copete
 que si fuera un monarca coronado:
 parece tener algo que le inquiete,
 porque ya varias veces ha cortado
 20 el hilo del discurso de improviso,
 y se ha puesto a escuchar como indeciso.

De conjeturas se halla en un barullo,
 porque en venir el Presidente tarda,
 cuya honrosa visita con orgullo,
 25 por un aviso anticipado aguarda;
 y si un leve rumor, cualquier murmullo
 hiere su oído, que se encuentra en guarda,
 con dulce sobresalto se detiene,
 creyendo ya que Su Excelencia viene.

30 Ultimamente un ruido no engañoso
 de coche y de caballos se percibe:
 «¡El Presidentel» grita sonoro

clamor al punto, y el Marqués revive.
 Con los demás señores presuroso
 se precipita hacia el zaguán, recibe
 en él al noble amigo, y muy ufano
 le va llevando adentro de la mano. 5

Pronto al salón do en impaciencia viva
 las señoras esperan su llegada,
 don Antonio Gonzaga y comitiva,
 hacen con pompa y majestad su entrada.
 Era el tal don Antonio de atractiva 10
 presencia y de estatura algo elevada,
 cortés, afable y amador de gloria,
 según le pinta la chilena historia.

Pero a pesar de ser tan halagüeño
 y popular su trato, bien se observa 15
 en cierto aire sombrío de su ceño,
 que un mal oculto su interior reserva:
 el ver frustrado el favorito empeño
 de hacer vivir en pueblos la caterva
 de indomables indígenas, le causa 20
 dolor que mina su salud con pausa.

Gran uniforme viste, y rico manto
 bordado de oro el personaje tiene,
 sobre cuyas labores con encanto
 la vista de las damas se detiene. 25
 En pos de él, aunque no con lujo tanto,
 lucida escolta de oficiales viene,
 jóvenes, viejos y de edad mediana,
 que han sido asombro de la hueste indiana.

Entre ellos se halla uno, a quien parece 30
 un cariño especial tener Gonzaga,
 joven gallardo, que en su aspecto ofrece

cuanto el capricho mujeril halaga:
el valor en sus ojos resplandece,
si corre el campo de la lid aciaga,
mas si a un estrado por ventura asoma,
5 tiene el blando mirar de la paloma.

De castaño color es el cabello
que cubre su cabeza en leve rizo,
de extrema agilidad su cuerpo bello,
y su conversación llena de hechizo.
10 Un clásico poeta al conocello,
diría pronto que el amor lo hizo,
a fin de que las damas insensibles,
aprendiesen a ser mas accesibles.

Tal fué el joven a quien el Presidente,
15 luego que se sentó, llamó a su lado;
y al Marqués que le asiste diligente,
presenta el oficial afortunado,
diciendo: «Amigo mío, este valiente
joven, que siempre como a hijo he amado,
20 es el ilustre capitán Eulogio,
de que os hablé mil veces con elogio.

Es el que me ha sacado del barranco
en que he estado metido sin remedio,
y derrotando al fiero *Curiñanco*,
25 libró a *Cabruto* de su duro asedio.

En vano de mil tiros se hizo el blanco,
rompiendo con sus bravos por el medio
del ejército infiel que a Angol cercaba,
pues su próspera suerte le guardaba

30 para honor de su patria. Bien merece
que le titule Salvador la España.
¡Gloria al mancebo que tan pronto ofrece

a nuestra imitación tan noble hazaña!»
Así dice Gonzaga, y se enternece,
ocasionando admiración extraña
con su tierno discurso laudatorio,
a todo el nobilísimo auditorio.

5

La vista general clavóse al punto
en el joven así favorecido,
y todos alabaron el conjunto
de las prendas que Dios le ha concedido.
Mas Eulogio entre tanto era el trasunto
de un hombre que se encuentra confundido,
y no hallando expresión que satisfaga,
con cortesías respondió a Gonzaga.

10

También le hizo el Marqués gran agasajo,
aunque fué más forzado que sincero,
porque al momento a su memoria trajo
que Eulogio no era un noble caballero;
y aunque es verdad que en su linaje bajo
se podía citar más de un guerrero
que se cubriera de esplendente gloria,
ésta no era bastante ejecutoria.

15

20

Dióle las gracias el garzón modesto
por la falsa afección que le mostraba
y de aquel sitio retiróse presto,
porque en completo aturdimiento estaba.
Pero ya Leonor ¡trance funesto!
no sé qué cosa en su interior notaba
que daba a sus ideas raro giro;
ello es que sin querer lanzó un suspiro.

25

Y a una amiga de su íntima confianza
que allí se hallaba, con misterio dijo:
«Lástima es que ese joven de esperanza

30

no sea de ascendientes nobles hijo. »
Que la respuesta fué maligna chanza,
esto cualquiera lo tendrá por fijo,
y con sorpresa tal llena de susto,
5 hizo Leonor un gesto de disgusto.

El baile comenzó: siguióse el canto,
en el cual varias veces mi heroína
llenó al concurso de agradable encanto
con los gorjeos de su voz divina;
10 pero nada le atrajo aplauso tanto,
y nada ejecutó con voz tan fina,
con tan propia expresión, cual la cantata
que aquí voy a copiar y la retrata.

«Corren mis días en perfecta calma:
15 no halla el camino de mi pecho amor,
y de sus tiros, victoriosa el alma,
burla el rigor.

No, no se han hecho para mí sus penas,
libre me veo entre cautivas mil,
20 ni quiero que arda por mis puras venas
fuego tan vil.

Dicen que suele ocasionar mil bienes,
que amor es fuente de inmortal placer;
yo de laurel coronaré mis sienas,
35 libre he de ser.

Una pastora conocí que amaba
a un pastorcillo con extremo ardor,
y a la inocente el seductor juraba
sincero amor.

30 ¡Mas ay! que pronto la olvidó triunfante,
viéndola frío ante sus pies gemir,
y otro consuelo no quedó a la amante
que el de morir.

La triste suerte de esa fiel pastora
siempre grabada en mi memoria está,
siempre del lazo de pasión traidora
me salvará.

Y como el ave que la red burlando, 5
que la tendiera cazador crüel,
vuela, su dulce libertad cantando,
por el vergel,

Yo que orgullosa de desprecios huyo, 10
yo que no quiero de dolor morir,
siempre ¡oh amor! del cautiverio tuyo
me he de eximir. »

No bien su canto terminó Leonora
entre aplauso sonoro y repetido,
cuando exclamó Gonzaga: «Pues ahora 15
una guitarra para Eulogio pido.
No sólo la natura bienhechora
la prenda del valor le ha concedido,
que mostrándole pródiga su afecto,
le ha formado también galán perfecto. 20

Vamos, Eulogio, vamos! Tus canciones
distrajeron mil veces mis fatigas,
cuando en pos de contrarios escuadrones
corríamos las tierras enemigas.
Osténtanos, pues, hoy tus perfecciones, 25
y que el digno Marqués y las amigas
nobles y bellas que a su fiesta asisten,
de tus talentos a juzgar se alisten. »

A tal invitación, de rubor lleno,
el mancebo gentil quiso excusarse; 30
pero ningún pretexto se halló bueno,
y le fué necesario resignarse.

Al dulce són del instrumento ameno
deja al fin estos versos escucharse,
que, según malas lenguas refirieron,
para aquel caso improvisados fueron:

5 «Laura hermosa cual la estrella
que precede a la mañana,
vive sola y muy ufana
con su dulce libertad.
Amadores mil por ella
10 largo tiempo han suspirado,
pero ya se han ausentado,
maldiciendo su impiedad.

 Con afecto más sincero
a sus pies llega otro amante,
15 y así pinta sollozante
a Laura su padecer:
«Influjo del hado fiero
me fuerza a amarte, bien mío,
ni pendió de mi albedrío
20 el dejarte de querer.

 «Sé que otros te han ofrecido
títulos, honor, riqueza,
sé también que tu belleza
sus presentes despreció.
25 «En hora fatal nacido,
sin fortuna y sin honores,
para obtener tus favores
¿qué puedo ofrecerte yo?

 «Sólo un corazón poseo
30 que te adora apasionado,
y únicamente a tu lado
la vida podrá sufrir.
«Complacerte es su deseo,
y como por ti respira,

si compasión no te inspira,
su sólo anhelo es morir.

«A ti dictar mi sentencia,
vida mía, corresponde,»

Laura entonces le responde: 5

«La libertad es mi bien.

Ni me engaña tu apariencia,
que otros morir me han jurado,
pero ya me han olvidado;
tú me olvidarás también.» 10

Desprecio tan riguroso
sufrir no pudo el amante,
y ante Laura al mismo instante
de sentimiento expiró.

«Vive para ser mi esposo!» 15

clamó Laura arrepentida;
pero el cuerpo ya sin vida
sus palabras no escuchó.»

El que vagando en una fértil vega
a orillas de un arroyo entre el carrizo, 20
oye al nevado cisne que despliega
de su voz melodiosa el suave hechizo,
nunca a sentir las impresiones llega
con que a Leonor enternescer hizo
en delicioso inexprimible encanto 25
del favorito de Gonzaga el canto.

Entonces recordó que en algún sueño
de los que habían su niñez mecido,
aquel acento dulce y halagüeño
escuchado por ella había sido, 30
que la llamaba: *mi querido dueño*,
y se quejaba triste y dolorido

de la frialdad e indiferencia dura
con que pagaba su inmortal ternura.

Este recuerdo vivo y palpitante
su mente absorbe, y en estatua muda
5 la deja convertida al mismo instante
que un palmoteo al capitán saluda.
La amiga que la observa vigilante,
le dice: «Hola! Leonor, ¿qué es lo que anuda
al presente tu voz? ¿No te entusiasma
10 esta linda canción que a todos pasma?»

Volviendo en sí, cual vuelve de un letargo
débil enfermo que el causón padece,
responde la doncella: «el trance amargo
del desdichado amante me entenece!»
15 La amiga sonrióse, y aunque largo
espacio a nuevas chanzas se le ofrece,
esta vez prefirió dejar que libre
el fiero pecho, ya ablandado, vibre.

Pero alzóse Gonzaga de su asiento,
20 y al oficial tomando de la mano,
le llevó hacia Leonor, y con atento
ademán y lenguaje cortésano,
«Señorita, le dice, mucho siento
no verme ya tan ágil y lozano
25 como en los días de mi edad primera,
pues danzar un minué con vos quisiera.

«Mas como impropio de mi edad reputo
ofrecerme yo a vos por compañero,
os presento en Eulogio un substituto,
30 que vos gustosa aceptaréis, espero.»
La joven, sin tardarse ni un minuto,
se levanta con rostro placentero,

y siguiendo al mancebo afortunado,
se halló bien pronto en medio del estrado.

La música sonó: los dos danzantes,
enlazadas las manos avanzaron,
y luego en movimientos elegantes, 5
y graciosas posturas se apartaron.
Sus ojos expresivos y brillantes
diversas veces con temor se hallaron,
y el carmín de sus rostros encendióse,
y aun en sus pasos turbación notóse. 10

Mas Leonor en su gracia majestuosa
y aéreos ademanes parecía
aparición celeste y luminosa
que en sueños suele ver la fantasía.
Una respiración algo anhelosa 15
en su agitado seno se veía,
y cierta languidez que cunde en ella,
la hace mostrarse cada vez más bella.

Y cuando a fin de terminar, volvieron
los dos con leves pasos a acercarse, 20
y sus dos manos en unión sintieron,
y sus pies mutuamente aproximarse,
sin duda en aquel punto conocieron
que si merece la existencia amarse,
es sólo por saber cuáles arcanos 25
el amor les descubre a los humanos.

Nunca había bailado con más gusto
mi heroína un minué, ni hubo quien fuese
con la bella pareja tan injusto,
que aplausos repetidos no le diese: 30
sólo el Marqués sufrió con ceño adusto
que un compañero tal su hija tuviese,
mas su enojo no osó salir al labio,
que ofender al amigo temió sabio.

CANTO SEGUNDO

Terminóse la fiesta, y el concurso
se retiró a sus casas satisfecho:
la negra noche al promediar su curso,
vió reposando a todos en el lecho,
5 menos a dos, que dieran buen recurso
para alargar mi canto un largo trecho,
si quisiera pintar cómo violenta
de dos amantes la pasión se aumenta.

Pero no he de aburrir a los lectores
10 con una relación que ellos ya saben;
a falta de otros méritos mayores,
por conciso deseo que me alaben.
¿Quién no ha tenido su época de amores?
¿Qué monstruo ha permitido que se acaben
15 los días de su dulce primavera,
sin ablandar su corazón de fiera,

para poder decirnos qué contento
tan dulcemente triste es desvelarse
vagando con la mente en seguimiento
20 de un objeto empeñado en alejarse,
que no bien le olvidamos un momento,
cuando torna más bello a aproximarse,
y con sus ojos lánguidos nos mira,
y al escucharnos suspirar, suspira?

25 El está ahí: su andar es como un sueño
que blandamente el corazón halaga;
el eco de su voz es un beleño
que en celestial deleite nos embriaga:
le vemos alargarnos halagüeño

un brazo de marfil, su mano vaga
sentimos como velo transparente
cariñosa pasar por nuestra frente.

Vamos a asir esa adorada mano,
y ¡cielos! como ambiente se desliza: 5
fué toda una ilusión, un soplo vano,
que la onda sosegada apenas riza.
Desvanecido nuestro error insano,
el destino que atroz nos tiraniza,
tiende su brazo, y nos recuerda impío 10
que nunca será cierto el desvarío!

Leonor y Eulogio como dos imanes
mutuamente atraídos se quisieron,
en vano a aquélla sus antiguos planes
de indiferencia avergonzar la hicieron: 15
en vano a su memoria los desmanes
de las malignas lenguas se ofrecieron,
como incendio voraz su amor la abrasa,
y cuanto estorbo se le ofrece arrasa.

Y si ella por acaso se estremece, 20
la oposición paterna presumiendo,
y un mar de desventuras le parece
que entre ella y su cariño está rugiendo,
con nueva reacción su audacia crece,
una voz dulce y amorosa oyendo, 25
que le dice: «Leonor, juntos vivamos,
o ambos a dos por nuestro amor muramos».

Si al capitán, en fin, alcurnia ilustre
no le ha otorgado su infeliz destino,
¿no le dan sus hazañas mayor lustre 30
que a los nobles un vano pergamino?
¿Quién dirá que su casa se deslustre

con un enlace tal, cuando el más fino
el más puro crisol sin duda alguna,
las virtudes lo dan, no la fortuna?

Así la joven infeliz se place
5 alimentando su ominoso fuego,
y en deseos vehementes se deshace
porque vuelva a su vista Eulogio luego.
Al fin el Presidente satisface
el anhelar de su cariño ciego,
10 y volvió a casa del Marqués un día
trayendo al capitán por compañía.

¡Cuántas dulces miradas se cambiaron
los amantes a falta de expresiones!
cuán fervientes sus pechos palpitaron
15 al contemplar sus mutuas perfecciones!
Dos ángeles sin duda se juzgaron,
enviados por Dios a estas regiones
a fin de que su amor tan puro fuera
como el azul de la celeste esfera.

20 Siguióse a esta visita otra visita
y muchas más después; y ya bien claro
se ve que el Presidente solicita
proteger el amor del joven caro.
Ya la cruel locuacidad maldita
30 que todo lo pondera sin reparo,
va publicando por Santiago toda
que Gonzaga va a hacer una gran boda.

La madre de Leonor fué la primera
que pertrechada de senil malicia,
25 penetró tal proyecto, y considera
que al Marqués debe darle esta noticia.
Incrédulo al principio se exaspera

el magnate, y culpando la estulticia
de su esposa, le dice con enfado
que sólo presumirlo es un pecado.

Mas la Marquesa aduce pruebas tales
a fin de demostrar que razón tiene, 5
que apartando a sus ojos los cendales,
el buen Marqués a convencerse viene;
y con el fin de precaver fatales
resultados tal vez, no se detiene
en jurar que a Gonzaga dirá recio, 10
«si ha podido tenerle por un necio;

y esperar que él consienta en un enlace
que cubriera de oprobio a su ascendencia?
Que la alta injuria que con esto hace
a su amistad, le agota la paciencia» 15
Esta resolución no satisface
a la astuta matrona, y su prudencia
halla que es necesario ver un modo
de conseguirlo sin peligro todo.

Después que largas horas discurrieron 20
sobre un asunto de interés tan grande,
los dos con sabio acuerdo resolvieron
que a Leonor esconderse se le mande:
diferentes excusas previnieron
para cuando Gonzaga la demande, 25
y a ella misma dirán que en caso urgente,
con desprecios despida al pretendiente.

Mas por fortuna de la amante triste
la ocasión no llegó de que le fuera
con el rigor que un hijo no resiste, 30
intimada una orden tan severa.
De síntomas crüeles se reviste

mas cada vez el mal que en traicionera
lentitud consumiendo va a Gonzaga,
y ya su vida al descubierta amaga.

Pronto le fué imposible del palacio
5 salir a divertir su amarga pena,
y de su estancia en el estrecho espacio
suspira en vano la llanura amena:
su fuerza se extinguió; su cuerpo lacio,
cual árbol majestuoso que condena
10 a perder su verdor larga sequía,
perdió su robustez y lozanía.

Y cual leve vapor que por el viento
lentamente se exhala y se disuelve,
dejando el corporal alojamiento,
15 el alma de Gonzaga al cielo vuelve.
A tan triste noticia en sentimiento
y luto y llanto la ciudad se envuelve,
ponderando del muerto las bondades,
con que supo captar las voluntades.

20 Después que con gran pompa y aparato
se le hicieron los últimos honores,
el fino Eulogio que ni un breve rato
del lecho se apartó de sus dolores,
volvió a entregarse al pensamiento grato
25 y exclusivo ya en él de sus amores,
y a buscar empezó con vano empeño
quien le llevase a casa de su dueño.

Mas viendo al fin que nadie se le ofrece
a realizar su fervoroso anhelo,
30 y que un día tras otro desaparece
sin brillarle esperanza de consuelo,
en su impaciencia loca le parece

que debe sofocar todo recelo,
y armarse del valor que necesita
para hacer por sí solo una visita.

Locura fué en verdad; pero locura
de las que amor inspira a cada paso 5
al hombre de más seso, si procura
que su ardiente pasión no sufra atraso;
mas la pena de Eulogio fué tan dura
que el cuento mío de moral no escaso
será si la describo a mis lectores 10
con todos sus perfiles y colores.

En el primer salón Leonor se encuentra
cosiendo al lado de su madre, cuando
con garboso ademán Eulogio entra,
si bien interiormente tiritando: 15
todo su esfuerzo militar concentra
el vencedor del infidente bando
para hacer un bellissimo saludo;
pero respuesta conseguir no pudo.

Sin hablar la Marquesa al fin le mira, 20
mas con ceño tan agrio, que bien puedo
al del Ande igualarlo, cuando en ira
furiosa brama, y nos infunde miedo.
La sangre al corazón se le retira
a Eulogio, y desfallece su denuedo, 25
y aun yo no sé del infeliz qué fuera
si Leonor a tal punto no le diera

una mirada, muda; pero escrito
iba en ella un volumen! amorosa
cual la que a un hijo que se va proscrito 30
da en el último a Dios madre llorosa:
melancólica y triste como el grito

que exhala un amator sobre la fosa
del dueño que adoró; mirada ardiente.
cual la que echa a la patria un hijo ausente.

Con ella algún aliento recobrando,
5 Eulogio se desploma en un asiento,
que no le han ofrecido, y balbuciendo
se esfuerza a pronunciar un cumplimento.
Pero sin atender su dicho blando,
cual si solo se hallase el aposento,
10 regañando a Leonor, dijo la madre:
«¿Zurciste ese chaleco de tu padre?»

«¡Mira que corre prisa, niña floja!»
Difícil es que a comprender alcance
del pobre Eulogio la fatal congoja
15 quien no se haya encontrado en igual lance.
A veces imposible se le antoja
que le tenga el destino en ese trance,
y piensa que todo es un sueño vano
que agita y turba su cerebro insano,

20 Y ve que los objetos se obscurecen,
y se le van perdiendo en lontananza;
pero tornan bien pronto, y resplandecen.
y la terrible realidad le alcanza.
Ya sus sentidos muertos desfallecen,
25 y ya el dolor con súbita pujanza
le punza y hiere y le destroza el pecho,
sin dejarle alentar un solo trecho.

Mira a los muebles y al callado muro
creyendo que en su inmóvil apariencia
30 van a dolerse de su horrendo apuro,
pero los halla en fría indiferencia.
Imagínase al techo menos duro,

y levanta la vista ¡qué demencial!
las grotescas figuras que allí estaban,
riendo de su angustia, le burlaban.

Él hubiera querido que cayese,
en medio de este horrible parasismo, 5
el techo de la casa, o que se abriese
bajo sus pies al punto un hondo abismo;
o a terminar su confusión viniese
el hacha fiera del verdugo mismo.
¡Vanos deseos de su mente ciega! 10
todo consuelo a su dolor se niega.

Y lo peor de todo es que ni tiene
valor para marcharse en el momento,
que una mano invisible le detiene,
como ligado a un potro, en el asiento: 15
si al fin a levantarse se previene,
al punto le acobarda el pensamiento
de hacer una salida desairada,
así no logra resolverse a nada.

Inmóvil, cabizbaja y silenciosa 20
Leonor tiene la vista en su costura,
pero el llanto en los ojos le rebosa,
revelando su pena y su amargura:
a veces su mejilla esplendorosa
la palidez de un muerto desfigura 25
y a veces arde tanto y se enrojece
que en pura sangre prorrumpir parece.

Y más y más se aumenta su congoja,
y aun se imagina desplomarse muerta,
cuando ve que su madre ya se arroja 30
a emplear una burla más abierta;
que llama a la criada, y que se enoja

porque a poco dejó franca la puerta
para que entrasen importunas gentes,
«otra ocasión le romperá los dientes.»

No aguantó más Eulogio, y al fin pudo
5 su sombrero tomar y levantarse;
hizo una inclinación, y ciego y mudo
de aquel infierno consiguió escaparse.
Respondió la Marquesa a su saludo
con un *Anda con Dios* que fué de helarse,
10 y la infeliz Leonor convulsa y yerta,
cayó sobre la alfombra como muerta.

Faltan palabras a mi torpe pluma
para poder pintar como debía
la horrenda confusión que a Eulogio abrumba.
15 mientras a largo paso se desvía.
Como gusano vil se hallaba en suma
el mísero humillado, y aunque ardía
cual nunca el sol en la mitad del cielo,
sus miembros embargaba un frío hielo.

20 De espantosos ruidos su cabeza
y de crueles vértigos zumbaba,
y de una en otra idea sin fijeza
su abrasado cerebro divagaba.
Inmensa se le hacía la largueza
25 de las calles que raudo atravesaba
por llegar lo más presto a sus umbrales,
y de los hombres esconder sus males.

Pues que tiene vergüenza el sin ventura
de cuantos a su paso se le ofrecen,
30 y aun los desconocidos se figura
que al mirarle a la cara le escarnecen.
Al fin triste refugio a su amargura

los muros yertos de su estancia ofrecen,
 donde apenas se ve, cuando convulso,
 es darse muerte su primer impulso.

Iba ya a preparar la fatal arma,
 cuando de pronto a su memoria vino 5
 el llanto de Leonor, la triste alarma
 con que había mirado su destino:
 este recuerdo su furor desarma,
 y cambiando de acuerdo con más tino,
 toma pluma y papel y entre borrones 10
 a su amada dirige estos renglones:

«Nacido en humilde esfera,
 sin duda debí mirar
 que a tanta dicha aspirar
 excesivo arrojé era. 15
 Mas ay! si la suerte fiera
 fué para Eulogio tan dura,
 ¿podía yo por ventura
 obligar al pecho mío
 a contemplar yerto y frío 20
 tu celestial hermosura?

Y hacer que al asir tu mano
 no retemblase la mía
 cuando en el baile te vía
 gala del aire liviano? 25
 Por ventura díome en vano
 a mí el cielo un corazón?
 ¿Por qué cruel sinrazón
 cometo un delito horrible
 con mostrarme tan sensible 30
 como esos nobles lo son?

Mas dirán con altivez
que pude en silencio amarte,
pero mi amor declararte
era mucha avilantez.

5 Yo preguntaré a mi vez:
¿En qué les soy inferior?
¿con qué hazañas de valor
ellos la Patria han honrado?
cuánta sangre han derramado
10 en los campos del honor?

¿Y una simple ejecutoria
a ellos les da un derecho
inasequible al que ha hecho
tanto mérito a la gloria?

15 ¡Ah! si al recorrer mi historia,
Leonor, mi modestia dejo,
si con violencia me quejo,
perdóneme tu alma pura,
que en mi terrible amargura
20 soy incapaz de consejo.

¡Y estos son ayes postreros
que exhala el que va a morir!
voy de nuevo a combatir
por los que me ultrajan fieros,
25 por hacer más placenteros
sus gratos días de calma.

Tan sólo en la muerte el alma
puede hallar algún consuelo.
¡A Dios, Leonor, déte el cielo
30 de eterna dicha la palma!

A morir sin ser llorado
voy en los campos do un día
la esperanza me reía

de un porvenir fortunado.
 No me pesa haber mirado
 mi ilusión desvanecida,
 y si al dejar yo la vida
 algún tormento me asiste, 5
 sólo es ignorar si fuiste
 culpable en mi despedida.»

Confiando sus quejas a esta carta,
 sintió ligero alivio el desdichado,
 y ya sólo procura hacer que parta 10
 a poder del objeto idolatrado.
 Una esclava por fin a quien él harta
 de dones y promesas, se ha encargado
 de entregarla a Leonor, y esta respuesta
 vino a calmar su agitación funesta: 15

«Después de una larga lucha
 con mi deber, os contesto:
 bien sé que falto con esto
 al respeto paternal.
 Pero con tanta injusticia 20
 por mi causa habéis sufrido,
 que tenéis bien merecido
 este alivio a vuestro mal.

Sería crueldad extrema
 imaginar un momento 25
 que en aquel recibimiento
 pude tener parte yo.
 ¿Mis ojos no os anunciaron
 lo que el corazón sufría?
 ¿Pero qué remedio había 30
 si una madre lo ordenó?

Si al despedirnos por siempre,
aun pedís otro consuelo,
pongo por testigo al cielo
del voto que voy a hacer.
5 ya que amaros me prohíben,
jamás al menos mi mano
será de ningún tirano
de esos que puedo querer. »

Eulogio leyó esta carta
10 y mil veces la leyó,
dando besos repetidos
a la prenda de su amor.
Sus líneas bálsamo fueron
que su angustia mitigó,
15 rocío que dió la vida
al marchito corazón.
Vertió llanto de consuelo,
y aun a bendecir llegó
la hora fatal que le había
20 causado tanta aflicción,
puesto que ella produjera
alivio de tal dulzor.
Torna a escribir a su dueño,
y la piedad, la pasión,
25 dejar de admitir sus cartas
no consienten a Leonor.
Con esta correspondencia
crece su afecto veloz
como la llama que activa
30 fiero Norte volador;
de modo que ya no piensan
sino en unirse los dos,
del universo a despecho,
sin reparo ni temor.
35 Y queda al fin concertado

que en la primer proporción
 Leonor dejará a sus padres
 por seguir a su amador.
 ¡Desgraciados, que no advierten
 que son débiles los dos,
 y se opone a su cariño
 un poderoso señor!

5

Llegóse el jueves de Semana Santa;
 el sol en occidente se escondió,
 y en un silencio lúgubre que espanta
 sumergida Santiago se quedó.

10

A la luz del crepúsculo dudosa
 se ve de cuando en cuando atravesar
 por las calles la gente fervorosa,
 que camina, y no cesa de rezar.

15

Las mujeres envueltas en mantones,
 van hiriendo sus pechos con fervor
 al són de sus devotas oraciones;
 y los hombres en traje de dolor,

todos a pie, los ojos en el suelo,
 y descubiertos, sin farol ni luz,
 en largos grupos, implorando al cielo,
 van tras la enseña de una negra cruz.

20

Todas las puertas míranse cerradas,
 no se ve luminaria ni candil:
 tan sólo las iglesias alumbradas
 se hallan de antorchas funerales mil.

25

Y se eleva en el ancho presbiterio
 un vasto monumento sepulcral:
 suena en el coro el místico salterio,
 y del profeta el cántico ritual.

30

Parece que de repente
 la ciudad se ha transformado

en panteón dilatado
que han salido a recorrer
las almas de los difuntos
que habitan sus sepulturas,
5 envueltas en vestiduras
negras y horribles de ver.

Y hacia los templos caminan
con llorosas cantilenas
a pedir que de sus penas
10 tenga el Señor compasión.
Entre tanto no se siente
rumor de campana alguna,
mas la matraca importuna
viene a aumentar la ilusión.

15 ¿Veis de las gradas de ese augusto templo
una solemne procesión bajar?
Por la vecina calle la contemplo
sus alas misteriosas prolongar.

La flor de la nobleza va alumbrando,
20 y visten todos funeral capuz,
el aire levemente va agitando
en cada diestra una ominosa luz.

Tristes los rostros, el andar tardío,
como agobiado de mortal dolor,
25 viene después el escuadrón sombrío
de los ministros santos del Señor.

Ora en hondo silencio se adelantan,
ora de triste música al compás
lúgubres himnos fervorosos cantan,
30 con que la pompa se realza más.

Sobre andas anchurosas imitados
van los tormentos que en Sión cruel,

a fin de redimir nuestros pecados,
sufrió Dios mismo a su promesa fiel.

Aquí con sus azotes los judíos
remudándose están de dos en dos
para romper y desgarrar impíos 5
el cuerpo santo donde habita un Dios.

Y más allá del escuadrón nefario
de sayones cercado va Jesús,
sin fuerzas arrastrando hacia el calvario,
sobre sus hombros la pesada cruz. 10

Viene luego la Virgen congojosa,
la madre que, mirándole sufrir,
parece al Padre Eterno lacrimosa
por el cordero que olvidó, pedir!

En torno de las andas, ved! desnudos 15
a la mitad del cuerpo pecador,
diversos penitentes marchan mudos
lacerando sus carnes con furor,

las sienes coronadas con espinas,
ceñido el cuello de un cruel dogal, 20
al golpe de aceradas disciplinas
resurte un sanguinoso manantial.

Del pueblo que en reedor la marcha cierra
miro la turba acrecentarse, hervir,
y en medio del asombro que la aterra, 25
de pesadumbre y compunción gemir.

La procesión desemboca
a la plaza principal,
do se agolpa de tal modo
del pueblo el hirviente mar, 30
que a los que mecen sus olas
respiración falta ya.

Y en la terrible apretura

de aquel confuso ondular
que envuelve de las tinieblas
el cobertor funeral,
todos cuantos iban juntos
5 divídense aquí y allá,
buscando sólo por donde
escurrirse cada cual.
La Marquesa entre el tumulto
se halló por casualidad,
10 que con Leonor asistía
a esta fiesta cuaresmal.
Largo rato, a pesar suyo,
se agitó en la tempestad,
recibiendo aquí un pellizco,
15 un empujón por allá;
y cuando al fin sin aliento
logra del turbión salvar,
recobrada ya del susto
y la congoja mortal,
20 lo primero a que ella atiende
es a ver en dónde está
su prenda, que entre el tumulto
se dejó tal vez atrás.
Tiende en derredor la vista,
25 pero ¡qué fatalidad!
a ninguna parte logra
ni aun su sombra vislumbrar.
Perdida! exclama y se vuelve,
con un doloroso afán,
30 a mezclar en la apretura,
sin temer la estrujen ya.
La llama, y sólo responde
del pueblo el sordo bramar;
pregunta a todos por ella,
35 nadie noticias le da.
Y cansada de pesquisas,

viendo que son por demás,
a su casa se dirige,
diciendo: «Allí debe estar.
Permitidlo así, Dios mío,
y tened de mí piedad!»

5

A pesar de tanto abril
que sobre sus miembros pesa,
las calles rauda atraviesa
como la brisa sutil.

Es su paso acelerado
como el de Eulogio aquel día,
que hacia su mansión corría
confundido y despechado.

10

Llega por fin, y pregunta
con la congoja más viva;
mas al oír negativa
cielo y tierra se le junta.

15

Nadie la ha visto volver,
ni a darle noticia acierta,
y ella, sin Leonor, desierta
su casa imagina ver.

20

«Salgan todos a buscarla!
y que mi umbral nadie pise
sin que a lo menos me avise
en dónde podré encontrarla.

Llamen también al Marqués» —
A este mandato imperioso,
cada cual sale afanoso
alas haciendo los pies.

25

Régistran calles y plazas,
templos y casas de amigas;
peró ¡inútiles fatigas!
que no encuentran ni las trazas.

30

Era ya la media noche,
y Leonor no parecía,
aunque revuelto se había
la ciudad a trochemoche.

5 El Marqués está furioso
y crece su rabia ciega
a cada nuncio que llega
sin aviso venturoso,

«Torpes!» dice a sus esclavos,
10 «vosotros tenéis la culpa.»
Y sin admitir disculpa,
les da bofetones bravos.

Todos huyen de su vista,
pues parece un tigre fiero
15 que no espera carnicero
sino hallar a quien embista.—

Noche fué de triste duelo
ésta en casa del Marqués:
todo es llorar: todo es
20 alzar plegarias al cielo.

Pero en vano, pues la aurora
siguiente y otras vinieron,
y las pesquisas siguieron,
sin saberse de Leonora.

25 Era ya una especie cierta
que o fugitiva o robada
andaba la hija adorada,
mas ¿con quién? nadie lo acierta.

Por fin, al declinar el cuarto día,
30 se logra vislumbrar una esperanza,
sabiendo que una hermosa en compañía
de un bello joven hacia el sur avanza.
Por las señas que da la lengua impía

que la amante pareja a la venganza
denuncia del Marqués, claro se infiere
que a Eulogio y a Leonor mostrarse quiere.

No bien llegó al magnate a queste dato,
cuando se apronta él mismo al seguimiento, 5
pues para castigar tal desacato,
fuera un delito malograr momento.
Veinte jinetes en un breve rato,
provistos de un insólito armamento,
parten veloces, y el Marqués delante, 10
a quien Cosme acompaña en este instante.

Desmantelada y pobre una capilla
en el centro de humilde población,
con los destellos moribundos brilla
que está en su ocaso despidiendo el sol. 15

Un solo altar ocupa su testero,
no luce el oro ni la plata en él,
a cada lado un pobre candelero
se vé con lumbre vacilante arder.

La imagen de Jesús crucificado 20
se eleva sobre tosco pedestal,
la Virgen amorosa está a su lado
con pecho herido y lacrimosa faz.

Hondo silencio en la capilla impera,
sin que murmure su oración un fiel, 25
y sólo allí la brisa pasajera
viene un lamento a introducir tal vez.

A su ruido el pájaro nocturno
que en la bóveda encuentra habitación,
recuerda de su sueño taciturno, 30
y hace crujir su chilladora voz.

Entonces, ay! parece de la tumba
del que halló su postrer morada allí,

que una plegaria dolorosa zumba
pidiendo alivio a su cruel sufrir.

Solo está el templo, triste y silencioso;
pero en su aspecto es fácil conocer
5 que se prepara un acto religioso...
Derrame Dios su bendición sobre él!

Una puerta lateral
se abre, y parece por ella
Eulogio: su faz destella
10 un contento celestial.

Sin duda por más decoro,
va de uniforme vestido,
que la púrpura ha teñido,
dándole esmaltes el oro,

15 Mas de un premio de valor
sobre el pecho está brillando;
y rica espada colgando
de un labrado ceñidor.

Por la mano de su amante
20 sigue Leonor conducida,
de oscura tela vestida,
con un manto rozagante.

Ella no lleva otro adorno
que su hermosura hechicera;
25 va suelta su cabellera
el cuello halagando en torno.

Tan turbada está la triste,
y su mirar es tan vago,
que bien se ve que un aciago
30 presentimiento la embiste.

Ni parece que hacia el ara
viniera del himeneo.

pues vacila como un reo
que a su suplicio marchara.

No bien entra en el templo y se le ofrece
delante el ara do va a ser su unión,
cuando tiemblan sus miembros, palidece, 5
y volviéndose atrás, clama *¡Qué horror!*

Eulogio con dolor la reconviene
por este inexplicable proceder,
con que demuestra que a disgusto viene,
cuando él un cielo ante sus ojos ve. 10

Ni por esto Leonor recobra aliento,
antes parece su terror cundir,
y en dolorido funeral acento
que al bronce ablandaría, dice así:

«Perdona, Eulogio mío, soy culpable! 15
Por ti mi hogar paterno abandoné,
y sobre mí del cielo inexorable
el rayo se prepara a descender».

«Fantasmas de tu mente, dueño mío!
¿Crees que se oponga a nuestro afecto un Dios? 20
El no es injusto como el mundo impío,
y Él nos va a conceder su bendición.»

«¡Su bendición! ¿No ves lo que yo veo?
¿Un féretro mortuorio allí no está?
¿No te hace estremecer aquel trofeo? 25
Ay ¡sácame de aquí: no puedo más!»

Puso término a esta triste
y extraña conversación
el cura que se presenta
con los testigos en pos. 30
Al aspecto venerable
del Ministro del Señor,

Leonor se esfuerza algún tanto
 a ocultar su turbación,
¡Y ya está mi suerte echada!
 dice con siniestra voz,
 5 y aunque trémula, se deja
 conducir por su amador.
 Ya están delante del ara
 frente uno de otro los dos,
 y el sacerdote en el medio,
 10 los testigos en reedor.
 «Juráis, Eulogio, a la vista
 del divino Redentor,
 pura fe y eterno afecto
 a la que se halla ante vos?»
 15 «Sí juro» sin detenerse,
 alegre Eulogio exclamó.—
 «¿Y vos, señora, juráis
 que siempre en el corazón
 Eulogio el único objeto
 20 ha de ser de vuestro amor?»

Antes de que la joven respondiera,
 sordo ruido resonó remoto,
 como si aproximándose viniera,
 de asolación preñado, el terremoto.

25 Es semejante el ruido que se escucha
 al que hace en medio de la noche umbría
 cuando asalta al redil con rabia mucha,
 de hambrientos lobos la manada impía.

O al que a veces ásusta a un delirante
 30 que en tormentosa convulsión perplejo,
 está viendo a la muerte a cada instante
 aproximar su fúnebre cortejo.

Suspensos quedan todos y aturridos
 con este amago de terrible agüero,

y más cuando perciben los sonidos
de voz furiosa y de enemigo acero.

Falta de aliento casi, hacia la entrada
vuelve la vista la infeliz doncella,
y se siente de horror petrificada 5
viendo a su padre aparecer por ella.

Diabólico mirar en el semblante
desfigurado del Marqués fulgura,
en su diestra una espada relumbrante
al rayo vengador se me figura. 10

Sus vestidos están llenos de lodo
cual si de largo viaje se apeara:
ángel de perdición parece en todo,
que al muribundo pecador se encara.

«Prendedlos!» grita al escuadrón de siervos 15
que auxiliar de sus iras trae consigo.
«¡No respetéis a nadie! Los protervos
según su ofensa sufrirán castigo!»

A este mandato, cuyos ecos zumban
por la capilla amenazando horrores, 20
hacia el grupo indefenso se derrumban
del Marqués los armados servidores.

Leonor, lanzando un grito doloroso,
sobre el seno de Eulogio desfallece,
marchita flor que al vendaval furioso 25
el tallo rinde, y sin sostén perece.

Cíñela su amador en tierno abrazo,
y aprestándose él solo a la defensa,
juzga que ha de bastar su heroico brazo
para triunfar de muchedumbre inmensa. 30

Ya en su diestra reluce el fuerte acero,
y ya amenaza en furibundo tono

con muerte inevitable al que primero
ose de cerca provocar su encono.

En vano el sacerdote se adelanta,
y en alta voz les pide consideren
5 que es de Dios mismo la morada santa
la que sus iras profanar hoy quieren.

El bravo capitán, sólo atendiendo
a rechazar el enemigo empuje,
es fiera que a sus hijos defendiendo
10 la garra afila y los colmillos cruje.

Él sonríe de triunfo y de alegría
viendo que llega la ocasión ansiada
de librar a Leonor de su agonía
o de morir en brazos de su amada.

15 Uno de los contrarios acercarse
osó, impelido de indiscreto celo:
del primer tajo Eulogio sin turbarse
hizo rodar su brazo por el suelo.

Y la sangre en hirvientes borbotones
20 del mutilado miembro resaltando,
hace ciar los bárbaros sayones
que se acercaban con furor infando.

En vano el Marqués les clama
que no abandonen su presa,
25 pues la medrosa sorpresa
hielo en sus venas derrama.

Y todos temen hallar
la suerte del compañero
que con grito lastimero
30 hace el templo resonar.

El Marqués que ya no alcanza
a moderar su impaciencia,

ni tolera resistencia,
hierro en mano él mismo avanza.

Y así grita en su despecho:
«¡Oh viles! que en vano traje,
veréis si él tiene coraje
para herir también mi pecho!»

A esta voz, cual si fuera la que un día
ha de llamar a juicio al pecador,
del desmayo profundo en que yacía,
se ve volver a la infeliz Leonor:

trémula, helada, respirando apenas,
y el triste rostro en palidez mortal,
con las pupilas ¡ay! de llanto llenas,
hermosa imagen de un dolor fatal,

de los brazos de Eulogio se desprende,
y avanzándose en medio, dice así:
«¡Padre mío! yo soy quien os ofende,
yo la sola culpable: heridme a mí.

Pero vos no daréis injusta muerte
a aquel que sólo por mi amor faltó.
Ni vos, Eulogio, agravaréis mi suerte,
amenazando al que el vivir me dió.

Ya la sangre ha corrido!... Ay Dios! Mis ojos
tu templo santo reteñir la ven!
calmad, calmad, Dios mío, sus enojos,
y un parricidio no sufráis también... »

Así diciendo, Leonora
las manos al cielo alzaba,
mientras llanto destilaba
de su vista encantadora.

Sus labios en contracción,
arco trémulo formando,

están sin hablar mostrando
lo que sufre el corazón.

Y al mirar a aquel semblante
tan bello y tan afligido,
5 sintiérase enternecido
un corazón de diamante.

Contúvose el padre fiero,
de sí mismo avergonzado,
y dijo, casi ablandado:
10 «Que se rinda sólo quiero»!

—«Que te rindas, Eulogio, ¿lo has oído?
lo que no hizo el temor, hazlo por mí.
Nuestro destino adverso lo ha querido;
¿de qué aprovecha resistirle aquí?»

15 «Tú pudieras triunfar de tus contrarios:
a todo basta tu valor: lo sé,
pero ¿qué sirven triunfos tan precarios,
si el mundo en ellos mil delitos ve?

«Tú me has visto seguirte al pie del ara
20 para jurarte sempiterno ardor,
el cielo no dejó que yo acabara
mi promesa, ¿quién vence su rigor?

«Es forzoso ceder, Eulogio mío,
y no pugnar contra el torrente aún,
25 si nuestro amor condenan como impío
el cielo y tierra en aversión común...

«Mas tú vacilas ¡ay! y aunque me sientes
tu mano entre las mías estrechar,
y aunque miras mis lágrimas ardientes
30 al són de mis gemidos resbalar,

«temes que el someterte mengua sea
con que se manche tu luciente honor,

y en tu diestra irritado aun centellea
el ministro fatal de tu valor...

«Ven a triunfar primero ante las aras
oyendo el voto con que a ti me entrego,
y ve si todavía te preparas
a resistirte a mi doliente ruego.

«O tú, solo mortal a quien el alma
adoro desde el punto en que te ví,
tú cuya vista mis tormentos calma,
sin el cual no hay contento para mí,

«Yo te juro a la faz del mundo entero,
te juro en la presencia del Señor,
que si me apartan de tu lado, muero,
desde hoy es tuya la infeliz Leonor!»—

Oyendo tal juramento,
ciego el Marqués de furor,
hacia su hija avanzaba
a partirle el corazón.

«Teneos! gritóle Eulogio
con una imponente voz,

«Yo he triunfado... A vuestro turno
vais a triunfar también vos.

No niego que os he ofendido,
y aunque bien pudiera yo
deciros que no hice en esto
sino volver por mi honor,
ni trato de disculparme,
ni imploro vuestro perdón.

Yo sé muy bien lo que puedo
esperar de un gran señor.

Ahí tenéis a vuestras plantas
el acero que me dió

más glorias y más nobleza
que vuestra alcuernia os dió a vos,

y en su párpado agobiado
una lágrima asomó.

Cura, testigos y amantes,
en prisionero convoy,
salieron, cercados todos 5
del Marqués y su escuadrón.
Por un momento sus pasos
irse alejando se oyó;
pero se perdió el ruido
y el templo solo quedó. 10

CANTO TERCERO

¡Cielos! ¡venir al mundo! ¿Y qué es el mundo?
Los sabios le han llamado justamente
el valle del dolor, y me confundo
al ver que el hombre abandonarlo siente.
5 Sólo el Criador con su saber profundo
pudo hacernos amar tan locamente
esta mansión en que sufrimos tanto,
pagando con mil penas un encanto!

Hombre indolente, acércate! en tus labios
10 olea blandamente la sonrisa,
y en tu perpetuo gozo ni aun resabios
de antiguos duelos el común divisa;
mas dime si reputas como sabios
a aquellos que observandote de prisa,
15 propalan que jamás angustia sientes:
si tú lo afirmas, yo diré que mientes;

y sostendré que apenas comenzaba
tu espíritu infantil a abrir los ojos,
del mundo en el jardín ya contemplaba
20 de trecho en trecho germinar abrojos;
y aunque tu sol en su zenit brillaba,
en tu horizonte nubarrones rojos,
cual sombras aterrantes parecían,
que enlutar su esplendor fieras querían.

25 Pero corriendo tus felices años,
se iba aumentado más la sombra densa,
llegando entre terribles desengaños
tal vez a hundirte en lobreguez inmensa,
y entonces para alivio de tus daños

ibas buscando por la niebla extensa
 un astro que guiase tu camino,
 y ese era el rostro de tu amor divino.

Mas, ay! lejos de hallar en su mirada
 la dulce compasión de tu amargura, 5
 veíasla quizá tibia y helada
 reir y de tu propia desventura
 hacer alarde... Tu alma desesperada
 ¿no deseó en tan triste coyuntura
 que no fuese un delito tan villano 10
 darse la muerte por su propia mano?

Tú gemiste en silencio, y aun llegaste
 a fuerza de dolor y de despecho
 a triunfar de tu suerte: en el contraste;
 bronce insensible se volvió tu pecho, 15
 así como no hay tósigo que baste
 a privar de la vida al que se ha hecho
 larga habitud de su terrible prueba,
 y es vano ya que en profusión lo beba.

Y tu presente risa es ironía, 20
 una ironía amarga, engañadora,
 porque bien sabes que en la tierra impía
 no encuentra simpatías el que llora.
 ¡Tienes razón! Fuerza es que el hombre ría
 mientras en la alta habitación no mora, 25
 donde a su Dios con dudas mil no ofenda...
 —Volvamos entretanto a la leyenda;

que voy a describir en tosco estilo
 una sesión de la Real Audiencia,
 y si en forense confusión me enhilo, 30
 benévolo el lector tendrá paciencia:
 si él es juez o letrado, que tranquilo

no tache mi labor de impertinencia:
pintó el foro del siglo que pasó,
porque el presente marcha *comme il faut*.

Figuremos, pues, una gran sala
5 de bajo techo y polvorientos muros,
cuyo alfombrado es una jerga rala,
cuyos asientos son escaños duros:
ostenta el artesón por rica gala
pintada a la Justicia, que sus puros
10 fallos consulta en imparcial balanza,
armada del puñal de la venganza.

Bajo un dosel de obscuro terciopelo
cinco odores se ven encaramados
sobre poltronas, con su faz de hielo,
15 grande nariz, cabellos empolvados:
sendas golillas con erguido vuelo
tienen, y en anchas togas sepultados,
con pompa y majestad se contonean,
y sin cesar sus ojos pestañean.

20 Hay frente de ellos una mesa vasta
que reviste de púrpura un tapete,
al medio otra menor, donde se gasta
del relator el triste sonsonete.
Fiero el Marqués, cuyo rencor no basta
25 a saciar el destierro ni el grillete,
y venganza mortal pide inhumano,
en pie se encuentra a la derecha mano.

Protégele un doctor, cuya experiencia
merece a todos reverente aprecio;
30 su persona es tan ancha cual su ciencia,
y para acusador no tiene precio.
Mas tan pagada se halla su conciencia

de su mérito propio, que de necio
parece que tratara su insolente
mirada a otro doctor que se halla enfrente,

el cual defiende al reo, y faz enjuta
tiene, y cuerpo delgado como alambre; 5
es diestro en embrollar una disputa,
y hacer de falsas citas un enjambre:
pero el pueblo por sabio le reputa,
porque empezando a hilar el largo estambre
de su difusa estrepitosa arenga, 10
no hay freno ya que su furor contenga.

Cerca de él está Eulogio: a la cintura
lleva cadena que a sus pies descende,
y sus manos también esposa dura
con injusto rigor aprieta y hiende: 15
está casi encubierta su figura,
pues sobre el seno su cabeza pende,
aunque la turba que le mira atenta,
no halla de palidez su faz exenta.

Si es cierto su dolor, si en desaliento 20
se encuentra Eulogio, no es que le acobarde
un secreto interior remordimiento,
o su sentencia con terror aguarde.
pero hallarse en tan triste abatimiento!
ver a su fiero acusador alarde 25
hacer de la opresión en que le tiene!...
¿Por qué la muerte de una vez no viene?...

Luego que el escribano del proceso
la relación monótona concluye,
el fiscal con razones de gran peso 30
entabla su filípica, y arguye,
citando leyes en profuso exceso,

y más de un escritor que mucho influye,
y exige al fin la muerte sin dispensa
para el autor de tan horrible ofensa.

Pidió tras él el defensor permiso,
5 y dijo: «Es de alabar la sabia argucia
con que mi contendor nada conciso
casi a mi pobre parte desahucia;
pero yo voy a darle un buen aviso,
y es que las costas pagará su astucia:
10 tan cierto me hallo de probar que Eulogio
castigo no merece sino elogio.»

«*Primum!* La ley que el adversario cita
no es aplicable aquí sin que se tuerza
su sentido, pues ella se limita
15 al que roba muchachas por la fuerza.
Mirad a fojas treinta y tres escrita
la absolución de Eulogio: allí se esfuerza
Leonor en inculcar que por su gusto
dejó la casa de su padre injusto.»

20 «¿Y quién dice fugas semejantes
merezcan escarmiento? El griego, el godo,
y el persa y el francés ¿qué hacían antes
si los padres les daban con el codo?
¿Quién dirá que los Dioses son tunantes?
25 Pues jamás perdonaron ningún modo
de obtener del amor la dulce copa,
dígalo el toro que arrebató a Europa.

«Aun hay más: estos robos a menudo
han producido imponderables bienes,
30 naciendo de ellos un varón membrudo

27. Alusión al robo de Europa por Júpiter en figura de toro.

que en verde lauro coronó sus sienes.
 Y oh tú, potente Roma! yo no dudo
 que si mil pueblos a tus plantas tienes,
 de las Sabinas lo debiste al robo!
 Quien no lo confesase fuera un bobo.» 5

Causó al principio risa más que enojo
 a los jueces discurso tan agudo,
 después uno empezó a cerrar el ojo,
 otro un bostezo reprimir no pudo:
 escapóse un respingo al menos flojo, 10
 y al que era más alegre un estornudo,
 y al fin y al cabo se durmió el Regente,
 cansado ya de su papel de oyente.

Mas despertóle Eulogio que abrasado
 como una grana levantando el rostro, 15
 «Basta, señor! le dijo a su letrado,
 que tanta necedad ya yo no arrostro.
 Señores, continuó, yo que un soldado
 sólo he sido hasta aquí, cuando me postro
 a pediros de hablar justo permiso, 20
 no os pienso fastidiar: seré conciso.

«Toda mi desventura ha procedido
 de haber amado con ardor extremo,
 y de haberme la suerte concedido
 correspondencia de mi bien supremo: 25
 Leonor por su cariño me ha seguido,
 y a mi conciencia contrariar no temo

5. Por si alguno encontrase inverosímil este modo de argumentar del abogado de Eulogio, debo prevenir aquí que esta imitación no hace más que dar una idea muy remota de los discursos de aquellos tiempos. Cualquiera que haya registrado algunas páginas de los manuscritos sobre la historia del país, que existen en nuestra Biblioteca, se habrá quedado asombrado de hallar que por lo menos sus dos terceras partes se pierden en digresiones y comparaciones fundadas sobre la historia antigua, y la mitología.

asegurando aquí que su pureza
no tuvo que sufrir de mi terneza.

«Para hacerla mi dueño, para darla
por siempre de mi pecho el señorío,
5 de su mansión me resolví a sacarla.
Es verdad que sus padres con impío
desprecio me prohibieron adorarla;
mas la sola razón de su desvío
fué no haber yo nacido en alto puesto:
10 toda mi culpa atroz consiste en esto.

«Ahora, pues, preguntad (siguió mostrando
un alto y venerable crucifijo,
que al juez que el cielo habita recordando,
en frente al tribunal se hallaba fijo),
15 preguntad a ese Dios si él expirando
en los tormentos de la cruz, maldijo
la estirpe mía, o si al rendir su aliento
abrió a todo hombre el celestial asiento.

«Mas si el juez de la tierra halla por justo
20 que sólo por quien soy se me castigue,
ni os tacharé por vuestro fallo augusto,
ni menos pediré que se mitigue.
Tanto he sufrido ya, tanto el injusto
destino ha largo tiempo me persigue,
25 que lejos de inquietarme por mi suerte,
casi os suplico sentenciéis a muerte.»

Dijo: el fiero Marqués con rostro arisco
lanza al mirarle por los ojos fuego,
y el influjo mortal del basilisco
30 quisiera que sobre él tuviesen luego:
en lenguaje violento como el risco
que de alto monte se desprende ciego,

«malvado!» prorrumpió, «¿juzgas que sea poca falta que un vil de tu ralea

contaminar con su mirada impura
la tierna flor de mi esperanza osase,
y el cristal que halagaba una aura pura 5
con su aliento pestífero empañase?
¿Quién eres, dime, tú, funesta hechura
del capricho de un jefe? y en qué base
disculpas forjas a tu arrojo indino,
vil robador, sacrílego asesino?» 10

Fuerte campanillazo en la ancha mesa
del Tribunal sonó, mas no bastara
a calmar del Marqués la furia aviesa,
si Eulogio en voz de trueno no exclamara:
«¿Quién soy yo, me decís? A toda priesa 15
cualquier campo de lid os contestara
esa pregunta que me hacéis triunfante,
si vos los consultaseis un instante.

«Mucho tiempo hace ya que una batalla
en Chile no se dió, sin que mi pecho 20
o el de mi padre fuesen dura valla
al furor enemigo; y a despecho
de ese orgullo feroz que en vos estalla
gloriosos nuestros brazos nos han hecho;
buscad en tanto vos los grandes hombres 25
de vuestra alcurnia, y repetid sus nombres!

«¿Yo hechura de un capricho? Pero acaso
los ascendientes vuestros algo fueron,
mientras vertiendo el oro a cada paso
una venal nobleza no obtuvieron? 30
Como hez inmunda en reluciente vaso,
su baldón en un título escondieron,

y porque así no quise yo ilustrarme
pensáis que sin temor podéis hollarme?

«Si al padre de Leonor en vos no viese,
Marqués, yo vuestro rostro escupiría...

- 5 Señores, perdonad que así se exprese
mi dolor un instante. ¿No podía
su rabia contentar que yo estuviese
aquí aguardando la sentencia mía
lleno de grillos e ignominia suma
10 como al que un crimen horroroso abruma?

«¿Era también preciso que el ultraje
viniese a completar la obra inhumana,
y que en silencio vil yo ni el coraje
tuviese de humillar su audacia insana?

- 15 *Sacrilego asesino* en su lenguaje
furioso me ha llamado, y esta vana
inculpación es fuerza que confunda
antes, oh jueces, que en silencio me hunda».

- «Sangre en el templo derramó mi espada,
20 mas fué por defenderme, fué. Señores,
por salvar a mi amante refugiada
junto a mi corazón, de sus furores.
Si vuestra alma no ha sido siempre helada
de la pasión más tierna a los ardores,
35 sólo haré esta pregunta a vuestro pecho:
«En situación igual ¿qué hubierais hecho?»

- Así termina Eulogio, y el semblante
volviendo a doblegar sobre su seno,
sonaron sus cadenas un instante,
30 luego quedó de movimiento ajeno.
El gran concurso que le oyó anhelante,
de entusiasmo y piedad a un tiempo lleno,

alzó de aprobación sordo murmullo,
del Marqués reprobando el fiero orgullo,

el cual quisiera hablar, y aun más vehemente
dar curso a la ira que su aliento exhala,
pero la campanilla del Regente 5
sonó, mandando despéjar la sala.
No fué largo el acuerdo, y nuevamente
al reo que aguardaba en la antesala,
entrar y arrodillarse le mandaron.
y así el injusto fallo le intimaron. 10

«Una doncella robasteis
pura, noble y sin mancilla,
y una sagrada capilla
de sangre humana empapasteis.
Las leyes que quebrantasteis 15
reo de muerte os reputan,
mas vuestros jueces computan
lo que a Chile habéis servido,
y en destierro indefinido
de este reino os la conmutan.» 20

A ninguno esta sentencia
pudo allí contento hacer,
y el pueblo dejó entender
a las claras su impaciencia.

Eulogio con ironía 25
dió gracias al Tribunal,
y el Marqués con infernal
furia el labio se mordía.

Una mirada volcánica
a los jueces arrojó; 30
su rostro desfiguró
una sonrisa satánica.

Y murmurando se fué:
«Si ellos en poco han tenido
la ofensa que he recibido,
yo mismo la vengaré!»

5 Condujeron a Eulogio al triste encierro
de lóbrega mansión, de do debía,
al primer rayo del siguiente día,
el camino emprender de su destierro.

Allí, como en la tumba se sepulta
10 cadáver yerto en impasible calma,
frío ostentando su firmeza de alma,
el reo al vulgo observador se oculta.

Más ay! Cuando a la hora señalada
los ministriles a sacarle entraron,
15 sola y desierta la prisión hallaron,
y su cadena en tierra destrozada.

Dan voces, se amenaza al carcelero,
registran la prisión, gente se invoca,
por la ciudad y campos se desboca
20 buscando a Eulogio un escuadrón entero.

Levanta una sumaria el escribano,
y jura el alguacil, la Audiencia amaga;
pero ni una vislumbre incierta y vaga
vino a aclarar las sombras de este arcano.

25 Las beatas decían que un prodigio
esta desaparición era sin duda,
que una horrible legión de diablos muda,
llevóse al preso sin dejar vestigio.

A fin de autorizar error tamaño,
30 cuentan que a media noche una vecina
se asomó para ver quién origina
rumor que siente por la calle extraño,

así como ignoran todos
la suerte que Eulogio tenga.

5 ¿Y quién puede imaginarse
lo que en vista de esta ausencia
sufrió la triste Leonora,
de horribles recelos llena?
Ella adora ¡ay infelice!
ella por larga experiencia
sabe que antes que su padre
10 el tigre su rabia enfrena;
y está viendo al hado adverso
tan tenaz en ofenderla
que abrigar no osa un instante
leve esperanza risueña.

15 Por fin al tercero día
estuvo el Marqués de vuelta,
sereno el rostro, y el alma
al parecer satisfecha.
En lugar de la sombría
20 meditabunda apariencia
que él al partirse llevara,
sus facciones más abiertas
mostraban que sus pesares
ya le inquietaban apenas,
25 fuese por estar vengados,
o porque a olvido los diera.
Sólo la amante Leonora
mirando esta calma tiembla,
y que es la nieve que encubre
30 un volcán furioso piensa.
Aun juzga que de su padre
en la mirada siniestra
hay algo que está anunciando
criminal acción sangrienta;

pues en torno sus pupilas
 los párpados que blanquean
 manchas rojas de repente
 de infausto agüero presentan,
 y cuando alguno de Eulogio 5
 el escape le recuerda,
 vagan atroces sus ojos,
 aunque él finja indiferencia.
 Convirtiöse en certidumbre
 el temor de la doncella, 10
 cuando un esclavo entrególe
 una carta con cautela.
 Un retrato dentro había,
 y con sangre cuatro letras
 mal trazadas, con las cuales 15
 daríanle horrible nueva.
 Porque alarido espantoso
 lanzó la triste al leerlas,
 y quedó por largo tiempo
 en hondo estupor envuelta. 20

Pocos días después, una mañana
 de las postreras del templado abril,
 de un convento de monjas la campana
 los aires hiere en vibraciones mil.

El sol que ostenta su esplendente llama 25
 sin un celaje por la esfera azul,
 sobre apiñados grupos la derrama
 vestidos de mantón y negro tul.

Mujeres son que corren la ancha vía
 que conduce hacia el templo del Señor, 30
 dando a su andar veloz nueva energía
 de la campana el lúgubre clamor.

«Ya no vamos a hallar hueco ninguno,
 una beata exclama por aquí.—

Ay, niña! si es horror: monjío alguno
de tanta bulla y confusión no ví.»—

«Dicen que ella va a ser sacrificada!»
una bella susurra más allá.—

5 «Harto lo ha merecido la malvada!»
responde en voz severa la mamá.

«Pobrecita!» una vieja solterona
dice, ostentando falsa compasión,
de aquella que a sus gustos se abandona
10 éstos al fin los desengaños son!»—

Así van hablando, y el paso aceleran,
pues ya desesperan
poder del monjío los lances contar.
Inútil empeño, y estímulo vano!
15 que desde temprano
de gentes el templo se ve rebosar!

Mil luces en sus aras centellean
aumentando del sol el brillo inmenso,
y por su ámbito vasto se pasean
20 espesas nubes de oloroso incienso.

Ya son las once, y reparar se deja
bien la inquietud con que el concurso aguarda,
cuando se corre el velo tras la reja
que el santo coro del convento guarda.

25 Por sus dobles hileras de pilares
atónita la vista se extasía,
admirando los tétricos lugares
donde al Señor se invoca noche y día.

¿De dónde viene ese clamor profundo
30 que súbito amedrenta el corazón?
Parece que cien voces de otro mundo
acordes alzan funeral canción!

Se siente discurrir por los recintos
internos esa triste cantilena,
ya se oyen sus acentos más distintos,
y ya del coro los espacios llena.

Envuelta en sus lúgubres sayales 5
de monjas aparece doble fila,
y sin mirar al pueblo, con ciriales
en misteriosa lentitud desfila.

Un momento su paso ha detenido,
y hasta los cielos su clamor se alzó, 10
el órgano con eco interrumpido
su entonación funesta acompañó.

Mas vedla ya marchar. ¡Cuánta fantasma
sólo a su voz atenta desaparece!
¿Es ilusión de un sueño que me pasma, 15
y para siempre al despertar fallece?

A la puerta del convento
corre el pueblo en confusión,
y acudir por dentro siento
hacia allí la procesión. 20

También al Marqués severo
y a la Marquesa yo miro,
y a su presencia suspiro,
porque la víctima infiero.

La vasta puerta de repente abrióse, 25
y lo interior del claustro descubrióse,
la procesión sombría allí se hallaba,
y ante el umbral al mundo presentaba
un momento a Leonora,
hermosa como siempre, encantadora, 30
coronada la frente
de perlas con diadema reluciente,

y ostentando más lujo en su vestido
que jamás el oriente ha producido:
era la triste un sol que relucía
más brillante que nunca en aquel día
5 para eclipsarse eternamente, era
una mansa cordera
que sin quejarse de su amarga suerte
iba sumisa a recibir la muerte.

Cubre su frente palidez süave
10 pero indicios no da de pena grave;
su tranquila mirada
en tierra está clavada,
y en sus mejillas que la fresca rosa
como antes ya no esmalta esplendorosa,
15 sólo de cuando en cuando se aparecen,
cual fugitivas sombras que incesantes
en sueños ven pasar los delirantes,
leves manchas que pronto desaparecen.

Y en su aparente calma
20 del interno dolor que sufre el alma
sólo se ven indicios algo ciertos
en sus cárdenos labios entreabiertos,
que a veces un temblor rápido agita,
como cuando una ráfaga ligera
25 la superficie de algún lago altera—
su seno ora palpita
en conmoción extraña,
mas ora inmóvil respirando, engaña—

Era la paz que el firmamento ostenta
30 cuando feroz se acerca la tormenta,
y al horizonte sube,
cual punto leve imperceptible nube.—

Mas el nevado encaje
 de su costoso traje,
 símbolo de su cándida inocencia,
 le infunde una apariencia
 tan celestial y pura, 5
 que el vulgo ver en ella se figura
 una paloma que hacia el alto cielo
 va suavemente a remontar su vuelo.

A fin de darla el postrimer abrazo,
 la Marquesa sus pasos avanzó; 10
 la joven al mirarse en su regazo
 ni extremo afecto ni aversión mostró.

Sólo una bella lágrima temblante
 se miró de sus párpados correr
 reconvencción que un pecho sollozante 15
 daba a una madre injusta al perecer!

Abrazarla el Marqués quiso a su turno,
 (la ceremonia lo pedía así)
 mas cual si espectro aterrador nocturno
 fuera, la joven le alejó de sí. 20

Asombráronse todos, y la madre
 reprendiendo su arrojó con furor,
 «¿Te olvidas, exclamó de que es tu padre?»
 —«Dejólo ya de ser!» dijo Leonor,
 «De sangre nos divide un mar horrendo, 25
 un mar que él nunca apartará de sí.
 ¿Su injusta voluntad no estoy cumpliendo?
 ¿Y qué más tiene que exigir de mí?»

Así exclamando temblaba,
 como la hoja sacudida, 30
 y de su vista encendida
 vivos rayos arrojaba.

De escándalo el pueblo lleno
por un momento encontróse;
pero al punto adelantóse
la procesión, y en su seno

5 quedó la víctima oculta,
 como débil navecilla
 que hecha pedazos la quilla,
 en las ondas se sepulta—

 La puerta volvió a cerrarse,
10 y la mística harmonía
 lentamente se entendía
 por los claustros alejarse.

 Pronto en el coro volvieron
 a entrar las monjas cantando,
15 y los cirios apagando,
 a sus asientos se fueron.

 Quedaron sólo dos junto a la silla
 que en medio el coro ocupa la abadesa,
 y Leonor, indefensa cervatilla,
20 en medio de ellas para ser su presa.

 De sus ricos vestidos la despojan,
 y los joyeles de su cuello y sien
 como galas inmundas los arrojan
 sobre el polvo en fanático desdén.

25 Y luego sus suavísimos cabellos
 que descendiendo hasta los pies están,
 pasando el hierro cortador por ellos,
 también al suelo sin dolor los dan.

 Leonor los vió caer, y aunque sus ojos
30 sobre ellos un instante se fijaron,
 no sin pena mirando esos despojos
 que un día mil bellezas envidiaron,

Empero esta aflicción pronto borróse,
y por su mente tan veloz pasó.
cual muere la ola que en tormenta atroce
bramando en medio de la mar se alzó—

¿Por qué sentirlos ya, si ella no ignora 5
que aquel que un tiempo los amó tan fiel,
es un cadáver insepulto ahora,
y ya no puede disfrutarlos él?...

A vestirla del saco se preparan,
pero al quitarla su postrer adorno, 10
que era un verde jubón, cielos! reparan
oculta cinta de su cuello en torno,

De la que pende con esmalte vario
de oro y rubíes, cual brillante estrella,
y a guisa de devoto relicario, 15
de hermoso joven miniatura bella.

Pretenden arrancársela al instante,
pero Leonor, su intento previniendo,
la aferra entre sus manos anhelante,
y resiste impertérrita diciendo: 20

«No, no puedo cederos mi tesoro,
el sólo bien que me dejó la suerte,
si no os ablanda mi doliente lloro,
antes que os lo llevéis, dadme la muerte.»—

«¿Qué es lo que hacéis?» exclama la abadesa 25
a este altercado con severo tono.—

«Es un retrato!» dícenle de prisa
las despojantes con piadoso encono—

«De quien?»—«De un joven!»—«Padre Dios Eterno!
Y en estos sitios conservar desea 30
todavía esa alhaja del infierno!
que yo en el polvo sin tardar la vea!»

La joven con gran dolor
tuvo que ceder su prenda,
última querida ofrenda
que Eulogio hiciera a su amor.

5 Mas ay! desde aquel instante
a impulso de su amargura,
se apoderó la locura
de su mente delirante.

10 Y olvidando lo pasado,
insensible a lo presente,
fué sólo un eco doliente
del huracán que ha acabado.—

Apenas revestida la tuvieron
del áspero sayal y ancho ropón,
15 cuando hacia la Abadesa la impelieron
a hacer su respetuosa sumisión.

Leonor obedeciendo reverente,
se arrodilló delante del sitial,
y recibió sobre su helada frente
20 la sacrosanta bendición claustral.

Levantóse después, y en torno al coro
las monjas todas abrazando fué,
parecida a un brillante meteoro
que por las tumbas divagar se ve.

25 Luego que visitó con paso lento
tanta fantasma muda y sin sentir,
que sólo se movía en el asiento
su fraternal abrazo a recibir,

30 de las rejas del coro cerca viene
do los padrinos alumbrando están,
doblega las rodillas, y sostiene
con su derecha un cirio que le dan.

E inclinados los ojos, ella escucha
la plática del padre confesor,
que se prepara en elocuencia mucha
a ser la lengua del divino amor.—

Mas era tanto el gentío, 5
y así por ver se agolpaba
a las rejas, que ya ahogaba
padrinos y confesor —

El cual clamaba en su aprieto:
«¿Qué irreverencia es aquesta? 10
sólo por ver una fiesta
a Dios perdéis el respeto?»

«¡Ea! pues, profano vulgo,
despejad que ya me ahogo,
si no me dais desahogo, 15
como hay Dios, que os descomulgo».

Gritando así, se enrojece
su rostro como un tomate,
mas no por eso el embate
del fiero tropel decrece. 20

Viendo al fin que en balde chilla,
resuelve no estar en bajo.
y no sin grande trabajo
se sube sobre su silla—

Allí luego su discurso 25
en dos partes dividiendo,
una reseña fué haciendo
del destino mundanal:

las espinas que entre flores
al que lo sigue depara, 30
y su sinsabor compara
con la beatitud claustral.

Adujo diversas citas
de la escritura sagrada,

y aunque nadie entendió nada,
a los más los convenció—

5 Leonor, con la vista fija
en tierra, le estuvo oyendo,
e ir en su rostro cundiendo
mortal palidez se vió.—

10 Pero cuando el sacerdote
le dijo: «si un día, hermana,
alguna pasión profana
pudo agitaros tal vez,

¡ay! relegadla al olvido,
porque esta mansión dichosa
a la que en Dios no reposa,
sólo es mortal lobreguez;»

e5 entonces los ojos la mísera alzando
vidriosos y turbios como ojos de un muerto,
y en risa frenética al pueblo mirando,
decir algo quiso su labio entreabierto.

20 Mas, ay! como suele en invierno aterido
helarse la lluvia en el aire al caer,
tan sólo lanzaron horrendo alarido,
sin que una palabra pudiese correr.

Su vista fijóse, sus miembros temblaron,
un vértigo horrible su frente sintió:
25 sin fuerzas el cirio sus manos soltaron,
y al fin sobre el suelo su cuerpo cayó—

Absorto su arenga cortó el predicante,
pasmado sintióse el concurso quedar,
las monjas corrieron el velo al instante,
30 que vino esta escena horrorosa a ocultar.

Media noche va a sonar,
brilla en el cielo la luna,

mas tal vez una importuna
nube la viene a entoldar:
nube que se ve rodar
negra, ominosa y tardía,
que a cada instante varía 5
su fantástico contorno,
y parece un triste adorno
puesto en salón de alegría.

Los campos y la montaña
ora hermosos resplandecen, 10
ora en parte se oscurecen
cuando la luna se empaña.
Y así en variación extraña
de trechos de luz y sombra
vagando el alma se asombra, 15
y sumida en amargura,
imagen a la natura
de la humana suerte nombra

El viento apenas suspira,
y el aire sin movimiento, 20
deja oír el rumor lento
del río que tardo gira.
Sólo rara vez se mira
algunas ráfagas flojas
sacudir las secas hojas, 25
que del tronco desprendidas,
van volando confundidas
a formar alfombras rojas.

Todo al pecho temeroso
anuncia ruina y espanto, 30
los claustros están en tanto
en silencio pavoroso.
Sólo turba su reposo

el ciprés que renegrea,
y el bulto denso menea,
cuyo funeraí ropaje,
sin que el otoño le ultraje,
5 del tiempo se enseñorea.

¿Qué figura estoy mirando
vagar por los corredores,
ora en pasos voladores
ora en lentitud marchando?
10 Nègra mortaja arrastrando
va, y el rumor de sus pies,
que apenas se oye, igual es
al murmullo de la brisa
que revolver se divisa
15 de su ropón al través.

Ya la ilumina la luna,
ya entre las sombras se esconde,
según el lugar por donde
la lleva su atroz fortuna.
20 No vuelve atrás vez alguna
el rostro, atenta a su objeto.
¿Es algún sucio esqueleto
que negra intención suscita,
y a cumplir se precipita
25 de alto conjuro el decreto?

Al pie del gran Campanario
y delante de su puerta
se detiene un punto incierta,
luchando en designio vario.
30 Tal vez su intento nefario
la amedrenta más allí,
más de repente la ví
resuelta desaparecerse,

y la puerta estremecerse
con raudo choque sentí.

Mudo de asombro he quedado,
y esa aparición un eco
triste, indefinible y hueco 5
en mi cerebro ha dejado.
¿Se habrá cual sueño alejado
porque yo su imagen borre?
No, que en lo alto de la torre
vuelve a aparecer. Miradla! 10
Descubre un rostro de gualda
su velo que se descorre.

La luna a sus anchas luciendo a tal punto,
me deja el semblante admirar de Leonora,
no ya rozagante cual brilla la aurora, 15
sí mórbido y triste cual sol ya difunto.

Ay! Cómo tan presto acercóse a la tumba?
Cual vagos recuerdos sus gracias ya son,
o incierta armonía que lúgubre zumba
si cubre la noche fatal panteón. 20

La lánguida frente sostiene en su mano,
y alzando los ojos sin lágrimas ya,
olvida a sus plantas el mundo profano,
y fija en los astros inmóvil está.

Mas oh! ¿Qué memoria de pronto la asalta? 25
¿Por qué sacudiendo en atroz frenesí
su hermosa cabeza, de súbito salta,
y dar, ay! dos vueltas en torno la ví?

El ruido del viento, el caer de las hojas,
del astro nocturno el sereno esplendor, 30
¿habrán en sus fibras relaxas y flojas
tal vez producido una imagen de amor?

Un canto parece a entonar se dispone;
su voz que al principio es un eco de muerte,
bien pronto endulzando su acento disone,
en harpa divina por fin se convierte.

5 Y atentos los aires, callados los vientos,
escuchan absortos la dulce canción;
la frígida torre a sus tristes lamentos
parece temblando sentir compasión!...

10 «Vuelan las hojas, la hojas
sin cesar volando van,
y todas al fin caerán,
porque es tiempo de morir.
Nacieron para secarse,
y aunque brillaron un día,
15 cada sol que amanecía
las acercaba a su fin!

Yo también brillé como ellas,
y ví envidiar mi ventura,
hoy ya ser se me figura
20 hoja que volando voy.
Un sepulcro y una amante
que sobre su mármol llora!...
¿Por qué yo no soy ahora
la que en el sepulcro estoy?...

25 Una mano me condujo
a un altar, y alguien decía:
¿por que lloras, vida mía,
cuando un cielo veo yo?
Y yo seguía llorando,
30 aunque la voz me animaba.
Cielos! y por qué temblaba?...
Ya todo se me olvidó!

¿Por qué a lo lejos no veo
 un incendio propagarse,
 el huracán levantarse
 y el viento en furor bramar?
 Tal vez el mar furibundo
 hasta esta torre llegara,
 y en sus olas yo mirara
 un cadáver blanquear!

5

¡Qué gloria morir con él
 aunque entre las olas fuese,
 sin que un tirano viniese
 nuestro abrazo a dividir!
 Mas ¡ay! para mi consuelo
 ni un cadáver me conceden,
 y sólo las hojas pueden
 junto conmigo morir.*

10

15

Morir! los ecos tristes repitieron,
Morir! el campanario resonó:
 la luna rojas nubes escondieron
 al punto en que Leonor desapareció.

20

Inmóvil la natura, silenciosa,
 y sumergida en honda lobreguez,
 de un desastre la nueva pavorosa
 está esperando con terror tal vez.

Un ruido sordo se oye de repente
 del Campanario en confusión salir,
 y luego las campanas el ambiente
 solas empiezan ¡oh portento! a herir.

25

¿Media noche será? ¿Llaman por suerte
 al coro a las esposas de Jesús...?
 Nó, que doblando están: en son de muerte
 lloran por alguien que dejó la luz!

30

Atónitas las monjas van saliendo
de sus celdas a prisa, y con sorpresa
tienden oídos al clamor tremendo
que el Campanario de esparcir no cesa.

5 Corren, se buscan, vuelven y admiradas
la causa se preguntan entre sí,
y reconocen de terror pasmadas
que sólo falta la novicia allí!

La abadesa en fatal presentimiento,
10 con luces y en estrecha procesión
a sus súbditas manda que al momento
la causa corran a indagar del són.

Sumisas obedecen, y caminan
temblando todas con pavor glacial;
15 mas no bien sus antorchas iluminan
del Campanario la mansión fatal,

y entre la incierta claridad se pudo
el techo percibir, cuando lanzaron
todas a un tiempo un alarido agudo,
20 al suelo las antorchas arrojaron,

y en espantosa confusión corriendo,
no paran hasta el medio del jardín...
Temblante aún, y de un cordel pendiendo,
a Leonor vieron rematar su fin!

.....

25 Una fosa cavada al otro día
del Campanario ante el cimiento había.
Sin aparato ni señal de duelo,
ni canto que por él se eleve al cielo,
un cadáver desciende a aquella tumba,
30 y mientras el azadón sobre él retumba,
la menuzada tierra apisonando,
ni un solo ¡ay! de dolor, ni un eco blando

con un *Descanza en paz!* a honrarlo vino.
Fué de Leonor el mísero destino
no reposar debajo el pavimento
del templo del Señor, donde el acento
del himno alzado a la Suprema altura, 5
hubiese mitigado su amargura.
Sólo fué dado saludar sus manes
al rugir de los fieros huracanes.
Al aire libre, al sol y lluvia expuesta
cual rosa que perece en la floresta, 10
al pie del Campanario está Leonora.
Y todas huyen su sepulcro ahora,
cual si estuviese por Jesús maldito.
Aun su memoria el claustro la ha proscrito
como sus padres a la triste en vida! 15
Ni jamás una flor se vió esparcida
sobre su lecho de eternal reposo.

Sólo en medio el silencio pavoroso
de la noche, una dulce melodía
en torno suyo resonar se oía, 20
preludiando de amor tiernos delirios.

Y en el invierno dos hermosos lirios
nacer sobre la tumba se miraban,
que al soplar de los cierzos enlazaban
sus pétalos llorosos blandamente, 25
imitando de amor el beso ardiente.

Dos aves entre tanto
venían a entonar su dulce canto
al rededor, y en ecos gemidores
contarse parecían los amores, 30
cuya historia encerraba aquel sepulcro.

Mas no bien claro el sol, y el cielo pulcro
anunciaban de alegre primavera

la brillantez primera,
cuando una y otra flor mustia y marchita
a un tiempo se secaban, cual si sólo
cuando ofuscaba el huracán el polo,
5 pudiesen existir, y la exquisita
aroma del verano
para ellas fuese destructor gusano.

Al punto la avecilla se alejaba
y a la desierta tumba no acudía
10 hasta que en el invierno venidero
el uno y otro lirio renacia,
y en eco plañidero
ella a seguir su lloro retornaba.

*
**

¿Qué suerte cupo al Marqués?
15 ¿Días serenos gozó
después que hirió sus oídos
la desgracia de Leonor?
Ay! a demostrarlo así
él aleve se esforzó,
20 y siguiendo en sus devotas
prácticas de religión,
insultaba al mismo cielo
con su hipócrita fervor.

Quizá insensato esperaba
25 que de su crimen atroz
jamás las densas tinieblas
alumbrase un resplandor.
¡Cómo débiles se engañan
los malvados! No tardó
30 muchos años en saberse
por pública y cierta voz

que uno de sus propios siervos,
lleno de espanto y terror,
de la muerte en los delirios
claramente reveló
que en aquellos mismos días 5
que Eulogio desapareció,
él en espesa montaña
de un campo de su señor
un cadáver mutilado
horriblemente encontró, 10
que exhalando corrompido
insoportable feto,
apenas se distinguía
que a un joven perteneció.
El le había sepultado 15
movido de compasión,
y por miedo largo tiempo
hondo silencio guardó.
¿Había sido de Eulogio
aquel despojo de horror? 20
Todos así lo creyeron,
y el Marqués de execración
universal abrumado,
largo tiempo no venció
su cruel remordimiento, 25
que como espectro feroz
le hacia la noche umbría
divagar por su mansión,
pidiendo misericordia
con doloroso clamor, 30
y sin que humano consuelo
diese alivio al corazón;
hasta que acabado el cuerpo
en horrible consunción,
entre espantosa agonía 35
su último aliento rindió.



INAMI O LA LAGUNA DE RANCO

(En Valdivia)

LEYENDA INDÍGENA

CANTO PRIMERO

Mecido por las olas que levanta
el Mar del Sur, ¿miráis hacia el oriente
una espumosa playa que os encanta
con perpetuo verdor resplandeciente?
¿Veis por do quiera alzarse una colina 5
do orgulloso domina,
sañudo defensor de un vasto puerto,
baluarte aterrador de alcance incierto?
Por estrecha abertura
¿veis internarse el mar y una ensenada 10
describir dilatada,
donde con lento curso y onda pura
más de un inmenso río
viene a hacer expirar su poderío?

Si amáis la libertad, si amáis la gloria
del bello pátrio suelo,
fijad la mente allí: grande es la historia
que ofrecerá *Valdivia* a vuestro celo.

- 5 ¡Cuánto esmero ponía
en otro tiempo España,
que este puerto la llave ser decía
de su indiano poder, y en cada extraña
nación temía un enemigo entonces,
10 en coronar cada abra de cien bronces!
Y la nave extranjera,
de tormenta o desastre precisada
a buscar un refugio en su ribera,
cuán humilde venía, la mirada
15 temblante dirigiendo a cada roca,
por si una enorme boca
la enviaba destrucción de allí, tronandol
Mas hoy pasó el temor: llega seguro
a un suelo hospitalario
20 el que se vió perdido en trance duro
de proceloso mar o viento vario.
Al absoluto dueño,
que alerta resguardaba su conquista
con receloso ceño,
25 la mano siempre sobre el arma lista,
la dulce confianza
de un pueblo sucedió más venturoso
que seguro en su propia lealtanza,
y de grandeza ansioso,
30 al extranjero tiende amiga mano,
y presto el nombre le dará de hermano.

Llegad pues sin temor! Cuán deliciosa
la tierra es que os recibe!
El eterno habitante

de ciudad populosa
 idea de su encanto no concibe!
 De civilización un vacilante
 primer albor apenas luce en ella.
 Mas si anheláis del mundo 5
 en su infancia admirar la imagen bella,
 penetrad por su bosque más profundo,
 donde el rayo del sol no halla cabida,
 y alto silencio a meditar convida!
 A las sublimes crestas 10
 subid, donde la vista se derrama
 sobre inmenso anfiteatro de florestas,
 o si perderse en horizontes ama,
 la pampa visitad del *Río Bueno!*
 ¡Qué de veces dejéme por el seno 15
 de aquellos mansos ríos,
 cuyo escondido curso ciñe y marca
 doble muralla de árboles sombríos,
 gozoso deslizar en frágil barca!
 Allí raro viviente 20
 al paso se os presenta, y solamente
 oís de rato en rato cómo exhala
 su lúgubre gemido alguna huala.
 Todo en torno es grandeza inmensurable,
 soledad y misterio impenetrable, 25
 dulce tranquilidad, solemne calma;
 pero en ese silencio ¡qué armonía!
 ¡Cuán inefable amor! su melodía
 celeste sólo allí comprende el alma!

23. La *huala* es una ave acuática de plumaje negro y canto muy melancólico, que se halla con frecuencia en los ríos y lagunas más solitarios de la provincia de Valdivia.

*
* *

No empero en esos bosques siempre el hilo
podéis seguir tranquilo
de vuestro delicioso arrobamiento;
y acaso un bello día del verano,
5 os distraerá del hondo pensamiento
el sonido lejano
del hacha destructora,
por los ecos del bosque más sonora.
Ay! su inflexible acero
10 hierde al padre quizá del monte entero,
coloso secular que vanamente
se imaginó seguro,
allá en lo más obscuro
cercándose de valla prepotente.
15 A aquel secreto asilo
va a perseguirle el enemigo filo,
y su propio grandor su muerte causa.
Él, cuando ve a su tronco
el golpe larga brecha abrir con pausa,
20 doblega triste la cerviz erguida,
y en un gemido prolongado y ronco
da a sus hijos la eterna despedida.
Duro es entonces contemplar del fuerte
la estrepitosa muerte,
25 y cómo a muchos otros arrastrando,
en tierra se derriba suspirando!

*
* *

Es crepúsculo aquel de una mañana
bella de ilustración y de grandeza,
que a iluminar el horizonte empieza
30 de aquella tierra hermosa,

de porvenir y de esperanza ufana!
 No es claridad dudosa,
 crepúsculo expirante
 de un pueblo que ha cumplido su destino,
 y en curso fatigado y anhelante 5
 sembrando va de escombros su camino.
 Así mudanzas es el universo!
 Si un pueblo allá perece,
 con sus ruinas otro se engrandece,
 y a un encanto sucede otro diverso. 10
 Mas mientras se apresura
 la suerte bienhechora
 a tornar día la presente aurora,
 dejadme disfrutar de su hermosura.
 ¡Cuánto amo yo su dulce incertidumbre! 15
 Y cuánto me entristezco
 cuando en lejana cumbre
 nubes de humo cubrir advierto el día
 y de fuego tornar su ambiente fresco!
 anuncio de que entera 20
 el hombre alguna selva encantadora
 ha convertido en anchurosa hoguera,
 por sustituirle la era productora!
 Inmensa destrucción que nunca alcanzan
 a hacer menos sensible 25
 esos árboles nuevos que se avanzan
 en cercos invadiendo la apacible
 pradera, y los madroños
 creciendo sin cesar de los retoños,
 por defender del hombre aquel terreno. 30
 de bendiciones celestiales lleno.
 Todo ese esfuerzo es vano!
 Y si quiere la suerte que yo vuelva
 al fin de algunos años a esta selva,
 donde hoy me dan su sombra 35
 el *ulmo* y el *reuli* y el *avellano*,

sólo de un prado la extendida alfombra
hallaré en su lugar, o un edificio
de que me aleje el mundanal bullicio.

*
* *

Aun aquí, pues, naturaleza brilla
5 en su primera majestad sencilla,
majestad, sencillez que humanas obras
no igualarán jamás. Es su belleza,
como la del salvaje,
sublime y admirable en su aspereza.
10 De bárbara pasión con el coraje
las tempestades mismas se difunden,
que sin cesar su atmósfera confunden.
Escúchase a menudo,
los techos agitando
15 y aun los frágiles muros doblegando,
el soplo bramador del viento rudo.
Nubes ennegrecidas,
como de combatientes densas hordas,
se lanzan de los montes
20 y cubren de negror los horizontes.
Braman al lejos sordas
las olas de la mar enfurecidas,
y del Norte a los fieros arrebatos
gruesa lluvia la tierra inunda a ratos.
25 Tal vez un remolino
hace crujir cien robles;
agítalos, sacúdelos, en dobles
sentidos los embiste,
y al fin, nada a su esfuerzo se resiste,
30 siembra de sus despojos el camino.
Sus aguas acrecienta y todo absorbe
revuelto el *Calle-Calle*. Inmensa guerra
parece ser el orbe,

y al dilatarse rimbombando el trueno,
 creyérase tal vez que de la sierra
 descienden a los llanos,
 montados en violentos corredores,
 y alaridos lanzando aterradores, 5
 nubes de conjurados araucanos!

*
 * *

Mas después que ha durado vario día
 ese obstinado choque de elementos,
 más apacibles vientos
 vienen la niebla a desterrar sombría. 10
 ¡Cuán bello se presenta entonce el cielo!
 Cómo el llano y el monte se engalana!
 y el suavísimo ambiente con qué anhelo
 ya libre el pecho a respirar se afana!
 Lago de plata el río se convierte 15
 sobre su fondo trasparente, obscuro,
 y el cáliz de las flores,
 sembrando por do quier sus mil colores,
 un oceano de perfumes vierte.
 En rápidos cambiantes, 20
 al torrente de luz que el sol despide
 sobre horizontes del zafir más puro,
 los verdes resplandecen más brillantes,
 e inmensa reflexión la vista impide!
 Resucitar parece la natura 25
 de un prolongado sueño de quebranto,
 y en medio aquel encanto,
 donde ella se prodiga sin medida,
 la ciudad renaciente que algún día,
 como hija predilecta del chileno 30
 Conquistador, su nombre recibía,
 de su recinto ameno
 se eleva, cual de un lecho de esmeralda,

y mientras la onda muda
viene del río a acariciar su falda,
el labrador de lejos la saluda.

*
* *

Sencillas, naturales,
5 como el aspecto mismo de su suelo,
del indígena allí son las costumbres;
y si han perdido ya los primordiales
rasgos feroces, dan bajo ese velo
aun de la antigua rustiquez vislumbres.
10 El tétrico estampido de la planta
del corcel araucano,
corriendo hacia el *malón* violento, insano,
en medio aquellos bosques ya no espanta;
mas ni largos esfuerzos han podido
15 entre sus habitantes el influjo
de la superstición ver abolido.
Para ellos siempre de maligno brujo
por ensalmo traidor viene la muerte,
y al misterioso *machitún* se entregan
20 si a adormecer de inerte
autoridad la vigilancia llegan.
Siempre en sus pechos vive inalterable
el odio a la invasora
raza y el esperar que favorable
25 se preste el hado un día
a proteger su saña vengadora.
Duerme, pues, del león domesticado
el instinto feroz, y si bien tarda
en estallar, tan sólo a ser aguarda
30 por ocasión segura despertado.

19. Ceremonia supersticiosa en que el machi, o médico adivino, hace el principal papel.

¿La voz del Evangelio convertirlo
 podrá en cordero manso,
 antes que él abandone su descanso?
 Es lisonjero al menos presumirlo
 cuando en la solitaria 5
 misión se ve de indígenas el coro,
 al esconderse el sol y al levantarse,
 ante el Dios verdadero prosternarse,
 y con eco sonoro,
 himno de amor profundo, 10
 cual de inocente infante la plegaria,
 alzar contento al Redentor del mundo;
 cuando en las aulas se oye al rudo niño,
 aunque arrancado al paternal cariño
 de contrarios favores receloso, 15
 silabear afanoso
 el símbolo cristiano en la cartilla,
 de donde a su pesar, sin que él lo note,
 benéfica semilla
 pasa a echar en su mente lento brote. 20
 Así es como se lucha
 por domar de una vez el genio indiano;
 pero si bien no en vano
 espera con fe mucha
 el corazón filántropo que un día 25
 su tenaz resistencia se modere,
 está lejano el tiempo todavía
 en que la entera rendición se opere.

*
* *

Y a pesar que natura,
 sabia a unir propendiendo en toda parte, 30
 los hábitos procura
 de entrambas razas confundir con arte,
 y hacer, sin que lo sientan ellos mismos,

por más que mutuamente se motejen,
que el indio al español y aqueste al indio
por numerosos rasgos se asemejen,
el dedo del indiano siempre indica,
5 cual blanco a su nación de vituperio,
a todo el de su sangre que se aplica
a amoldarse más pronto al cautiverio;
y en tanto el español, más orgulloso,
exáltase furioso
10 si un hijo de su lecho
osa a indiana belleza dar su pecho,
y en himeneo sacrosanto aspira
a eternizar la llama que le inspira.
Es, pues, de esa aversión y odio obstinado
15 amor el que más sufre en la reyerta,
amor a quien el cielo ha reservado
abrir a la fusión más ancha puerta;
amor que por feliz presentimiento,
seguro de que a él sólo pertenece
20 el lauro principal de la victoria,
por los contrastes propios más violento,
entre ambas razas se produce y crece.
En la sencilla historia
que voy a referir, una ternura
25 de esa especie figura,
y triste y lamentable como es ella,
si al relatarla yo cual a mi oído
cierto día llegó que enternecido
delante estaba de su escena bella,
30 del lector a los ojos una rara
lágrima se asomara,
el premio para mi más apreciable

3. Lo que aquí se dice de la raza española debe sólo entenderse de las clases inferiores del pueblo, porque la clase más elevada, de su principal población sobre todo, posee costumbres tan civilizadas, que tiene bien poco que envidiar a este respecto a nuestra propia capital.

sería que esa lágrima influyera
 en allanar más pronto la barrera
 que esa fusión difiere inevitable.

*
 * *

Majestuoso eslabón de la cadena
 de líquidos depósitos formados 5
 del lloro de los Andes empinados
 en la extensión de aquella tierra amena,
 tiende el lago de *Ranco* su onda pura
 tan leve y cristalina,
 que estando quieta, calculáis su hondura. 10
 Él, cual señor pomposo, allí domina,
 y de su vasto lecho al centro mismo,
 como alegres náyades se levantan,
 sus pies humedeciendo en el abismo,
 diversas islas bellas, 15
 cuyos ropajes de esmeralda encantan.
 Desiertas, solitarias están ellas,
 mas no así la mayor que en medio luce,
 como una madre amada,
 de sus jóvenes hijas rodeada. 20
 En libre paz allí se reproduce
 pequeño pueblo indiano,
 de los valientes del Arauco hermano,
 pero enseñóle amiga la experiencia
 que era el mejor baluarte 25
 para gozar tranquilo
 largos años su dulce independencia,
 ignorado, abstenerse en tal asilo
 del ejercicio del sangriento Marte.
 Sólo de tarde en tarde algún devoto 30
 misionero llevó del Cristianismo
 la semilla primera
 a aquel campo remoto,

más ¡ay! que tan de paso la esparciera,
que pronto ahogó su fruto el gentilismo.
Acaso allí también, un día al año,
de baratijas lleno,
5 aportar suele el mercader chileno,
armado de la astucia y del engaño.
En cambio de sus pieles
licores les conduce y cascabeles;
mas ni luengo hospedaje
10 pudo obtener jamás de aquel linaje,
ni, faltar de un batel, cuando arribaba
a la ribera occidental del lago,
su onda surcar podía,
si la canoa isleña no llamaba,
15 entre la niebla umbría,
de una hoguera nocturna al brillo vago.
Así es como celosos,
sin ausentarse nunca de su asiento,
a mantener se esfuerzan su aislamiento;
20 y a cuentos misteriosos
frecuente origen dan sus precauciones,
y del salvaje instinto la recitura,
que la habitual dulzura
enturbia alguna vez de los varones.

*
* *

23 Aire nuevo de encanto
a todo da entretanto
de aquellos sitios la variable escena,
cuyo feliz recuerdo de fragancia
aun el alma enajena
50 después de largo tiempo, a gran distancia.
Cada hora se señala en la laguna
por su distinto aspecto. Es mar de plata
si la sombra importuna

luz de naciente aurora desbarata,
 con que el rojo horizonte se colora.
 Ella en ligeros círculos se riza
 temblando suavemente,
 como tiembla la virgen inocente 5
 si el primer beso del amor la hechiza.
 Parecen recordar de un blando sueño
 las islas y en silencio vaporoso
 por grados disiparse su beleño.
 El cielo, en mil celajes fulgoroso, 10
 tiene el color perlado de la pura
 frente de una hermosura,
 cuando a salir empieza del reposo.
 Pronto sobre las cimas se levanta
 el padre de los astros, derramando 15
 torrentes de fulgor que rielando
 disipan por doquier la leve niebla,
 cuyo pálido gris las cimas puebla.
 Brillantes, vibradores
 las islas desenvuelven sus colores; 20
 el ánade y el cisne en vuelo vago
 a circular comienzan sobre el lago,
 y el cántico de amor, en dulce acento,
 por donde quiera se alza al firmamento.

A medida que el sol su curso avanza, 25
 de un azul más subido
 veis del lago el aspecto revestido
 y la riscosa cumbre en lontananza.
 En varia sucesión van pareciendo
 islas y cerros encubiertos antes; 30
 los rayos revibrantes
 de la luz, ilusiones produciendo,
 ora esbeltos castillos allí forman
 con torres almenadas,
 ya en soberbias moradas 55

ceñidas de vergeles los trasforman.
La brisa sobreviene
al acercarse el grato mediodía,
y entonces a tomar el lago viene
5 el tinte de alta mar en bello día.
Su superficie obscura
con repetidas olas agitada,
se mira coronada
de trecho en trecho de blanquizca espuma,
10 do garza viajadora
desciende a remojar la leve pluma,
y la ola gemidora
de la ribera expira en los espacios,
rodando piedras mil como topacios.
15 De los Andes el albo cortinaje,
por líquidos reflejos repetido,
remata hacia el oriente este paisaje.
Pero ningún sonido
del hombre la presencia allí pregona,
20 ni el céfiro armonioso
impele sobre el lago blanca lona,
o lleva a los oídos otro acento
del inmediato bosque deleitoso,
que la dulce plegaria
25 con que un habitador para su asiento
pidiendo está la playa solitaria,
semejante al Edén cuando atendía
su morador, increado todavía.

Mas al llegar la tarde,
30 cuando ya el sol declina hacia el ocaso,
por grados va cesando aquel alarde
y el movimiento siendo más escaso,
Calma el ruido y al sopor se entregan
la selva y la laguna: en el retiro
35 las alas de los céfiros se pliegan,

y apenas ya si exhalan un suspiro,
 o de la ola, indolente a sus halagos,
 el dorso en raras ráfagas remecen,
 donde fugaces chispas resplandecen.
 Así de alegres lampos se ilumina 5
 la frente de una hermosa,
 y sonrío feliz si en el ensueño
 de siesta deliciosa
 oír del caro dueño
 el adorado acento se imagina. 10
 Todo es recogimiento y dulce calma
 en derredor. El tinte sonrosado
 recobra lentamente el arduo monte
 y la onda quieta su matiz perlado:
 hasta que viendo al sol que al horizonte 15
 vecino, le abandona,
 recuerda cada objeto a despedirle,
 y el himno de la tarde grato entona,
 a fin que aun otro día
 él torne a restituírle 20
 con luz no' menos bella su alegría.
 Entonce a retozar salen las hadas
 al rayo de la luna, que ya asoma
 sobre la andina loma,
 por el lago y las islas fortunadas. 25

*
* *

Era una tarde tal
 cuando por la selva umbrosa
 que a la parte del ocaso
 sirve a *Ranco* de corona,
 corría hacia la ribera 30
 un corcel, cuya sonora
 planta el cascajo ora huella,
 ora el helecho destroza.

El jinete es un mancebo
gallardo, cuya española
raza anuncia la blancura
del rostro y la leve sombra
5 que el juvenil bozo tierno
da a sus facciones hermosas.
Un sombrero de anchas alas
con trabajo le aprisiona
el rubio cabello undoso.
10 Los azules ojos brotan
una arrogancia mezclada
de dulzura bondadosa,
siempre que el ajeno orgullo
no la excita o la provoca.
15 A los gratos atractivos
de que pródiga le colma
la natura, hoy su desgracia
encanto mayor redobla.
Parece preocuparle
20 alguna extraña zozobra,
pues llegar a las orillas
del lago tanto ambiciona,
que un momento no detienen
sus miradas vagarosas
25 las silvestres maravillas
a cuyo través galopa.
Logra por fin su deseo;
su curso limita el onda
a tiempo que en pie tenerse
30 el corcel apenas logra.
En medio del sobresalto,
la vista extiende anhelosa
por toda la playa, en busca
de un objeto que le importa
35 mucho más que sus bellezas
en aquella fatal hora.

Ofréceselo el destino
favorable. No remota
una embarcación divisa
pequeña, que la carcoma,
sin uso, varada en seco, 5
hace tiempo deteriora.
A tal vista de su frente
viene a iluminar las sombras
veloz rayo de alegría.
Escucha un momento, absorta 10
la mente, inmóvil el cuerpo,
la respiración más corta,
si del bosque algún ruido
traen las auras voladoras.
El evento ha confirmado 15
sus recelos, pues que torna
de repente a dominarle
más violenta la zozobra.
El corcel inquieto aguija
hacia el esquife, desmonta, 20
y con tal ardor lo impele,
que presto en las aguas flota.
Con dos ramas que desgaja
de un árbol vecino, apronta
dos remos; de silla y freno 25
a su bayo fiel despoja:
luego con un tierno abrazo
su gratitud le denota,
y le indica que se aleje
por las selvas sin demora. 30
Pero el trotador no muestra
aceptar la dolorosa
despedida, y sin moverse,
mira triste cómo toma
la embarcación y se aleja 35
raudo al través de las ondas.

Entonces con un relincho
parece indagar si en otra
coyuntura habrán de verse;
y como a distancia corta
5 ya de otros caballos sienta
la carrera más sonora,
internándose en el bosque,
al lado opuesto galopa.
Diez guerreros de semblantes
10 feroces al punto asoman
a la orilla; y cuando han visto
al que fugitivo acosan
escaparse por el lago,
le gritan con voz furiosa
15 que vuelva, haciéndole blanco
de sus gruesas tercerolas.
El sólo da por respuesta
a su intimación la mofa,
y al momento atruena el aire
20 con sus descargas la tropa.
Viendo rápido al mancebo
inclinarse en la canoa,
le juzgan de muerte herido
y alzan grito triunfadora.
25 Pero presto a levantarse
impávido el héroe torna;
y aunque sangriento aparezca
su brazo, más fuerte boga.
Los enemigos se avanzan
30 hasta dentro de las olas
para seguir sus descargas;
mas aunque el muslo se mojan,
vanamente ya le apuntan,
porque suerte venturosa
35 fuera de su alcance ha puesto
la embarcación a tal hora.

Sin medios de perseguirle,
desperados le abandonan;
pero al fugitivo juran
será breve su victoria,
pues al más remoto asilo
irle a buscar tanto importa,
que no ha de quedar impune
el delito que le agobia.

5

*
* *

Lentamente adelantaba,
salvo ya, el huyente esquife,
sea que abundosa el agua
sus aberturas admiten,
o bien que el reciente esfuerzo
al canso piloto impide
con el remo inadecuado
el darle empuje más firme.
Así solo cuando empiezan
ya las sombras a esparcirse,
cerca de la isla habitada
dudoso arribar consigue.
Deja un breve instante el remo,
y a las riberas dirige
sus ojos, escudriñando
con qué agüero le reciben.
Látele gozoso el pecho
cuando en plácidos pensiles
una hermosa pastorcilla
retozando allí distingue.
Alba y pequeña cordera
ella riendo persigue,
que de su querido alcance
huir empeñosa finge;
mas la esquivéz deponiendo,

10

15

20

25

20

presto asir se deja humilde,
pone en sus manos, que lame,
la frente, y su halago admite.
A este tiempo la pastora
5 sobre las hondas percibe
ruido desusado y torna
el rostro a indagar su origen.
La sorpresa que le causa
la aparición del esquife,
10 en el plácido semblante
al momento se describe,
y cual se ve por el prado
bella cierva espavorirse
si mientras que retozaba
15 con sus hijuelos, distingue
jinetes a la distancia,
y dudando si peligre,
se apresta a emprender la fuga,
así la indiana sílfide
20 se asusta y va a retirarse,
mas, el extranjero humilde
sus vestidos la ha mostrado
cubiertos de rojo tinte.
Luego alzándose en la barca,
25 que viene de paz exprime
con tales señas, que logra
que ella al fin se tranquilice,
y comprendiendo que implora
su tierno socorro un triste,
30 movida a piedad aguarda
que el esquife lento arribe.
Reanimado el blanco joven,
se apresura, y de la virgen,
mientras más se acerca, admira
35 más las gracias femeniles;
a cuyo conjunto bello,

tal vez en su mente finge
 ser el hada seductora
 que aquellos dominios rige.
 Apenas de la ribera
 la arena toca el esquiŕe, 5
 salta a sus plantas y asilo
 para un desgraciado pide.
 Ella en turbación parece
 al ruego acceder sensible;
 pero consultar primero 10
 a un padre el deber la exige.
 Retirando pues su mano
 de las del joven que imprime
 un ardiente beso en ella,
 que se aguarde le apercibe, 15
 y en la floresta inmediata
 se esconde, ágil como el lince,
 corriendo en busca de *Colpi*,
 que no lejos de allí vive.

*
 **

Apenas *Inami* (el nombre 20
 era aqueste de la virgen)
 se vió en presencia de *Colpi*,
 de la isla primer Cacique,
 y padre que la adoraba
 más que a la luz, más que el cisne 25
 a las nativas riberas,
 ardorosa así le dice:
 «Padre mío, un extranjero
 tan bello cual no pudiste
 nunca a un hombre imaginarte, 30
 huyendo furias hostiles,
 herido, lléno el ropaje
 de sanguinosos matices,

ha llegado a estas riberas
y asilo viene a pedirte.
Débil, pálido le dejo
muy cerca. Mis pasos sigue,
5 que tu compasión no tuvo
nunca objeto más sublime.»
A estas voces ya le arrastra,
sin que él pueda resistirse,
ni atender ella a las varias
10 preguntas que la dirige.
Llegados a donde el joven
los isleños que el esquife
desde las alturas vieron
arribar de tierra firme,
15 rodeaban ya encantados
de sus gracias juveniles,
por un breve espacio atento
le observa y mudo el Cacique.
Pero pronto disipados
20 sus recelos, con civiles
ademanes al saludo
contesta que de él recibe.
Luego afable le pregunta:
«Oh huaina, cuál es tu origen?
25 Por qué causa, ensangrentado,
a estas islas acudiste?»
—«Mi nombre», el blanco replica,
«es Alberto; en los confines
valdivianos he nacido,
30 y aunque española mi estirpe,
los indios de mi ascendencia
nunca un daño recibisteis.
Servidor del rey me nombra
su milicia, si es un timbre;
35 y aun en ella he conquistado
vario distintivo insigne.

Mas mis propios compañeros
al presente me persiguen.
Fuí insultado por un hijo
de mi jefe: era insufrible
el agravio, y solamente 5
sangre había de extinguirle.
Al combate le provoqué;
y sea acaso felice,
o bien que los justos cielos
a la buena causa asisten, 10
en la lucha ante mis plantas
cadáver yerto extiéndile.
Poderoso era su padre,
su venganza irresistible.
Temiéndola me oculté, 15
y tan a tiempo lo hice,
que al momento comenzaron
las pesquisas más sutiles.
Por campos y poblaciones
espárcense ministriles, 20
violan la mansión paterna,
y aun para hacer más difícil
mi escape, por mi cabeza
premios ofrecen no viles.
Como lejos de calmarse, 25
con furia mayor revive
cada día el odio adverso,
obstinado en perseguirme,
vi al fin que iba a ser su presa
si no huía a otros países. 30
De mis padres, por mi ausencia
angustiados, despedíme,
y me encaminé en la noche
del Arauco a los confines.
No logró mi fuga empero 35

de tal misterio ceñirse,
que adivinada no fuera
de los contrarios ardides.
Los atajos se me toman;
5 sólo puedo dirijirme
con peligro a vuestro lago,
y esta sangre claro os dice
que si por milagro el cielo
no me ofrece aquese esquife
10 en la playa, yo sería
ya un cadáver insensible.
Ved, pues, si asilo piadoso
me otorgáis en esta crisis,
tan sólo mientras renacen
15 días menos infelices.»
Dice el joven, y contesta
a su inquietud el Cacique:
«Si es tu relación sincera,
(y tu aspecto no permite
20 dudarlo) desde este instante
mi hospitalidad te admite,
y aun mi protección te ofrezco
todo el tiempo que peligras.
Que eres un valiente anuncia
25 tu desgracia, y te persiguen
cristianos: con esto basta
para que un indio te abrigue.
Mas veo que tu flaqueza
se aumenta, y la sangre tiñe
30 más abundosa tu brazo.
Ven, e Inami te acredite,
en mi mansión, los desvelos
de la amistad de un Cacique.»
Los indios con alto aplauso
35 tales ofertas reciben;

al agradecido huésped
forman escolta, y dirigen
a la principal cabaña
su marcha, que Inami rige.

CANTO SEGUNDO

Cuán pérfido te deslizas
en pecho inocente, amor!
Con qué halago seductor
al principio le electrizas!
5 Atento a fundar tu imperio,
entre mágicos colores
le disfrazas los rigores
de tu triste cautiverio.

De fulgorosos zafiros
10 le ostentas un panorama,
donde es de vida tu llama
y delicias los suspiros.
Son de rosa los celajes
que cruzar su aire se ven.
15 No alcanzan a tal Edén
al parecer los orajes.

Al festín desconocido
se lanza el alma en demencia,
cree que una nueva existencia
20 de repente ha recibido;
estremeciéndose abraza
aquel fantasma engañoso,
y del néctar venenoso
bebe hasta apurar la taza.

25 El negro presentimiento
ni un instante la intimida,
y en su grato ensueño olvida
que no hay seguro contento.

Ay me! que cuando la hora
resuene de la mudanza,
será a su ilusa esperanza
tu traición más torcedora!

Así a Inami has cautivado 5
des que a Alberto ha conocido:
resplandor jamás sentido
su cabaña ha iluminado:
cada objeto la parece
revestir encanto nuevo. 10
y a presencia del mancebo
todo en torno se embellece.

Con sobresalto palpita
cuando eña su herida cura,
y al convencerse no augura 15
peligro, se felicita.
¡Cuán solícita prepara
blando lecho a su reposo,
y alimento sustancioso
con que él su vigor repara! 20

Mas cuando la comitiva
la cabaña desocupa,
y el sopor a Alberto ocupa,
a igual beneficio esquivada,
cómo cerca de ese lecho 25
mirando aquel rostro vela,
de que el descanso revela
nuevas gracias a su pecho!

Mil ideas se acumulan,
y rodando por su frente, 30
convierten en cielo ardiente
la mansión, blandas la adulan.

Agradecida al tesoro
que sin duda un Dios la envía,
se remece y se extasía
en nubes de grana y oro.

5 ¿No es más bien ese mancebo
el genio a su vida unido,
que esa forma ha revestido
de su afecto en gaje nuevo?
Ella así se lo figura
10 entusiasmada, y entonces
¿qué poder habrá que tronche
su eterna dicha futura?

 Aun la misma adversidad
con él encantos tuviera,
15 y apreciar mejor la hiciera
su inmensa felicidad.
¡Oh qué horizontes tan bellos
que ella ni aun imaginaba,
rielar do quier miraba
20 en infinitos destellos!

 Así la ponzoña bebe,
y delirando suspira,
y los ojos no retira
del semblante que la embebe.
25 Y dos almas seductora
tu cadena, amor, enlaza,
que si una en vela te abraza,
el otro en sueños te adora.

 De Alberto el rostro se anima,
30 porque el sopor le renueva
los trances de amarga prueba
a que su valor dió cima.

Y al propio tiempo le halaga,
dísipando sus dolores,
la virgen de los amores
que en torno a su lecho vaga.

Lucir ve en su frente pura 5
de inocencia una aureola,
y simpática arrebola
la sonrisa su hermosura.
Los ojos son fuentes vivas
de ternísimos consuelos, 10
y música de los cielos
sus palabras compasivas.

Embriagadora ambrosía,
si ella marcha la rodea, 15
su apostura es de una Dea,
todo en ella es armonía.
Y aun si acaso desaparece,
tan intensa es su memoria,
que el encanto de su gloria
más brillante permanece. 20

Así la noche pasó,
brilló la aurora siguiente,
e Inami insomne, impaciente
adonde el huésped voló.
Alberto con el reposo 25
se siente restablecido.
Y lo anuncia enternecido
a su indagar amoroso.

Aun deseos manifiesta
de dejar al punto el lecho, 30
porque respire su pecho
el aire de la floresta.

Breve resistencia ensaya
Inami; pero al fin cede,
y ella misma le precede
por prado, floresta y playa.

5 A los sitios más amenos
por la mano le conduce
y ora a reposar le induce
cabe recodos serenos
de algún arroyuelo manso,
10 donde entre césped y flores
en los estivos ardores
ella hallaba su descanso.

Ya con él sube a una altura
donde el lago se divisa,
15 y una deliciosa brisa
salud infunde y ventura,
allí a sus pies le señala
cómo bala y se alboroz
el rebaño que retoza
20 entre la verdosa gala.

Ay! el día antes él era
tal vez su único cuidado,
con el cerco cultivado
de la rubia sementera,
25 y si al que hoy forma su goce,
exclusivo los indica,
que en ellos no significa
sino un recuerdo conoce.

Allá entre bosque de *lumo*
30 las cabañas le presenta,
de do el isleño se ausenta
y empieza a elevarse el humo.

¡Cuán dulce calma respiran!
 Cómo se ve que serenas
 en domésticas faenas
 sus mañanas siempre giran!

Alberto nada descubre 5
 que no anuncie allí una vida
 de perpetua paz ceñida,
 que ninguna alarma encubre.
 Y su pecho rebosando
 también la dicha y la calma, 10
 la grata emoción del alma
 exhala en suspiro blando.

Ya los perdidos colores
 de nuevo su rostro adornan,
 a brillar sus ojos tornan 15
 con los usados fulgores.
 Y absorto por la alegría,
 estático de embeleso,
 a Inami, imprimiendo un beso
 en su mano, estremecía. 20

A tal temblor solamente
 él reconoce su arrojo,
 la turbación y el sonrojo
 se retratan en su frente.
 Y balbuceando la dice: 25
 «Oh perdona, ángel amado,
 si otra lengua no ha encontrado
 la emoción de un felice!

«Es tanto lo que te debo!»
 —«Nada aun he hecho por ti. 30
 Te encuentras dichoso aquí?»
 —«Siento que vivo de nuevo.»

—«Entonces por el prolijo
esmero con que acreciente
tu dicha, que nunca ausente
te lllore no más exijo.»

5 Dice así, de la colina
desciende con el amante,
y de gozo delirante
a las chozas se encamina,
do cada habitante isleño
10 recibe al mancebo grato,
y con obsequioso trato
pone en festejarle empeño.

 ¡Cómo todos admiraban
aquella pareja hermosa,
15 que una suerte venturosa
haber unido juzgaban!
Muchos a Alberto decían
que junto a tal compañera
justo que viviese fuera,
20 pues ambos se merecían.

 ¡Oh poder de la virtud!
Alberto recién llegado
de toda alma ha desterrado
la sospecha y la inquietud!
25 Y las prendas que retratan
su rostro y sus ademanes,
como invencibles imanes,
los afectos arrebatan.

 No hay ya quien no se interese
30 por él, nadie que no acuse
a sus contrarios y excuse
la causa por que padece.

Nadie que no esté dispuesto,
si lo exige su amparanza,
a blandir por él la lanza
con imperturbable arresto.

La gratitud que él tornaba
a tales demostraciones, 5
más y más los corazones
a su amor encadenaba.
Y para Alberto aquel día
y cuantos después siguieron, 10
tan sólo motivos dieron
de la más pura alegría.

La llama de ambos amantes
también sin cesar se acrece;
cada uno de ellos padece 15
si se ausentan por instantes.
Necesidad imperiosa
sienten de estar siempre unidos,
gozando de los sentidos
la embriaguez más deliciosa. 20

A Alberto sólo lastima
en el Edén que disfruta,
ver que de seguir su ruta
el momento se aproxima.
Breves horas consideran 25
los días que ya volaron
sus deseos que aspiraron
a que ellos eternos fueran.

Conoce que a aquel asiento
su alma encadenó el destino, 30
que aun pensar en su camino
es insufrible tormento.

Y gloria, patria y honores,
la mitad de su existencia,
diera por la permanencia
al lado de sus amores.

5 No tiene sobre él imperio
la preocupación injusta,
ningún reproche le asusta
en el dulce cautiverio.
Inami es todo su mundo,
10 fuera de él nada le importa,
porque tiene el alma absorta
en un delirar profundo.

 Quisiera que de su herida
la curación demorase
15 sin fin, porque retardase
tan dolorosa partida.
Y se anublaba su frente
al mirar cada mañana
con qué presteza inhumana
20 el pretexto ella desmiente!

 Talvez Inami el motivo
penetró de su tristeza,
pues a redoblar empieza
por él su cuidado activo.
55 Cada día le prepara
más delicado alimento,
y aun de leve descontento
todo asunto le separa.

 Con dulces entretenciones,
30 que naturaleza indica,
del mancebo multiplica
las alegres sensaciones.

Y siempre en ellas procura
una imagen presentarle
del dolor que ha de causarle
su infausta ausencia futura.

Con él la fecunda planta, 5
que el plato dará a su mesa,
espulga, aporca, adereza,
y en riego oportuno encanta.
Y al mirar cómo revive
del cuidado agradecida, 10
dice a Alberto: «así mi vida
de ti el aliento recibe.»

Ya un ramillete de flores
le presenta que ella forma,
diciéndole: «son la norma 15
de mis dolientes amores.
Mientras tú su aroma aspiras,
brillará cada una ufana,
pero morirán mañana
cuando de ti las retires». 20

De la tórtola, en la rama,
ora a coger va el polluelo,
y cuando en doliente anhelo,
la madre se lo reclama,
presta lo devuelve al nido 25
sonriendo tristemente,
y exclama: «así Inami ausente
lloraría a su querido».

Ora a los peces dorados
cuando del lago a la orilla 30
prende en falaz redecilla
y se agitan desesperados,

vuelve al agua el más hermoso,
diciéndole: «así quisiera,
si en tu lugar yo estuviera,
me volviesen a un esposo».

*
**

5 Presente a todo el español mancebo,
y apurando el encanto seductor,
cada tierna indirecta brío nuevo
le comunica a su violento amor.

Los indios, por instancias de la amante,
10 le cercan de caricias sin cesar,
y aun el Cacique mismo a cada instante
pruebas le da de afecto singular.

No hay un isleño que impasible viera
al huésped su camino proseguir,
15 ninguno que gustoso no le oyera
para mansión sus campos elegir.

Alberto lo conoce; mas serena
no puede consentir su gratitud
que ellos espongan por la suerte ajena
20 más largo tiempo su feliz quietud.

No bien, pues, sano de la herida estuvo,
les anunció su marcha ya cercana,
y firme ese propósito mantuvo
contra el mismo dolor de la araucana.

25 Mas viendo Inami ineficaz el ruego
y aun sin influjo el ardoroso llanto,
al paternal cariño acude luego,
y así le comunica su quebranto:

«Ella va a perecer si Alberto parte,
30 Alberto es necesario a su existencia.

Ella no encuentra de moverle el arte,
acaso él logre demorar su ausencia.»

Abrázala el Cacique enternecido,
y de hacerla felice deseoso,
corre a indagar de Alberto, resentido, 5
qué le induzca a partir tan presuroso?

¿Es que se juzga entre ellos inseguro,
y otro asilo mejor buscarse anhela?
¿Causa el triste fastidio tal apuro?
¿Por qué su descontento no revela? 10

Cuál deba ser indíqueles su trato;
pues todo corazón le pertenece»—
«O noble ulmen», responde Alberto, «ingrato
fuera yo en demasía si pudiese

mi corazón mostrarse descontento 15
cuando a vuestros favores ha debido
los días más felices; yo le siento
de gratitud inolvidable henchido.

Mas este sentimiento propio exige,
a la vez el honor, que yo os revele 20
que el riesgo a que os espongo es quien me aflige
y la partida a apresurar me impele.

El día que burlé la adversa furia
por protección del cielo bien notoria,
juróme el enemigo tal injuria 25
presto lavar, frustrando mi victoria.

Volver a perseguirme prometiera
al más remoto y encubierto asilo.
Con un recuerdo tal cómo pudiera
yo entre vosotros reposar tranquilo? 30

Todos los días, sí, con ansia justa
mi vista se dilata sobre el lago.

Todo rumor u objeto en él me asusta,
creyéndole ya indicio del estrago.

No temo yo por mí; pero si emigro,
de sosegar ansioso mis alarmas,
5 es sólo porque advierto que al peligro
sobrado ya os expongo de sus armas.»

Así el mancebo contestando, encubre
otra razón que en él activa aun obra,
y es que la indiana su pasión descubre
10 cada vez más violenta, y sin zozobra

al impetuoso ardor que a él mismo agita
incauta se abandona su inocencia;
y teme que el amor no le permita
siempre escuchar la voz de la prudencia.

15 Un solo instante de funesto olvido
puede a los dos perder; y él se estremece
de responder con pago fementido
al cariño cordial que allí merece.

Pero el Cacique atento a disiparle
20 de su temor el señalado origen,
bondoso se apresura a contestarle:

«Si es que tales escrúpulos te afligen,
a pesar de que el indio nunca supo
retroceder cobarde, si la lanza
25 blandir de un huésped a favor le cupo,
porque tranquilo aceptes mi amparanza,

un medio te propongo: la hija mía
arde por ti de inextinguible amor,
y juzga que imposible la sería
30 resistir en tu ausencia a su dolor.

Tómala por esposa. No ha ofrecido
jamás uno de *Ranco* al extranjero

dón semejante; pero tú has sabido
ganar nuestros afectos el primero.

A Inámi pues acepta, y si aun osase
exigirnos tu entrega algún tirano,
extrañar no podrías que arriesgase
mi pueblo todo bien por un hermano.»

5

*
* *

A tal proposición quedóse Alberto
mudo por breve espacio y pensativo,
entre mil dudas vacilando incierto,
como quien se halla en trance decisivo.

10

Propuesta inesperada se le hacía,
si bien al corazón sobrado grata.
La pasión a aceptarla le impelía,
que un porvenir celeste le retrata.

Mas como nunca viva se pronuncia
entonces de sus padres la memoria,
y el prospecto brillante, a que renuncia,
de otro futuro de opulencia y gloria.

15

¿No gemirá algún día por la vuelta
al caro asilo del paterno hogar,
cuando recuerde a su familia envuelta
por causa suya en lúgubre pesar?

20

¿No desearía de un ilustre nombre
llenar la tierra que le vió nacer?
¿Y a la noble ambición que ensalza al hombre, 25
siempre insensible el alma habrá de ser?

¿Podrá sumido siempre en tal retiro,
acaso de los suyos despreciado,
del pecho no exhalar algún suspiro
sino en las aras del objeto amado?

30

Tan varios pensamientos le combaten,
como al arbusto, en tempestad sonora,
contrarios vientos poderosos baten,
y ora a estos cede, a los opuestos ora.

5 Pero triunfando amor de tanto estorbo,
figúrale imposible una mudanza
en el aspecto actual del hado torvo,
y aleja al corazón toda esperanza.

Del tiempo que las duras rocas mina,
10 cambia la faz del globo a golpe lento,
y aun al destino ingrato subordina
y su rigor amansa más violento,

él desconfía, e imprevisor abraza
el único camino a la ventura
15 que hoy se le ofrece. De su ilustre raza
y glorias olvidado, la hermosura

contempla, que allí aguarda palpitante
de muerte la sentencia o de consuelo
de sus dudosos labios. Delirante,
20 su mano estrecha en ardoroso anhelo.

Luego, con voz para ella deliciosa,
exclama: «Yo la acepto, sea mía.
Ella la vida me salvó piadosa,
y un cielo me la hará su compañía».

*
* *

25 De la naturaleza con el rito
los dos amantes sin tardar se unieron;
no fué su mutuo juramento escrito,
pero ante el Dios de la verdad lo hicieron.

Inami la creencia del esposo
30 aprendió presto y aceptó con gusto:

sólo faltó al enlace venturoso
la sacra bendición de preste agosto,

que Alberto recibir se proponía
en primera ocasión. Más cada isleño,
por mostrar su entusiasmo y alegría, 5
a competencia señaló su empeño.

Todo era parabienes; donde quiera
la fiesta o el banquete se aprontaba.
Por varios días la extensión entera
de la isla el regocijo cobijaba. 10

Vistasas enramadas se formaron
para la danza, y músicas sonoras,
y el ruido y el beber se prolongaron,
sin suspenderlos las nocturnas horas.

Pero los dos esposos, aturdidos 15
del popular contento, ya el sosiego
suspiraban, a fin que sus sentidos
libre ocupase el amoroso fuego.

Al fin cumpliése su deseo oculto;
tornó a la usada vida el habitante, 20
cual raudo ensueño se alejó el tumulto,
dejando en dulce paz al grupo amante.

*
**

La tierna Inami disfruta
una dicha sin igual:
nunca su isla parecióla 25
tan verde y bella, jamás
vió del sol sobre los Andes
brillar más vivo el fanal,
ni oyó con tan suave acento
el terso lago ondear. 30
Toda la naturaleza

le es un cántico triunfal,
goza un paraíso en la tierra,
y no encuentra que envidiar.

5 En los ojos del amado
 bebe tal felicidad,
 que piensa elevarse en alas
 del cefirillo fugaz
 a región desconocida
 do se torna en inmortal.
10 Arboles, aguas y flores
 respiran su amor no más.
 Las aves lo reproducen
 en melodioso trinar,
 y es el suspiro del viento
15 su expresión más celestial.
 Ora alegre a Alberto invita
 por el bosque a vagar,
 y so las grútas que forma
 oloroso el arrayán,
20 al borde de un arroyuelo
 de curso limpio y fugaz,
 se sientan por largas horas
 del delirio a disfrutar.
 Allí la mano del uno
25 sobre la del otro está,
 y sus ojos, confundidos,
 la imagen propia brillar
 mas bella en los del consorte
 ven, porque la copia es más
30 de la que dentro está impresa,
 que del mismo original.
 Sus almas vanse arrobando
 en deliciosa ansiedad:
 ya una sola es su existencia,
35 uno solo el respirar.

Quédanse en un beso absortos, aspirando grato ambar.	
Inmóviles, no se nota en ellos la aura vital, sino por los tumultuosos batimientos sin compás	5
con que el corazón se quiere de ambos senos escapar. Ruedan delante su vista, la una de la otra detrás,	10
mil esplendentes visiones de angélico rielar. Vastas olas los remecen de rosas y de azahar,	
hasta que al fin fatigados de tanta felicidad,	15
a aquel temblor donde el alma creyó exhálarse quizá, sucede melancolía aun más dulce que el gozar.	20

*
**

Pero vueltos de ese arrobó como de otro mundo en sí, y sintiendo de la siesta la sofocación febril,	
a la ribera del lago resuelve el grupo acudir.	25
¡Oh cuán hermoso lo encuentra! Con qué brillante matiz en su dorso el sol rielar hasta el remoto confín!	30
Con muelle embriaguez se inclina allí el copado <i>reulí</i> , para ver su imagen bella	

inmóvil reproducir
la onda en que el céfiro apenas
osa estampar un desliz.
Dos gaviotas van volando
5 por el cielo de zafir,
y entre las islas circulan
sin dejar su unión feliz,
ora el vuelo levantando,
ora del ala gentil
10 rasando y tiñendo el agua
la pluma de albo ormesí.
Quieren Inami y Alberto
en sus juegos competir
con ellas, y presto arrojan
15 la vestimenta sutil.
Enlazadas ambas diestras,
al lago se dejan ir,
que se abre en círculos vastos
sus cuerpos a recibir.
20 Leves peces se adelantan,
y volviendo aquí y allí,
retozan, triscan, serpean
como en líquido pensil.
Ora se sumerge el uno
15 y con engañoso ardid
do menos se le aguardaba,
riendo alza la cerviz;
ora entrambos, divididos,
ya el uno ya el otro asir
30 procura al consorte amado,
que escapa como un delfín.
Y en tan deliciosos juegos,
de engaños en esa lid,
volviendo a encontrarse siempre,
35 como gira el querubín
en torno al mortal dichoso

que es destinado a seguir,
 del calor pasan las horas;
 y fatigados al fin,
 vuelven a la playa unidos,
 deslizando gotas mil 5
 por sus miembros y cabellos,
 como líquidos rubís.
 Ellos dan su adiós al lago,
 y él al mirarlos partir,
 pareciendo dos estatuas 10
 de torneado marfil,
 como si los genios fueran
 de su morada feliz,
 muestra al recobrar su calma
 entristecerse y gemir. 15

*
 * *

Cada día ellos varían
 las escenas de su amor,
 y de una en otra isla vagan
 de algún nuevo encanto en pos.
 Ya se internan por sus bosques, 20
 donde, en variado primor,
 cien *olivillos* encumbran
 a soberbia elevación
 sus troncos de hojas desnudos,
 que el *copigüe* serpeador, 25
 en espirales subiendo,
 abraza como un festón.
 Aquí y allí, de un recinto
 abriéndose al rededor,

22. Este árbol así llamado en la provincia de Concepción tiene en Valdivia el nombre de *Palo-muerto*. El fenómeno que de él se refiere en esta leyenda, es efectivo, y lo he admirado diversas veces en los bosques de las riberas de *Ranco*.

semejan columnas rectas
de ameno templo de amor:
grata ilusión que se aviva,
si admiráis la proporción
5 con que al arte la natura
simétrica remedó,
y extenderse en lo más alto
véis la espesa ramazón,
que sólo a trechos penetra
10 suave claridad del sol.
Allí en soledad profunda
y silencio que otra voz
no altera que la armonía
de la dichosa pasión,
15 armonía perceptible
tan sólo para los dos,
ambos esposos no sienten
como el tiempo transcurrió.
En brazos de Alberto, Inami
20 se rinde a dulce sopor,
y en su rostro él embebido,
el curso de la ilusión
en los cambios considera
del fugitivo arrebol,
25 mientras que la brisa acaso
sobre ella vierte una flor.
Otras veces a la orilla
del lago o sobre el peñón,
del cristal siguen sus ojos
30 la ligera ondulación,
y el uno al otro abrazados,
son su universo mejor:
son dos unidos suspiros
o dos ecos de una voz;
35 cuerda que en ambos no vibre
no tiene su corazón.

¡Oh soledad! ¡qué de encantos
 en tu seno puso Dios!
 ¿Por qué te busca a:heloso
 el que aflige un gran dolor
 y el que a los astros se eleva
 en alas de la pasión? 5
 Es que ambos en tus misterios
 de la Eternidad la voz
 escuchan; y el afligido
 va de otra existencia en pos; 10
 mientras amor en tí busca
 de su eterna duración
 un oráculo, creyendo
 que es la Eternidad amor!

*
 **

Así en los tiempos primeros, 15
 por la dulce soledad
 y el amor; todo cuidado
 a Inami se vió olvidar.
 Marchítanse abandonados
 la flores y el huerto ya, 20
 las vagarosas corderas
 por el prado solas van
 llamando en vano a su dueño,
 que no escucha su balar.
 Pero después que los raptos 25
 del primer ardor voraz
 se calmaron lentamente,
 entrambos necesidad
 de hacer a ratos sintieron
 tregua al amoroso afán. 30
 Menos vagabunda vida
 hicieron, y en el hogar
 para su unión construído,

entonces se vieron más.
Iban las mañanas bellas
de la estación estival
en sus campestres faenas
5 a los indios a auxiliar.
Ora atención les merece
el huerto o el recental,
ora en frágil barquichuelo,
sobre el movable cristal
10 del lago, a sus moradores
extienden la red falaz.
Y cuando el sol palidece
en el ocaso fugaz,
recogen los corderillos,
15 aprontan cena frugal
en su choza, y del cansancio
mil coloquios dan solaz,
hasta que el párpado cierran
lentamente, y a velar
20 el ángel de los amores
viene el sueño conyugal.

*
**

Corrieron raudos los meses
en vida tan grata y pura,
y a coronar su ventura
25 vino una prenda de amor.
Cual un serafín hermosa
la niña nació, y la amaron
como que en ella admiraron
el fruto del mutuo ardor.

30 Alberto el trasunto en ella
vió más bello de la madre,

e Inami a su vez del padre
la adoró retrato fiel.
De entre los brazos del uno
a los del otro pasaba,
y a toda hora la abrumaba
de caricias un tropel. 5

Era en el invierno frío,
cuando el cielo se disuelve
en nieve y agua, y envuelve
la isla un manto funeral, 10
y el labrador largos días
a su choza confinado,
maldice desesperado
el reino del vendaval.

Los esposos detenidos 15
en su hogar, cerca del fuego,
procuran con vario juego
a la niña entretener,
cuya risa encantadora,
como un iris de bonanza, 20
entre risueña esperanza
parece doblar su ser.

Ya durmiendo en las rodillas
de Alberto, con dulce canto
Inami la arrulla entanto 25
que entreteje su labor;
pero a ratos suspendida
la contempla en embeleso,
hasta que un ardiente beso
exhala el materno amor. 30

En medio de tanta dicha
tal vez una nube escasa

la frente de Alberto rasa
imperceptible al huir;
y esa nube es la memoria
de padre y familia ausente,
5 que en su olvido de repente
viene el alma a sacudir.

En las noches sobre todo
le asaltan recuerdos tales,
presentimientos fatales
10 trayendo en la oscuridad.
Explicárselos no puede
el triste, y con ellos lucha
en vano, que siempre escucha
voz de infausta viudedad.

15 Esos recuerdos que gratos
debieran serle, le oprimen,
y que hija y esposa gimen
se figura su inquietud;
cuando en la nocturna sombra,
20 percibe el atento oído
de su sueño el repetido
aspirar con lasitud.

Si él mismo al fin lentamente
concilia el rebelde sueño,
25 sigue su tenaz empeño
la imaginación cruel,
y siempre a la hija o la esposa
figura en riesgo o quebranto,
y las oye en triste llanto
30 implorar socorro de él.

Espantado se recuerda,
pero, avanzada la hora,

llega ya la blanca aurora
por el oriente a asomar.
Pasó el huracán rugiente,
la atmósfera se despeja,
y el astro de fuego deja
el verde campo dorar. 5

Inami y Alberto salen
a gozar del bello día,
inundando de alegría
sus almas la inmensa luz, 10
cuyo rielar contemplan,
más vivo que en la natura,
de la hija en la frente pura
como celestial trasluz.

Todo se rejuvenece, 15
todo ostenta brillo extraño;
por la pradera el rebaño
se alborozaba triscador.
Los melodiosos gorjeos
de las voladoras aves 20
sus acentos más suaves
le dirigen al Creador.

La juventud, sacudiendo
el largo reposo, avanza
a enredar bullente danza 25
sobre el campestre tapiz,
y convida a los esposos
a asociarse a sus ardores,
celebrando los primores
de la estación más feliz. 30

Con tan dulces armonías
y con tantos movimientos,

los negros presentimientos
de la noche que pasó
Alberto olvida, y aun juzga
que era solo resultado
5 del aire que, electrizado
por la tormenta, aspiró.

Mejor es que así se engañe
el mísero, y su alegría
prolongue, que pronto el día
10 de la variación vendrá.
Y su efímera ventura
volará cual grato ensueño,
porque la existencia es sueño
que el llanto acechando está.

CANTO TERCERO

Una noche borrascosa
vino, sin luna ni estrellas,
formidable como aquellas
que en esa región hermosa
suelen llenar de pavor; 5
cuando, tras de vario día
en que callado dormía,
el huracán se declara,
y a combatir se prepara
con redoblado furor. 10

El Norte tremendo ruge
cielo y tierra ennegreciendo,
y el prado y monte barriendo,
donde el alto roble cruje
desarraigado al caer. 15
Al lago también abrumba
y convierte en mar de espuma
si sus fieras bocanadas
de lluvia con torrentadas
vienen su dorso a romper. 20

Como un general quejido
se alza en el negro horizonte,
parece gemir el monte
y aun el lago enfurecido
la ribera al azotar. 25
Y una música se escucha,
en medio de tanta lucha,
que ominosa hiela el alma,
cual si la postrera calma
quisiese al orbe anunciar. 30

El indio lleno de espanto,
recuerda haber percibido
la anterior noche teñido
de la playa opuesta el manto
5 por un vago resplandor.
Y sabiendo ser la hoguera
de algún español que espera
la canoa así pedida,
atribuye a tal venida
10 de la tormenta el furor.

Las señales que en los cielos
de variación observaron,
arrojar les estorbaron
al agua sus barquichuelos
15 para al reclamo acudir.
Más ahora cuidadosos
van algunos, valerosos
viento y lluvia desafiando,
por las playas observando
20 si algo logran percibir.

Sea ilusión, sea acaso,
por momentos les parece
que de clamores trajese
el eco triste y escaso
25 el ala del temporal.
Y por si en el lago boga
alguien perdido, o se ahoga,
procuran con seca rama
encender presto una llama
30 que le sirva de fañal.

10. Es esta en realidad una superstición muy válida entre los indios de *Ranco*.

No obstante lo que diluvia,
la ramazón al fin arde,
mas aunque un rato se aguarde,
oir la ruidosa lluvia
no permite otro clamor. 5
Y ya sospechan su engaño,
cuando lumbre repentina
de un relámpago ilumina
las ondas, y un bulto extraño
ven luchar con su furor. 10

A sus oídos distinta
de aquel sitio al punto llega
otra voz que auxilio ruega
del cansancio medio extinta,
cual de quien va a perecer. 15
De entre ellos los más valientes
y robustos, diligentes
corren a botar al agua
una varada piragua
para al náufrago acorrer. 20

Vuelan otrós con el parte
al cacique que en su choza
con su nieta se alborozan,
y junto al hogar departe
con la pareja feliz. 25
No bien el anuncio entienden,
la conversación suspenden,
y ningún varón ya duda
en volar a do su ayuda
necesita un infeliz. 30

Al llegar a la ribera,
hallan que el furor del viento
y del lago, en un momento,

la canoa que partiera
al auxilio, trastornó.
Y los nautas anegados
con esfuerzos reiterados
5 procuran ganar la tierra.
Toda esperanza se cierra
al que socorro invocó!

En medio de aquel tumulto,
Alberto venir del lago
10 trémulo gemido aciago
como funeral singulto
sintió del viento al través.
Una sensación extraña,
produjo el gemido hueco
15 en su más íntima entraña,
porque sin duda aquel eco
no desconocido le es.

Enloquecido y convulso,
cual si allí se le anunciara
20 perder una prenda cara,
con un decidido impulso
se comienza a desnudar.
Y después que despedaza
o arroja cuanto embaraza
25 su expedito movimiento,
al tempestuoso elemento
se lanza sin vacilar.

Vanamente han pretendido
disuadirle de ese arrojó
30 los indios, pues con enojo
de delante ha despedido
todo estorbo su inquietud.

Y como un lobo marino,
se abre el líquido camino
con esfuerzo tan potente,
que a la misma onda furente
pone asombro tal virtud. 5

Cual si ella reconociera
en él a su propio dueño,
cede vencida al empeño,
y ya al fin de su carrera
arribando el nauta va. 10
A seis brazas, todavía
con la postrer agonía
mira al náufrago luchando,
cabeza y brazos alzando
sólo por momentos ya. 15

Apura esfuerzos y alcanza
por medio del cuerpo a asirle
al ir la agua a sumergirle,
le eleva en alto y avanza
hacia la playa otra vez. 20
Le basta una mano sola
para luchar con la ola,
que el primer presentimiento,
creciendo cada momento,
redobla su intrepidez. 25

Los indios que desperaron
de su vuelta, al divisarle,
a un tiempo para ayudarle
al lago se abalanzaron
con un alegre clamor. 30
Pero por más que le embarga,
no quiere ceder su carga

Alberto, y tanto forceja
hasta que en tierra la deja,
que le falta allí el vigor.

5 Desfalleciente a la playa
llega el héroe y se desmaya
en los brazos de su esposa,
que a tal instante anhelosa
arribaba a aquel lugar.
Y con lúgubre quejido
10 recibiendo a su querido,
le estrechaba al tierno seno,
de temor infausto lleno,
sin cesarle de llamar.

15 El náufrago en tanto estaba
extendido en la ribera,
sin movimiento que diera
señal de que aun le otorgaba
la dulce existencia Dios.
Mas no siendo allí posible,
20 bajo la tormenta horrible,
cuyas furias siempre braman,
socorrerlos, todos claman
que se transporte a los dos.

25 Fueron ambos conducidos
de Alberto hacia la cabaña,
donde toda la compañía
en restituir los sentidos
se afanó de Inami al bien.
Y sólo cuando le vieron
30 vuelto a la vida, acudieron
al náufrago abandonado,
que bien presto a su cuidado
pricipió a alentar también.

Era un hombre que rayaba
ya en la ancianidad rugosa,
aunque salud vigorosa
aun el cuerpo demostraba.
Mas de su rostro el perfil
5 tenía con el de Alberto
de semejanza aire cierto,
que a primer vista se oculta,
tan mejorado resulta
por la gracia juvenil. 10

Por la nobleza que brotan
sus regulares facciones,
y cuanto en su porte notan,
creen los presentes varones
que un rico español será. 15
Alberto, así que recobra
sus fuerzas, no sin zozobra
los brazos de Inami deja,
y para llegar forceja
donde el extranjero está. 20

No bien su semblante ha visto
pálido y desfigurado,
lanza un grito prolongado,
y abriéndose campo listo,
a abrazarle se arrojó. 25
El náufrago se estremece
cual si aquel eco ejerciese
sobre él poderoso encanto
aun en su aciago quebranto;
pero otra señal no dió. 30

Le conoce, le conoce!
claman todos con sorpresa,
y Alberto alzándose apriesa,

a fin que mejor repose,
le hace en su lecho poner.
Luego, con sus ademanes
y ternísimos afanes,
5 da a entender a quien le mira
que tanto interés no inspira
sino un inmenso deber.

Grande esfuerzo cuesta al joven
ocultar que a un padre amado
10 la existencia hoy ha salvado.
Mas temiendo que le roben
este secreto fatal,
en reserva se resume,
pues desgracias él presume
15 aunque vagas todavía.
Así sólo respondía
ser su amigo aquel mortal.

Por instantes se repone
el náufrago, con esmero
20 tan fino atendido; pero
más cuidado Alberto pone
en no ser visto por él.
Y hace que la esposa suya
cerca de él le substituya,
25 para mostrarse esperando
que solos ambos quedando,
no tenga un testigo infiel.

Pasado al fin todo riesgo,
los isleños se retiran,
30 y los dos esposos miran
un sueño tranquilo y sesgo
a su huésped acudir.
Pero Alberto débil, canso,

*
**

- Bello y tranquilo el día
siguiente amaneció; más para el alma
de Alberto aquesa calma
las más negras borrascas encubría.
- 5 Resuelto a descubrirse al padre suyo,
a fin de conocer sus intenciones
y precaver que en indagar curioso
al indio sospechoso
él haga adivinar sus relaciones,
- 10 con fingidos pretextos de aquel sitio
a Inami separó; luego temblante
al lecho se aproxima
donde despierto *Alejo* a tal instante,
conoce que su aliento se reanima,
- 15 y ardientes gracias al Señor tributa,
pues un portento su existir reputa.
De su salud se informa cariñoso,
y *Alejo* conmovido
a aquel acento dulce y conocido,
- 20 «¿qué voz escucho?» exclama,
¿no es mi querido Alberto quien me llama?»
—«El mismo, padre mío!»
- «¡Justo cielo!
- ¡Con que después de sufrimientos tantos
- 25 Vos me otorgáis también este consuelo!
¡Hijo del corazón! ¿Cuáles quebrantos
y riesgos con placer no olvidaría
tu padre, al recobrarte en este día?
Pues tal favor merezco,
- 30 de nada ya carezco;
tú colmas mi ventura: que mis brazos
te estrechen, hijo mío!» y se esforzaba,
en deliciosas lágrimas deshecho,

a incorporarse en el mullido lecho.

Mas luego continuaba:

«yo he soñado esta noche que del lago
tú mismo me salvaste y de la muerte.

¿Es aquesto verdad?»

5

—«El cielo quiso

que en ese trance aciago

tuviese yo tan venturosa suerte.

En la ribera estaba cuando aviso

me trajo, aunque confuso,

10

un eco triste del furioso viento

de que en aquel momento

alguna amada prenda yo perdía,

que pereciendo, auxilio me pedía.

Venciendo cuanto estorbo se me opuso,

15

no vacilé en volar a aquel socorro,

y aliento el cielo me infundió bastante

para llegar a vos al mismo instante

en que os tragaba la ola

tal vez, o padre, por mi causa sola!»

20

—«Tu pecho no se engaña

al presumirlo así, porque en efecto,

¿cuál otro imán que el hijo de mi afecto,

pudo traerme a la ribera extraña?

Yo mismo quise sabedor hacerte

25

del venturoso cambio de tu suerte.

En Ranco te sabía refugiado,

mas temiendo que fueses este asilo

por otro abandonar donde ignorado

tú respirar pudieses más tranquilo,

30

pensé que a prevenir tal contratiempo

ninguno volaría cual tu padre.»

—«Solicitud tan tierna me atestigua

sobrado vuestro amor. Mas de mi madre

aun nada me habéis dicho.»

35

—«Desde el tiempo

de tu partida siempre pesarosa,
tan sólo la esperanza
de volverte abrazar hoy amortigua
su lúgubre dolor.»

5 — «Mas mis contrarios...»

- «Ya que temer no tienes su venganza.
Son otros del poder depositarios
en Valdivia al presente, y yo disfruto
del nuevo mandatario los favores.
10 El sabe que tu falta fué un tributo
debido al honor claro,
y a fin de que el regreso no demores,
me ha dado la promesa de su amparo.
Con este dulce gaje,
15 y los votos de toda tu familia,
emprendí a este lugar mi presto viaje.
Llegado a la ribera del poniente,
con la usada señal en la vigilia
la embarcación de los isleños llamo.
20 Mas viendo que ninguna al otro día
venía a mi reclamo,
aunque con varia seña
el cielo nebuloso
que se aproxima el temporal me enseña,
25 no pudo en el reposo
mi impaciencia aguardar; y en frágil barco
que roto en la ribera hallé sin uso,
y en breve tiempo nuestro ardor repuso,
con solo un compañero audaz me embarco.
30 Confiaba que la alta Providencia
su favor prestaría a mi imprudencia.
Mas no habíamos hecho del camino
siquiera la mitad, cuando ruiendo
y el lago revolviendo,
35 el temporal furioso sobrevino.
Del viento y de las olas al asalto

nuestro batel no opuso resistencia;
 hundido fué. Mi compañero, falto
 de destreza o vigor, en la laguna
 halló sepulcro pronto. En tal extremo,
 yo, que al apoyo me asilé de un remo, 5
 sobre el agua más tiempo me sostuve,
 y aun quiso mi fortuna
 que hacia la isla pudiese adelantarme.
 Así al alcance de tu brazo estuve,
 cuando iba la onda fiera a sepultarme. 10
 Sin sentidos me hallaba en aquel acto,
 mas sacudióme así tu solo tacto,
 que adivinar mi cuerpo parecía
 que de su sangre un salvador tenía.
 La vida te he debido: sólo resta 15
 que a tu afligida madre
 a devolver partamos sus delicias.
 Pero en vez de contento, qué funesta
 turbación te producen mis noticias?
 Tú guardas el silencio, y como suele 20
 la flor que un vendaval recio destroza,
 inclinas la cerviz! ¿Es que te duele
 lo mismo en que mi pecho se alborozá?»
 —«Ah! no me calumniéis, Señor. Injusto
 sería suponerme ese disgusto.» 25
 —«Entonces partiremos
 y a ser felices en la patria iremos.
 ¿No es verdad, hijo mío?»
 —«Vuestro estado
 exige que al cuidado 30
 y al reposo otorguéis breve demora.
 Después se tratará nuestro regreso.
 no perturbéis ahora,
 con injusto reproche, el embeleso
 que experimenta el alma, 35
 al ver tan bella palma

premiar mi arrojó. Oídmé: entre una gente
bondadosa os halláis, que a vuestro hijo
colmara de favores.

En ellos, pues, mirad mis bienhechores.

5 Mas no les reveléis, y esto os exijo
por prevenir tal vez funesto daño,
los vínculos estrechos
que para siempre ligan nuestros pechos.
Con disculpable engaño,

10 que nutrir en sus ánimos importa,
por un amigo de la raza mía
os he hecho pasar; y lo que exhorta
tal proceder conoceréis un día.»

De asombro este consejo

15 llenó al dudoso Alejo,
y vario temor negro se agolpaba
a su confusa mente. En clara lumbre
acaso la verdad se le mostraba,
y sus afectos punzadora heria.

20 No obstante preferia
prolongar su penosa incertidumbre,
a ver súbitamente descorrido
el velo de un misterio tan temido.
Suele así el caminante

25 que incógnitas montañas atraviesa,
si en la nocturna sombra
juzga un abismo vislumbrar delante,
por más que de su empresa
el entrevisto riesgo atroz le asombra,
30 seguir, sin aclarar su conjetura,
el único camino

que inevitable le marcó el destino,
pues halla menos dura
la incertitud que deja una esperanza,
35 que de su mal la horrible seguridad.

En lúgubre silencio, pues, se envuelve,
y a obedecer Alejo se resuelve.

*
**

Ya Colpi y sus vasallos principales
llegaban de la choza a los umbrales
el caro amigo a visitar de Alberto. 5
Todos le demostraron
el interés más vivo de concierto,
y al hijo tributaron
sincero parabién por el dichoso
suceso de su audacia. 10
El huésped observó con eficacia
del mancebo el aviso cauteloso,
y demostróse grato
a su acogida afable, y al buen trato
que en su infortunio Alberto les debiera, 15
y de que él mismo sabedor le hiciera.
Señaló como objeto de su viaje
a Ranco el advertirle
que sin temor de riguroso ultraje,
un poderoso amparo 20
quería restituirle
de su familia ilustre al seno caro.
El rostro de cada indio a tal anuncio
vió demudarse Alejo, y el Cacique,
sobre todos sombrío y descontento, 25
rompió en tales palabras al momento:
«Eres de esa noticia tardo nuncio,
y si yo debo ser quien te lo explique,
el joven que tú buscas pertenece
ya a diferente raza. Él con nosotros 30
en existencia próspera florece.
En vano, pues, le reclamáis vosotros.»
De aquesta aclaración al golpe rudo,

sus fervidos enojos
 apenas contener Alejo pudo;
 y al hijo dirigiendo
 enardecidos ojos,
 5 tembló de rabia viendo
 que, pálido y confuso,
 él en la tierra sus miradas puso.

Los Indios, al partirse,
 al huésped sus protestas renovaron;
 10 mas el Cacique al ofrecerle afable
 de Ranco la mansión por todo el tiempo
 que resolviese acompañar su amigo,
 de repetir cuidó que no era dable,
 puesto que él arribó tan a destiempo,
 15 que el encargo cumpliera
 de conducirlo al retornar consigo,
 que a ejecutar sin duda se ofreciera.

*
* *

No bien solos quedaron,
 de Alejo silenciosos se fijaron
 20 los ojos sobre Alberto,
 que temiendo sus quejas, casi yerto,
 los suyos para alzar valor no tuvo,
 y mudo y cabizbajo se mantuvo.
 «Hijo!» al fin dijo aquel, «¿será posible?»
 25 y no me engañaré cuando he creído
 este misterio comprender terrible?
 De pasión vergonzosa seducido,
 pudiste desterrar de la memoria
 tu ascendencia y tu gloria,
 30 y contraer con la hija de un pagano... »

Sin permitirle terminar, se arroja
 Alberto arrodillado ante su lecho,
 ase convulso la paterna mano,

y con ardientes lágrimas la moja,
exhalando estas voces de su pecho:
«Oh padre! revelaros no quería
en vuestra situación yo todavía
este fatal secreto, 5
por la emoción que os produjese inquieto.
Mas ya que habéis logrado penetrarlo,
sin poder yo evitarlo,
disimular más tiempo culpa fuera.
Mi suerte conoced. Cuando proscrito 10
de honor por un delito,
arribé fugitivo a esta ribera,
el ángel salvador que me amparara,
fué la misma que hoy es mi esposa cara.
Ella la voz quejosa 15
pía escuchó con que pedí un asilo,
y en mi favor benigna interesando
al jefe de estas islas, padre suyo,
tuve en su hogar tranquilo
por ella albergue y tratamiento blando. 20
Justo seré también si la atribuyo
de todas estas gentes los favores.
La intensa gratitud que me infundieron
tan altos beneficios, su hermosura
y singular ternura 25
corresponder me hicieron,
Señor, yo lo confieso, sus amores.
Y cuando ya a partir me disponía
en busca de otro asilo, temeroso
de que el prestado a la desgracia mía 30
por este indiano pueblo generoso,
de mi opresor las iras le atrajese,
para salvar mi escrúpulo el Cacique,
«Si tú no has de extrañar que sacrifique
mi pueblo todo bien por un hermano,» 35
me dijo «yo te cedo

a mi hija, lo mejor que darte puedo.»
 Yo acepté, padre mío, aquella mano
 de mi hada salvadora,
 sin esperar que suerte protectora,
 5 a lo menos tan pronto, permitiera
 que a vuestros brazos sin temor volviera.»
 —«Con ella te enlazaste?»

—«Para siempre!»

—«Pero quien esos lazos ha bendito?»

10 —«No negaré, Señor, que el santo rito
 de nuestra religión les falta.»

—«Oh cielo!

las gracias yo te doy por tal consuelo.»

—«Mas esa condición que les faltaba

15 yo llenarla esperaba
 en la ocasión primera, y no por ello
 menos indisolubles los reputo.

Han recibido el sello

de un juramento mío voluntario,

20 vertido sobre el signo del Calvario.»

—«¡Juramento sin fruto,

impío, criminal, que Dios sin duda
 rechazaría airado!»

—«Ah no! Yo mismo

25 la administré poco antes el bautismo.

El vínculo, Señor, que nos anuda,

me dice el corazón y yo le creo,

que es ante el mismo Dios santo himeneo.»

—«La criminal pasión que te seduce

30 solamente produce

tu lenguaje insensato.»

—«Si yo la abandonase, un vil ingrato,

un bárbaro sería;

ella me dió su fe, yo la fe mía.»

35 —«Tu gratitud bien puede satisfecha

quedar por otros medios. La fortuna

no me favoreció con mano estrecha.
 Por conservar el lustre de tu cuna,
 rescatando tu fe y un beneficio
 pagando para ti de tanto aprecio,
 no habrá, hijo mío, exorbitante precio 5
 que a tu padre parezca un sacrificio.
 Que ellos pidan: es suyo mi tesoro.»
 — «¿Pensáis que con el oro
 del universo entero
 un proceder se lave traicionero? 10
 La raza que nosotros despreciamos
 porque su inculta rustiquez miramos,
 abriga una alma noble que columbra
 lo que el honor exige y la fe santa,
 y menos la riqueza la deslumbra, 15
 causa en los nuestros de bajeza tanta.
 Al rostro el precio vil me arrojarían,
 y airados me dirían:
*¿piensas pagar con oro la vergüenza
 de una hija idolatrada,* 20
la muerte a que la dejas condenada?
 Sí, no esperéis que el sentimiento venza
 la infeliz: cierto estoy de que ocasiono
 su pérdida mortal, si la abandono.»
 — «¿Y de la hija de un bárbaro la suerte 25
 más que la de tu padre te interesa,
 a quien tu obstinación funesta y dura
 el pecho hoy atraviesa,
 más que la de una madre a quien la muerte
 dará tu ingratitude a su ternura? 30
 ¿Cómo la anunciaré que el hijo mismo
 en quien ella cifraba la esperanza
 de su vejez, se ha hundido en tal abismo,
 empaña de su casa el lustre y honra,
 las perspectivas huella 35
 de venturosa estrella,

por seguir un amor que le deshonra?»

—«¡Ah, perdón, padre mío! A un desdichado no atormentéis así.»

—«Responde, ¿quieres
5 en infierno tornar nuestros placeres,
abreviarnos la vida, de los tuyos
la maldición sufrir, y aun la del cielo,
por evitar un llanto simulado
a ese objeto, de ti vilmente amado,
10 que en los brazos de alguno de los suyos
hallaría bien pronto su consuelo?»

—«No así la maltratéis: no lo merece,
yo la conozco bien... pero ese llanto
de un infantil quebranto,
15 ¡oh, padre! ¿no escucháis?» (siguió sintiendo
en la vecina alcoba,
el lloro de su hija, que a tal punto,
viéndose sola al recordar, y oyendo
al eco de su padre el eco junto
20 de voz desconocida,
que principiaba a alzarse enfurecida
con sus vagidos tristes invocaba
aterrada a la madre) «aquese lloro
es de la hija, Señor, que tierno adoro!»
25 «—¿Qué has dicho? ¡De tu hija!»

—«Y sin reparo,
insistiréis, oh padre, en exigirme
que yo las deje en crudo desamparo?...»

*
**

Como en aumento fuese
30 el clamor de la infante, Alberto alzóse,
y acudió hacia la puerta por si viese
a Inami aproximarse. Presentóse
la indiana al propio tiempo en el recinto

exterior por acaso,
 y aun desde lejos el materno instinto
 el conocido lloro percibiendo,
 a su socorro apresuraba el paso.
 Mas súbito lo acorta 5
 al reparar a Alberto dolorido,
 y con fatal presentimiento absorta,
 «¿Por qué lloroso encuentro a mi querido,»
 exclama, «y en su rostro que el contento
 por siempre respiró, miro el tormento? 10
 La vida de tu amigo ha peligrado,
 o alguna nueva fúnebre te ha da'co?»
 —«Es vano tu temor», él la contesta,
 haciendo a serenar su angustia empeño,
 «pero al salir del sueño 15
 la niña te ha extrañado. Acude presta
 a acallarla en tus brazos maternas.»
 Aunque palabras tales
 no calman de la mísera el recelo,
 ella vuela a la alcoba, y de la hamaca 20
 toma a la infante, aplaca
 con férvidas caricias
 su triste desconsuelo,
 y al aposento principal tornando,
 la ofrece de su seno las delicias. 25
 En tanto, examinando
 ya al huésped, ya al esposo, ella procura
 la causa penetrar de esa amargura.
 De Alejo en el semblante
 señales de peligro no descubre; 30
 pero le ve agitado; e inmóvil, fijo,
 también advierte al hijo
 en un rincón obscuro sollozante,
 aunque la faz disimulando encubre.
 ¿Cómo dudar tras esto 55

- que en su ausencia ha ocurrido algo funesto,
y ese extranjero hurafío,
que ni una vez la mira,
y sobresalto y aversión la inspira,
5 causa de Alberto el sufrimiento extraño?
A moderar inhábil su impaciencia,
clama con sencillez: «¡Alberto mío!
Que inmerecido pago
el huésped que del lago
10 salvaste, aun exponiendo tu existencia,
hoy a darte ha venido! El te destroza,
y es genio de infortunio en nuestra choza.»
A tal exclamación, el entrecejo
se obscureció de Alejo,
15 y volviéndose rápido a mirarla,
se puso a contemplarla
con ojos de tal ira centellantes,
que heló todos sus miembros palpitantes:
Y como, en raudo impulso,
20 atrás se lanza trémulo y convulso
aquel que embiste un áspid venenoso,
ella, corriendo al lado del esposo,
«Defiéndeme de ese hombre, dulce amigo,»
le dice; «él me anonada, es mi enemigo
25 y viendo estoy en sus terribles ojos
que un desastre me anuncian sus enojos.»
Alzase al punto Alberto,
y llevándola fuera,
«Oh tierna compañera,»
30 la dice, «que te alejes es preciso,
y que el retorno a tu mansión no apures,
mientras de mi no obtengas el aviso.
Indagar no procures
la causa por que exijo de tu afecto
35 este triste favor.»

Crudo el efecto

de esta demanda fué, pues como herida
de un pasmo ella quedó, y en dolorida
mirada descubriendo su congoja,
muda algún rato estuvo. Al fin

«Me arroja 5

de su choza,» exclamó con un acento
que repitiera enternecido el viento,
y trémula doblando las rodillas,
con la hija en tierra dió, y en un diluvio
rompía de sollozos, 10
dó parecía en aéreo efluvio
del alma disiparse los destrozos.

«¡Me aborrecel!» seguía, «¿En qué he faltado
para que así me arroje de su lado?
¿Qué culpas ha atribuído 15

a Inami ese extranjero fementido?»
—«Ninguna, vida mía,» la responde
Alberto, levantándola y al pecho
ciñéndola con su hija en lazo estrecho.

«Yo te amo siempre; y con igual ternura, 20
hasta la misma muerte,
a despecho del mundo he de quererte.

Tú de mis ojos eres la luz pura,
y de este corazón el solo encanto.
Mas de mi amor en nombre te suplico 25
que un tiempo corto a la verdad te alejes.

La mansión de tu padre sea en tanto
la tuya y de tu hija; y no le dejes,
(por nuestro propio bien esto te indico)
de tu dolor señales 30

en ti entrever, pues colmo a nuestros males
tu más ligera indiscreción pondría.
Oculta pues a Colpi, amada mía,
todo lo acontecido entre nosotros.

No cesen de admirar él y los otros 35
el habitual contento en tu semblante.

Oigan de ti que el único motivo
 de esta separación, por ti propuesta,
 ha sido que más rápida adelante,
 con el reposo y mi cuidado activo,
 5 de nuestro huésped la salud expuesta;
 y que no bien él parta, de tu esposo
 al lado volverás. Yo cada día
 en tanto iré amoroso
 a consolarte allí y acariciarte,
 10 como siempre en mí fué grata costumbre.
 Ni extrañarás mi ausencia, ni yo darte
 podría otra ocasión de pesadumbre.
 Cálmate, pues, enjuga el llanto amargo,
 y cumple religiosa con mi encargo.
 15 Me lo prometes?»

— «¡Bien! tú lo deseas,»

Inami replicó mal sosegada,
 después de vacilar breve momento,
 «Yo cuidaré que mi obediencia veas.»
 20 Y al seno acomodada
 la niña, a paso lento
 a la paterna choza se dirige,
 haciendo esfuerzo a serenar su rostro
 y a encubrir el tormento que la aflige.

*
 * *

25 Inmóvil en el puesto
 Alberto, contemplándola alejarse,
 el corazón sentía destrozarse;
 mas cuando ella el camino hubo traspuesto,
 tornó a su choza, y en silencio triste,
 30 que no volvió a romper todo aquel día,
 con la atención más pía
 su enfermo padre cariñoso asiste.



No bien restablecido
sintióse Alejo y levantarse pudo,
guióle el hijo al prado más ameno,
a fin que en su aire, henchido
de aromas, el vigor beba su seno. 5

De entrambos el cariño, siempre mudo,
las ocasiones cuidadoso evita
de continuar la infausta conferencia
que una oculta impaciencia
a terminar cuanto antes los excita. 10

Mas si los labios callan,
harto elocuente voz los ojos hallan,
y en su silencio mismo bien se entienden,
porque los dos comprenden
cuanto la mente agrupa 15

del compañero, y sin cesar la ocupa.
Hablan también por ellos sus suspiros,
y ese buscar acordes los retiros
más encubiertos al mirar profano.
Cada uno apenas prueba el alimento, 20

y solicita en vano
el sueño por alivio a su tormento.
Un día al fin el joven, tal tortura
sufrir ya no pudiendo,
dijo a su padre en ecos de amargura: 25

«Todo se conciliara, padre mío,
si permitieseis vos que yo os siguiera
con mi hija y con Inami, y que ante el ara
de nuestro Dios, mi dada fe primera
un sacerdote augusto consagrara.» 30

—«Qué dices! ¡Yo acceder a que publiques
tu deshonra y la nuestra, y en tu patria
esos infames lazos ratifiques!

Antes que permitir tal desacato,
prefiero aquí morir, Alberto ingrato.
Libre te he de llevar como viniste,
o a tu angustiada madre
5 tú mismo enviarás la nueva triste
de que tu obstinación a un viejo padre,
en favor de una infiel, la muerte ha dado,
de que sólo le habías libertado
porque más cruda su agonía fuese
10 cuando tu injusta indiferencia viese. »
A tal contestación, lloroso Alberto
la muerte como gracia le pedía,
y en su desesperación, del labio incierto
el sí que ya asomaba atrás volvía.
15 Amor su fe y resolución conserva,
y uno y otro tornaba a su reserva.

CANTO CUARTO

¿Cuándo el tiempo vendrá para este mundo
 en que la distinción de lengua o raza
 no siembre entre hombre y hombre odio profundo,
 siendo origen perpetuo de amenaza?
 Vemos que el animal más iracundo 5
 nunca a su semejante despedaza,
 y que, calmado su furor, se arrima
 el león y el tigre al de extranjero clima.

Más sin avergonzarse de este ejemplo,
 sólo al hombre orgulloso, que se ufana 10
 de ser de la razón augusto templo,
 y tras su perfección corre y se afana,
 aun las barreras conservar contemplo
 que fraccionan en mil la especie hermana,
 y para aquel que habita otro dominio 15
 la hostilidad pedir y el exterminio.

Oh América! ¿qué crimen ofrecías
 a aquel conquistador que fulminaba
 fatal persecución por largos días
 al raro habitador que te ocupaba? 20
 ¿Espacio en tus desiertos no tenías
 y en tu extensión que el bosque cobijaba,
 para albergar tal vez la Europa entera,
 si de ocuparte la intención tuviera?

¿Por qué era pues forzoso que en desierto 25
 quedase convertido aun el recinto
 por tu primero ocupador abierto?
 ¿Era él acaso un género distinto?
 Era delito suyo estar cubierto

de una piel más morena, o el instinto
de destrucción juzgaba al cielo grato
de tanto sacrificio el aparato?

Pudiéramos dudarlo si aun ahora
5 no viéramos la Francia y la Inglaterra,
donde la ilustración más se atesora,
amenazarse con eterna guerra.
Breve espacio de mar, que en una hora
atravesáis, divide cada tierra,
10 y aun no canso ese mar de lucha impía,
pide cruel más sangre todavía!

Ese mismo espectáculo os espanta
do quiera que volváis la vista vuestra,
parece que la paz y la unión santa
15 siempre aborrecerá la estirpe nuestra.
De ello la historia que mi verso canta
os está presentando clara muestra,
y ella será un ejemplo de los males
que esa aversión produce a los mortales.

20 No hay prenda que no adorne en alto grado
a la infeliz Inami: una alma pura,
un tierno sentimiento acrisolado,
virtudes, heroísmo y hermosura:
entendimiento vivo i despejado,
25 que traspuesto a región menos oscura,
con rayos esplendentes admirara,
y deprimirlo aun el saber no osara.

La gracia, el dulce encanto la rodea,
y al que la mira acariciando al seno
30 a la hija en que su afecto se recrea,
un cuadro de interés ofrece lleno.
Mas de tener por padre a un indio es rea,

no es de alabastro su color moreno,
y a la ventura el corazón proscrito,
debe expiar, sufriendo, tal delito!

Alberto la ha cumplido su promesa,
y apenas del paseo a que solía 5
su amado padre acompañar, regresa,
él vuela a visitarla cada día.
Siempre su rostro ante el Cacique expresa
blanda serenidad, pura alegría,
cual si angustioso asalto en el sigilo, 10
nunca sufriese su interior tranquilo.

El a los indios de su amigo hablaba,
y por calmar mejor todo recelo,
con cuanta pesadumbre ponderaba
que iba pronto a dejar su bello suelo. 15
Las venturosas nuevas les contaba
que de sus padres dióle, y tal su celo
era en aparentar, que quien le oía
el mortal más dichoso le creía.

Pero no bien al lado de su esposa 20
se llega solo a hallar, una invencible
melancolía con rigor le acosa
saliendo al rostro su explosión terrible.
Los tristes ojos en Inami posa,
y en actitud inmoble, indefinible, 25
como quedarse suele un insensato,
la observa suspirando luengo rato.

Con las blandas caricias, habituales
en otro tiempo, el corazón doliente
no le permite mitigar los males 30
de su consorté cerca de él sufriente;
y si ella entré los brazos paternos
viene a depositar la hija inocente,

conoce que se arrecia su quebranto,
pues que la inunda de abundoso llanto.

Y acaso le acomete repentino
el pensamiento entonces más funesto,
5 pues, cual si la creyese áspid dañino,
al seno maternal la vuelve presto.
Sobre todo, después que vió el mezquino
a su partido postrimero opuesto
su inexorable padre, tanto cunde
10 la secreta aflicción que le confunde.

Que el halago de Inami y la presencia
de la hija tierna, en vez de consolarle,
parecen de su pecho a competencia
la dolorosa herida envenenarle.
15 Oh! cómo siente ya que la existencia
no hubiese conseguido arrebatarle
el plomo adverso, cuando en raudó efugio
iba a buscar en Ranco su refugio!

O que la horrenda noche que del lago
20 la furia desafió con pecho fuerte,
por salvar a su padre del estrago,
no se tornara su desmayo en muerte!
Es la vida para él infierno aciago,
y alguna vez con regocijo advierte
25 que su razón, hundida en sima obscura,
transtornan arrebatos de locura.

La inconsolable esposa que le mira
en esta situación, «Ya no me ama
tu pecho», le decía, «ni le inspira
30 leve interés mi fervorosa llama.
Ella a hacerle feliz en vano aspira
y un tiempo a restaurar que oculta trama

hizo desvanecer cual grato ensueño.
No reconozco ya mi antiguo dueño.

«Desde que vino ese hombre a tus hogares,
la fuente él enturbió de mi ventura:
sólo me ha dado insomnios y pesares, 5
me robó de un esposo la ternura.
¿Cuándo se ausentará de estos lugares?
¿Cuándo podré mirar tu frente pura
del ceño despejada que sombrío
es causa eterna del tormento mío?» 10

«Ah! si supieras tú cómo yo extraño
mi lecho! cómo tu hija está impaciente
por volver a la choza donde el año
sentíamos correr tan dulcemente!
Donde no usabas tú ficción o engaño, 15
me remecía sin cesar tu ambiente,
y el placer que a tus ojos se asomaba
del mío era expresión, y lo aumentaba!»

¿Por qué tu labio fiel no me descubre
con qué calumnia vil, ante tus ojos, 20
ese extranjero de baldón me cubre
para gozar tal vez de mis despojos?
¿Por qué ignorada falta que se encubre
a mi cavilación, yo sus enojos
he merecido? Si de mí algo piensa, 25
suplicale que escuche mi defensa.

«¿Te ha dicho que no te amo?... Tú conoces
si inculpación tan páfida merezco.
O te ha infundido por ventura atroces
sospechas?... Hable tu alma; yo enmudezco. 30
¿Te ha hecho esperar en fin más dulces goces
de otra ausente mujer... yo desfallezco,

y ante este sólo abismo no prevalgo.
En realidad, Alberto, yo qué valgo?»

—«Nada de cuanto juzgas, prenda mía,
Es la causa veraz de mi desvelo.»

5 —«Entonces qué es?»—«Decírtelo sería
acrecentar sin fruto nuestro duelo.»

—«Y esta desconfianza merecía
mi amor constante y obediente celo?»

—No despedaces mi alma atribulada,
10 a eterno sufrimiento condenada!»

Así diciendo, rápido se aleja,
y abandonada a confusión terrible
y a sus sollozos lúgubres la deja,
presa él mismo también de angustia horrible.

15 En esta situación su alma perpleja
conoce que más tiempo no es posible
permanecer; pero ay! que sólo un modo
halla ¡infeliz! de remediarlo todo!

La muerte, sí, la muerte! ¿y qué la vida
20 le puede ya importar, cuando contempla
toda esperanza al corazón perdida,
y nada en torno de él su duelo templa?
Aquí una esposa encuentra dolorida,
allá ve un padre que el rigor no atempla,
25 y mientras uno y otro contribuyen
a su dolor, el propio le atribuyen.

Ni menos sobre Inami duro imperio
ejerce del esposo la mudanza,
su reserva y frialdad, y ese misterio
30 cuyo hondo velo a descorrer no alcanza.
Su vista, en vez de darla refrigerio,
coloca su ilusión en lontananza

cada vez más remota, y ya la vida
va principiando a serle aborrecida.

Ya los dos para quienes la más corta
ausencia fuera un tiempo intolerable,
y cuyas almas eran una, absorta 5
en éxtasis de gozos inefable,
conocen que su unión no les reporta
sino inquietud, disgusto lamentable,
y cual se temén, ay! dos enemigos,
procuran siempre verse con testigos. 10

Porque al menos entonces el disimulo
de que son a valerse precisados,
suele servirles de engañoso adulo.
Más sus adioses de efusión privados
y de los ojos el lenguaje nulo, 15
les hacen advertir desesperados
todo el peso cruel de ese desvío,
y el insufrible horror de tal vacío.

¿Se aman ellos aun? Tal vez lo dudan,
pero hado inevitable no permite 20
los lazos destrozar que los anudan,
por más que el sufrimiento los irrite.
Y aunque al despecho por odiarse acudan,
y el propio corazón lo solicite,
presienten ¡oh misterios inefables! 25
que los hará el mismo odio inseparables!

En el resentimiento que exacerba
el amor ofendido de la madre,
en cuanto le es posible, se reserva
de presentar la niña al mustio padre; 30
mas si consulta su interior, observa
que no puede evitar que lo taladre

sólo el pensarla de él huérfana un día,
y que antes verla muerta desearía.

Tanta contradicción, tal sufrimiento
ya en su salud tan rozagante influye,
5 y su cuerpo en notorio decaimiento
por días se enflaquece y se destruye.
Ella ha guardado oculto su tormento,
y su fidelidad no disminuye
a la promesa que empeñó al esposo,
10 aunque en aumento va su estado ansioso.

Mas tan pronto como él se separaba,
faltando resistencia a su amargura,
de la paterna choza se ausentaba
e iba a buscar la selva más oscura.
15 Y ya en sus senos solitarios daba
curso libre al dolor, ya en una dura
árida roca de desierta cima,
que sobre el lago la cerviz sublima,

E internándose en él un trecho largo,
20 cual baluarte asombroso, era el asilo
donde entregarse al pensamiento amargo
tenían los de Rancho por estilo,
cuando de sus desastres el recargo
aspirar les hacía por el filo
25 la existencia a acabar, o ya en el seno
profundo que a sus pies rueda sereno.

Al borde de esa cúspide sentada,
como la imagen del dolor absorta,
fija en el occidente la mirada,
30 a otra región parece se transporta;
y de la eternidad, como hechizada,
atiende el eco que en la voz aporta

del viento suspirante a sus oídos,
o del durmiente lago en los gemidos.

De aquel primer amor vienen los días
fulgentes a pintarse en su memoria:
parécela aun sentir sus melodías 5
y gozar los encantos de su gloria.
Mas poco a poco ve nubes sombrías
ir cubriendo esa atmósfera ilusoria,
desparecer los fúlgidos celajes,
y amenazar rugiendo los orajes. 10

Rodeándola al fin niebla profunda,
todo es en torno soledad y horrores,
y oye una voz que grita jembunda:
Murieron para siempre tus amores!
Un helado sudor su cuerpo inunda, 15
y la acometen súbitos temblores,
y el torrente enfrenado de su llanto
rompe entre gritos de dolor y espanto.

Sobre el peñón tendida, como loca
se mesa los cabellos y maltrata 20
el bello rostro, y la temblante roca
a compasión parece que arrebatá.
Ella la muerte en su socorro invoca,
y un solo oculto influjo desbarata
la intención de buscarla en el abismo, 25
que la asalta en su fiero paroxismo.

Sin duda que la vez que lo desea,
de la hija que deja en desamparo
viene a arredrarla la espantosa idea,
y es de su salvación dichoso faro. 30
Acaso de esperanza también sea
efímera vislumbre, a cuyo amparo

el éxito aguardar quiere acogida,
como a una tabla en la tormenta asida.

En tales escursiones a menudo
la sorprendió el Cacique, y amoroso
5 la conjuró que de ese llanto mudo
revelase el origen misterioso.
Y aunque vencer su obstinación no pudo,
los recelos del indio cauteloso
la varia y vacilante excusa aviva,
10 con que ella siempre complacerle esquivá.

Colpi abriga sospechas en efecto,
pues la razón que alargue no concibe
esa separación que al tierno afecto
de la doliente Inami se prescribe,
15 y de Alberto el amigo circunspecto,
sin suficiente excusa que motive
en Ranco su excesiva permanencia,
parece le excitara a la infidencia.

Ni menos sospechoso cada isleño
20 se encuentra al observar que Alejo evita
hablarles siempre con sombrío ceño,
y el poder que en Alberto él ejerce;
pues como el can más fiel sigue a su dueño
cuanto mayor dureza le acredita,
25 más sumiso le ven acompañarle,
a proporción que él muestra atormentarle.

Y como busca siempre el viejo hurraño
en su paseo el sitio más desierto,
temen ya sea un brujo que en su daño
30 tramando se halle maleficio incierto;
y a confirmar propende tal engaño
el trastorno mental del triste Alberto,

con que juzgan que el pérfido ha querido
hacer que entregue su consorte a olvido.

Creciendo en ellos presunciones tales,
negra aversión a Alejo le producen,
y al Cacique y los indios principales 5
a concertar la represalia inducen;
y de ello sus discursos dan señales,
que los aviesos ojos reproducen,
si al presumido nigromante fiero
llegan acaso a hallar en su sendero. 10

Al solícito Alberto tanto indicio
ocultarse no pudo, y el indiano
carácter conociendo, el triste auspicio
que arrojan ve contra el severo anciano.
Con esto acrecentado su suplicio. 15
por prevenir el riesgo ya cercano
y a un padre libertar, resuelto a todo,
vuela a sus pies y le habla de este modo:

«Es ya tiempo, padre mío,
de agitar vuestro retorno: 20
todo cuanto miro en torno
me infunde temor fatal.

Sobrado me cuesta daros
este presagioso aviso;
pero evitar es preciso 25
tal vez un inmenso mal

«Con ceño irritado os miran
los indios, y algún funesto
designio se trama, o presto
se tramará contra vos. 30

¡Oh! por lo que os es más caro,
partid ya... ¿De mí qué fuera

si por causa mía hubiera...
Partid de una vez por Dios

«Olvidad que habéis tenido
un hijo tan vil e ingrato.»
5 —«¿Tramarán mi asesinato?
Hace tiempo yo preví
que tus nuevos compatriotas,
para poseer todo entero
tu corazón, golpe fiero
10 fraguarían contra mí.

«Que ellos su designio cumplan
y tiñan sus viles manos
en mi sangre, pues son vanos
los esfuerzos de mi amor.
15 La parte mejor del alma
me arrancaron: ya no intento
disputarles un aliento
que has condenado al dolor.»

—«¡Padre mío! ¡Padre mío!
20 ¿Por qué en el horrible apuro
me ponéis, de ser perjuro
a la más sagrada fe,
abandonando a la muerte
mi esposa, una hija querida...
25 o de ser un parricida...
Pues bien, ¡Señor! Cederé.

«Celebrad el triunfo vuestro
de mi inútil resistencia:
mas a la alta Providencia
30 ¡qué cuenta tendréis que dar!
Conducidme al sacrificio,
y dejad en este suelo

dos víctimas que del cielo
la justicia han de implorar!

«Os seguiré; pero exige
que a su suerte rigurosa
prepare a mi amante esposa
un imperioso deber. 5

La diré que breves días
me obliga el hado a dejarla,
pero por siempre a adorarla
pronto me verá volver. 10

«Con esta esperanza al menos
no tan mortífero el daño
será, pues el desengaño
beberá con lentitud.

Y aun espero que mi sombra
cumplirála tal promesa, 15
porque se hundirá en la huesa
bien pronto mi juventud!»

Dijo; y con rostro brillante
de placer, le alzó el anciano, 20
estrechóle al seno ufano,
y exclamaba: «En hora tal
a mi hijo reconozco.

Interior presentimiento
anunciaba este momento 25
a mi afecto paternal.

«Gracias le tributo al cielo
que, apartando el velo obscuro
de tu vista, siempre puro
me vuelve tu corazón. 30

Su favor claro me anuncia
que he de conservarte y fío

que otorgará al ruego mío
el consuelo a tu aflicción.

«Sí, porque en tu patria, Alberto,
cuando te cerque el halago
5 de los tuyos, ese estrago...»
—«No, no lo esperéis jamás!»

Dice el mísero, y se aparta
a dar el adiós eterno
a Inami, horroroso infierno
10 retratándose en su faz.

En vano, con las más dulces
palabras que amor dictóle,
su infausto viaje anuncióle,
en vano la prometió
15 que muy pronto volvería,
pues sólo por dar consuelo
de muriente madre al duelo,
a partir se resolvió.

En vano otros mil pretextos
20 agregaba: fué imposible
mitigar la angustia horrible
de su amorosa inquietud.

Pedíale arrodillada
que consigo la llevase,
25 sin temer ocasionase
a su marcha lentitud.

«No me arredrarán mil riesgos,
clamaba, «o marcha prolija,
te seguiré con mi hija
30 por todas partes a pie.

Y si temes a tus padres
confesar que soy tu esposa,

con sólo verte dichosa,
por tu esclava pasaré.»

Y junto con tales ruegos
sus rodillas abrazaba;
mas viendo que no recaba
del esposo compasión, 5
como de eléctrico golpe
herida, el aspecto claro
del perjurio y desamparo,
destrozó su corazón. 10

No bien la espalda le vuelve
Alberto en partida brusca,
cuando su razón se ofusca
y rompiendo el sollozar,
aquel corazón hinchado 15
como el mar en la tormenta,
en convulsiones revienta,
sin poderse moderar.

Sus tristes quejas llegaron
del Cacique a los oídos, 20
y turbados los sentidos
de rabia, hacia ella acudió.

Ha visto marcharse a Alberto,
y de que él sea no duda
quien causó pena tan cruda 25
a la hija que más amó.

Hallándola desesperada
revolcándose en el suelo,
el origen de ese duelo
jura que ha de descubrir. 30

Y aunque en su presencia Inami
algún tanto se repone,

y el semblante ella compone,
así la empieza a decir:

«¡Hija mía! ¿Por qué lloras?
Por qué así te desesperas?
5 Cuándo al fin tus penas fieras
a mi amor revelarás?
¿Qué te ha hecho ese tirano?»
—«Nada, nada, padre mío,»
ella le responde, frío
10 terror cubriendo su faz.

—«¡Cómo nada! y moribunda
en este instante te deja,
y apresurado se aleja
como un criminal tal vez!
15 ¿Es esta la confianza
que tu padre ha merecido?
¡Ver a ese hombre preferido
a pesar de su esquivéz!

«Hace tiempo yo conozco
20 que tu contento ha cesado:
varias veces te he encontrado
sobre ese peñón fatal,
que no visita el isleño,
sino cuando el canto expira
25 de su ventura, y suspira
un alivio funeral.

«¿Cómo quieres que te observe
lentamente consumirte,
y no insista en exigirte
30 la causa de tu dolor?
¿Cómo pretender que un padre
con tu muerte se conforme,

y no te haga un cargo enorme
por lo débil de tu amor?

—«Oh, padre! padre querido,
yo ese cargo no merezco,
y es mucho lo que padezco
guardando el silencio a fe.

5

Mas cometería un crimen
si hablara, y más pronto el día
de mi muerte llegaría.

Mi promesa cumpliré!

10

«La tórtola enamorada,
a quien la dicha abandona,
sus desastres no pregona.
Solitaria la infeliz

Se va a lo más escondido
del bosque a llorar sus penas.
Fueron mis horas serenas,
pasó mi tiempo feliz!»

15

—«Bien lo veo! Tú te asustas
de hacer a tu esposo un cargo.
Mas de ese tormento amargo
el solo motivo es él.

20

Por él brillaba en tu rostro
la sonrisa de la aurora,
y por él lo cubre ahora
nube de pena cruel.

25

«Estar por siempre a tu lado
era tu mayor ventura:
hoy te llena de amargura
si respira junto a tí.

30

De su choza te ha expulsado,
su ceño es siempre sombrío,

y te ha exigido el impío
que te reservés de mí!

«¿Qué otro testimonio aguardo
de que ha cesado de amarte,
5 y a pesadumbres matarte
quiere a fin que en libertad
a su patria volver pueda
con el huésped?... Ya poseo
su misterioso deseo...
10 Yo evitaré la maldad!»

—«Ah! qué decís?»

—«¿No tenemos
aceros bastante agudos?»

—«Pretendéis herirle crudos?»

15 —«Castigaré su traición!»

—«Pero Alberto es inocente!»

—«No puede tener disculpa»

—«Entonces, si hablar es culpa,
la exige su salvación.»

20 «Y hablaré... Yo garantizo
su inocencia, que constante
quererme hasta aquel instante
que el huésped llegó le ví.

Este fué el infausto genio
25 que a mudar a Alberto vino,
pues no sé por qué destino
su adversión yo merecí.

«Mi esposo me afirma siempre
que aun me ama, pero entre tanto
30 crece negro su quebrantó,
y aun el hechizo cruel
del viejo tanto ha podido,

que a dejarme ya le obliga,
sin consentir los siga,
pronto marchará con él.»

—«Se van a ausentar!»

—«Posible

5

no es dudarlo.»

—«Ni yo quiero
saber más», exclama fiero
el jefe con acritud.

Y como trémula Inami
por Alberto le suplica,
al marcharse la replica:

10

«Él no te cause inquietud!»

*
* *

No da treguas el indio al impetuoso
ardor de la venganza que le ofusca:
a sus vasallos más resueltos busca,
y les revela el golpe que el esposo

15

Prepara a la hija suya, seducido
por los ensalmos del perverso brujo,
con que instantánea combustión produjo
en cada ánimo avieso y prevenido.

20

Sin vacilar, del seductor nefario
claman que se escarmiente la insolencia,
y no hay quien no se brinde a competencia
a auxiliar el intento sanguinario.

25

Los dos más diestros el feroz Cacique
por sus ministros toma, y les confía
velar con él la presa noche y día,
oponiendo a su fuga mortal dique.

¡Ay de aquel corazón que, duro al llanto
de Inami, no se inquieta por su suerte,
sin sospechar que a defender la acierte
otro destino favorable en tanto.

CANTO QUINTO

Mientras la noche infausta se acercaba,
de Alberto destinada a la partida,
su alma, de duelo funeral circuida,
se siente destrozarse por el dolor.

Y el corazón parece que le arrancan 5
al obligarle a abandonar el suelo
donde él creyó encontrar su eterno cielo,
y a traicionar su desgraciado amor.

Inmóvil contemplando está el desierto 10
en que va a entrar su vida miserable,
y se figura el eco lamentable
de la consorte moribunda oír.

Teme verla asomar cada momento,
la sangre se le hiela, y trastornada
a ratos la razón, cree que en la nada 15
va a hundirse alegre aun antes de partir.

Pero no fué propicia a su deseo
la suerte, y avanzándose la sombra,
la hora que tanto a su cariño asombra,
la hora temida de marchar llegó. 20

Radiante de alegría Alejo entonces,
recuérdale que el tiempo es ya propicio,
y como marcha el reo a su suplicio,
con vacilante paso él le siguió.

Al emprender su marcha, la menguante 25
luna ya descendía hacia el poniente,
sobre la isla y el lago transparente
vertiendo escasa lumbre sepulcral.

Un fatídico cerco rodeaba
su trono misterioso, y entre tanto
universal silencio daba espanto
indefinible al corazón mortal.

5 Del centro de los bosques se elevaban
ecos, a ratos, lúgubres, inciertos,
cual si hubiesen las sombras de los muertos
venido en sus seplucros a gemir.

Y el alado habitante de los cielos
10 aterrado callábase en el nido,
de la lechuza el áspero chirrido
oyéndose tan sólo discurrir.

A pensar de otro mundo convidaba
naturaleza toda, y se dijera
15 de su terrible situación postrera
querer representar la imagen fiel:
cuando el sol derribado de su trono,
sólo perciba el orbe escasa lumbre
de algún astro que aguarde allá en la cumbre
20 la señal de rodar en pos de aquél.

Desvanecida la última esperanza,
en tanto que el camino lento mide,
Alberto de su choza se despide,
donde no ha de tornar a ser feliz.
25 Y una parte del alma en cada arroyo,
en cada árbol que ofrece a su memoria
triste recuerdo de pasada gloria,
va dejando prendida el infeliz.

Cuando amenaza inmensa desventura,
30 fatal presentimiento nunca falta,
que con dobles esfuerzos nos asalta
a proporción de su proximidad.

Y todo cuanto objeto nos ródea,
parece revestir negros colores,
cual sí enlutar al mundo sus primores
hiciese nuestra propia adversidad.

No es quizás ilusión vana, engañosa,
producto de turbado pensamiento,
no es del acaso efímero portento,
no, que sin duda en la natura un Dios
infundió poderosa simpatía
por el destino de su dueño, el hombre,
y cada aspecto de ella tiene un nombre
y trae cada eco su presagio en pos.

Tal vez supersticioso me titulen,
mas tal es la impresión de mi experiencia,
y al contemplar la humana indiferencia
por mi ventura o fiero padecer,
oh bosques, oh llanuras, oh astros bellos,
lamentos de los aires y los ríos,
me es grato ver que a los desastres míos
mostráis vosotros tan sensibles ser!

Así al mirar el lúgubre y sombrío
aspecto de la noche, de repente
del triste Alberto el corazón latiente
viene a asaltar presentimiento atroz.

Y deteniendo súbito sus pasos,
«Oh, padre mio,» exclama casi inerte,
«no vamos adelante, pues me advierte
que hay un peligro presagiosa voz».

El padre le reprende esa flaqueza,
que del amor él juzga producida,
y la isla señalando en sueño hundida,
donde moverse una hoja no se ve,

ni el más leve rumor ofrece indicio
de que enemigo oculto los acecha,
desvanecer procura su sospecha,
y hace más pronto resbalar su pié.

5 Llegan ya a la ribera donde deben
emprender de las olas el camino.
Ajeno de su mísero destino,
quiere aguardar Alejo solo allí
que el hijo de una próxima enseñada
10 vaya a traer la embarcación dispuesta,
en tanto que al puñal en la floresta
un tiento da furioso frenesí.

En ameno lugar, donde mil veces
Alberto fué dichoso, la piragua
15 yacía, y antes de impelerla al agua,
deshecho en llanto al suelo se postró.

Y algún tiempo besando aquella tierra,
de que apartarse apenas ya podía,
pensando cuánto Inami gemiría
20 en aquel mismo instante, demoró.

Vuelto por fin en sí con el recuerdo
de que distante y solo Alejo estaba,
con el adiós postrero se arrancaba,
y en la cañoa apresuróse a entrar.

25 Sus brazos hacia el punto convenido
la iban encaminando, cuando ¡cielos!
no eran vanos sus lúgubres recelos!
ve tres puñales a la luz brillar.

Vánlos blandiendo las furiosas manos
30 de otros tantos fantasmas que salían
del bosque, y al lugar se dirigían
donde el anciano imprevenido está.

Cae el remo de sus manos a tal vista,
y en rauda hiel el corazón transido,
sólo puede exhalar un alarido
que en torno el eco repitiendo va.

Apresuran el paso los malvados 5
entonces, se abalanzan sobre Alejo,
y cuando él torna la cerviz perplejo,
advertido del tétrico clamor,
el bárbaro que va más adelante
le hunde en el cuello la sangrienta daga, 10
sobrevienen los otros y honda llaga
le abre cada uno en rápido furor.

Ronco gemido fué la sola queja
que el mísero exhaló, cayendo al punto
bañado en sangre y sin color, difunto 15
cual la víctima expira a la segur.

La luna que al venir iluminólos,
iluminó también la fuga presta
de los bandidos, dando la floresta
a su delito albergue sin adur. 20

Alberto estuvo helado como el mármol
mientras la escena funeral pasaba;
pero luego a llegar se apresuraba
creyendo lo que ha visto una ilusión.

Fué su primer impulso a los malvados 25
perseguir; pero presto convencióse
que era inútil empresa, y retornóse
al cadáver, opreso el corazón.

Arrójase sobre él: su voz muriente
le llama con acentos repetidos, 30
mas no llega respuesta a sus oídos;
su padre un tronco incommovible es ya.

Con bárbara destreza los puñales
 hirieron en las partes más sensibles,
 donde los golpes son más infalibles
 y la vida más súbito se va.

- 5 Desesperado entonces, ahogado el pecho
 por el sollozo, abraza el cuerpo frío,
 y exclama: «¿Por qué el cielo, padre mío,
 conmigo ensaya su fiereza así?
 10 ¿Por qué de tu amor víctima, no puedo
 al seno maternal yo devolverte?
 Cuando conozca tu espantosa suerte
 ¿qué pensará su indignación de mí?

- «¿Cómo la anunciaré que a tal desgracia
 te trajo mi funesta incertidumbre?
 15 ¿Cómo la llevaré tal pesadumbre?
 Sin duda su dolor la matará.

- Mas yo descubriré tus asesinos
 aunque huyan de la tierra a las entrañas;
 perseguiré esas fieras alimañas,
 20 y tu venganza a un tiempo ella sabrá.»

- Así diciendo el mísero, el cabello
 se arranca, y se revuelca en arrebatos,
 y cual dudoso de su suerte, a ratos
 torna si el cuerpo no se anima a ver.
 25 Siempre de esa ilusión se desengaña,
 y acaso el roce de una sombra siente,
 que pasa y se desliza por su frente,
 donde la vida lucha y el no ser.

- Veló también aquella noche Inami.
 30 A Colpi vió salir desde las horas
 de obscuridad primera, aterradoras
 señales dando su mirar feroz,

Y no sintió después que a la cabaña
él a ocupar su lecho regresase,
aunque el astro nocturno acelerase
hacia occidente su correr veloz.

¿Dónde estará? Sin duda del esposo 5
la fuga a prevenir él ha marchado.
Mas si arbitrios sangrientos ha empleado,
¿no fuera su abandono menor mal?

¡Qué temores, qué fiebre la devoran
en la vigilia y dolorosa espera! 10
¡Cuál de la vida a precio ella quisiera
hecho no haber la confesión fatal!

Al fin, cuando juzgaba cerca el día,
oyendo algún ruido hacia la puerta,
salta del lecho conturbada, yerta, 15
y corre al punto a examinar quién es.

Era el Cacique, sí, y en el silencio
que a sus preguntas guarda, ella conoce
que algún misterio la reserva atroz.
Toma su mano recelosa, pues, 20

húmeda y pegajosa la ha sentido,
y como si las ásperas escamas
tocase de una sierpe, o vivas llamas,
la suelta y retrocede con horror.

Se acerca hacia el hogar casi apagado 25
fuera de sí, reanima la ceniza,
y ve una mancha profanar rojiza
su temblorosa mano al resplandor.

Desencajados, doloridos ojos
torna hacia Colpi, y lanza un alarido 30
viendo tinto de rojo su vestido
y en su rostro expresión que la hace helar.

«¿Qué sangre, padre mío, es la que os cubre?»
con eco moribundo le pregunta.

—«¡La del brujo español!» casi difunta
le oye, crujiendo el diente, contestar.

5 Y como el tigre, vuelto a su caverna
después que de una víctima en la entraña
su hambre sació, la sanguinosa saña
exhala todavía en su rugir,

«Tu temor era cierto», continúa,
10 «huían! mas al pérfido enemigo,
en el lugar del crimen, su castigo
le acaba aqúeste brazo de infligir!

«Al país de las almas viaja ahora.»

—«Qué horror... pero mi Alberto?»... ella repone.
15 —«Ya no debes temer que te abandone,
pues del vil hechicero libre está!»

Con tal contestación algo aliviada,
a dejar aquel sitio se apresura;
pero con pie temblante, pues la augura
20 el corazón que a su suplicio va.

Corre a su propio albergue... está desierto!
Busca en seguida por el bosque y playa,
y cuando el día en el oriente raya,
rompiendo de las sombras el capuz,
25 de la ribera atisba en un recodo
dos inmóviles bultos, se le agita
todo su ser, el paso precipita,
conoce a Alberto con la incierta luz.

Aproxímase a él, y «esposo mío»,
30 le grita, remeciéndole en el suelo,
«¿No oyes, bien mío, de tu Inami el duelo?
Ha venido buscándote hasta aquí».

que era el brujo español le aseguraba
el que mi tierno esposo me arrancó».

Diciendo así, convulsa se estropea
la bella faz entre la arena hundida,
5 mientras Alberto aniquilar su vida
queriendo al parecer, fiero se alzó.

Ella prueba arrastrándose a sus plantas
asirse, y la rechaza un golpe fuerte.

—«Déme tu brazo por favor la muerte,
10 mas no me apartes, oh mi Alberto, así.

«Veo que de tu afecto me he hecho indigna,
que aversión yo merezco y soy culpable:
la vida me es infierno intolerable.
Venga a tu padre sin tardanza en mí.

15 «Por este medio calmarás su sombra
y yo bendeciré tu mano pía»,
y el seno sin defensa le ofrecía
de aguardar su suplicio en actitud.

Alberto la huye siempre, y aunque mudo,
20 la vista cada instante más severa,
denuncia su furor: súbito «Fuera!
«Fuera de aquí!» rompió con acritud.

«No más con tu presencia contamines
este lugar, o tigre parricida;
25 tu vista me es infausta, aborrecida
más que una sierpe o la infernal mansión!»

Y violento hacia el bosque la empujaba;
pero apenas sus pies la sostuvieron
hasta ocultarse en él. Allí cedieron,
30 y cayó sobre un tronco sin acción.



¿Hay más desgraciada suerte
 que la que a Alberto le toca?
 Mirarse así compelido
 a alejar su amada esposa!
 Ser ella su bien supremo, 5
 su único encanto, la sola
 que en tal situación podría
 dar alivio a su congoja,
 y contemplarla culpable
 de la sangre más preciosa, 10
 que imposible para siempre
 ya la unión de entrambos torna!
 ¡Cuánta ilusión se disipa
 como el humo, cuánta gloria
 en sanguinosos andrajos 15
 de repente se transforma!
 Un padre que reprobaba
 su pasión, ya de la fosa
 va a ser despojo, y cadáver
 la piedad filial invoca. 20
 Los dos contrarios influjos,
 cuya lucha rencorosa
 debió hacer cesar la muerte,
 hoy más violentos se chocan.
 Y si él pretendiera un día, 25
 recordando que a la esposa
 el amor hizo imprudente,
 perdonar su falta loca,
 al extenderla los brazos,
 la imagen aterradora, 30
 de Alejo no se alzaría
 exclamando en voz quejosa:
 «Así olvidas a tu padre,

así ultrajas su memoria!
Vas a hacerte un parricida,
en vez de vengar mi sombra?
Ay mísero! ¿Qué consuelo
5 le resta en la tierra toda?
¿Irá en busca de una madre,
a causar su muerte propia?
Y si el cadáver consulta,
hoy su compañía sola,
10 ¿no le dice que es vengarle
su atención más imperiosa,
y que para ello es preciso
que nuevo abismo interponga
entre él e Inami, rompiendo
15 un corazón que ella adora?
¡O cielos! Si vuestros rayos
contra el criminal se forjan,
¿cómo a un inocente embisten
con tanta fiereza ahora?
20 ¿Con qué secreto delito,
que su discurso no logra
descubrir, ha merecido
vuestras iras vengadoras?

*
**

Tales son los pensamientos
25 que al mísero Alberto ocupan
desde que en torno no encuentra
sino soledad profunda.
Tales, si levanta al cielo
los ojos, son sus preguntas,
30 dudando si rija el orbe
una Providencia justa.
En el funeral silencio
que aterrador le circunda,

a ratos se le creyera
del dolor la estatua muda,
cuando inmóvil considera
sus inmensas desventuras;
y a ratos ser algún genio 5
de adversidad, cuando turban
sus maldiciones los ecos,
que a lo lejos las susurran,
como próxima tormenta
ruido vagaroso anuncia. 10
Pudo por fin exhalarse
esa dolorosa lucha
en un abundoso llanto
que sus párpados chamusca:
pues cuando la suerte impía 15
su rigor postrero apura,
nos consuela el mismo exceso
acaso de nuestra angustia.
Entonces sobre el cadáver
se inclina, una manta suya 20
para envolverlo le sirve,
y a cavar su sepultura
comienza en la playa misma,
debajo de una alta *luma*,
que, extendiendo su ramaje, 25
va a mirarse en la laguna.
En esta triste tarea
le halla el sol, mientras se encumbra
hacia el zenit, sin que apenas
un instante la interrumpa, 30
a no ser para dar curso
a los suspiros que anudan
su garganta y a los lloros
que a los ojos se acumulan.
Y cuando cavada estuvo 35
la fosa a bastante hondura,

después de lavar el cuerpo
de la sangre que lo inunda,
en la misma manta envuelto
lo deposita en la tumba,
5 y con pecho destrozado
de la más terrible angustia,
le dice: «adiós, padre mío,
adiós! la suerte sañuda
quiso que en la tierra extraña
10 yo te diese sepultura!»
Y sin que en tal ministerio
nadie venga a darle ayuda,
él mismo esparce la tierra,
y para siempre le oculta!

*
**

15 Luego una cruz de madera
plantando sobre la tumba,
púsose a orar recogido,
y su mente en las honduras
de la eternidad lanzóse
20 con tan inmóvil postura,
que sólo tardo sollozo
que no es un mármol anuncia.
¿Cuál inspiración le envías,
justo Dios, de tus alturas?
25 La religión le aconseja
que perdone tanta injuria?
Vienen de una triste esposa
o de su hija en la cuna
los recuerdos a infundirle
30 sentimientos de ternura?
O ve divagando en torno
y pedir venganza escucha
del recién sepulto padre

a la airada sombra augusta?
Definir yo no sabría
lo que en las simas oscuras
de su corazón pasaba.

Mas de repente la duda
cesa, y raudo se levanta,
el rostro se le demuda,
y en grana ardiente se torna
su palidez más profunda.

Manifiesto es que la ira
en aquel combate triunfa:
gira su vista espantable,
vengativa sed le ofusca.

De entre la arena levanta
un puñal que a las sañudas
manos de los asesinos
se escapó en su presta fuga.

Besa de paterna sangre
las manchas que lo deslustran,
las lava; y la senda toma
que hacia Colpi le conduzca.

*
* *

No lejos de su cabaña
le halla en el bosque, se inmuta,
y refrenándose apenas,
de este modo le saluda:

«Cacique, una deuda tengo
que arreglar contigo: excusas
no debo esperar me alegues.
Los indios tenéis por justas
las venganzas que da un hijo

a las paternas injurias.
De la muerte de mi padre
aqueste puñal te acusa;

preciso es que yo lo tiña,
por calmarle, en sangre tuya,
o que agregues tú la mía
si te es fausta la fortuna.

5 Ea, pues, si eres valiente,
ven conmigo». Se conturba
al principio el indio fiero,
cuando tal noticia escucha;

10 Y «¡era tu padre!» le dice,
«harto lo siento; y sin duda,
si antes sabídolo hubiese...»
Pero luego continúa
reflexionando: «no creo
que hubiese su desventura
15 aún entonces evitado,
si te inducía a la fuga,
y a usar para la hija mía
la más traidora conducta.»

20 —«Tu hija!» replica Alberto;
Venga luego a esa perjura,
porque ahora es necesario
la abandone más que nunca.»

25 —«Pronto estoy a contentarte»,
repone en voz iracunda
el Cacique, «y a seguirte
do quiera que me conduzcas.»
Y corre presto a su choza
a armarse de daga aguda.

*
* *

30 El peñón de los *suspiros*,
la árida roca que en punta,
formando vasta ensenada,
se internaba en la laguna,
por su soledad fué el sitio

electo para la pugna.

Y a la verdad tan agrestes
son sus flancos, tan oscuras
las sombras que en derredor
proyecta, que el alma turba
su solo aspecto, y la infunde
inevitable tristura.

5

A sus pies y a flor del agua
se abren cavernas profundas,
en donde los indios dicen
que por el día se escuchan
lamentos que van creciendo
mientras más el viento zumba,
hasta oirse en la tormenta
una infernal barahunda.

10

15

Y por la noche, en la cima,
si vierte pálida luna
tristes rayos, las escenas
más espantosas alumbra.

Pues por las rocas vagando,
se cuentan sus amarguras
las almas de los que dieron
fin allí a la vida suya.

20

Por eso el nombre le vino
al peñón, por eso nunca
el isleño lo visita,
sino cuando esfuerzo busca
para abandonar la vida
de que el pesar le disgusta,
y encontrar entre las olas
término a sus desventuras.

25

30

Llegados a aquel paraje,
verno y suegro que la dura
suerte hoy hace tan contrarios,
se enfrentan con furibunda
saña igual, que el uno intenta

35

vengar a un padre, y la injuria
de una hija el otro. Ya brillan
al sol las dagas agudas.
El Cacique corpulento,
5 con su cerviz melenuda,
la tez roja y atezada,
el semblante que se inmuta
con la pasión más sangrienta,
el labio vertiendo espuma
10 y los ojos vivas llamas,
parece gigante furia.
No es tan alta ni fornida
del contrario la estatura,
y un furor menos salvaje
15 las facciones le demuda.
Aun quizá se temería
que a breve lidiar sucumba,
si la ira más concentrada
que en su aspecto se columbra,
20 y por lo mismo más apta
a saber guardar medida,
la agilidad de sus miembros,
su desenvuelta apostura,
la seguridad no dieran
25 de que con ventajas muchas
las del bárbaro compensa,
y aun quizá las sobrepuja.
Pronto acércanse, se embisten,
y cien puñaladas cruzan
30 sedientas de adversa sangre.
Las del indio son tan rudas
y violentas, que lograrán
dividir las rocas duras.
Pero Alberto ya con saltos
35 ya con esguinces las burla,
y ora avánzase resuelto,

ora el cuerpo veloz hurta;
y cuando más ya no puede,
embota la daga cruda
en la manta con que envuelto
su siniestro brazo escuda. 5

Ya el indio incapaz se encuentra
de moderación o astucia,
rugiendo de que el contrario
tantas veces se le escurra.

Reúne todo su esfuerzo, 10
su defensa no consulta,
y en una última embestida
toda su esperanza funda.

Los golpes que a Alberto asesta
parecen menuda lluvia, 15
que a resistir no bastara
más ágil desenvoltura.

El salvaje saborea
el triunfo que ya columbra;
pero el brazo de repente 20
con tanta violencia empuja,
que después de dado en falso
el golpe, su alta estatura
perdió el equilibrio todo;

y Alberto tal coyuntura, 25
como diestro, aprovechando,
le hundió la acerada punta
en el descubierta lado,
y dió término a la lucha.

El corazón parte a parte 30
dividió la daga, oculta
hasta su mango en el seno;
y el indio, como en la altura
de algún monte se derriba
al golpe del hacha aguda 35
añoso roble, por tierra

desplomó su mole obtusa,
so la cual tiembla el peñasco
y el eco sordo retumba.

Fué muy breve su agonía.

- 5 La postrer mirada turbia
hacia Alberto dirigiendo
con infernal iracundia,
de los labios un rugido
lanzó envuelto en roja espuma.
- 10 Entre las bascas a alzarse
probó y las manos nervudas
extender quiso al contrario
cual por llevarle a su tumba;
mas con ese último esfuerzo
- 15 el alma exhaló sañuda.
Y no bien le ha visto Alberto
expirar, su cuerpo empuja
hasta el borde de la roca,
y del lago a las honduras
- 20 le precipita. El cadáver
cayó como masa ruda,
abriéndole con estrépito
las ondas su sepultura.
Largo rato todavía
- 25 inquietas vibrando anuncian
que miran esos despojos
en su seno con pavura.
Cesó al fin el movimiento;
pero aquella parte nunca
- 30 dicen perdió las señales
que su superficie enlutan.

*
* *

Alberto precipitado
desciende hacia la ribera,

y como si no tuviera
al presente otro cuidado
que el huir de su dolor,
entrando en la barca leve
que esperándole se mueve, 5
dirige los tristes ojos
al sitio do los despojos
paternos deja su amor.

Y dado el adiós postrero
con llanto que de ellos brota, 10
al agua los remos bota,
y en el esquife ligero
boga y se empieza a alejar.
Mientras los brazos agita,
baja la vista, él evita 15
mirar la cambiante escena
que sólo por mayor pena
mil dichas le ha de acordar.

Iba en su curso la barca
cruzando aquellós retiros 20
que el Peñón de los Suspiros
adelantándose abarca;
y se acerca ya a su pié;
cuando de Alberto al oído
viene súbito alarido 25
de bien conocida voz,
anuncio de angustia atroz,
que el eco doblando fué.

Por las riberas se extiende
el lamento doloroso, 30
y las quietas auras hiende
invocando de un esposo
que se aleja la piedad.

Conmoviéronse de Alberto
las entrañas; pero incierto
estuvo por un instante
si seguiría adelante
5 con sorda serenidad.

No lo permitió el recuerdo
de tiempos que ya volaron.
Sus ojos se levantaron
tal vez con fatal acuerdo,
10 porque en la ribera vió
a Inami que le tendía
los brazos en que gemía
la prenda de sus amores,
y a repetidos clamores
15 su pecho despedazó.

Cesó al instante su boga
e inmóvil quedó. Este indicio,
que juzga Inami propicio,
algún tanto desahoga
20 su desesperación mortal.
Y alentando la esperanza,
a la laguna se lanza.
La niña un brazo suspende,
y esforzado el otro hiende
25 de la onda el terso cristal.

Al paso que se aproxima
al batel, más vigor cobra,
como leve pez va encima
del agua, y no sin zozobra
30 clava la vista al infiel.
¡Con qué tímido semblante,
cada vez más suplicante,
ella adivinar procura

si acogida a su ternura
guardará menos cruel!

Ni un solo instante la aqueja
la idea de lo que deja
detrás, que su alma y sentidos 5
en Alberto están prendidos
cual por mágica virtud.
Y si su pecho palpita,
ignorante no lo agita
pensar que va por el punto 10
donde su padre difunto
halló un inmenso ataúd.

A asir casi se dispone
la canoa, cuando un bulto
entre las ondas oculto 15
por delante se le opone.
Su mano en él tropezó.
No era un tronco endurecido,
y aún hubiera presumido
al tacto, ser importuna 20
manta o pez de la laguna
que a detenerla se alzó.

Con un estremecimiento
de terror baja los ojos,
y ve mortales despojos... 25
un cadáver corpulento
vuelta hacia abajo la faz.
El agua en torno rojiza

21. *Manta* es un gran pez fabuloso que los indios de *Ranco* suponen se levanta a veces súbitamente en la laguna y, cayendo sobre las canoas, las sumerge y hace desaparecer con cuanto contienen. Acaso los accidentes originados de ráfagas repentinas hayan dado margen a esta superstición.

ella observa i se electriza,
y de su garganta un grito
hasta entonces inaudito
recoge el aura fugaz.

5 Toda su alma se dijera
que con ese grito huyera,
tan triste fué y tan agudo,
y el mismo Alberto no pudo
dejarse de estremecer.

10 Por las aguas que ha agitado
Inami, el cuerpo pesado
da vuelta sobre sí mismo,
y la ocupó el paroxismo
su rostro al reconocer.

15 Pudo en turbación tan fuerte
alzar la vista al esposo,
cuyo semblante ominoso
al autor de aquella muerte
le hace al punto descubrir.

20 La circulación supresa,
todo movimiento cesa
en los miembros de la triste,
y el agua que no resiste
su peso, la empieza a hundir.

25 El terror y el manoteo
de la hija que tiene asida,
la recuerdan que su vida
no es el único trofeo
que a la laguna va a dar.

30 Entonces por un instante
algún vigor recobrando,
se muestra a Alberto flotando,

quien de susto palpitante
la va en su eskuife a auxiliar.

Ella, sin mostrarle enojos
ni queja exhalar o ultraje,
pide sólo de sus ojos 5
con el más triste lenguaje
para la hija compasión.
Y no bien la deposita
en los brazos donde escrita
está la prueba sangrienta 10
del dolor que la atormenta,
huye en rauda evolución.

Salvarla también pretende
Alberto, mas como lisa
de sus manos se desliza, 15
y la ola de nuevo hiende,
que nada quiere ya de él.
Con el cadáver paterno,
va a buscar reposo eterno,
y ciñéndole sus brazos, 20
grupo forman tales lazos
horrorosamente fiel.

Arrastra al fondo consigo
aquel cuerpo indiferente
a tanto amor: de repente 25
abandona el hondo abrigo,
y con él sube a la luz.
Pero luego a hundirse torna,
y esta vez ya no retorna!...
¿Qué aguardas, Alberto, en tanto 30
helado, inmóvil de espanto?
¿No haces un esfuerzo? ¿Sus!

No por volverla a la vida,
pues sabes es vano intento,
mas por exhalar tu aliento
con una esposa querida,
5 resuelves ir a buscar.
¿Qué lazo te lo defiende?...
Las manitas que te tiende
tu hija. ¡Cuál gime y llora,
y pareciendo te implora
10 tu designio penetrar!

Por esa causa aún esperas.
Pero ¿qué esperar, ay! triste?
Ya por siempre la perdiste!
¿Sobre las ondas ligeras
15 exánime no la ves?
Cadáver ha retornado:
todo para tí ha acabado!
Ruega a Dios que de memoria
te prive, porque esta historia
20 será tu dogal después.

Márchate ya, que una madre,
si resiste al propio duelo,
acaso te dé consuelo.
Acaso tu amor de padre
25 venza ese dolor mortal.
Una hija te ha querido
el cielo dejar: no es ella
culpable: la imagen bella
será del dueño perdido,
30 antes de su error fatal.

En fin, por más que te arrastre
a dudar de la clemencia
de la excelsa Providencia

tan inaudito desastre,
 ten de humillarte el valor.
 Muestra así que de cristiano
 no llevas el nombre en vano,
 y piensa que un Dios profundo 5
 de este misterioso mundo
 hizo el paso a otro mejor.

Inami ha muerto! Dichosa
 con abandonar la vida,
 donde era hoja desprendida 10
 que en la tormenta furiosa
 no hallaba do reposar.
 Dichoso tú con perderla,
 pues que no habías de verla,
 sino como el navegante 15
 ve el dulce puerto distante
 a que no puede arribar!

*
 * *

Mas hoy, en el exceso de tu angustia,
 inhábil para aquestas reflexiones,
 a proseguir tu boga te dispones, 20
 agotada la fuente del sufrir.
 Como espectro eres ya que un mago evoca,
 y que insensible y mudo, no parece
 discernir, cuando su orden obedece,
 el bien del mal, ni el llanto del reir! 25

Que él bogue, pues, y por su bien pidamos
 que ese enajenamiento no termine
 muy pronto, y a los astros no examine
 seguir sin emoción su curso igual.

Puesto que há breves horas sus aspectos 30
 el mayor infortunio le anunciaron,

no le demuestren ya que le olvidaron
indiferentes a su inmenso mal!

Vengan luego a encubrir sus rostros bellos
espesas nubes, la tormenta brame,
5 y sus iras más tétricas derrame,
con él simpatizando, al derredor.

Así, cuando ya lejos de estos sitios
a negra sombra el resplandor suceda,
tal vez al propio tiempo en su alma pueda
10 sin riesgo disiparse el estupor.

Tornemos entretanto un punto a Inami
y antes que para siempre la dejemos,
flotando su cadáver contemplemos,
aun al del padre unido que ella amó.
15 La ondulación siguiendo de las aguas
van lentamente, y cual por ciego instinto,
se acercan a la par hácia el recinto
de la isla hermosa que nacer los vió.

¿Qué van allí a buscar? Amiga mano
20 que la mansión les abra postrimera,
y por recuerdo suyo en la ribera
a entrambos alce un túmulo común.

Lleguen, pues, sin tardar, que su desastre
presumiendo los súbditos isleños,
25 en la demanda de sus caros dueños
van selva y lago recorriendo aún.

Indicios diferentes los conducen
al borde que los cuerpos han tocado,
y es un pequeño puerto sombreado
30 por el peñón del triste suspirar.

Adivinar creyendo su deseo,
con mil demostraciones de amargura,

allí mismo les dan su sepultura
y los dejan unidos reposar.

Largo tiempo en sus lenguas ha vivido
del padre y la hija la funesta historia,
y permanece aún fresca en su memoria 5
del semblante de Inami la expresión.

Siempre recuerdan que en la muerte misma
guardaba todavía su belleza,
y un aire de dulzura y de tristeza
que hacía derretirse el corazón. 10

Dormida la creyeran solamente
en su inmovilidad: su diestro brazo,
cayendo sobre el seno, tierno abrazo
parecía a un objeto querer dar.

Y del hermoso párpado entreabierto, 15
que la pestaña sombreaba apenas,
lágrimas raras, mas de angustia llenas,
todavía afanarse por brotar.

Ella el descanso halló bajo del polvo,
mas por mejor salvarla del olvido, 20
pronto una *huala* a disponer su nido
sobre la tumba, misteriosa, fué.

Allí permanecía largo tiempo
meditabunda y entregada al llanto,
y si por horas se alejaba un tanto, 25
siempre volvía de la tumba al pie.

Solitaria viviendo, de un esposo
nunca entregarse quiso a los amores,
y de la estiva siesta en los ardores
vagar diversas veces se la vió. 30

Por los sitios que Inami más amaba,
do con Alberto más dichosa fuera,

y su voz como nunca lastimera
el indio entonces exhalarse oyó.

Todos se persuadieron de que el alma
de Inami en aquella ave residía,
que en recordar sus glorias se placía
y su amargo infortunio en lamentar.

Algunos que su canto pretendieron
interpretar, afirman sin engaño
que aconsejar solía que *a un extraño*
nunca asilo volbiesen a otorgar.





EL BANDIDO

(La escena es en una de las provincias del Sur y en el siglo XVIII)

CANTO PRIMERO

Callados están los vientos
en las cumbres magestuosas
del *Lemu*, y las negras nubes
no truenan sobre sus rocas;
mas con tintes purpurinos 5
el sol poniente las dora,
y la brisa de la tarde,
respirando grato aroma,
apenas mece risueña
los robles que las coronan. 10
Cristalinos arroyuelos,
que en lo alto del monte brotan,
con armonioso ruido
precipitando sus ondas,

entre los troncos descienden
a cruzar la verde alfombra
de una meseta escondida
a media altura por hondas
5 quebradas y precipicios
que mil árboles entoldan.
Es su acceso tan difícil,
tanta maleza lo estorba,
que de un genio se creyera
10 ser morada misteriosa,
donde sólo fuera dado
a las tormentas furiosas
hacer resonar sus ecos,
y a ocultas encantadoras
15 celebrar las negras juntas
do sus maleficios obran.
Mas el águila rapante,
si a los cielos se remonta,
puede, al derramar su vista
20 sobre las más altas lomas,
observar en aquel valle
esparcidas varias chozas,
en donde gente proscripta
distante del mundo mora.
25 Y hoi mismo de aquel recinto,
en confusa batahola,
rumor de fiesta se eleva,
y los ecos que rimbomban
mil salvajes risotadas
30 y mil voces triunfadoras
repiten por las alturas,
y a gran distancia prolongan.
Pero no hay quien esto escuche
porque en las selvas frondosas
35 que al pie de la gran montaña
se extienden a la redonda,

no hay una sola cabaña,
ni el más leve rastro asoma
de la presencia del hombre
por vecindad tan riesgosa.

Sólo turban su reposo 5
ya la fiera bramadora
o ya las monteses cabras
al ir paciando las hojas.
Mas ¿qué viajero osaría
venir a estas selvas solas, 10
o que corazón no tiembla
con que recordarlas oiga?
Aquesos bosques, aquesas
terribles y ásperas rocas
dan albergue del *Bandido* 15
a la banda asoladora.

*
* *

Terrible banda, sí! De espanto lleno
mantiene cuánto abarca
del monte al derredor vasta comarca,
y aun el remoto pueblo se estremece 20
si allá en el horizonte
percibir le parece
el fragor de sus pasos como un trueno.

Sólo se ve vagar por ese monte
y el inmediato llano 25
el bárbaro bandido
al robo y la matanza apercebido.

O si tal vez parece otra figura,
o se llega a escuchar otro eco humano,
son los de la hermosura 30
del maternal regazo arrebatada,
y del cruel raptor, ciego a su llanto,

y sordo a la expresión de su quebranto,
a ser la esposa y sierva condenada.

¡Tiemble quien de ese asilo
turbar ose el sosiego!

5 puñal agudo o fulminante filo
castigarán su arrojo ¡ay! harto luego.

El pavor derramado
bien a su impío habitador resguarda,
y ningún sobresalto le acobarda
10 el día a sus solaces destinado.

Pero ¿por qué se aviva
hoy tanto ese placer, cuando la cumbre
verdosa, desde ocaso,
dora del sol la moribunda lumbre?

15 ¿Celebran por acaso
el éxito dichoso de una empresa
en que botín riquísimo adquirieron,
o en sangrienta sorpresa
las enemigas tropas destruyeron?

20 ¡Oh, nó! más apacible
es del presente ardor la alegre causa,
y haciendo breve pausa
el huracán de la pasión terrible,
hoy al menos su influjo de ternura
25 ejerce en esos pechos la hermosura.

La serie de las chozas agrupada
en medio la meseta,
deja una extensa plaza despejada,
donde la turba inquieta
30 asiste al espectáculo. Tejido
de yedras y de rosa,
un trono hacia su extremo se levanta.

Allí al concurso encanta
bajo dosel florido

35 una mujer hermosa,

cuya presencia anima los marciales
juegos que solemnizan sus natales.

Reina en un tiempo fué de los amores,
y bella es todavía,
mas la suerte inhumana 5
antes de tiempo despojó sus flores
del nítido frescor y lozanía
de la primer mañana.

Marchita y sin color está su frente;
sus ojos donde el cielo 10
refleja un puro azul, aunque importuno
viene a apagarlo transparente velo,
vagan por cada objeto allí presente,
sin que los logre detener ninguno.
Su indiferencia es tal, que se creyera 15
su mente transportada

a una remota esfera,
creación de ella misma,
do el pensamiento lúgubre se abisma—
A ratos recordando 20
de esa triste absorción como de un sueño,
la vista hacia los cielos elevando
dulce y benigna cual el Dios que invoca,
parece de su boca
una plegaria trémula exhalarse, 25
no para lamentarse
de inmerecido duelo,
sino para pedirle algún consuelo.

Y entonces con decoro,
por el ligero céfiro impelido, 30
desciende su cabello,
tan rubio como el oro,
a besar blandamente el seno bello;
y es tal su ondulación, que conmovido
parece pretendiera con su halago 35
dar una tregua al doloroso estrago.

¡Infelice mujer! bien comparable
 al Angel del dolor, o a la memoria
 de una perdida gloria,
 seductora a la vez que lamentable,
 5 para ella terminó toda delicia
 y la existencia misma es un tormento,
 mas si el fulgor de su belleza vicia,
 también su encanto aumenta el sufrimiento.
 ¿Cómo esa alma tan pura,
 10 esa blanca azucena
 al soplo deshojada de la pena,
 existe en medio de una hueste impura
 de mil horrendos crímenes manchada,
 semejante a la rosa
 15 cortada del vergel donde esparcía
 su fragante ambrosía
 y en un vil muladar abandonada?
 ¿Por qué suerte horrorosa
 el bárbaro adalid, cuya voz fiera
 20 en este albergue del delito impera,
 del más culpable arrojó
 osa llamarla mísero despojo?

¡Miradle! El es! Ese hombre que inmediato
 al trono de la bella,
 25 hace ya largo rato
 clava la vista penetrante en ella,
 y mudo contemplándola se embebe.
 Inmóvil, no da indicio
 de excitar su atención momento leve
 30 de las alegres fiestas el bullicio,
 como si respirara,
 triste cual la beldad, su propio aliento,
 o bien su pensamiento
 más escondido sorprender ansiara.
 35 Sobre la carabina,

que nunca el plomo despidiera en vano, —
el feo y tosco rostro se reclina.

Origen africano

muestra la tez obscura,
fornida y elevada es su estatura, 5

cuyos músculos recios
anuncian una vida
en prolongada serie

de penosos trabajos transcurrida,
y del calor y el frío a la intemperie. 10

Mas si aversión infunde del semblante
la atroz deformidad, si en él inspira
de más de una pasión amenazante
la siniestra señal asombro y susto, 15

si en su ademán altivo y ceño adusto
del bando impío al Capitán se admira,
el ángel de ternura que contempla,
del torvo aspecto la fiereza hoy temple.

¿Y quién sino el amor capaz sería
de calmar de ese modo 20

el alma de *Fernando*,
tan sólo consagrada a la venganza
y asolación, esa alma inaccesible

de largo tiempo atrás a la esperanza
y a todo sentimiento dulce y blando, 25
que con vista irascible,

do infernal saña, aterradora hoguera,
poder sólo mirar se concibiera?

*
**

Mas ved cómo, anhelando complacerle
el día del objeto de su llama, 30

la banda acostumbrada a obedecerle,
gozosa en la ancha liza se derrama!

El suelo se estremece al recorrerle

tantos corceles cuyo instinto inflama
la vocería y acicate agudo.

Cada jinete lleva un ancho escudo.

A su confusa entrada, comparable
5 a vasta inundación de un gran torrente,
pr~~o~~sto siguióse un orden admirable,
que en dos cuadrillas la revuelta gente
a una voz dividióse, y vino afable
a saludar su reina allí presente,
10 haciendo a los corceles generosos
doblar ante ella la rodilla airosos.

En premio recibida una sonrisa
con que aclaró María su semblante,
como cuando entre nubes se divisa
15 del sol aparecer la faz radiante,
partieron, y un extremo de la liza
ocupó cada bando amenazante,
después de recorrer con gracia mucha
y en varia vuelta el campo de la lucha.

20 Breve tiempo mirándose estuvieron
con ojos do fulgura heroico amago,
y el brío de los potros reprimieron
con mano firme. Mas al aire vago
no bien el cuerno de Fernando oyeron
25 la señal producirles del estrago,
más rápida que el viento o bala roja
cada cuadrilla impávida se arroja.

Nevados promontorios asemejan
que en los mares del polo se levantan,
30 y en deshecho huracán bogando dejan
su acostumbrado asiento y se adelantan.
Del mar las olas a su paso cejan,
y en blanca espuma resurtiendo espantan,
y siéntese vagar un ruido informe
35 al rodar de una y otra masa enorme.

Así se acercan los dos bandos. ¿Puede
alguien pensar que a su terrible encuentro
no se hagan mil pedazos, y no quede
cubierto de destrozos todo el centro
del estadio? Mas nó: que aunque se enrede 5
uno y otro al pasar, y aunque de adentro
de aquella confusión mil truenos parten,
sin daño uno y otro se departen.

Un agudo puñal cada jinete
clavó en el medio del contrario escudo, 10
y a su vez del campeón que le árremete
en su adarga sostuvo el golpe rudo.
A general escarnio se somete
a aquel que su puñal clavar no pudo,
y al que se viera en inminente riesgo 15
de dar en tierra, tropezando al sesgo.

Mas ya, llegados al extremo opuesto,
vuelven las riendas y otra vez se enfrentan,
y el firme acero en el escudo enhiesto
del adversario, a recobrar se aprontan. 20
En nuevo arranque, como el rayo presto,
los vuelven a ganar, cuando confrontan
sus filas, y el que sale desarmado,
por repetida befa es castigado.

Después de este ejercicio peligroso, 25
donde fueron algunos despedidos
al suelo por las ancas, sonoro
clamor alzan al cielo ambos partidos,
y en medio del palenque polvoroso,
de despuntadas picas ya munidos, 30
traban reñida lid, a cuyo empuje
truenan los aires y la tierra ruge.

Con el furor de bravos huracanes
cuando retumba el trueno, ellos pelean,
moviendo aquí y allí sus alazanes, 35
y un granizo de golpes menudean;

de ataque y de defensa varios planes
renuevan sin cesar; mas no menean
al contrario ni un palmo de su puesto,
a morir antes que a ceder dispuesto.

- 5 Quiébranse lanzas mil, cubren la tierra
en número infinito los destrozos,
y el que ha perdido su arma, no se aterra,
antes al contendor con los nerviosos
brazos ataca, y, o su pica aferra
10 hasta hacerla volar partida en trozos,
o derribado del contrario impulso,
el suelo va a morder de ira convulso.

- Mas ya los de este bando tal esfuerzo
muestran para el ataque, que en derrota
15 comienza a declararse del adverso
la fila por distintas partes rota.
Pronto será imposible, ya disperso,
que logre rehacerse, tal le azota,
a un vendaval furioso parecido,
20 el bando vencedor de orgullo henchido.

- Pero no bien Fernando el aire atruena
con una ronca voz que se dilata
por las alturas y el pavor condena
que en fuga vergonzosa le arrebatá,
25 súbito vuelve a recobrar su arena,
y en masa enorme uniéndose arrebatá,
cual tempestuoso mar los diques rompe;
cuanto su curso rápido interrompe.

- En vano el contendor aquella furia
30 pretende resistir. Ella le envuelve
rugiendo ansiosa de vengar su injuria,
y desigual pujanza desenvuelve.
Amedrentada al fin la otra centuria,
cede a su turno rota y se disuelve,
35 y del palenque para huir estrecho,
rompe la barda en dilatado trecho.

Sálese al llano, y a correr tendido
vuela al vecino bosque a refugiarse,
donde hecho firme el escuadrón vencido,
obliga a su contrario a replegarse.

Ya del pudor y rabia conducido, 5
osa hasta en campo abierto abalanzarse
combatiendo a morir... mas por reparo
que volver tiene a su silvestre amparo.

Al fin, cual suele río caudaloso,
venciendo cuanto estorbo le resiste, 10
sus olas conducir al borrascoso
mar, donde fuerza superior le embiste,
a los primeros choques, espumoso
cede y revuelve atrás, mas luego insiste
con doblado vigor, y el ponto insano 15
rugiente valla le presenta en vano.

El, describiendo raya brilladora,
la rompe y por su seno se difunde,
hasta que a gran distancia se incorpora
uno y otro elemento y se confunde. 20
Así a la fuerte banda defensora
del bosque, la enemiga vence y hunde,
bien ayudada de sus bravos brutos,
sin aguardar la espuela, resolutos.

Entre el aplauso dado a tal victoria 25
por la asombrada turba, reverente
va el vencedor a deponer su gloria
a los pies de *María*, que no siente
calmarse el escozor de su memoria
ni al bélico rumor, e indiferente 30
ve la pomposa fiesta concluída,
a que dió su presencia mayor vida.

Ay! nunca cesará la honda amargura
que desde el punto en que se halló cautiva,
de marchitar no cesa su hermosura. 35
En vano el salteador con ansia viva

todos los medios emplear procura
de consolarla, e infatigable activa
para ella cuantos goces y solaces
permiten sus refugios montaraces.

- 5 Como se acerca rápida a su ocaso
la tierna planta, si de fértil suelo
a otro de jugo y de alimento escaso
fué trasplantada bajo helado cielo,
María se consume, y paso a paso
10 una pasión, que encubre denso velo,
y arde más en su pecho cada día,
la allega al borde de la tumba fría.

- Así tal vez en subterráneo triste,
del tiempo triunfadora y sus rigores,
15 alguna antigua lámpara subsiste
esparciendo funéreos resplandores.
Mas ya cual esperanza ¡oh cielo! ¿asiste
a ese infeliz amor que en los albores
y en la inocencia de su edad temprana
20 el seno la inundó de ilusión vana?

- Todos ay! la imaginan compañera
del lecho ignominioso de un bandido,
y ya tal vez la fama, siempre austera,
bien lejos esta voz habrá esparcido.
25 Si ese temor la mente no exagera,
si ya el oprobio oyó su prometido,
en que sumida el mundo la supone,
¿cómo podrá esperar que la perdone?...

- El día ha terminado, y la bullente
30 fiesta con él: entre celaje vario
el sol se ha sepultado en occidente,
y al expirar su hermoso aniversario,
María deseara ardientemente
que, alumbrando su lecho funerario,
35 hoy sus postreros resplandores fuesen
los que la inmensa eternidad la abriesen.

Así más triste que jamás, sintiendo
la duración de su existencia odiada,
y con lánguidos ojos despidiendo
al astro que jamás regocijada
su frente habrá de ver, del luto horrendo 5
y del pavor nocturno rodeada,
va a exhalar la amargura de su pecho,
inundando de lágrimas el lecho.

En su cabaña triste y solitaria,
mientras al llanto así da larga rienda, 10
del sueño ensordecido a su plegaria,
ni un punto gozará la dulce ofrenda.
Mas en delirio tormentoso y varia
memoria, discurriendo áspera senda
de lúgubres sucesos, do ni al lejos 15
ve de un albo lucero los reflejos,

Ninguna voz amada y conocida
traerá ligero alivio a su profunda
aflicción; por desiertos va perdida,
un helado sudor su frente inunda, 20
arde el párpado hinchado, aridecida
un nudo la garganta le circunda,
y de su tierna edad la dicha y gloria,
son ¡ay! nuevo dogal de su memoria.

En tanto los bandoleros 25
en un remoto retiro,
do el descanso de María
no interrumpa el gran bullicio,
bajo el dosel de los bosques
dan pábulo al regocijo, 30
pues la disciplina usada
hoy relaja su caudillo.
Sigue estruendosa la fiesta
entre el vacilante brillo
de numerosas hogueras, 35

do los trozos exquisitos
de pingües reses preparan
para saciar su apetito.
Ruedan sin cesar las copas,
5 corre a torrentes el vino,
y aquí alegres risotadas,
allí disputas y gritos
se mezclan confusamente
a los brindis repetidos.
10 Unos al licor sin tasa
tributan culto exclusivo,
otros, variando placeres,
en ancho círculo unidos,
admiran de una pareja
15 la tosca danza y los giros,
y del pudor cada ofensa
les arranca aplauso vivo.
Mas ¿por qué toda la turba,
de una vihuela al sonido,
20 olvida danzas y vasos,
y en tumulto repentino
al reedor del instrumento
se acumula con ahinco?
Es que el cantor de la banda,
25 pallador que sus oídos
encanta durante el ocio,
anuncia ya en varios trinos
ir a aumentar su entusiasmo
con un canto conocido.
30 Y ellos, haciendo silencio,
con cuellos y ojos tendidos,
miran el estro encenderse
por instantes más activo
sobre el semblante del bardo,
35 y en eco sonoro y limpio

de más noble asunto dignos,
le oyen cantar estos vèrsos:

«Busca los montes el cedro
porque sabe que en su cima
la enorme copa sublima
y se extiende en libertad. 5

«Verde obscuro es su vestido,
y cuando el viento lo mece,
su gran susurro parece
anuncio de tempestad. 10

«El águila en los peñascos
más alto su nido pone,
y desde allí se dispone
sobre el llano a descender:

«en la alta región cernida, 15
vuela y revuela, con ojo
listo atisbando el despojo,
que su garra ha de prender.

«Así el bandido se place
en su montaraz vivienda, 20
así cual plaga tremenda
todos temen su irrupción.

«Del vil reposo enemigo,
sólo los peligros ama;
la independenciam y la fama 25
sus solas deidades son.

«Allá el cobarde mendigo,
triste habitador del llano,
bese la insolente mano
que un pan le da tinto en hiel. 30

«Nada a nosotros nos falta,
la lanza es nuestro tesoro,

rebaños y telas y oro
¿qué no adquirimos con él?

«No hay aquí rico ni pobre,
fortuna común gozamos,
5 los montes que dominamos
nadie piensa en dividir.

«Sólo un jefe nos comanda;
su obediencia es nuestra gloria,
porque vemos la victoria
10 en su frente al combatir.

«Vedle! se acerca el instante
de marchar, ¡cuál resplandece
su mirada y cómo crece
la talla del campeón!

15 «Al trote de su caballo
el monte tiembla y resurte,
como al despeñarse el lurte
de una grande elevación!

«Allá va toda la banda
20 siguiéndole en remolino,
cual violento torbellino
que barre el imperio azul.

«Al rumor que el viento lleva
25 tiemble el soldado realista,
tiemble el ricacho llanista,
tiemblen los velos de tul!

«Selva de lanzas se mueve
al resplandor de la luna;
¡cuánta ruina cada una
30 costará si ha de caer!

«Blandid las armas, amigos,
que es bello el morir del bravo!

tema a la muerte el esclavo
que sólo ha de perecer!

«Pero ¿qué estruendo terrible,
qué lago de humo y de llama
por los cielos se derrama,
qué arroyos siento mugir?» 5

«Llegó y miró la cuadrilla
y se envolvió en la pelea;
bien, bien, que el tirano vea
cómo un libre sabe herir!» 10

«Truena en gritos fugitivos
el horizonte lejano,
cadáveres es el llano,
cada edificio un volcán.

«Oh! dejadme que en la sangre
del rico y en sus despojos
a los resplandores rojos
yo revuelva mi alazán!» 15

«Después a nuestra montaña
triunfantes nos volveremos,
y por delante arrearemos
el conquistado botín.» 20

«Cien cautivas españolas
prepararán nuestra cena,
y hervirá la copa llena
en frenético festín!» 25

Así el pallador cantaba,
y el entusiasmo tan vivo
hervía, que los aplausos
tornábanse en alaridos. 30
Quién acudía a sus armas,
quién con ademán erguido

mostrábase tan soberbio,
cual si al frente el enemigo
tuvieran y se acercase
el momento del conflicto.
5 Uno sus hechos guerreros
vocifera, otro novicio
suspira por algún lance
do ostentar pueda su brío,
tanto aquel himno adecuado
10 a sus feroces oídos,
les hacía hallar gloriosa
la profesión del delito.
Calmado el ardor primero
por el canto producido,
15 con más fervor continuaron
las danzas y regocijos.
Y era tal el desenfreno
y el movimiento continuo,
tanto el rumor de las voces
20 y el hervidero del vino,
que al ver las raras figuras
y sus gestos y vestidos
confundiéndose y vibrando
de las hogueras al brillo,
25 al contemplar los horrores
espantosos de aquel sitio,
donde árboles gigantescos
con sus ramajes sombríos,
y en sus cavidades hondas
30 negros y empinados riscos,
la pálida luz reflejan,
repiten bárbaros gritos,
cualquiera se imaginara
que las hordas del abismo,
35 un breve instante escapadas
de sus encierros sombríos,

dolor contar de su nación proscrita
en donde quiera que el cristiano habita.

La discordia sangrienta que derrama
su ponzoñosa hiel constantemente
5 sobre las varias tribus que la llama
del africano sol oprime ardiente:
discordia que el cristiano astuto inflama
de la más vil codicia al aliciente,
a fin que el negro por su propia mano
10 corra a venderle su cautivo hermano.

Y llena de la humana mercancía
se figuraba el viejo ver la nave,
mientras la playa en muchedumbre hervía,
volver a su nación de viento suave
15 al maléfico impulso: luego oía
el llanto triste y el lamento grave
del infeliz cautivo arrebatado,
como la res desnudo, hacia el mercado.

Allí vendido a voz de pregonero
20 pintábale entre avaros compradores,
para ir luego a regar de un amo austero
el campo con su sangre y sus sudores:
do sin hallar alivio pasajero,
entre castigos mil y mil rigores,
25 y de la patria en perdurable ausencia,
consumirá su mísera existencia.

No de inocente niño con la incuria
de Fernando el oído recibía
la amarga relación de tanta injuria;
30 mas ya su vista centellante ardía,
y anuncios claros de la interna furia
el temblor de sus labios profería,
destellos de pasión naciendo oculta,
que hórrido incendio hará la edad adulta.

35 Cual crece con la víbora el veneno
incluso en sus entrañas, como brava

de algún volcán en el profundo seno
se va aumentando silenciosa lava,
hasta que de inundar el prado ameno,
llegado el día, enardecida cava
salida estrepitosa, y a lo sumo
eleva un río de favila y humo: 5

así el despecho de Fernando, el crudo
odio infundido a la opresora raza,
dentro del corazón se aumenta mudo
y aun en sed vengativa ya le abrasa. 10
Su alma de temple independiente y rudo,
henchida de altivez se despedaza
con los tormentos que a la casta afligen
a que se ve ligado por su origen.

Y siempre que a su vista el dueño adusto 15
a cuya ley se encuentra sometido,
sólo por dar a su fiereza gusto,
un castigo tal vez no merecido
impone a algún esclavo, el golpe injusto,
en la paciente espalda sacudido, 20
de Fernando en el seno deja abierta
otra sangrienta herida aunque encubierta.

Si él pudiera reunir bajo su mando
un escuadrón de esclavos solamente,
y de los nobles ante el débil bando 25
los condujera su entusiasmo ardiente,
¡cuán fácil le sería batallando
verter de sangre indigna amplio torrente
y compensar con ella la africana
hecha correr por la crueldad cristiana! 30

Mas ya que esta esperanza es vano ensueño
de impotente furor, tan fino tacto
mostró en el disimulo y desempeño
dió siempre a sus deberes tan exacto,
que nunca tuvo su iracundo dueño 35

que reprehenderle o castigarle un acto,
y la inquieta crueldad se vió burlada,
aunque en hallar pretextos avezada.

Pero por fin el odio en silenciosa
5 cárcel por largo tiempo comprimido,
para exhalarse en tempestad furiosa
la proporción obtuvo. Conmovido,
un día que una pena rigurosa
a un siervo se aplicaba, el ya crecido
10 joven Fernando, tuvo el fiero arrojo
de arrancarle al azote su despojo.

Enfurecido el amo al desacato,
al punto recaer mandó la pena
sobre el libertador, y su mandato
15 seguido fué de ejecución tan plena,
que Fernando quedó por largo rato
tendido cual cadáver en la arena,
y si salió de síncope tan fuerte,
siguió luchando siempre con la muerte.

20 Al fin se declaró la mejoría,
y recobrada apenas su pujanza,
por el silencio de la noche umbría
corrió de daga armado a la venganza;
y sobre el lecho do el señor dormía
25 en brazos de una ciega confianza,
clavóle al corazón el arma, y luego
puso a la casa aborrecida el fuego.

Con bárbaro placer mirando estuvo
cundir el raudo incendio a la distancia,
30 y cuando sólo ya cenizas hubo
donde se alzó la ensangrentada estancia,
aun otra noche recorriendo anduvo
las ruinas, y juró perseverancia
hasta ahogar su rencor vasto y sombrío
35 de la española sangre con un río.

Como salvaje fiera huyó en seguida
al bosque más espeso, y nunca al llano
se dió prisa a bajar de su guarida,
sino para asaltar, tigre inhumano,
de súbito al viajero, que la vida
queriendo rescatar, le ofrece en vano
el oro en abundancia, ¡ay! él sediento
de destrucción, no escucha su lamento.

5

Burlándose impasible de la oferta,
y escarneciendo su ademán sumiso,
el precioso metal ni un punto acierta
a ponerle en el crimen indeciso:
cae la daga furiosa, y ancha puerta
abre en el corazón, siendo preciso,
para aplacar su sanguinoso anhelo,
que un rojizo raudal inunde el suelo.

10

15

Tan amplia expiación sólo consigue
calmarle por momentos, pues de luto
luego cubriendo la comarca sigue,
y el brazo de la ley siempre sin fruto
por selvas y por montes le persigue,
y ora asechanzas le prepara astuto;
ora le ocupa sus refugios todos
y ensaya de prenderle varios modos.

20

Tan ágil se desliza y se enmaraña
por las malezas toscas el bandido,
y así al contrario con sus flechas caña
tras los enormes troncos escondido,
que al fin, juzgando inútil toda maña,
y del cansancio el escuadrón rendido,
le deja, y acrecienta su renombre
con el desdoro de su propio nombre.

25

30

Cundió esa fama por remotas gentes,
y cual banda de buitres se congrega
de una presa al olor, cien delincuentes

35

vienen a darle una obediencia ciega.
Pronto a su lado una horda de infidentes
a todo crimen sin temor se entrega,
e infesta el valle y la indefensa villa
5 con mil asesinatos la cuadrilla.

Ni ya se atreve solo por asalto
a embestir al inerme caminante.
Soberbio su caudillo osa más alto
la aspiración llevar, y a la distante
10 populosa ciudad, sin sobresalto
endereza su curso amenazante,
y por los campos convecinos fluye
y todo cual torrente lo destruye.

No hay ya vivienda que segura se halle
15 que en torno a su recinto silencioso
alguna noche súbito no estalle
un bárbaro alarido y en furioso
tropel, abriendo una espaciosa calle
por derribadas puertas, del reposo
20 a la familia el salteador despierte.
y dé aun al niño y la matrona muerte.

Mas nunca tan fatal fué su osadía,
ni a los bandidos nunca tan dichosa
suerte favoreciera, como el día
25 que al pueblo arremetieron donde hermosa
con mil encantos la feliz María,
de su comarca estrella luminosa,
hacía suspirar cien corazones
al resplandor de sus celestes dones.

30 La amaba con pasión como ella pura
Anselmo, a quien linaje aventajado
y varonil belleza dió natura,
y un valor en peligros mil probado.
Ella responde fina a su ternura,
35 y ya a los dos amantes señalado

estaba el fausto día en que himeneo
iba a colmar propicio su deseo.

La noche de ese día precursora,
que los novios acusan de tardanza,
la claridad se aguarda de la aurora 5
en fiesta alegre y bulliciosa danza.

Inunda de armonía harpa sonora
la paterna mansión, y en acordanza
ora al són bate una pareja el suelo,
ora girar parece en raudo vuelo. 10

Resuena estrepitoso el gran contento
de numerosa juventud, y en torno-
de los novios se acrece el movimiento
dando a su dicha placentero adorno.
Más súbito interrumpe todo aliento 15
un ruido extraño, anuncio de trastorno,
cuyo origen se ignora, pero en pasmo
convierte y en terror el entusiasmo.

Parece se acercara el terremoto,
tanto retumba el suelo y se estremece, 20
mas un clamor muy luego, no remoto,
«Son los bandidos!» grita, y palidece
cada semblante. En medio el alboroto
y horrenda confusión que al punto ofrece
la estancia, ya penetran los malvados 25
en cerrado tropel, de hierro armados.

Pronto la sangre riega los umbrales,
muros y alfombras do la leve planta,
del harpa a los sonidos celestiales,
deslizaba poco ha belleza tanta. 30

Sólo el eco de gritos funerales
en vez de dulces cantos se levanta,
y presurosa la implacable muerte
ya en cementerio la mansión convierte.

Vasto y voraz incendio en tanto cunde 35

y al que el puñal perdona el paso priva,
y mientras que la banda se difunde
ávida de botín, y ora derriba
niños y ancianos, ora puertas hunde,
5 Fernando de su horrible comitiva
se aparta, y de la novia en seguimiento
penetra hasta un remoto apartamiento.

Por más que ella suplica, gime y llora,
de galas esplendente él la arrebató,
10 con su propio terror más seductora,
y luego de reunir su hueste trata.
Ella el socorro de su amante implora
y el de su padre entonces, ¡insensata!
Fernando con un golpe traicionero
15 al perseguirla derribó al primero;

Y el infeliz anciano de un tumulto
de viles salteadores rodeado,
víctima del ultraje y del insulto,
y del puñal el seno amenazado,
20 «¿En dónde tienes tu tesoro oculto?»
por una y otra vez es preguntado,
e inútilmente el triste les responde
al que ya nada a su avaricia esconde.

En vano en honda confusión perplejo,
25 sus rodillas abraza. Ellos furiosos
iban ya en sangre del gemente viejo
a reteñir los brazos rigerosos.
Mas súbito varían de consejo,
y así dicen sus labios codiciosos:
30 «Quitarle aquí la vida inútil fuera,
pues su tesoro rico se perdiera.

»Y pues que la señal de la partida
nos da ya nuestro jefe, le llevemos
cautivo con nosotros. Si la vida
35 hoy a su oro pospone, probaremos
si se mantiene su alma empedernida

y en tanta obstinación negar le vemos,
cuando al través de duros desengaños
pasen por él los meses y los años!»

*
* *

¡Quién lo hubiera presumido!	
poco después de esa infausta	5
noche de violencia y muerte,	
terror de extensa comarca,	
advirtiósese en el bandido	
una asombrosa mudanza.	
No más permitió Fernando	10
que su gente asesinara	
aun la víctima indefensa	
de quien perjuicio no aguarda,	
y en su pecho, tan sediento	
hasta allí de sangre humana,	15
la compasión a menudo	
pudo al fin ganar la palma.	
Aun robábase a los ricos	
y eran presa de las llamas	
sus fructuosas sementeras	20
y sus alegres moradas,	
aun del amo rigoroso,	
a quien sus siervos odiaban,	
hallarse el cuerpo solía	
cubierto de puñaladas,	25
mas cadáveres sin cuento	
ya los campos no sembraban,	
y hasta ejemplos se aducían	
de clemencia inesperada	
Fué debido a un ángel puro	30
que de Fernando hirió el alma	
este cambio repentino	
de una furia inveterada.	

Fernando sintió el amor,
y a un solo eco, una palabra
de los labios de María,
sus pasiones se calmaban,
5 como se aquietan las olas
al blando soplo del aura.
La presencia de la joven
fué como iris de bonanza
en la mansión del delito,
10 pues la inexorable banda,
a ejemplo de su caudillo,
convirtiéndose en más humana;
y a la vez más invencible
se hizo, pues a aumentarla
15 vienen cuantos siervos huyen
de su esclavitud aciaga,
y los que del mundo arrojan
persecuciones tiranas.
Cierta aureola de honor
20 para el pueblo se derrama
sobre la cuadrilla, un tiempo
tan feroz y sanguinaria;
y al ver que ya todo impulso
generoso no rechaza,
25 y que ella se ha constituido
en refugio do a la santa
libertad seguro amparo
de toda opresión aguarda,
casi él mismo la perdona
30 las violencias que aun la manchan.

CANTO SEGUNDO

Tal es la banda que ahora
se abandona a discreción,
en medio la noche umbría,
al contento y al licor;
tal es el jefe severo, 5
a cuya imperiosa voz
ella obedece temblando,
y que lejos del rumor
de la prolongada orgía,
se entrega a inquieto sopor. 10
Sueños de sangre y de muerte,
peligros y agitación,
y de roedores celos
y de mal pagado amor,
todo en confuso tumulto 15
asaltan su corazón,
van y vienen y se chocan
de su frente al derredor:
de modo que aunque los ojos
encubren su resplandor, 20
de los entreabiertos labios
la continua convulsión,
cual si pronunciar quisieran
quejas o gritos de horror,
las sombras que por su frente 25
pasan en rauda montón,
y el respirar de su pecho
ronco como el estertor,
muestran que si el cuerpo duerme,
su altivo espíritu no. 30
Ya de la aurora empezaba

el primer turbio claror
a trazar en el oriente
un encendido listón,
ráfagas de luz dudosa
5 enviando a la alta región,
y pintando cada objeto
de un contorno espantador.
Ya de las vastas hogueras
estaba extinto el fulgor,
10 los gritos cesado habían,
el baile y la confusión,
y sucediendo el silencio,
el efecto del licor
llenaba de altos ronquidos
15 el campo del salteador,
cuando delante la puerta
de Fernando apareció
un hombre como fantasma,
que con rara turbación
20 varios golpes repitiendo,
dijo: «Despertad, señor;
los bosques que nos rodean
arden en incendio atroz
por todas partes. Bien presto
25 ya no habrá de salvación
ninguna esperanza.»—Alzóse
a tan azarosa voz
sobresaltado el bandido,
y sacudiendo el vapor
30 del sueño, que aun embotaba
sus sentidos, escuchó,
dudando aun fuese cierto
lo que a su oído sonó,
como de lejano trueno
35 mal percibido fragor.
Mas como se repitiera

la terrible relación,
 asiendo de sus vestidos
 de la cabaña saltó.
 «¿Quién ha causado ese incendio?»
 —No puedo acertarlo yo.» 5
 —Por dónde se vé?—» «Aquel humo
 que se alza allí... Buen Señor,
 al borde del precipicio
 se ven las llamas.» Cual león
 embestido en sus guaridas, 10
 Fernando se abalanzó,
 hasta el fin de la meseta
 corriendo a paso veloz.

*
 **

Apenas llega al borde, y sus miradas
 extiende al rededor con ceño austero, 15
 cuando ve de humo negro densa nube
 que por doquiera hacia los cielos sube
 del pie de la montaña, y agitadas
 sus olas por el céfiro ligero,
 ora ascendiendo se abren, y de entre ellas 20
 de llamas un diluvio y de centellas
 crugiendo brota, cual si el seno mismo
 del infernal abismo
 se abriese; y luego en masa unida el humo
 cerrándose otra vez, furioso avanza 25
 del monte hacia lo sumo,
 como del mar las olas al velero
 bajel juntas embisten, de esperanza
 privando al marinero.
 Más y más cada vez las llamas crecen, 30
 y las columnas de humo se entumescen,
 y como si albergara
 un alma racional el fuego insano,

lanzar se le escuchara
una amenaza de terror no en vano,
que a la par que del bosque hace despojo,
parece así clamar a los bandidos
5 en ecos repetidos:
«Yo soy ministro del celeste enojol»
Ante aquel espectáculo aterrante
y sublime a la vez, Fernando estuvo
inmóvil y asombrado un breve instante.
10 Sus ojos, de las órbitas saltando,
sobre aquel mar ardiente discurrían,
y el interior combate denunciando,
su ceño obscurecían
ora la duda, ora el furor. Mas luego
15 sacude el estupor y audaz exclama:
«¡Alerta! alerta! el fuego
do quiera nos estrecha
en tempestad deshecha.
Y el solo acaso de tan vasta llama
20 sin duda no ha podido rodearnos.
Un enemigo vil viene a buscarnos,
que no osando atacar como valiente,
aguardará tranquilo
que el incendio prendido a nuestro asilo
25 allane el paso a su cobarde gente.
Alerta! ¿Dónde están los míos todos
que aun no los veo junto a mí?... Beodos
dormirán sus excesos!... Sin tardanza
venga aquí cada cual, o de mis iras
30 sentirán la venganza!...
Tú, Juan, a aquel paraje que allí miras
libre del fuego aún, ligero corre,
y cuanto en torno alcance
tu diestra vista a comprender, recorre.
35 Desciende a la llanura, si es preciso,
y examínala bien.—A todo trance

procura no volver sin cierto aviso.
 Vuela; pero antes de partir, despierta
 al campo todo, y por diversa parte
 Andrés vaya también en descubierta.
 Yo iré a aquel punto, y en volver no tardo, 5
 al cabo de un minuto aquí os aguardo.»

*
**

Diciendo así se separan,
 y a las repetidas voces
 de alarma que el monte atruenan,
 despiertan los salteadores. 10
 Todo es confusión de pronto,
 sobresalto, maldiciones,
 duda y terror, miedo, asombro,
 y preguntas que no se oyen;
 todo es correr por el campo 15
 a medio vestir los hombres,
 ir y volver y cruzarse,
 sin darse cuenta hacia dónde.
 Quién a las armas acude,
 quién la coraza se pone 20
 de dura piel recurtida,
 creyendo que los convoquen
 a atacar un enemigo,
 que aun no ven ni ellos conocen.
 Aquí relinchan caballos, 25
 allí en confuso desorden,
 ahuyentadas por el fuego,
 aun las bestias más feroces
 vienen a buscar refugio
 en las moradas del hombre. 30
 El clamor de las mujeres,
 y los gritos desacordes
 de los niños, más aumentan

la turbación.—Al fin sobre
aquella asordante masa
de mil diversos clamores,
la ronca voz de Fernando
5 a todos silencio impone,
venir mandando a su lado
sus compañeros mejores.
Cércanle todos al punto
y palpitantes, sus órdenes
10 aguardan, fijos los ojos
en sus ceñudas facciones.
Parece que en sus palabras
toda su esperanza ponen;
y que él es su providencia
15 única en tanto desorden;
mas incierto todavía,
y agitado no dispone
ningún movimiento el jefe,
hasta tener más informes,
20 semejante al mar sombrío
cuando empieza a herirle el Norte,
y dudoso riza apenas
sus crespas hondas salobres,
que pronto a los mismos cielos
25 osarán alzar sus moles.
Entretanto el fuego avanza
sin cesar, y horrendo absorbe
con rechinantes crujidos
toda la extensión del monte.
30 Jamás tan irresistible
enemigo recelóse
que embistiese sus guaridas,
por los fieros salteadores.
las llamas rojas que se alzan
35 como columnas disformes
ondeando con el viento,

el denso humo que interrumpe
su respiración, y en medio
de sus nieblas los esconde;
el sordo estruendo que forman
cayendo altísimos robles, 5
el rebramar del incendio,
los fragmentos voladores
y chispas que el viento arroja
sobre sus ojos, los ponen
ya en estupor tan terrible, 10
que el temor los sobrecoge.
Sólo Fernando inmutable
se mantiene, aunque se le oye
condenar ya la tardanza
de sus dos descubridores. 15
Al fin, por diversos puntos
arriban estos veloces,
fatigados y acecidos
exhalando a borbollones,
sin poder casi los labios 20
darles salida a las voces,
chamuscados los cabellos,
los vestidos en jirones.
—«¿Qué noticias me traéis?»—
dice Fernando—y responden: 25
«Del rey español nos cercan
numerosos escuadrones,
cuyas filas se dilatan
por todo el pie de este monte...
Hemos visto sus aceros 30
arrojar mil resplandores,
sedientos de nuestra sangre;
redoblan los atambores,
tremólanse las banderas,
y relumbran los morriones.— 35
Aquel pérfido Domingo

a quien vos, hace dos soles,
reprehensión severa disteis
por sus desafueros torpés
y en negro resentimiento
5 de nuestra grey desertóse,
ese vil entre ellos anda
y ante su vanguardia corre,
guiando sus movimientos,
preparando cuanto golpe
10 pueda asegurar su triunfo.
Sería hacerse ilusiones
pensar que haya otro recurso
que unirnos todos y acordes
trabar un combate a muerte
15 con las opuestas legiones.»—
—«Pues trabémosle!». Fernando
repuso, «y si es que dispone
la suerte que perezcamos,
sea a lo menos como hombres,
20 vendiendo caras las vidas,
y nuestras almas se gocen
cuando sobre inmensas pilas
de muertos opositores,
nadando en ríos de sangre,
25 nuestros cuerpos abandonen.
Corramos hacia la parte
donde habéis visto más dobles
aglomerarse sus filas,
y allí empecemos el choque.»

*
* *

30 Dice, y prepara el sebo a su escopeta,
y la terrible espada cortadora
al cinto suspendida se sujeta.
De sus ojos la llama vibradora

y su mirada vigorosa, inquieta,
denuncian el ardor que le devora,
y en su rostro feroz, de rojo tinto,
brota el primero sanguinario instinto.

Seguro de triunfar la marcha emprende, 5
en todo semejante al tigre hambriento
que del asilo montaraz desciende
a buscar en el prado su alimento.
Su paso presuroso no suspende,
ni altera su semblante el elemento 10
que el bosque entero con fragor consume,
y en medio de él sin vacilar se sume.

Mas su banda, no menos atrevida,
sigue detrás.— Aunque una nube espesa
de humo a sus pechos respirar impida, 15
y la tierra que rápida atraviesa
esté de ardientes brasas esparcida,
y aunque el incendio de ofender no cesa
sus frentes en furioso remolino,
ni un punto ella detiene su camino. 20

Al contemplar la intrepidez serena
de su caudillo, así su arrojo crece,
que de césped menudo y rosas llena
sobre una alfombra caminar parece.
Ah! Por seguirle arrostrará sin pena 25
mortal tormento, y si al morir merece
que su jefe benévolo la mire,
no habrá dicha mayor a que ella aspire.

Las sendas más ocultas conociendo
del bosque, por la rápida pendiente 30
descienden a las faldas, protegiendo
suerte propicia su entusiasmo ardiente.
Míranse arroyos de sudor corriendo
de cada hinchada y palpitante frente,
sus cabellos están medio quemados, 35
y sus vestidos negros destrozados.

Ya, de alimento a falta, menos densa
la combustión al pie de la montaña,
de armas y enseñas multitud inmensa
les deja ver brillando, y de la España
5 en cerco desplegar su fila extensa
las orgullosas tropas, cuya saña
espera que el incendio abra camino,
sin temer al contrario tan vecino.

Breve momento de reposo hubo,
10 en el cual tras los troncos apuntando
el bandido a sus víctimas estuvo—
«¿Estáis ya prontos?», preguntó Fernando
a media voz, y a la señal que obtuvo
de afirmación, la mano levantando,
15 oyó seguirse formidable estruendo
que unísono en los bosques fué cundiendo.

Y una nube de balas y de flechas
parten del bosque en hórrido silbido,
y a las contrarias filas van derechas,
20 sin que un tiro se viese allí perdido.
En ellas abren anchurosas brechas,
y de sangrientos cuerpos fué esparcido
el campo, cual la mies por tierra abate
de agua y granizo el tempestuoso embate.

25 Un alarido inmenso que retumba
de las lejanas sierras por el seno,
viene a aumentar su espanto, y como zumba
el rayo asolador detrás del trueno,
dejando su escondrijo, se derrumba
30 sobre el contrario el salteador sin freno,
y con ímpetu tal, furia tan rara,
cual si el monte sus rocas despeñara.

Blandiendo con sus brazos iracundos
espadas y puñales, se ensangrientan,
35 y a su paso, de cuerpos moribundos
y miembros rotos la cosecha aumentan:

tornan en rojo lago los fecundos
campos, y el triunfo asegurado cuentan
al ver cómo deshecha se desbanda
ya por do quiera la española banda.

No tan veloz en la honda mar revuelta 5
la tromba, horror y espanto del marino,
en agua hirviente y en espuma envuelta,
se eleva, y con su raudo remolino
la nave despedaza que resuelta
siguió entre mil borrascas su camino, 10
como el bandido rompe y despedaza
cuanto su curso rápido embaraza.

Mas ¿quién es el mancebo que, ceñido
de refulgentes armas, presuroso
llega por entre zarzas, parecido 15
en la apostura y el mirar radioso
al numen de la guerra? Enfurecido
rompe el ijar de su alazán fogoso,
que al batimiento de sus raudas huellas,
saca de los peñascos mil centellas. 20

Y produce un fragor como el que flota
cuando los cielos la tormenta hiende.
Vedle! Desesperado a la derrota
de su gente el caudillo, la reprende
con tales voces, que el efecto nota 25
casi al instante, su pavor suspende,
y detenerse y revolver la mira
rugiendo de vergüenza y justa ira.

Entonces, reviviendo su esperanza,
deja el veloz corcel y se coloca 30
al frente y los conduce a la venganza
en denso pelotón cual firme roca.
Al ver cuán fiero el adversario avanza,
de los bandidos el ardor se apoca,
y al bosque retroceden sin que baste 35
a detener Fernando tal contraste.

«Al monte! al monte! a perseguirlos!» grita
el caudillo leal, y con su bando
al través del incendio precipita
su curso, grandes gritos arrojando.
5 A proseguir valientes los excita
el salteador rebelde que a Ferrando
jurado habiendo un odio vengativo,
fué de esta empresa el promotor activo.

Mas si bien al principio en la inflamada
10 selva disperso se escondió el bandido,
y ya la fiel legión lleva trepada
gran parte, sin azar, del monte erguido,
cuando del humo y llamas sufocada,
al desaliento casi ella ha cedido,
15 su desconcierto y confusión se aumenta
nueva descarga al recibir sangrienta.

Y las balas y flechas por el vago
aire cruzando, sin cesar la cubren,
pero sus ojos de tan grande estrago
20 no entre el incendio al causador descubren.
Tan sólo allí se siente el golpe aciago,
mas las manos mortíferas se encubren,
y ni el consuelo de vengar su muerte
quiere dejarles la contraria suerte.

25 Tal turbación entonces los aqueja,
que a ciar comenzaban, cuando un viento
rápido el humo alrededor despeja,
y haciéndoles cobrar algún aliento,
bien cerca al enemigo ver les deja,
30 que oculto tras los troncos, si un momento
para lanzar sus tiros aparece,
con precaución al punto se guarece.

En desorden sobre él se precipitan
cual sierpes jadeando vengativos,
35 mas los bandidos el encuentro evitan,
y nuevos troncos ganan fugitivos,

de do con befas su furor excitan,
y ríen al mirarlos tan activos
víctimas a ofrecer entre sus manos,
mientras que buscan la venganza insanos.

Como si alcázar encantado fuera 5
el bosque, por demonios defendido,
se multiplica el salteador do quiera
y el bando de la ley es consumido.
Tras cada tronco la apariencia fiera
sale a su vez de un rostro denegrado, 10
para arrojar silbando alguna flecha,
o bala que a algún cuerpo va derecha.

Y su sepulcro allí tal vez hallara
la hueste entera que orgullosa vino
el monte a acometer, si no acértara 15
su jefe a darle de salud camino.

«Amigos! si la ruina que os prepara
impune el salteador, queréis con tino
evitar, y que os ciña aquí la gloria
el honroso laurel de la victoria, 20

la destreza oponed a la destreza,
enfrenando vuestro ímpetu imprudente:
que de los robles la muralla espesa
asilo a vuestros cuerpos les presente,
y a adelantar ninguno se dé priesa 25
mientras no vea al contendor de enfrente
el tiro despedir que oculto apronte.
Encime a tal momento el arduo monte.»

Dijo: y este consejo obedecido
salvó su heroica gente, pues tomando 30
cada uno por defensa ún tronco erguido,
y las furiosas llamas soportando,
esperan el momento apetecido
de ir el terreno impuñes conquistando,

como entre la maleza acecha el lobo
la ocasión sin peligro de su robo.

Y el bandido, al mirar que la pelea
con desventaja suya se difiere,

5 no más ya de sus puestos se menea,
y a todo trance defenderlos quiere.

Un charco, que la tierra colorea,
de roja sangre, un campeón que muere
de enorme tronco al pie, muestra a la vista

10 cuán disputada ha sido su conquista!

Pero más inflamados los guerreros
leales con la misma resistencia,
ocupan palmo a palmo los senderos
y alcanzan ya del monte a la eminencia.

15 Redoblan los esfuerzos postrimeros
y crece irresistible su violencia,
hallando a su valor casi rendido
el invencible albergue del bandido.

Furia infernal inunda el alma impía
20 de Fernando a tal punto, y solamente
ya a la pujanza de su brazo fía
la propia salvación y de su gente.

Avanza, al adalid cuya osadía
alienta a sus contrarios, fieramente
25 reta y provoca a decisivo duelo,
y el otro acude a contentar su anhelo.

*
* *

Frente ya el uno del otro,
lanzaron un gran rugido,
cual si se hubieran venido
30 el león y el tigre a encontrar,
y al borde de la meseta
su curso un punto parando,

se están ambos contemplando
con un furioso mirar.

Sus ojos vibran venganza
por las pupilas ardientes,
y los demás combatientes, 5
cuando acercarse los ven,
su propia lid suspendiendo,
a esperar se determinan
que los caudillos definan
la suerte de ellos también. 10

Cual dos opuestos turbiones
al fuerte impulso del viento
vienen por el firmamento
su mole inmensa a estrellar:
así los dos campeones 15
sus armas entrechocaron,
y con fragor se miraron
mil relámpagos brotar.

«Malvado! Cuanto delito
perpetró tu mano impía, 20
vas a pagar este día!»
clama el campeón de la ley.

Y esgrimiendo el crudo acero,
contesta el jefe inhumano:
«No será tu débil mano 25
quien dé tal gloria a tu rey!»

Y así le estrecha en su ataque,
ya su cabeza amagando,
ya en veloz giro apuntando
al cuello o al corazón, 30

que el oficial, ya perdida
de embestirle la esperanza,
que usar tiene su pujanza
en conjurar el turbión.

5 Allí de firmeza doble,
de serenidad y vista
como la del lince lista
necesita el oficial.

10 Pero no a un riesgo tan grande
desfallece su entereza,
que a tan rápida destreza
oponer sabe otra igual.

15 Y aun de furioso revés
al momento mismo dado
que un golpe hendiente ha parado,
al bandido logra herir.

20 Mas fué fatal su ventaja,
pues no bien su sangre mira
correr, atrás se retira
de un salto el negro adalid.

25 Arrojando desdeñoso
de sí lejos la ancha espada,
vibra en su mano avezada
un reluciente puñal;
y a finalizar de un golpe
el combate bien resuelto,
de un nuevo salto ha revuelto
tan veloz como el jagual.

30 En vano resguarda el otro
el cuerpo y le opone en vano
su acero, pues con la mano
asiéndolo el salteador,

lo sacude tan violento,
que en pedazos mil lo rompe,
y un clamor grande interrompe
el silencio alrededor.

Luego de las fieles tropas 5
sucede tumulto inmenso,
que al ver su jefe indefenso
le vuelan a socorrer.

Ay! Fernando bien asido
le tiene el brazo derecho, 10
y más ágil va en su pecho
inerte el hierro a esconder.

Ya la luz turbia a los ojos
del caudillo casi falta,
cuando al parecer por alta 15
milagrosa protección,

súbito se escucha un grito,
más bien lúgubre lamento,
de terror y sentimiento,
a un tiempo fiel expresión. 20

Del centro de una cabaña
el quejoso grito suena,
sobre la cual la melena
del fuego empezaba a arder,
y hasta el fondo penetrando 25
de cada alma, como hechizo,
de Fernando el brazo hizo
falto de vigor caer.

Uno y otro combatiente
vista y rostro a un tiempo giran, 30
y salir absortos miran
una mujer celestial

del abismo fulgurante
que la choza va envolviendo,
como puro ángel huyendo
de la mansión infernal.

5 Tendidas entrambas manos,
compasión y auxilio implora,
con lágrima tembladora
brilla su pupila azul.

10 El tierno pie sin defensa
huella el suelo endurecido,
y al viento, de su vestido
flota el leve y blanco tul.

15 En sus pálidas facciones
y en sus ademanes todos
se retratan de mil modos
la pavora y la aficción.

20 Y cuantos pechos feroces
su clamor doliente oyeron,
o miráronla, sintieron
una intensa compasión.

*
* *

Fernando, empero, al punto que la ha visto,
dejando a su adversario,
vuela a salvarla como el viento listo:
con los nerviosos brazos la levanta,
25 y huye por los peñascos donde el fuego
a falta de alimento no adelanta
su detrimento ciego.

Mas aunque esto obra fué de un solo instante,
aunque un punto no más brilló la hermosa

aparición delante
 del gallardo oficial, cual la centella
 huye y se pierde por los aires, ella
 en él ha conocido
 un objeto querido 5
 que largo tiempo de su vista ausente,
 la sola ocupación fué de su mente;
 y al verle, con acento que ablandara
 a la insensible roca,
 la mísera exclamaba: «Anselmo mío!» 10
 y aun sonaba en su boca
 aqúeste nombre, cuando el negro impío
 con ella entre las breñas se ocultara.

*
 **

Anselmo, sí, el joven era
 que ha venido a sorprender 15
 esta guarida; el esposo
 a quien iba a dar su fe
 María, cuando a torrentes
 la sangre haciendo correr,
 el salteador su morada 20
 atacó en fiero tropel,
 y la arrastró inexorable
 hacia su asilo montés.
 Largos tiempos ha llorado
 su penosa ausencia él, 25
 y aun la imaginó ya hundida
 en sepulcral lobreguez.
 Así, pues, cuando hoy la ha vuelto
 viva, aunque marchita, a ver,
 quedó atónito cual suele 30
 quedar proscrito doncel
 si en el extranjero clima

la tierra que le dió el ser
viene a iluminar sus sueños
de improvisa esplendidez.
Siguióla con su mirada
5 hasta el punto que al través
ocultóse de las rocas
con súbita rapidez,
de su opresor en los brazos,
llamando en vano a su bien.
10 De su estupor dominando
entonces la pesadez,
«María!», grita, y se lanza
tras el raptor a correr.
Mas por aquel laberinto
15 de rocas, cuya esquivéz
se cruza, vuelve y revuelve,
su inexperiencia se ve
bien pronto sin senda o rumbo
harto seguro a sus pies.
20 Detiéndose, y un instante
pone el oído a atender,
mas sólo se oye el estampido
de los fuegos otra vez
entre ambas cuadrillas rotos,
25 tronando a la redondez.
Tiende la vista, y no alcanza
sino en la distancia a ver
las hembras de los bandidos,
trémula asustada grey,
30 que huye del fuego y las armas
el doble amago a la vez,
llevando al seno apretados
los hijos de su querer,
y al correr como insensatas
35 de riscos por la aridez,
en sus gritos y apostura

presentan la imagen fiel
de hechiceras agitadas
por las furias de Luzbel.
Perdido ya se imagina
Anselmo su amado bien 5
tan llorado, nuevamente,
y su amargura cruel
una muerte pediría
vengada por otras cien;
cuando hacia allí de enemigos 10
dirigirse ve un tropel,
los que apenas le divisan,
de su sangre ardiendo en sed,
le embisten como los lobos
a la descarriada res. 15
Mas su salvación no fía
a veloz fuga el doncel,
antes cual lebrel lozano,
heroico de intrepidez,
se arroja sobre uno de ellos, 20
le arranca el hierro, y con él
defendiéndose, y un risco
dando por resguardo fiel
a su espalda, los provoca
al combate con desdén. 25

*
* *

Mas los bandidos fiando
que en tan desigual reyerta
tienen la victoria cierta,
le atacan sin vacilar;
y él cual león acosado 30
de trailla numerosa,

aquí y allí sanguinosa
muerte les empieza a dar.

Pára con tal ligereza
cuanto golpe sobre él llueve,
5 y así el firme brazo mueve,
que sin recibir lesión,
de sangre y miembros cortados,
siempre que al reedor circula
el hierro, en torno acumula
10 un espantoso montón.

Mas si la contraria fila,
al mirar tanto despojo,
siente disminuir su arrojo,
y aun retrocede tal vez,
15 brama de verse vencida
por un hombre de esta suerte,
y darle segura muerte
resuelve su avilantez.

Desde lejos le amenazan,
20 formando círculo extenso,
y hacia su pecho indefenso
cien flechas apuntan ya.

El las ve venir silbando
en sus miembros a esconderse,
25 y como mártir verterse
su sangre sintiendo está.

Quiere en un postrer esfuerzo
a su escape abrir camino,
y va a avanzar, mas sin tino
30 vacilan flacos sus pies.

Y la multitud infame,
a quien ya el héroe no espanta,
a acabarle se adelanta
para ultrajarle después.

Puesta en tierra una rodilla,
Anselmo, desfalleciente,
con feroz mirada ardiente
no cesa de amenazar. 5

Aun torna furioso a alzarse,
y como llama que expira,
más terrible se le mira 10
el acero revibrar.

Dos víctimas inmoladas
a su golpe postrimero
caen, mas al punto el acero 15
de su mano se escapó.

Tendióse sobre sus ojos
de la muerte el denso velo,
y volviéndolos al cielo,
falto de aliento cayó. 20

Al mismo tiempo a lo lejos
se ve acercarse a Fernando,
que en seguridad dejando
la prenda de su querer,
ciego de furiosos celos 25
por las voces de María,
buscando el triunfo volvía
que ella le hizo suspender.

Mas aunque rápido corre
como la flecha volante, 30
y con eco amenazante
le oyen los suyos gritar:

que suspendan obedientes
sus ataques y la gloria
le guarden de la victoria,
es inútil su clamar.

5 Cuando al sitio del combate
llega en ardoroso anhelo,
es para ver por el suelo
tendido a su contendor,
 envuelto en su roja sangre,
10 sin calor ni movimiento,
 víctima de un ardimiento
 digno de suerte mejor.

*
**

 Amargo su disgusto
 fué entonces al mirar cómo él en vano
15 en pos del triunfo tan veloz viniera,
 y a golpes de otra mano
 el último suspiro
 ya el joven jefe al parecer rindiera!
 No empero de la muerte en el despojo
20 su vengativo enojo
 el insensible corazón cebara,
 y aun impidió a la hueste que manchara
 sus manos, ultrajando a un enemigo
 que ya incapaz de ofensa,
25 halló en la tierra el postrimer abrigo.
 Ellos de rabia intensa
 miradas le arrojaron,
 y bárbaros ruidos
 cual tigres exhalaron
30 a abandonar su presa compelidos.
 Mas todos obedientes
 siguiéronle bien pronto diligentes.

donde resuelta a coronar su gloria,
su presencia aguardaba la victoria.

*
* *

Ay! de funesto agüero
de Anselmo la desgracia
fué de la ley al escuadrón guerrero, 5
pues si el polvo han mordido
aquel día de luto
muchos de la cuadrilla del bandido,
mayor de la española fué el tributo;
y de la banda apuesta 10
que al monte arremetía
tan ufana al principiarse el día,
ya sólo un grupo combatiendo resta,
que si dilata firme el rendimiento,
abrigar no podría otra esperanza 15
su inútil ardimiento,
que contentar muriendo su venganza.
Fernando sobrevino
conduciendo impetuoso su refuerzo,
y sobre el cuadro heroico, repentino, 20
precipitóse con tan grande esfuerzo,
que los que al choque muertos no rodaron,
la vida pretendiendo
del vencedor, sus armas le entregaron.
Mas, ay! no hubo piedad, que en el destrozo 25
cebados los impíos,
y queriendo proveer a su reposo
y a su seguridad, vertiendo ríos
de la contraria sangre, en escarmiento
al que intentase profanar su asiento, 30
no perdonaron una sola vida,
y de yertos cadáveres
la tierra por doquier quedó esparcida.

Entonces harta ya la sed de sangre
que enciende el corazón, la mente ofusca,
cada cual en el plácido beleño
del sosegado sueño
5 de sus fatigas el descanso busca.

CANTO TERCERO

Es ya la tarde.—Del zenit desciende
velado en densa nube de vapores
el padre de los astros, con su lumbre
corriendo a visitar otras naciones.

Al ir a undirse en el remoto ocaso, 5
cual si un momento espectador inmóvil
quisiera ser del sitio del combate
y de la inmensa destrucción del monte,
con sus vibrantes rayos largo trecho
rompe la niebla que su faz esconde, 10
y en mar de luz convierte la penumbra
que el campo entrista con su manto doble.

Al ver aquella escena do la muerte
dominadora ostenta sus horrores,
y con rostro infernal vuela y revuela, 15
el mismo Dios del día entristeci6se.

Ya el vasto incendio, al terminar su curso,
como 6ltimo alimento a sus furores,
de las m6s altas cumbres devorando
est6 los peumos y empinados robles. 20

Mas la parte inferior de la mont6a,
y la meseta que poco ha mir6se
cubierta de caba6as y de indicios
de prolongada habitaci6n del hombre,
solo presentan troncos en pavesas 25
y de ruina amontonadas moles,
de que se elevan humeantes nubes,
que a modo de temblantes pabellones
prendidos en la tierra, al soplo leve
de juguetona brisa hinchan sus bordes, 30
y confundidos por el viento ondean,
variando al infinito sus colores.

Salpican el terreno a cada paso
charcos de sangre, vestes en girones,
rotas armas o miembros mutilados
y aun a medio quemar cuerpos atroces.

5 No rueda despejado el arroyuelo,
mas un cadáver denegrido, informe,
aquí y allí se mece en su ribera,
cual buscando un sepulcro do repose.

Do quiera el aire en lúgubres lamentos
10 resuena, o en horribles maldiciones
que al punzante dolor de sus heridas
exhalan los impíos salteadores.

Vense los unos por amigos brazos
a alguna cueva conducir del monte,
15 otros se arrastran a una fuente, y sangre
propia tal vez con la corriente sorben.

La imagen del terror por todas partes
se alza, y las nubes que la esfera esconden,
también del sol poniente a los reflejos,
20 ostentan sanguinosos tornasoles.

Seca la hierba en fin, y sin ramajes
el viento, que al pasar blandos le aromen,
un hálito de muerte sólo esparcen,
en vez de grato aliento de las flores.

*
**

25 Fernando, desde lo alto de una peña,
por largo tiempo contemplando inmóvil
estuvo aquella escena, sumergido
en hondas y funestas reflexiones.

Su rostro pareció por un momento
30 perder su aspecto de frialdad feroce,
y de piedad dió indicios al mirarse
envuelto de aquel cúmulo de horrores.

Se hallaba vencedor: sus enemigos
la faz marchita contra el polvo esconden,
mas su banda tan fuerte poco había,
qué número tan débil ya compone!

¡Cuántos guerreros de ella han perecido! 5
y con los pocos que le restan ¿dónde
irá a buscar seguro un nuevo asilo,
cuando ya el fuego del mejor privóle?

Con tales pensamientos se entristece
y aun desalienta el corazón de bronce, 10
también de tiempo atrás ya fatigado
de la sangrienta vida a que lanzóle.

El crudo anhelo de venganza un día,
ay! ya sobrado satisfecho, doble
siente ahora el cruel remordimiento 15
y ansia por respirar aires mejores.

Así, cuando hubo visto al sol hundirse
en ocaso entre espesos nubarrones,
al genio de la muerte parecido,
que sintiese pesar de sus furores, 20

al aguijón de sus ideas quiso
buscar alivio dulce, y dirigióse
hacia una vasta cueva que natura
cavó en la roca del espeso monte.

Allí se hallan ahora refugiados 25
los débiles infantes, las consortes
de los suyos, y cuantos mal heridos
han escapado a los contrarios golpes.

Allí en apartamiento solitario
también María está des que veloce 30
la arrebatara él mismo en el combate,
y en busca de ella apresurado corre.

*
**

De su retiro en lo más hondo hallóla
sentada en tierra, inmóvil cual la muerte,

la frente reclinada entre sus manos,
sollozando en secreto tristemente.

En profusión cayendo sobre el rostro,
del cuello y seno la rosada nieve
5 cubre el largo cabello, y sólo a trechos
deja entrever sus formas relucientes.

Al lado suyo se sentó Fernando,
y en su silencio mudo y elocuente
la estuvo largo rato contemplando
10 con ojos do el amor mezclado vese.

De la ponzoña de los negros celos,
pasiones que le agitan y escandecen
el corazón en tumultuosa guerra,
y a retratarse sobre el rostro vienen.

15 al fin con voz temblante y temerosa
llamóla por su nombre, y como inerte
y en profundo silencio continuase,
«María!», prosiguió, «tú me aborreces.

«¿No es ésto cierto? Y lo que más me aflige
20 es que este triste tu aversión merece.

Tú, ángel de luz para vivir nacido
entre el incienso y flores inocentes,

«y tú, cuya pureza se igualara
a la rosa de célicos vergeles,

25 hallarte entre esta atmósfera de crímenes
do sólo sangre y destrucción se huele!

«¿Cómo podía tu sensible pecho
cerca de tanto horror ni un punto breve
ser venturoso? ¿Cómo un sentimiento

30 abrigar a favor del que inclemente

«sin cesar se mostraba ante tus ojos
teñido en sangre y derramando muertes?

Pero ah! Si en lo más hondo de mi pecho
leer con vista perspícaz pudieses,

35 «tú me compadecieras: no lo dudo.

Lanzado en esta vida delincuente

por la persecución, sobrado tiempo
 al abismo ha querido sustraerme,
 «por respirar un aire más benigno
 en el silencio suspiré mil veces,
 y el mundo a mis deseos oponía 5
 una barrera insuperable siempre.

«¿Dónde hallar un asilo entre los hombres!
 Desprecian a mi raza y la aborrecen,
 y vengar en mi propia sangre anhelan
 la sangre de ellos que vertí a torrentes. 10

«Oh! María! María! Una esperanza
 quedábale a este triste solamente,
 si es que puede quedarla al que destroza
 atroz remordimiento como sierpe.

«Desiertos hay, María, donde nunca 15
 humana planta penetró, y do puede
 cerca de un ángel, el perdón del cielo
 implorar ignorado un delincuente.

«Si tú quisieras... Ah! Cómo yo entonces
 a endulzar los horrores de tu suerte 20
 me dedicara, hasta lograr que un día
 acreedor a tu gracia me creyeses!

«Pero cómo esperar que en algún tiempo
 cese tu corazón de aborrecerme!
 Me sobran desengaños! A mi lado 25
 tan sólo la violencia te retiene.

«¿Y no debo pensar que en un cadalso
 mirarme desearías falleciente,
 o al menos que de mí te apartarías
 desde que huyendo en soledad me vieses? 30

«¿Puedo disimularme que en tu pecho
 tiene otro amor su duradero albergue?
 que objeto es sin cesar de tus suspiros
 otro mortal dichoso... y que aun en este

«día en que estamos, con dolientes gritos, 35
 mientras del fuego te salvaba, aleve

llamabas por su nombre a libertarte
de entre mis brazos a ese odiado jefe?

«¿No escuché yo tu nombre entre sus labios?
Oh! y ahora mismo, con dolor vehemente,
5 de que él no hubiese su intención logrado,
en secreto no culpas a la suerte?...»

No pudo proseguir más el bandido,
que la rabia cortóle de repente
la voz, y las facciones de su rostro
10 se contrajeron trémulas, y ardientes
relámpagos brotaban de sus ojos,
y la infeliz María, cual si fuese
cadáver animado en el sepulcro
al resonar de maldición potente,
15 oyendo aquellas últimas palabras,
levantó su cabeza suavemente;
y sin volver hacia el bandido el rostro,
rompió con voz temblante de esta suerte:

«Ah! Si es que todavía esperar puedo
20 que un resto de piedad en vos se encuentre,
hoy tenedla de mí... ¿Cuál de ese joven,
decidme, ha sido la ignorada suerte?

«¿Vive aún? se salvó? o en poder vuestro
cautivo triste una venganza teme?...»

25 Le habéis?... — «¡Le he muerto!» contestó Fernando,
furioso al ver que con temblor creciente
ella decir no osaba una palabra
que iba terrible como el rayo a serle.

«¡Ha muerto! y su cadáver en el monte
30 ser de las fieras alimento hoy debe!»

«¡Monstruo! exclamó María con un grito
capaz de hacer gemir la roca inerte,
como el de aquel que los postreros rayos
de su esperanza ve desvanecerse.

35 Cayó sobre la tierra sin sentido
y en convulsión mortal, y el fiero jefe

la aguda daga desnudó, y de su ira
al primer arrebató iba a esconderle
en el desnudo pecho el hierro crudo.

Mas su mano quedóse de repente
inmóvil y en el aire levantada, 5
cual si un ángel de Dios la contuviese.

¿Por qué Fernando tiembla? ¿Qué le impide
el golpe descargar?... Ay! le detiene
la vista de ese cuello do la rosa
se une con la azucena suavemente, 10
de amor los blandos besos provocando.

Bañarlo en sangre su furor no puede,
lanza el puñal lejos de sí, y se postra
cual la belleza a quien aflige, inerte.

*
* *

Cual si del otro mundo retornara, 15
al fin la joven del desmayo vuelve;
mas ay! mejor le fuera sumergida
quedar en hondo sueño para siempre!

De pronto siéntese tan aturdida,
que su desgracia recordar no puede; 20
sólo un rumor de tempestad escucha
y hallarse en un desierto le parece.

Cobrando poco a poco el sentimiento,
la vista en torno conturbada extiende,
y halla los ojos de Fernando airados, 25
que sobre ella enclavados permanecen.

De un ángel de terror los imagina,
que a confundirla y condenarla viene,
y al punto estas palabras del bandido
resuenan en su oído y la estremecen: 30

«Ha muerto! y su cadáver en el monte
ser de las fieras alimento hoy debe!—»

Nuevo dolor la taladró, y vertieron
de lágrimas sus ojos un torrente.

Su amor, su único amor que no ha cesado
cautiva triste de tener presente,

5 y a quien desde su ausencia refería
la historia de sus penas tantas veces,
su amante había muerto y no existía
ya la esperanza de algún día verle.
¿Y quién su matador había sido?

10 El bárbaro caudillo a quien se debe
que ella llore a sus padres, su inocencia,
y un porvenir de nácar y claveles.
Y este inhumano monstruo aun al don puro
de su cariño a pretender se atreve!

15 Iba a dar curso libre a sus enojos,
prorrumpiendo en las quejas más crueles,
hasta obligarle a que su odiada vida
de un golpe terminase para siempre.

Mas súbito recuerda que el cadáver
20 de Anselmo está insepulto, y que ser debe
muy pronto el pasto de voraces buitres,
y esta espantosa idea la detiene.

Trémula, suplicante, ay! y con ojos
más bellos por las lágrimas que vierten,
25 se arroja ante las plantas del bandido
y exclama con dolor: «Compadecedme!

«Ese infeliz objeto de ira tanta,
aquese joven a quien disteis muerte,
era... mi hermano!» «Justo Dios! tu hermano!»
30 exclamó sorprendido el fiero jefe,
y alzándose veloz cual si en su oído
la trompeta final sonado hubiese,

«Tu hermano!... Eran injustos, pues, mis celos!
Tu hermano y no tu amante! O cielos! vuelve
35 «a pronunciar esa feliz palabra,
que de un infierno horrible me concede

tornar a la existencia... Oh! mi María!
perdona mis sospechas tan crueles.

«Ni estés creyendo que yo le haya muerto.
Fueron los míos!... La piedad celeste
no quiso que también yo de tu hermano 5
en la sangre mis manos retiñese.

«Entre el cúmulo atroz de mis delitos,
dichoso me contemplo al no hallar éste...»
«Déjame, pues, le contestó María,
que con mi llanto sus cenizas riegue: 10

«que le haga yo los últimos honores,
y antes que el alma de animarme cese,
al sepulcro que harán mis propias manos
ese cadáver adorado entregue—».

Fernando enternecido entre sus brazos 15
levantóla, y con labio balbuciente:

«¿Puedes temer, le dijo, oh! mi María,
que a tus deseos yo tal gracia niegue?

«¡Ojalá que volverle a tu cariño
a costa de mi vida dable fuese! 20

Ven ahora mismo: su cadáver yerto
corramos a buscar y a substraerle

«A la voracidad de hambrientas fieras.
Yo mismo su sepulcro cavaréle,
y la alma tierra que sus restos cubra 25
regaré con mis lágrimas ardientes.

«Ven, y al darle tu abrazo postrimero,
cuando la vista suplicante eleves,
pidiendo al Hacedor por su descanso,
yo entonces en tierra clavaré mi frente; 30

«rogaré, y al Señor tal vez no indigne
que el ruego de un contrito delincuente
por un hombre virtuoso hasta su trono,
unido al tuyo angelical, se eleve.»

*
**

Dijo, y tomó una tea entre sus manos,
y condujo a María por la diestra,
entre las sombras de la noche, al sitio
donde el cadáver de su amor se encuentra.

5 ¡Ay! Cómo tiembla la infeliz sintiendo
sus plantas resbalarse por do quiera
en charcos sanguinosos, y mirando
al vislumbrar de la humeante tea,
mil despojos mortales esparcidos
10 en espantables formas por la tierra,
y troncos y malezas aun ardientes
que un infernal aspecto la presentan!

Sólo el sagrado objeto a que ella marcha
la infunde aliento y su valor sustenta,
15 como invencibles óbices allana
aquel que un talismán consigo lleva.

De súbito Fernando se detiene,
y la rojiza luz que al viento ondea,
un cúmulo de cuerpos ilumina
20 amontonados en confusa rueda.

Ha conocido el sitio y por sí solo
pide le deje obrar su compañera,
por evitar a sus pulidas manos
el contacto fatal de muerte horrenda.

25 Ella no lo consiente, y aunque toda
helada de terror, allí se sienta,
de buscar los despojos adorados
ayuda al rudo jefe en la tarea.

¡Oh triste condición de la infelice,
30 que de esperanza más dichosa ajena,
quiere siquiera hallar cadáver yerto
a aquel por cuya vida ella mil diera!

En medio de aquel cúmulo espantoso

yace un cadáver solo y que demuestra
un héroe que al morir se ha hecho una tumba
de enemigos vencidos por su diestra.

Un rayo sobre el pálido semblante
vierte la luz, y conociéndole ella, 5
a abrazarle se arroja como loca,
su nombre repitiendo con voz tierna.

«Anselmo! Anselmo mío! ¿Este el estado
en que debía recobrarle era,
después que tanto tiempo he lamentado 10
sin esperanza tu penosa ausencia?

«Has muerto! y no he podido yo a tal punto
tu último aliento recibir siquiera!
El cielo sólo quiso te cobrase
para poner tus restos en la tierra!»— 15
Sin poder decir más, la voz ahogada
de sollozos y lágrimas, le estrecha,
contemplando anhelosa aquel cadáver
cual si su llanto a reanimarle fuera.

Inclínase y le besa sobre el pecho, 20
y con sus manos cubre las abiertas
llagas, como a impedir ¡ay! que se escape
algún último soplo de existencia!

Vano delirio que el dolor produce,
pero la realidad terrible ahuyenta, 25
volviendo a herir los aires sus sollozos
con mayor amargura y doble fuerza!

Movido a compasión Fernando mismo,
la vista separó de aquella escena,
y dió al llanto lugar... Mas ¿por qué ha oído 30
un grito penetrante de sorpresa?

¿Por qué al volver el rostro, la ha mirado,
el labio abierto, palpitante, atenta,
desencajados e inmóviles ojos
clavar al rostro do la muerte reina? 35

¿El alma de su amante habrá venido,

compadecida de su angustia extrema,
a animar un momento esos despojos?
Sí, que ya de ilusión vana proceda,
o de dichosa realidad, María

5 sintió salir de aquella boca yerta
leve suspiro, y palpitóle al punto
el corazón con rápida violencia.

Y mientras que sus manos aplicaba
al pecho del difunto, otra vez ella
10 oyó un suspiro, y no dudó ya viendo
los muertos ojos entreabrirse apenas.

«María! a qué esa voz?» dijo Fernando,
y ella le contestó: «Mi hermano alienta!
Suspirar y moverse le he sentido!»

15 —«Cielos! Será posible?»—«Por la eterna
«justicia, y por cuanto es a vuestros ojos
de más precio, señor, sobre la tierra,
tened piedad de mi infeliz hermano;
su vida conceded a mi terneza»—

20 «¿Lo dudas tú, María? De ese joven
pertenece a tí sola la existencia.»

—«Dios os bendiga! Mas de aquestos sitios
transportarle al momento conviniera.

«Ya lo veis. El rocío de la noche
25 y el penetrante frío mal le hicieran;
su vida vacilante está en peligro,
su vida que a mis ojos tanto cuesta!

«Preciso es conducirle a algún asilo,
pues aquí sólo destrucción le cerca»—

30 «Voy pronto a hacer que dos de mis guerreros
a transportarle sobre un guando vengan.»—

«Gracias, oh! justo Dios!» clamó María,
«Gracias, salvado está,» siguió contenta
al ver abrir sus párpados a Anselmo

35 cuando el bandido se alejaba apenas.

E inclinándose luego sobre el joven,

«Anselmo, Anselmo mío!» con presteza
 le dijo, «soy María. ¿Me conoces?
 la que iba a unir su desgraciada estrella
 por siempre con la tuya»—Al escucharla,
 cual si un sopor profundo sacudiera, 5
 él la empezó a mirar como espantado;
 después dudoso aun, y sus ideas

reuniendo poco a poco—«Era María,»
 dijo, «sí, mi María; en sombras densas
 verla me pareció»—«Sí, la que nunca 10
 te apartó de su mente», añadió ella.

—«Cielos!» repuso aquél, y a desmayarse
 iba al poder de su impresión extrema,
 mientras María: «Vuelve en tí, mi dueño,»
 clamaba, sosteniendo su cabeza. 15

que no te pierda yo, pues no podría
 prolongar a tal golpe mi existencia:
 Anselmo, Anselmo, escucha. En un instante
 tu bárbaro enemigo está de vuelta.

Le he dicho por salvarte eres mi hermano. 20
 Procura que este engaño no comprenda.»
 —«¿Dónde está ese malvado?» exclamó Anselmo
 en un raptó de ira, «que aquí venga!»

«Quiero arrancarle el corazón!»—«Dios mío!
 Guárdate, si tu vida en algo aprecias, 25
 de ese delirio, y tu furor oculta,
 si es que no quieres que yo misma muera.

«¿Qué puedes tú contra él?... Estás herido,
 debilitado, y a la muerte misma
 acabas con trabajo de arrancarte; 30
 ni una espada tu brazo sostuviera.

«y él robusto, veloz! te mataría,
 te mataría sin piedad. Le cerca
 tanto feroz satélite, y yo sola,
 débil mujer, me ofrezco a tu defensa! 35

«Déjame, pues, salvarte, ya que él mismo

me ha dado de tu vida la promesa,
creyéndote mi hermano, y esperemos
a que nos luzca más propicia estrella.»—

Diciendo así, quitóse el blanco velo
5 que el seno la cubría, y varia venda
del joven puso a las heridas hondas,
llenas de sangre congelada y negra.

*
* *

Vuelve el bandido en tanto acompañado
de los dos hombres que a buscar partiera,
10 y a su vista sintió el herido joven
encenderse su pecho en rabia nueva.

Miradas furibundas de amenaza
lanzóle y pudo contenerse apenas
de prorrumpir en duros improperios
15 contra el malvado autor de sus ofensas.

Pero el terror fatal que de María
todo el temblante aspecto manifiesta,
y el temor de envolverla en su ruina,
le hacen vencerse y reprimir su lengua.
20 Sin resistencia, puesto sobre el guando,
se deja conducir a la caverna
donde en brazos del sueño los bandidos
de la pasada lid descanso encuentran.

Allí en apartamiento solitario
25 María le formó de ramas secas
y de pieles un lecho, y sus heridas
curó afanosa con propicias yerbas.

Después con salutífero brebaje
calmando sus dolores, vió contenta
30 quedar en blando sueño sumergido
aquél de quien pendía su existencia.

Tan sólo entonces la dejó Fernando,
y entonces solamente pudo ella

abandonarse libre a la ventura
que su alma conturbada experimenta.

Dicha bien triste—ay! Dios! pues quien la mire
cómo aquel rostro de su amor contempla,
mostrando ya en el suyo la esperanza 5
entre una nube borrascosa envuelta;

ya la desesperación más dolorosa
que entre súbitos llantos se acrecienta,
al punto adivinara que María
es de tormentos indecibles presa, 10

y que en su pecho un hórrido combate
se dan mil sensaciones, y oh! funesta
fuerza del hado! que ella en vano lucha
por encubrirse una verdad tremenda.

En este afán pasó dos largas horas, 15
velando el sueño de su amada prenda,
cuando llegó un mensaje de Fernando,
en que la intima que a su lado venga.

CANTO CUARTO

No bien toda temblando,
sobresaltada, ante el cruel bandido
hubo comparecido,
la pregunta primera
5 que de su labio balbuciente oyera,
fué cuál se hallaba su querido hermano —
«Tranquilo duermes,» contestó, «y yo fío
que no ha de hacer que en vano
aliente mi esperanza, el cielo pío.»
10 —«Tal es, bella María, mi deseo;
pero no podré yo disimularte
que tengo celos de él. Cuando te veo
tiernamente afanarte
por restituirle la salud preciada,
15 cuando sobre su lecho, palpitante,
le observas inclinada
con mil ansias de amor, y yo recuerdo
que interés semejante
jamás he visto en tí, siempre de hielo
20 por otra parte a mi amoroso anhelo...
dispensa a este demente
que la africana sangre hervir aun siente
en sus venas. María!
Oh! yo quiero llamarte toda mía,
25 y aunque sienta mostrarme interesado,
preciso es que me pagues
de ese doncel la vida que te he dado.»
—«¿Qué precio la ponéis?» la joven dijo
«nada, si lo exijís, morir me cuesta
30 a fin de rescatar la deuda aquesta.»
—«No, es tu bella existencia lo que exijo.
Pero tú sola puedes, bien lo sabes,

librarme de este cúmulo de horrores,
y en el infierno de mis penas graves
esparcir bondadosa algunas flores.
Oye, pues, mi demanda. Apenas deje
de peligrar la vida de tu hermano, 5
es necesario que de aquí se aleje;
yo no podré sufrir que a cada hora
su presencia me increpe acusadora
el crimen que pasó y hoy lloro en vano,
o bien lazos me tienda, 10
y más tu corazón en mi odio encienda.
Mas como a rescatarte,
sabiendo donde estás, volver podría,
a nuestro turno es fuerza abandonemos
esta mansión que desolada hoy vemos. 15
Vasto es el mundo, y favorable el hado,
en sus montañas densas,
nos brindará algún valle retirado
donde hacerte olvidar tantas ofensas
arrepentida mi pasión procure. 20
Pero antes es preciso me asegure
tu labio irás conmigo a toda parte
a donde huyendo yo quiera llevarte.»
— «¿Qué presumís, señor, que yo os responda?
¿Cómo oponerme a vuestro intento, cuando 25
me lo pedís en premio de la vida
de aquel que yo amo con pasión tan honda?
Miradme a vos rendida:
salvándose él, a todo estoy dispuesta,
ni habrá región funesta 30
donde llevada ser terror me inspire,
sin otra condición que antes no expire,
pues mi triste existir, según me siento,
se va acercando a su final momento.»

*
**

¡Cuán tétricos sonaron
de Fernando al oído
éstos ecos que el viento penetraron
cual lúgubre sonido
5 y postrimer adiós de un moribundo!
Oh! cuánto atormentóle aquel profundo
acento de dolor y aspecto triste
de desdichada víctima que al fiero
poder de su tirano,
10 sólo cesando de vivir resiste!
Mas viendo que era en vano
toda reconvención, su rabia intensa
frenó sumiso al hado riguroso,
y escondiendo la frente silencioso,
15 comenzó a sollozar, y aquella fiera
que a esfuerzo humano irrefrenable fuera,
vencida se encontraba
de una débil mujer que no le amaba.

*
**

Anseldo duerme en tanto, y blandamente
20 vital vigor le va inspirando el sueño;
mas si el feliz beleño
que por sus venas fluye,
al físico dolor da algún descanso,
como el arroyo manso
25 vida al vergel marchito restituye,
no así interrumpe la moral zozobra,
que en medio de esta calma
con doble fuerza se acrecienta y obra.
En vario delirar mecida el alma,
30 ya alegre se imagina

ver preparar las fiestas de himeneo
demasiado tardío a su deseo.

Ya la nupcial corona la alba frente
ciñe a su prometida;

la tea en el altar está encendida,
y el templo con mil luces reluciente.

5

Mas ¡ay! súbito truena

furiosa tempestad que el templo llena;

la vasta claridad el viento apaga,

y multitud aciaga

10

de gritos espantosos

de asolación, de muerte y de destrozos

en confusión estrepitosa vaga.

En busca de su esposa

vuelve él; pero espantado

15

ya no la halla a su lado,

y sólo en torno mira sombra inmensa.

¡Oh! cómo en lamentosa

voz su nombre repite y por la densa

oscuridad llamándola se lanza!

20

Inútil esperanza!

Que un mar de sangre levantarse mira
su paso resistiendo,

y al otro lado de este abismo horrendo

que muje y brama y fetidez respira,

25

oye un eco adorado que le implora

a la distancia lamentoso, en vano,

pues cuando quiere perseguirlo insano,

le sepulta aquella ola bramadora.

Cambiada está la escena.

30

Ya luengos años de angustiosa pena

para él han trascurrido,

en que su sola ocupación ha sido

la pérdida llorar de sus amores.

Sueña que en un desierto
para él de límite ignorado, incierto,
marchando va sin guía
tras un objeto que encontrar no espera,
5 y que dejando de seguir, muriera.
Llega la noche impía
y densa obscuridad envuelve el cielo;
la tempestad estalla,
y el infeliz cerca ni lejos halla
10 amigo albergue que le dé consuelo.
El viento ruge horrendo a sus oídos;
el trueno hace escuchar sus estampidos;
la negra esfera rota
un mar de fuego brota,
15 de que los rayos en furiosa guerra
parten veloces a asolar la tierra.
Mas, cual si por despojos
al infeliz buscaran solamente,
sus varios giros siente
20 venir ante sus ojos
sobre sus yertos miembros a estrellarse,
haciendo el curso de su vida helarse.
Muerto en tierra parece,
mas ¡ay! luchando está con un letargo
25 terriblemente amargo,
por el dolor agudo que padece.
Entre la densa sombra
al fin lejana lumbre se imagina
percibir, que dudosa se avecina
30 cual un astro benigno de esperanza.
Blanco y flotante objeto hacia él avanza,
y una voz que le nombra
resuena melodiosa allá en su oído,
en que aquel eco inolvidable ha sido.

*
**

No era ya un mero sueño,
 que a tanta agitación se despertaba
 Anselmo, y aun miraba.
 ante sí la blanquísima figura,
 que entre rojiza luz y sombra oscura 5
 del iris con los tintes resaltaba.
 Dudando de su bien, llamó a *María*,
 y ella con un sollozo respondía:
 tendiéndola entrambos brazos,
 y a tan queridos lazos 10
 se abandonó sin resistir su dueño.
 Entonces, conociendo que era cierta
 la dicha celestial que vió en su sueño,
 «*María!*» la decía, «*Oh! dulce encanto!*
 ¿Es verdad que eres tú? Tú a quien yo muerta 15
 y perdida he llorado tiempo tanto?»—
 Y ella le contestó: «*Sí, soy María,*
 aquella a quien un día
 jurabas tanto amor, y que al momento
 de ir a llamarse tuya para siempre, 20
 fué arrebatada del paterno asiento
 y a su dulce esperanza y sus amores.
 ¡Ay! ¿Por qué no me es dado
 otra vez de aquel tiempo afortunado
 ver relucir los plácidos albores?»— 25
 De amor en un delirio,
 Anselmo a tales voces la estrechaba,
 y besando su frente humedecida
 de un ardiente sudor que en ella brota
 cual matutina gota 30
 el cáliz riega de amoroso lirio,
 dichoso recobraba
 vigor en su regazo y nueva vida.—

- «¿Por qué recelas del favor del cielo?»
decía, «¿no es indicio
de que a mi fe te reservó propicio,
cuando después de tan penoso duelo,
5 de tan largo llorar tu ausencia dura,
y aun de temer que bárbara fiereza
hubiese aniquilado tu belleza,
te ha restituído a mi inmortal ternura?
Huyamos ya, bien mío,
10 de este recinto impío,
y al lugar que meciera nuestra cuna
con rapidez volvamos,
donde nos llama próspera fortuna
para que en lazo eterno nos unamos...
15 Mas tú lloras, María! y a mi gozo
responde solamente tu sollozo!
Pues qué! ¿no me amas ya? Gran Dios! ¿me habría
dado tu pecho a sempiterno olvido?»
— «Yo olvidarte? jamás!... ¿Puedes tan grave
20 ofensa hacerme? Ah! Sólo el cielo sabe
cuanto por ti he sufrido
desde que en este pecho
hubo toda esperanza fallecido!
Las noches que en mi lecho
25 eternas revolcándome he pasado,
sin cesar viendo desesperada y loca
tu imagen, ya inflexible
como la dura roca
a mi desgracia horrible,
30 ya otras veces mirándote apiadado,
mas sin poder tú mismo,
por un hado funesto,
salvar el hondo abismo
que entre los dos un bárbaro había puesto!» ...
35 — «María! ¿qué me dices? Cielo santo!...
expílicate algo más... Habla, desecha

esta cruel sospecha,
 este indecible ultraje
 que me obliga a inferirte tu lenguaje.
 No, no puede ser cierto, y soy injusto!»—

—«Decírtelo es preciso, 5
 (aunque el aliento para hacerlo falta)
 porque más no lo dudes indeciso.
 Si sobre aquella que debió *tu esposa*
 llamarse venturosa,
 el más negro temor tu pecho asalta, 10
 no lo deseches: tu recelo es justo.
 Nada la mente imaginar podría,
 que se acercase a la desgracia mía!»—

Apenas esto dijo, el lazo estrecho
 con que ceñida al pecho 15
 hasta allí la tuviera el tierno amante,
 se aflojó, y a mirarla de hito en hito
 con ojo resaltante
 inmóvil comenzó, como el proscrito
 que de la dulce patria a eterna ausencia 20
 fué condenado, cuando absorto aun duda
 de la sentencia cruda
 que se está fulminando en su presencia.
 Oh! qué de sensaciones,
 de raudos pensamientos 25
 su mente en un tumulto combatían!
 ¡Cómo las venas de su sien se henchían,
 y fuertes convulsiones
 del corazón mostraban los tormentos!
 Así la fuerte nave, 30
 de los furiosos vientos al empuje,
 y de la mar que con acento grave
 ola sobre ola amontonando ruge,
 roto el gobierno ya, vaga sin tino,
 y a cada nuevo golpe que la mece, 35
 el crujimiento, el sobresalto crece,

hasta que en playa ignota
el lamentable fin de su camino
corre a encontrar entre peñascos rota.
En tanto anonadada
5 ante su juez la triste
María no resiste,
y cuajada su sangre por 'un hielo,
clava los ojos moribunda al suelo,
ay! cual otra Eva del Edén lanzada!
10 Terrible fué este momento
y aun más el que le siguió,
cuando al fin, cobrando el habla,
su amante en trémula voz
la dijo: «¿Tú habrías sido,
15 María?...—«No acabes, no,
que lo demás te lo dice,
Anselmo, mi confusión»,
hundiendo en tierra la frente,
la desgraciada exclamó.

*
* *

20 Aquel que por un momento,
tras doloroso esperar,
leve lampo vió brillar
de un suspirado contento,
y después esta ligera
25 vislumbre en tiniebla oscura
miró tornarse, más dura
haciendo su suerte fiera,
sólo él concebir podría,
de Anselmo el penoso estado
30 cuando fué otra vez cerrado
el cielo que se le abría.

La misma que seductora
halló con cuanto embeleso

deja una mujer impreso
en el alma que la adora,
para él cuando la hubo oído,
fué objeto sin interés,
como un arroyo tal vez
que por el prado florido

5

otro tiempo con orgullo
sus puras ondas llevaba,
y el viajador se gozaba
de adormirse a su murmullo;

10

mas hoy turbios sus cristales,
llena la margen de abrojos,
en vez de halago a los ojos
dan tristeza sus raudales.

Pobre Anselmo! ¿A do voló
la existencia de armonía
celestial, que él este día
recobrar se figuró?

15

Es su actitud muda y fatua;
está aturdida su mente,
y el cuerpo desfalleciente,
inmóvil como una estatua.

20

Ni hace un ademán siquiera
para alzar su antigua esposa
de esa actitud dolorosa
en que ella se desespera.

25

Gime convulsa en el suelo
delante del que es su mundo,
pero a su dolor profundo
no oye un eco de consuelo.

30

Apártala abismo atroz
de todo cariño o dicha,
sin remedio es su desdicha,
ay! bastante lo conoce.

Nunca el hado ha permitido,
aunque mil prodigios obre,

35

que débil mujer recobre,
 si una vez los ha perdido,
 Ese esmalte y brillo de oro,
 ese ambiente de ambrosía,
 5 que a su derredor vertía
 de su pureza el decoro.

Desdichada! Concubina
 del que en sangre se recrea!
 Quien sufrió mancha tan fea
 10 ¿de perdón podrá ser dina?
 ¿Cómo calmar los enojos
 de amador así ultrajado?
 Ante un juez tan irritado
 cómo levantar los ojos?

15 No: no hay talismán que pueda
 remediar su infausta suerte;
 en una inmediata muerte
 su único alivio la queda.

*
 * *

Tras de silencio largo
 20 que sólo interrumpieron los sollozos,
 en ecos dolorosos
 rompió de Anselmo el sufrimiento amargo.
 «¡María! ¿quién de ti lo sospechara?
 Jamás dudé que pura
 25 te hallaba mi ternura
 desde que viva te encontré, y jurara
 yo veces mil que a ignominiosa suerte
 preferirías sin dudar la muerte.
 ¡Cuán duro es conocer que me he engañado!
 30 Si hubieras perecido
 constante defendiendo tu inocencia,
 llorarte habría sido

la sola ocupación de mi existencia,
y ese dolor tendría algún consuelo
al pensar que eras digna de mi duelo.
Mas ver que no mereces
lágrimas ni ternura, 5
me atormenta mil veces
más que lo hiciera una infernal tortura.»
A estas voces, alzando la abatida
frente,—«Eso no, Anselmo»,
triste exclamó la joven ofendida. 10
«Tú puedes despreciarme
e indigna de tu afecto reputarme:
sufiré mi destino sin despecho,
pero al menos jamás me eches en cara
que sea yo culpable, o si hay un pecho 15
que a mis padecimientos se enternezca,
tal muestra de interés yo no merezca.
Oh! cuando hayas oído el lastimero
origen de mi mal, tú sí, más digna
de compasión benigna, 20
que de desprecio me hallarás, lo espero.
Sabes que arrebatada
fuí juntamente con mi padre anciano
la noche que empezada
con astro el más propicio, 25
finalizó con tan terrible auspicio.
Mi hado cruel dispuso
que de aquella cuadrilla al inhumano
jefe inspirase una pasión impura
mi funesta hermosura. 30
Bien presto se propuso
satisfacer su amor con el delito.
Los ruegos, el mandato, la amenaza,
la súplica a la vez, el torvo ceño,
aun la violencia la ensayó el precito. 35
Mas vano fué su empeño,

pues los ruegos pasaron por mi oído
como sobre el peñasco endurecido
raudo torrente sin herirlo pasa.
Oí su fiero amago con la fría
5 calma de aquel que mira desde el puerto
en tétrico concierto
las olas rebramar del mar sañudo;
y aun la flaqueza mía
la extraordinaria fuerza del gigante
10 frustrar con brío desusado pudo.
Mas ay! en su poder él conservaba
un talismán para obtenerlo todo,
y usarlo quiso en malhadado instante!
Él recordó que prisionero estaba
15 mi anciano padre, y a una obscura cueva
do de esqueletos multitud extraña
de las víctimas tristes de su saña
en confuso montón se alza y eleva,
le hace arrastrar; e hincada la rodilla
20 allí, en aquel lugar (pues lo que cuento
era en este aposento
mismo en que estamos) fulgurante brilla
a cada lado del inerme viejo,
y al rededor de sus cabellos canos,
25 un puñal horroso entre las manos
de bárbaro asesino,
que a la menor señal del jefe indino,
no tardará perplejo
en consumir el crudo asesinato.
30 Fernando me tenía ante esa puerta,
de donde yo miraba el aparato
del atroz sacrificio medio muerta,
y palpitante de terror seguía
ay! cada gesto que su rostro hacía.
35 «Decide!» dijo al fin; «dí que mi esposa
quieres ser y se salva

tu anciano padre; dí que te resistes,
 y verás al instante sanguinosa
 rodar al suelo su cabeza aun alba!—
 Ay! en momentos para mí tan tristes,
 me acordé de tu amor y desesperada 5
 pedía a mi tirano que una hora
 para deliberar me fuera dada.
 —«No, ni un momento! Ahora
 he de oír tu respuesta»,
 fué su contestación, y la funesta 10
 señal iba a emitir.—Ah! ¿qué más quieres,
 Anselmo, que te diga?... Hacerme rea
 de la muerte temí del que dió vida
 a la más infeliz de las mujeres.
 La postrimer mirada dolorida 15
 le dirigí, y mis ojos se cerraron,
 mis labios ni un sonido pronunciaron;
 un vértigo espantoso
 transtornó mi cerebro, y todo el mundo
 me pareció, y el cielo desquiciarse 20
 con ruido estrepitoso,
 hasta que hundíme en estupor profundo».

Aquí llegando ella
 en su lloroso cuento,
 su voz ahogada fué del sentimiento; 25
 y como imagen bella
 de la desesperación, se retorcían
 sus miembros palpitantes,
 cual hojas que los vientos resonantes,
 de un recio tronco en el verano expelen, 30
 y aquí y allí volteando las repelen.
 Ni una palabra sola a Anselmo loco
 le permitían proferir tampoco
 la rabia y el dolor; pero latidos
 le daba repetidos 35
 la sangre que en el pecho hirviendo estaba,

el cuerpo por momentos le temblaba,
y todas sus facciones
desfiguraban rudas convulsiones.

María al fin siguió su horrible historia:

- 5 «Cuando hube vuelto en mí de aquel letargo
salvado estaba quien el sér me diera,
pero mi honor ya no era
sino un remordimiento, una memoria!
Miseró y triste anciano! Cuán amargo
10 tormento habría sido a su existencia
saber que era su precio mi inocencia!
Mas él fuera del monte
del salteador morada,
fué conducido con la vista atada,
15 do mostrándole extenso el horizonte,
«libre estás» le dijeron,
y con burla cruel le despidieron.
Ah! después de aquel día
fatal, la muerte sola fué mi anhelo,
20 pues sufrir no podía
ni mi vergüenza ni la luz del cielo.
Sólo el temor de Dios, el ser cristiana,
y la esperanza vana
de que el dolor me acabaría presto,
25 contuvieron mi brazo a herir dispuesto.
Me engañé sin embargo y he vivido!
Aun el feroz amor de mi tirano,
al conseguir su objeto,
no la tibieza halló, sino motivo
30 a retoñar más vivo,
aunque con apariencias de respeto.
Su pecho, desde entonces más humano,
probó con el halago y la blandura
y juramentos de pesar y enmienda,
35 que me irritaban más que sus rigores,
mi afecto a conquistar, la sola prenda

que le dejaron pura
 al corazón sus bárbaros amores.
 Y yo que no pensaba
 ya merecer del mundo,
 sino desprecio a mi dolor profundo, 5
 mis iras ocultando, me esforzaba
 a mitigar su sanguinoso anhelo
 y hacerme al cielo grato,
 siendo a la triste humanidad consuelo.
 Ningún asesinato 10
 que estorbar yo pudiese, efecto tuvo,
 y asegurar pudiera
 que he humanizado un corazón de fiera.
 Aun en la situación en que hoy me miro,
 él es quizás el solo, oh! dura suerte! 15
 a quien un débil interés inspiro.
 Autor de mi desgracia y de mi llanto,
 tal vez él solo asistirá a mi muerte
 con voces de consuelo a mi quebranto! —
 Así acabó María, 20
 y la pálida frente
 escondiendo en sus manos, tristemente
 un diluvio de lágrimas vertía.

*
**

Anselmo imprecaciones
 contra el bandido horribles exhalaba, 25
 y varias ocasiones
 probóse a levantar, con vagos ojos
 aquí y allí buscando un instrumento
 con que correr al punto al escarmiento
 del criminal autor de sus enojos. 30
 Jamás Fernando mismo
 sintió de sangre humana, en su despecho,

tanta furiosa sed cual la que vibra
de su semblante en la inflamada fibra
y en las palpitaciones de su pecho.
Viendo al fin la impotencia con que lucha,
5 la cabeza estrellaba contra el muro
por destrozarla en el peñasco duro,
hasta que ya perdido
el escaso vigor que le alentaba,
en un hondo desmayo sumergido,
10 por derribarse sobre el lecho acaba.
María en aquel punto,
temiéndole difunto,
y origen ser quizá de su improvisa
fatal desgracia, anticipando ansiosa
15 una revelación tan dolorosa,
turbada a socorrerle dióse prisa.
Mas no bien advirtiera
que a volver comenzaba del desmayo,
partióse presurosa
20 porque jamás la viera,
cual sol que esconde su postrero rayo,
ay! que de los furores
de su amador fué mísero testigo,
pero de labio amigo
25 no recibió consuelo a sus dolores,
ni muestra de interés vió que a lo menos
al alma desolada
ligera duda inspire,
con que un momento el corazón respire,
30 como la flor que de áridos terrenos
continua sequedad aja y consume,
cobra nuevo perfume,
si en ráfaga fugaz de lluvia leve
el almo jugo que le falta bebe.



Triste el día amaneció
 cubierto de nubes negras,
 y esparciendo luz sombría,
 presagio de la tormenta.
 Muerta se halla la natura 5
 todo viste luto en ella,
 los vientos aun no rebraman,
 pero las plumizas nieblas
 sobre los flancos del monte
 se entrechocan y condensan. 10
 Oyese sólo el zumbido
 de los torrentes que ruedan,
 y el graznido de los cuervos
 que cruzan la negra esfera
 en mil concéntricos círculos, 15
 envidiándole a la tierra
 el cadáver insepulto
 por su instinto olido en ella.

Mal cobrados los sentidos,
 Anselmo por consecuencia 20
 de la agitación pasada,
 continúa siendo presa
 de un doloroso delirio,
 entre imágenes funestas.
 Ya cual débil niño llora 25
 desgracias que no recuerda
 sino entre sombras, y un nudo
 da a su garganta la pena;
 ya rompiendo las prisiones
 que a la voz el paso cierran, 30
 quiere lamentarse, y sólo
 inarticuladas quejas
 y alaridos prolongados

hacen resonar la cueva.
Cerca de él está una joven,
pero ya no es la que huyera
poco ha, como moribunda
5 claridad de su presencia.
Después de haberla buscado
en vano con vista hueca,
el amador infelice
osó preguntar por ella,
10 porque entonces más que nunca
era necesario el verla
para su pecho oprimido;
y oyendo que le contestan
que María se ha marchado
15 y que ya volver no piensa,
en raptó loco desata
de sus heridas las vendas,
y la contenida sangre
a hallar libre curso empieza.
20 Oh! de una alma destrozada
ominosa inconsecuencia!
María ante la invencible
valla entre ambos interpuesta,
espantada se retira,
25 cediendo a la suerte adversa,
y en sempiterno destierro
corre a ocultar su vergüenza;
pero él su consuelo aun busca
en quien martirios le lleva.
30 Así blanca mariposa
que en torno a la llama vuela,
no porque abrase sus alas
cada vez que se le acerca,
al rigor de sus dolores
35 prudente y cauta se aleja,
sino que amando más fina,

cuanto más la luz la quema,
ansiosa la solicita
de fatal prestigio presa,
porque sólo aguarda alivio
de la causa de sus penas, 5
o ama una vida sin llama
menos que una muerte en ella.
En vano su cuidadora
una vez y otra le ruega
no se abandone al delirio, 10
que él ni la escucha ni anhela
sino dejar una vida
que no ha de alumbrar su estrella.
Sólo se logró calmarle
con la segura promesa 15
de que volverá María,
pues irá la joven misma
a pedirla con instancia
del infeliz piedad tenga.
A tal condición Anselmo 20
dejóse ligar las vendas
y recobró algún alivio,
como en nocturna tormenta
amiga voz escuchada
de repente en las tinieblas, 25
de estraviado caminante
el valor perdido alienta.
Ni tardó por largo tiempo
la contestación que espera:
María ha enviado a decirle 30
que tornará a su presencia;
mas dejó pasar el día
sin realizar tal promesa.

*
**

Llega la sombría noche
en mil borrascas envuelta,
cuando de esperar cansado,
ya Anselmo a dudar comienza.
5 Rugen los vientos furiosos,
las nubes surcan la esfera,
y entre torrentes de lluvia
el trueno estalla y resuena.
Sucédense los relámpagos,
10 e ilumínase la cueva
en luz triste por instantes,
fingiendo a la vista atenta
los esqueletos que un día
se amontonaban en ella.
15 El agua por los resquicios
vase entrando de las peñas,
a tiempo que el viento en ellos
modula voces funestas
y alaridos lamentables,
20 y en la aturdida cabeza
del amador desgraciado,
los estampidos se aumentan
de la tempestad que agita
fuera la naturaleza.
25 De repente ante sus ojos
brilla temblando una tea,
por la diestra conducida
de una figura cubierta
de cabeza a pies de negro,
30 sin que otra cosa difiera
del color de aquel ropaje,
que una mano blanca y bella
con un pequeño manajo

de medicinales yerbas
 y algunos albos vendajes,
 que al mísero herido prueban
 que aquel ser que el rostro encubre
 y desconocido intenta 5
 permanecer bajo un velo
 anuncio de angustia acerba,
 es un ángel compasivo
 que en su vida se interesa,
 y de ver a su María 10
 la esperanza se renueva.

*
 * *

Acercóse con pasos vacilantes
 la encubierta figura al tosco lecho,
 donde palpita conturbado el pecho
 del que más fino adorador fuera antes, 15
 mas para quien María
 no duda haber perdido aquel halago
 que antes del robo aciago,
 cuando se preparaba su himeneo,
 figurarla, en los raptos del deseo, 20
 superior a los ángeles le hacía.
 Apenas el rumor de sus pisadas
 se escucha sobre el suelo,
 sus manos sin cesar tiemblan heladas,
 y si se alzara el velo 25
 puesto sobre el semblante, en los hundidos
 ojos sin luz y al divagar perdidos,
 un indicio evidente
 viérase ya de enajenada mente.
 Y cuando al lado del enfermo estuvo, 30
 que ya en ella a María adivinara,
 apenas visto hubo

al rayo de la tea aquel marchito
cadavérico rostro, donde escrito
párecele observar fallo de muerte,
sus miembros sacudió temblor tan fuerte,
5 que apenas acertara
en tierra a colocar la luz de abeto.
Haciéndole señal de estarse quieto,
quitó la venda luego a cada herida,
y la lavó y curó con varia yerba
10 medicinal, por ella recogida.
Anselmo en tanto observa
en silencioso asombro este misterio
de que ella se circunda,
y extrema agitación su pecho inunda.
15 Mas sobre sí perdiendo todo imperio,
súbito la doliente
comenzó a sollozar profundamente,
y por su velo a deslizarse el llanto.
Anselmo en lo más hondo conmovido,
20 «María! prorrumpió, ¿por qué ese velo
oculta de tu rostro el dulce encanto,
ese fatal disfraz? qué es lo que indica?
¿Tendrías tú recelo
de ser reconocida por tu amante?—»
25 —«Aquesto significa
ser muy desventurada»,
ella dijo con voz casi expirante
y de una tumba al parecer lanzada.
«Aquesto significa no atreverme
30 ni en mi última agonía,
tu semblante a mirar, luz de mi día.»—
No bien Anselmo escucha tales voces,
arranca con veloces
manos el negro velo que la cubre,
35 y queda el infeliz petrificado
cuando del rostro amado

la lividez terrífica descubre.
 En él se ven patentes
 las muestras de la angustia más aciaga.
 Desciéndele difusa
 la cabellera en espiral confusa: 5
 enjutas, transparentes
 sus facciones están, hundida, vaga
 la pupila sin luz por azul hueco,
 y tiembla sin color el labio seco.
 Dificil, anhelosa 10
 es su respiración, y todo en ella
 anuncia que los bárbaros tormentos
 que la han por largo tiempo consumido,
 llegados ya sus últimos momentos,
 van a encontrar el fin apetecido. 15
 «¿Qué es esto, dulce bien? ¿Qué has hecho, dime?»
 Anselmo en triste voz la interrogaba,
 «Habla por Dios, con tu respuesta acaba
 el temor espantoso que me oprime.»—
 Ella: «Voy a morir!» con voz entera 20
 le contestó: «sobrevivir fué dable
 al deshonor; pero imposible fuera
 que el corazón sufriese tu desprecio.
 No me mató la falta abominable,
 pero sí del castigo el golpe recio.— 25
 —«Oh! no puedo creer tan gran desdicha.
 Dime al menos, mi amor, que ella no es cierta,
 que tú vas a vivir, y ya mi dicha
 benigno el cielo en nuestra unión concierta.—
 —«En nuestra unión!»— 30
 —«¿Qué importa lo pasado?
 Mi corazón lo olvida y te perdona.
 ¡Qué digo perdonar, si tu inocencia
 un crimen no ha manchado,
 y el más sagrado fin tu falta abona, 35
 el salvar de tu padre la existencia!»

- «No, Anselmo, vienen tarde
esas palabras dulces de consuelo,
ni me permite aguarde
ya tu indulgente persuasión el cielo.
- 5 *No es lícito evitar ningún delito
otro delito perpetrando.* Ahora
con luz aterradora
percibo esta verdad que en el conflicto
entreví solamente en niebla envuelta;
- 10 pero que yo, temiendo por mi daño
de mi afecto hacia ti culpable engaño,
no osé escuchar, como debí, resuelta.
Lo que debí haber hecho,
fué clamarle a mi padre: «Padre mío!
- 15 quieren que compre vuestra hermosa vida
de mi virtud con sacrificio impío.
Decidme qué he de hacer»—Y conmovida
de indignación el alma del anciano.
¿no lo piensas tú así? me contestara,
- 20 que al golpe del tirano
perecer le dejara,
y de su suerte digna compañera,
yo, conservando mi virtud, muriera.
Esto es así sin duda, yo lo siento,
- 25 y aun cuando tú excusases mi flaqueza,
concibes qué tormento
es amar siendo indigna de terneza?
Acentos amorosos
escuchar, y en su pecho al tiempo mismo,
- 30 como en un hondo abismo
sentir que claman ecos espantosos:
«Tú, degradada estás para tu amante,
y esa voz que un cariño te pondera,
no puede ser sincera,
- 35 sino fuego que brilla un breve instantel»
Oh! no, jamás: a semejante suerte

mil veces preferible
es para mí la muerte;
y en esta persuasión... veneno horrible
hace rato circula por mis venas,
que de un frío mortal ya siento llenas. 5
Aun mirar tu semblante en vano anhelo,
pues cubre ya mi vista un denso velo»—
—«Gran Dios! ¿Será posible?... o mi María,
tú siempre un ángel a mis ojos eres.
No me abandones, nó; pues no podría 10
seguir yo respirando, si tú mueres.
Socorro! auxilio!»...
—«Ya sería en vano:
no grites que es mi muerte inevitable;
tu clamor atraería a mi tirano. 15
Oh! y por piedad te ruego, en mi inefable
postrer momento a verle no me obligues,
porque mi enojo extremo
le negaría su perdón supremo.
Nunca dudé que el hado 20
como la hora de mi muerte había
aquella designado
en que supieses la deshonra mía.
Se cumple este decreto, y me resigno.
Vive tú, Anselmo mío, sé dichoso, 25
y olvida mi recuerdo de ti indigno.
A aquesa compañera
de mi desgracia, cuya fiel ternura
me la hizo llevadera,
tu curación encargo. Tú procura 30
volverla a sus hogares,
cuando ya salvo y libre te encuentres.
Lleva a mi padre, en fin, mi adiós postrero,
mas sin decirle cómo o por qué muero,
y dáme tu perdón, cual yo lo imploro 35
para el autor de cuánto yo he llorado»—

—«Oh! mi amor! Oh! mi vida!»—

—«Yo te adoro!»

apenas balbució la agonizante,
y como el lirio de segur tronchado,
5 cayó sin alma en brazos de su amante.

*
* *

Quedó en seguida la estancia
en silencio terroroso,
Anselmo mirando ansioso
el cadáver de su amor.

10 Y la joven compañera
de María amargamente,
clavada en tierra la frente,
exhalando su dolor.

Solemne instante que nunca
15 mi voz expresar podría,
instante en que descubría
su abismo la eternidad.

Y este abismo era insondable,
y allá en su profundo seno,
20 un ruido, de nombre ajeno,
se oía en la obscuridad.

Hay algo que allí se aleja,
algo por siempre perdido
algo que exhala un gemido,
25 como sempiterno adiós.

Y ¡quién sabe el que lo exhala
dónde volverá a encontrarse!
antes ha de sepultarse
el mundo en ruina atroz.

¿Por qué gime el triste amante
si aun estrecha la hermosura,
objeto de su ternura,
cerca de su pecho fiel?

Es que si mira sus ojos, 5
los halla vueltos a un lado,
y si besa el labio amado,
sólo encuentra hielo en él.

¡Cuán insensible es la muerte!
cuánta mutación en ella!
todo allí, todo se sella
bajo inmóvil ataúd. 10

Y el más ardoroso amante
al reclamo no responde,
sino que la frente esconde 15
buscando sólo quietud.

Así Anselmo el rostro mira
de su amada y las facciones
que las crudas convulsiones
contraieron del dolor. 20

Y aunque dudando ¡infeliz!
de haber perdido a quien ama,
una y otra vez la llama;
no contesta a su clamor.

Entonces poniendo el frío 25
cadáver sobre su lecho,
gritos de horror y despecho
comenzó furioso a dar;

e iba a salir de la cueva,
¿en busca de quién?—Lo ignora! 30
Sólo sabe que él va ahora
una venganza a buscar.

De su clamor atraído,
Fernando a tal tiempo viene,
y a la puerta se detiene
ante escena tan cruel.

Anselmo que ve al malvado
origen de sus dolores,
en dos saltos voladores
corre a estrellarse con él.

Fernando, sin que le deje
estorbarlo la sorpresa,
por mano de hierro opresa
siente su garganta asir;
e inarticuladas voces,
como de un tigre el bramido,
del pecho, en largo acecido,
de su enemigo salir.

«Si hay Dios, pagarás la muerte
de mi amada, monstruo infame,
por más vigor que te inflame»,
al fin Anselmo exclamó.

Y el bandido que al principio
con tan repentino asalto
turbóse de tino falto,
a este grito en sí volvió.

No más turbación le embarga
las fuerzas, no más vacila,
que inflamada su pupila
de rojo color se ve.

Y al oír que Anselmo *amante*
 nombra a la que el creyó *hermana*,
encendido en furia insana,
su vigor doblado fué.

Del brazo del enemigo,
que apura y gasta su fibra,
violento impulso le libra,
y resurtiendo hacia atrás,
con la violencia del cóndoro 5
revuelve sobre su presa,
le ciñe y rabioso empieza
a sacudirle a compás.

Terrible fué aquel combate,
terrible, pues el bandido 10
con apretón repetido
le hace su pecho crugir;
y él, aunque ya no consigue
reanimar su gran flaqueza,
con arañazos le empieza 15
y con mordiscos a herir.

La rabia por ambas partes
es igual, igual la furia
con que la inferida injuria
quiere cada uno vengar. 20

Antes que apartarse un punto,
mil vidas ellos perdieran,
y sin miedo el mundo vieran
bajo sus plantas rodar.

Sin armas los dos combaten 25
y más sin ellas se ofenden,
no ya sus cuerpos defienden:
dañar sólo es su ambición.

El uno es un león terrible,
el otro serpiente brava, 30
que en solo un momento clava
por mil partes su aguijón.

Anselmo otra vez el cuello
a Fernando ase, y le aprieta
tan feroz, que le sujeta
el aliento y el sentir.

5 Mas Fernando exasperado
de verse en angustia tanta,
como pluma le levanta,
y hace el pie de tierra huir.

10 Por los aires le sacude
un instante en atroz juego,
e inclinando el cuerpo luego,
se arroja al suelo sobre él.

15 Y con tan violento golpe,
de doble peso agravado,
en tierra quedó enclavado
medio aturdido el doncel.

Mas no por aquel contraste
soltó el cuello que aferraba,
y los dientes rechinaba
20 aun más negro el salteador.

De cólera ya convulso,
y el rostro desfigurado,
la rodilla ha colocado
sobre el pecho contendor.

25 En sus angustias extremas
lleva la mano a su cinto.
donde está el puñal retinto
en sangre ocasiones mil.

30 Y al encontrar que allí estaba
su olvidado compañero,
cual relámpago ligero,
lo desnuda en gozo vil.

Una vez y otra lo esconde
en el corazón contrario,
y a su víctima el nefario
ve los ojos revolver.

Luego su cuello oprimido 5
quedó libre del tormento,
que Anselmo, falto de aliento,
dejó los brazos caer.

Alzóse el negro bandido,
y el amante en su agonía, 10
bañado en sangre tendía
manos y ojos a su amor.

Dos veces probó a arrastrarse
al lecho donde ella estaba,
y otras dos en tierra daba 15
con su rostro sin color.

Pudo por fin la tercera
llegar al cadáver frío,
y en el postrer desvarío
su mano yerta alcanzar. 20

Sobre ella imprimiendo el labio,
exhaló el suspiro extremo,
y recibió el Ser Supremo
una alma sin macular.

*
* *

Vibrante alarido siguióse a su muerte, 25
lanzado del pecho de débil mujer,
y en tierra a tal vista, desmayada, inerte
cayó la que amiga de María fué.

El trueno furioso que breves instantes
había acallado su ronco bramar, 30

sonó con ruido más rudo que enantes
y un rayo no lejos sintióse estallar.

Quedó como inmóvil estatua el bandido,
mirando allí fijo la escena cruel,
5 absorto, en profundo callar sumergido,
trasunto indecible de angustia y placer.

Después que su triunfo y funesta venganza
gozó entremezclados de agudo dolor,
volviendo en sí mismo, con loca esperanza
10 llegóse al cadáver que vivo adoró.

Con pie inexorable la mano aun asida
quitó de un empuje al odiado rival,
y vió cuidadoso si un resto de vida
el pecho adorado aún pudiese alentar.

15 Al fin conociendo su inútil empeño,
pues ella por siempre los ojos cerró,
cual genio de muerte, terrífico el ceño,
a pasos inciertos de allí se alejó.

Llegado a su estancia, con pecho anheloso,
20 cual si un largo esfuerzo le hiciese sufrir,
tendióse en su lecho; pero halló un reposo
turbado de espectros y angustias sin fin.

Su labio no vierte un sonido siquiera,
silencio de muerte reinó en torno de él,
25 y a ratos tan sólo en la noche se oyera
suspiros dolientes su pecho romper.

Así el ángel malo sintióse sin duda
después que lanzado de la alta región,
miró allá en los cielos la espada desnuda
30 cerrando al soberbio el alcázar de Dios.

CANTO QUINTO

Llegó en fin la grata aurora
ya despejada y serena;
el sol la campiña amena
con su luz esmalta y dora;
mas la turba bullidora 5
de aves que con voz no ruda
al bello día saluda
por los campos convecinos,
no va a hacer sonar sus trinos
en la montaña desnuda. 10

Aun en sus flancos se mira
claro el destrozo del fuego,
ni de tanta lluvia el riego
vida a las plantas inspira.
Todo su encanto retira 15
natura de aquel infausto
sitio, pues tal vez exhausto
dejó su fértil terreno,
un día de árboles lleno,
tanto sangriento holocausto. 20

Sólo corona su cima
una nube parda, resto
del huracán ya transpuesto,
que a sus peñascos se arrima.
Preséntase, puesta encima, 25
como anuncio pavoroso
de que el silencio y reposo
en que el monte se sepulta,
feos despojos oculta
de otro desastre espantoso. 30

En medio de aquel nublado,
cual astro de mal agüero,

un hombre de ceño fiero
de repente se ha mostrado.
Parece allí encaramado
el genio de la tormenta
5 que a otras regiones se ausenta,
y antes de emprender su vuelo,
a gozarse en el asuelo
por él causado se asienta.

Su gente por él llamada,
10 al rededor se va uniendo,
la curiosidad teniendo
cada semblante pintada.
Triste está y debilitada,
pero en su jefe aun espera,
15 y así es que a su orden primera
vienen los mismos heridos,
a obedecer prevenidos
cuanto él ordenarles quiera.

Saben ya el fatal motivo
20 de la tristeza profunda
que a Fernando el rostro inunda
y le muestra tan esquivo.
Mas ¿cuál intento nocivo
perciben en ese ceño
25 que con disfrazado empeño
observan, sin que razón
se den de la turbación
que hoy les infunde su dueño?

Aguardan a que les hable
30 con silencio en tanto ansioso
y en cada pecho dudoso
prende un susto inexplicable.
Mas Fernando inalterable
procurándose mostrar,
35 y sin de frente mirar
a nadie de su auditorio,

con lenguaje repulsorio
así les empieza hablar:

«Amigos, nuestra alianza
ha terminado desde hoy:
tenéis por delante el mundo, 5
y estáis libres como yo.

Harta sangre hemos vertido,
hartos gritos de dolor
a la humanidad causamos,
y ya veis si amargos son 10
los frutos ¡ay! recogidos
de tan bárbaro furor.

Viendo estáis nuestras moradas
presa de un incendio atroz,
y en tanto que nos abrumba 15
general execración,

mientras que no habrá una puerta
que se abra en nuestro favor,
descubierto está el refugio
que largo albergue nos dió. 20

Los más de nuestros amigos
ya no ven la luz del sol,
y parece haber sonado
la hora de la expiación.

¿Qué aguarda, pues, todavía 25
esta junta de terror?

¿Qué aguarda que no se ahuyenta?

Mis riquezas vuestras son,
si aun algunas me quedasen.
Busque ahora hado mejor 30
cada cual donde le lleve
el acaso o su elección.

Solo parto, y no sé adonde,
tal vez a la muerte... Adios!»

*
**

Dice, y de su gente absorta
a tal determinación,
queja o súplica no aguarda,
mas con ademán feroz,
5 como alma que en justa pena
envía al abismo Dios,
la espalda les da y desciende
del monte a paso veloz.
Ellos síguenle con ojos
10 do se pinta el estupor,
hasta que él se les oculta;
y entonces, muda la voz,
sus miradas se interrogan
¿qué hará su desolación?
15 De lúgubre desaliento
lleno de ánimo mejor,
nadie encuentra otro recurso
que una pronta dispersión.
Así, pues, de imprecaciones,
20 dictadas por el dolor,
llenando de su caudillo
la impensada deserción,
por la suerte se reparten
los despojos que él dejó;
25 luego huyendo de las leyes
ofendidas el rigor,
a buscar diverso asilo
cada cual se separó.
El monte por tanto tiempo
30 teatro de su furor,
solo en adelante, al cuento
popular materia dió.
Y aunque ya desierto estaba,

infundía tal horror
 por los antiguos recuerdos,
 que por años nunca osó
 recorrer sus cercanías
 el más probado valor, 5
 y si un viajador perdido
 en la noche, allí esperó
 que a indicarle su camino
 viniese la luz del sol,
 al volver a sus hogares, 10
 gracias tributando a Dios,
 contaba que por la cumbre
 del monte cien luces vió
 discurrir entre las nieblas
 con extraña confusión, 15
 y que vino a sus oídos
 de una víctima el clamor
 quejumbroso, lamentable,
 como moribunda voz
 confundido entre mil gritos 20
 de frenético furor.

*
* *

Días tres han transcurrido
 desde que el altivo bando
 despedido por Fernando,
 vaga en los montes perdido. 25
 De entre ellos más atrevido
 en la ciudad populosa
 uno buscar salud osa,
 creyendo burlar mejor
 de la justicia el rigor 30
 en la turba tumultosa.

Entrando a la gran ciudad
 vió absorto por cada vía

que hacia su plaza corría
de gente una inmensidad.
Movido a curiosidad,
la causa a indagar se atreve
5 que tal alboroto mueve,
y contéstanle *si ignora*
que va a justificarse ahora
al negro bandido aleve

Dejóle nueva tan rara
10 de miedo y de espanto mudo;
pero creer aun no pudo
que a su jefe se indicara.
Temiendo que si indagara
más, sospechas de sí diese,
15 quiso que su vista fuese
de la realidad testigo,
y del tumulto enemigo
las olas él mismo acrece.

Llegado a la vasta plaza,
20 la ve llena de caterva,
y en cada semblante observa
ardor curioso sin tasa.
En medio de aquella masa
confusa se alza un tablado
25 y un altar allí enlutado
sosteniendo está la cruz,
de que pende el Dios de luz;
la horca amaga al otro lado.

Todos ya con impaciencia
30 la hora aguardan del suplicio,
cunde en tanto el gran bullicio
y del labio la licencia.
Mas la común conferencia
admirando está el dolor
35 del contrito salteador,
y que él mismo haya venido

a entregarse, no vencido,
al cuchillo vengador.

Aquella reunión confusa
de miedo, horror, alegría
feroz, y de risa impía,
a ratos, de turba ilusa;

5

ese tablado que acusa
un crimen no perdonable,
el hombre que en lamentable
voz una limosna pide
por aquél que se despide
de una existencia culpable;

10

todo esto, y la hueste armada
el suplicio rodeando,
del súbdito de Fernando
dejan la razón pasmada.

15

Mas aunque ya disipada
esté su primera duda,
de su puesto no se muda,
pues intenta ver curioso
cuál su jefe valeroso
sufrirá la muerte cruda.

20

*
**

Este entre tanto ¿qué hacía?
En el triste calabozo
que entre hierros le aprisiona,
y a donde entrarán bien pronto
a conducirle a la muerte,
se encuentra puesto de hinojos.
Tiene vuelto hacia la tierra,
contrito y humilde, el rostro,
y va a confesar sus culpas
a un ministro respetuoso:

25

30

«Padre, una noche cual la que he pasado,
yo a nadie en este mundo la deseo;
y no es que a mí la muerte me intimide;
sabido es que yo mismo cual remedio

5 «al desgarrado corazón la pido,
y he venido a buscarla desde lejos.
Mas las visiones ay! que me han cercado
son más terribles que suplicios ciento.

«Jamás imaginé que imperio tanto
10 cobrase sobre mí el remordimiento.

Padre! ¿pensáis que los delitos míos
llegue algún día a perdonarme el cielo?»

—«Su clemencia es igual a su justicia,
y del contrito pecador los ruegos
15 no sabe desoir»—«Ah!, pero cuando
se han cometido crímenes tan negros!»...

—«Es superior a todo su indulgencia!»

—«Entonces, pues, la relación comienzo
de mi delirio, y confesión plenaria
20 con ella de mi vida os habré hecho.

«Yo no dormía, nó; pero la noche
la fiebre había dado a mi cerebro.

Por la tarde yo había percibido
de mi suplicio hacerse los aprestos.

25 «Y lejos de temblar, querido hubiera
se anticipase mi final momento,
sin haber de pasar aquella noche
que presagiaba por atroz mi pecho,

«Velaba, digo, pues despierto estaba,
30 apenas reclinado sobre el lecho,
y mi mansión cubrían las tinieblas,
cuando cerca de mí, súbito, en medio

«de las sombras escucho una voz débil

¿Quién eres, exclama, tú que me has muerto?»

25 Y era esta voz la misma de aquel amo
que injusto desgarrar mandó mi cuerpo

«Tan sólo porque tuve la osadía
de librar de su azote a un compañero.
Yo, rechinando de furor mis dientes,
Soy Fernando, le dije, soy tu siervo,
«la víctima infeliz de tu barbarie, 5
que mi hora me llegó, y ahora me vengo!»

no respondió la voz, pero un suspiro
sentí profundo desgarrar el seno
«de alguno que el espíritu exhalaba,
quedando todo silencioso luego. 10

Yo no sentí terror sino alegría
después de fenecido aquel suceso.
«Una secreta voz dentro del alma
clamaba que era justo mi primero
arrojo; mas no sé si así lo juzgue 15
el Dios que pesa los humanos hechos»—

SACERDOTE.—«Ah! no, hermano; por mucho que ofendido
os hubiese aquel amo, ¿no es muy cierto
que Jesucristo le rogó a su padre
por los que en el suplicio le pusieron?»— 20

FERNANDO.—«Jesucristo era un Dios! Mas si yo nunca
de este hecho mío arrepentirme puedo,
tenga el cielo piedad de mi flaqueza,
o mude Dios mi sangre, y me arrepiento.»—

SAC.—«Si los medios ponéis de vuestra parte, 25
todo lo pesará benigno el cielo.»—

FERN.—«Tan sólo percibí por largo rato
los violentos latidos de mi pecho
«y el crujir de mis dientes. En un raptó
de ira por fin me levanté, y diversos 30
golpes dí con mi mano desarmada
hacia el lugar en donde oyera el eco,

«y me incliné a palpar sobre la tierra,
y hundí mis brazos hasta el codo mesmo
en la caliente herida de un cadáver 35
con el placer del tigre carnicero.

«Luego retrocedí, pues tuve espanto.

Inmensa claridad el aposento

inundó, sin saber de do venía.

Ya no se hallaba ante mis pies el muerto.

5 «Mas ay! ese claror que me abrasaba

era sin duda el de voraz incendio,

porque ni respirar casi podía,

aunque me era gozoso aquel anhelo.

«De cabellos nevados se adelanta

10 luego un anciano del más noble aspecto:

el rostro cadavérico tenía,

y dos infantes hechos esqueletos

«venían a su lado. Cada uno

me señalaba, padre, con sus dedos

15 descarnados la herida aun palpitante

que les hiciera mi puñal sangriento.

«Me estremecí, las víctimas segundas

de mi primer furor reconociendo:

dos niños inocentes, un anciano

20 que nada en contra mía habían hecho.

«Y no tenían para mí otro crimen

que de la raza que yo odié ser miembros!

Ah! ya véis si era un crimen espantoso.

Confieso que sentí arrepentimiento

25 «al reparar los ojos doloridos

con que ellos me miraban y que luego

volvían, implorando mi castigo

al vengador de la inocencia, el cielo»—

SAC.—«Desgraciado»!—

FERN.—«Después fueron llegando

sin cesar infinitos esqueletos,

y de ellos en cada uno conocía

un inmolado por mi brazo fiero.

«Oh! mientras yo corría tras el crimen,

35 nunca había cuidado en mi error ciego

de recordar mis víctimas; ahora,

cuando ví que su número era inmenso,
 «en la escena que allí se presentaba,
 de horror inexprimible helado el pecho,
 imposible creí me perdonara
 tanta maldad el Cristo justiciero. 5

«Todas se iban juntando en torno mío
 y todas me miraban con aviesos
 ojos, y me mostraban sus heridas,
 gemidos exhalando lastimeros;

«detrás de ellos, de padres y de esposas 10
 inmensa muchedumbre, a cuyo afecto
 los había arrancado, demandaban
 pronta venganza en resonantes ecos.

«Quise huir, trastornada ya mi mente
 con vértigos agudos; pero ellos 15
 un círculo invencible, impenetrable
 formando en derredor, me lo impidieron.

«Y burlando mi vana tentativa
 con fieras carcajadas, baile horrendo
 comenzaron, girando tan veloces, 20
 que es inferior la rapidez del viento.

Sus huesos estrellándose crujían,
 y el llorar y el reír sonaba a un tiempo,
 y a intervalos, saliendo de aquel grupo,
 saltaban sobre mí cien esqueletos; 25

«sobre mi rostro sudoroso echaban
 la fetidez de repugnante aliento:
 y todos los parientes aplaudían,
 volviendo a continuar su baile presto.

«Oh! que ya tan terribles impresiones 30
 no pude resistir, y del tormento
 al rigor flaqueando mis rodillas,
 caí en la tierra cual cadáver yerto».

SAC.—«Siempre el castigo al pecador principia
 por medio de su propio pensamiento! 35
 Dios puede perdonar, mas la conciencia

es el más duro e inexorable infierno.»—

FERN.—«Vuelto después en mí, sentí alto alivio
al ver desaparecido aquel ensueño,
si así puedo llamarlo, y respiraba
5 con ansiedad mi corazón opreso.

«Pero duró bien poco este descanso,
porque al querer alzarme, ví que en medio
de un charco sanguinoso hundido estaba,
y sangre chorreó todo mi cuerpo.

10 «Una voz triste, que del otro mundo
me pareció venir, voz cuyos ecos
una distancia inmensa atravesaban,
mil veces remecidos por el viento,

«y semejante al canto pavoroso
15 de una campana de lejano templo,
que en noche tempestuosa se columpia
entre el bramido de huracán violento,

«vino a herir mis oídos misteriosa,
de maldición lanzando estos acentos:

20 «*No te hizo criminal codicia infame,
ni matando tuviste otro deseo*

*«que el de satisfacer la sed de sangre
que desde niño devoró tu pecho.*

Ahógate pues en sangre! una hermosura

25 *de la raza que acosas carnicero,*

«a vengar se prepara tus delitos.

*También la inmolarás a tu protervo
furor; pero ella en una y otra vida
causa será de tu suplicio eterno!*

30 «No bien cesó la voz, cuando a mis ojos
mostróse una mujer de talle esbelto
y blanquísimas formas, parecida
del paraíso a vaporoso ensueño.

«Del amor los hechizos respiraban
35 sus ojos, tan azules como el cielo,
su labio era coral, rosa su cutis,

al sol daban envidia sus cabellos;

«y perdonadme, o padre; pero siempre
que recuerdo los dulces embelesos

de aquel seno redondo que se henchía

cual terso lago de la brisa al beso,

5

«entonces reconozco que mil vidas

habría dado yo porque ese seno

un solo breve instante palpitara

por el amor del desdeñado negro.

«Razón la voz tenía!... Al punto mismo

10

en que la ví, a estrecharla entre mis tiernos

brazos me precipito, ay! insensato!

su delicada mano de ella lejos

«me rechazó con golpe tan terrible,

como si fuera de acerado hierro.

15

Oh! ¿que tú nunca me amarás, María?

la dije en desesperado y triste acento.

—«*Amarte!* contestó, *yo amar al monstruo
más infame que habita el universo?*

a aquel que contra mí, flor indefensa,

20

cometió sus más bárbaros excesos?

«Y luego prosiguió con un suspiro:

Yo era feliz en el hogar paterno:

todos idolatraban mi pureza;

un joven me adoró virtuoso y bello,

25

cuya mano a mi afecto prometía

rosado porvenir, en dicha eterno.

La víspera llegó de nuestro enlace,

y la siguiente aurora iba ya a vernos

recibir del Ministro de las aras

30

la sacrosanta bendición. Mi pecho

con esta dulce idea palpitaba.

Pues bien! ¿qué furia atroz, sin un pretexto

para abonar su encono, aquella noche

a convertir voló mi dicha en duelo,

35

incendió la morada de mis padres,

- sembró de sangre y mutilados miembros
 las alfombras del baile, malherido
 dejó a mi esposo, asesinó mis deudos,
 y a mí y a un padre anciano arrebatónos
 5 a las guaridas del furor más negro?»
 —«Fuí yo, fuí yo, María», contestéla:
 yo que oí referir cuanto embeleso
 iba a gozar tu amante y tuve envidia
 de que un blanco estrechase tu albo seno!»
- 10 —«¿Quién fué», siguió la joven, «quien mirando
 burlado cuanto ardid pusiera en juego
 para arrancarme la inocencia mía,
 llevó mi anciano padre al sitio horrendo
 en donde de sus víctimas juntaba
 15 en fétido montón los esqueletos,
 y colocando allí dos asesinos
 con puñal asestado hacia su cuello,
 me dijo: *O va a morir tu padre al punto,
 o de tu honor me constituyes dueño?*
 20 y como yo pedía arrodillada
 para deliberar un breve tiempo
 clamó impasible: *Nó! ni un solo instante!*
 y abusó de mi triste desconcierto
 para quitarme un bien que yo salvara
 25 si consiguiera aquella gracia al menos?»
 —«Fuí yo también, María, interrumpíla;
 pero tú sabes el cariño extremo
 con que te amé después, y la mudanza
 que en mi alma tus hechizos produjeron.
- 30 «Cuanto fué mi respeto a tus virtudes!»
 —«¿Y sabes», añadió, «qué de tormentos
 me habrías evitado si en seguida,
 cual yo te lo pedí, me hubieses muerto?
 Oh! tú, por prolongar mi cruel martirio,
 35 no me quisiste oír, porque el acerbo

día llegase en que mi amor me hiciera
por ti demostración de su desprecio.

¿Y puedes aspirar a mi cariño
después que se han cumplido tus deseos?»

—«Perdóname, María: eres un ángel,
los ángeles perdona; como el cielo!»— 5

—«No!» dijo, «ofensas hay que ni en la tumba
una mujer perdona!»—Con un eco
terrible pronunciando estas palabras,
despareció cual nubecilla al viento. 10

«Lo que siguió después, yo no podría,
oh, padre, describirlo.—Sólo tengo
la maldición presente de tal modo,
de aquella joven cuyo fin funesto

«a venir me impelió tras mi castigo,
que de obtener mi gracia desespero.»— 15

SAC.—«Dios os perdonará si ella obstinada
la intimación no cumple que os ha hecho.

Mas la hora suena ya de vuestra muerte,
y a conduciros vienen: yo lo siento. 20

Aun tenéis que vivir hasta el suplicio,
marchando dirigida vuestros ruegos.»—

*
**

Las once sonaba la torre vecina,
y al punto se advierte que es la hora fatal;
el pueblo se mueve, se agolpa y camina, 25
y en olas se aumenta el rumor general.

De igual aparato la cárcel se llena,
Ministros del Culto en grupos se ven,
allí de soldados el hierro resuena,
aquí del alcaide las llaves también. 30

Cerros se corren, del negro bandido
inunda el tumulto la estrecha prisión,

le quitan los hierros, le sacan circuído
de frailes que entonan funesta canción.

Con paso seguro, serena la frente,
si bien van cubierta de palor mortal,
5 la vista inclinada cual de un penitente,
se acerca Fernando hacia el vasto portal.

Allí crece el pueblo y riñe a porfía
buscándose un puesto do observe mejor
el triste aparato, la faz que tenía,
10 si llora, si tiembla el cruel salteador.

Las dobles hileras de armados que guardan
aquel que seguro no juzgan aún,
despejan el paso que opuestos retardan
los diques que forma el curioso común.

15 Dos frailes a un lado y al otro del reo,
poniendo en su mano una cruz de marfil,
le rezan y exhortan: en todo el paseo
la cruz él contempla con vista no hostil.

Llegado al suplicio, subió tan gozoso,
20 cual si le aguardara una pompa de honor;
hincóse ante el ara, pidiendo humildoso
la audiencia postrera a su fiel confesor;

oyóle el Ministro por un breve instante,
y apenas Fernando fué absuelto por él,
25 a la horca se acerca con paso triunfante,
aparta al verdugo, le arranca el cordel:

al pueblo asombrado serena mirada
inmóvil dirige con mudo ademán.
y luego en su cuello extendió la lazada,
30 sin dar un indicio de pena o de afán.

Elévase él mismo de la horca a lo alto
con mano harto diestra y segura al subir,
detiénese y ríe, se arroja de un salto,
y empieza su cuello pendiente a oprimir.

35 Los pies y las manos se muestran en ello
tan llenos de encono de sí destructor,

que absorto el concurso, con largo resuello
lanzó de sorpresa un acorde clamor.

El cuerpo en el aire sacúdense un punto,
y el rostro más negro tomó la actitud
de alguno que mofa, al sentirse difunto, 5
la vida en que engaño creyó a la virtud.

Quedó luego inmóvil, girando a ser visto
de aquel y este lado a impulso del viento;
el *credo* entonóse por su alma, y ya listo
sonó la agonía un lúgubre acento, 20

Empero a la turba simpática idea
le impide sus ruegos al canto mezclar,
tal vez porque claro su enojo se vea
contra el que la vida mostró tanto odiar.

Tres días estuvo el cadáver suspenso, 15
expuesto al rocío y al rayo del sol,
concurso de día contéplale inmenso,
de noche le alumbra desierto un farol.

Al fin de este tiempo, con furia hecho cuartos,
dió adorno terrible a más de un lugar, 20
sobre altas espigas sus miembros ensartos,
do más crudos golpes en vida osó dar.

Y al pie de aquel monte que albergue le diera
y más largo tiempo sus crímenes vió,
a fin que hondo espanto de lejos pusiera, 25
la horrible cabeza más alta se alzó.

Y nadie contiguo a pasar era osado,
temiendo que fuese de pronto a lucir
furioso y terrible aquel ojo indignado
que apenas parece en la muerte dormir. 30



HUENTEMAGU

(Leyenda religiosa)

CANTO PRIMERO.

Eran diez y seis centurias
cumplidas, y un año más
corría, desde que Cristo
salvó la raza de Adán.
Las ciudades florecientes 5
que en el rico suelo austral
del Conquistador de Chile
fundara el activo afán,
como en dorados joyeles
diestro artífice engastar 10
suele los rubís, a escombros
ya reducidas están.
Del Arauco que ha jurado
reasumir su libertad,
furioso las embistiera 15
todo el poder colosal.

Y una tras otra se hundieron
so la lanza sin piedad
o ardiente tea esgrimidas
por esa caterva audaz.
5 Sus ricos habitantes
la morada sepulcral
hallaron entre las ruinas
del propio querido hogar.
Las hijas y compañeras
10 de su tálamo nupcial
del vencedor los serrallos
pueblan con llorosa faz.
Y en medio de tan continua
asolación general,
15 Osorno resiste aún sola
la dura cautividad,
como si heroica debiese
el último ejemplo dar
del brío que distinguiera
20 su fundador inmortal.
Mas bien fútil esperanza
a su firme voluntad
se reserva, desde que ha visto
en torno a sus muros ya
25 reunidas cuantas hordas
en su carrera voraz
han seguido a Paillamuchu
el guerrero sin igual.
Los defensores aun vivos
30 de tanta lucha a pesar,
minados vense y marchitos
por el hambre y crudo afán;
que a precio de sangre siempre
día a día han de ganar
35 el reducido alimento
que aun leve vigor les da.

Y no obstante el alarido
con que el sitiador tenaz
amaga fiero, no omiten
responder ellos jamás,
reiterando la promesa 5
de que ceder no sabrán
mientras un brazo conserven
de esgrimir hierro capaz,
y sólo sobre sus ruinas
desiertas entonará, 10
al són de lamentos propios,
el indio su himno triunfal.
Cuanto, pues, se disminuye
su poder en realidad,
tanto su resolución 15
heroica creciendo va.

*
* *

Dos veces cubrió ya el campo
de sus flores primavera,
desde que el casco sonoro 20
del indio corcel las huellas.
Las ráfagas autumnales
ya el follaje sacudieran
de los robles que coronan
del Rahue ambas riberas;
y sus brazos de la pompa 25
estiva guardan apenas
raras hojas que a su turno
van también a volar secas. X
Así de la fronteriza
ciudad la imagen reflejan; 30
porque lo que en ellos hizo
del sol y el viento la fuerza,

la multitud araucana
va efectuando con aquella.
Del brumoso mayo el día
vigésimo ya se aleja,
5 y tras él viene la noche
tendiendo su sombra densa.
Como tras largo reposo
más activas se renuevan
del león, árbitro del bosque,
10 las amortiguadas fuerzas,
así tras quieto verano
más bravo desencadena
el ceño invernal sus truenos
y vendabales sin tregua.
15 Por el cielo no reluce
un solo astro, y se dijera
haber impalpables sombras
devorándose la tierra.
En el campo sitiador
20 se apagaron las hogueras
acostumbradas muy pronto,
sea por la lluvia espesa
de las agitadas nubes
despedida con violencia
25 o porque inspirar el indio
total confianza quiera.
Y sólo de aquel paraje
muy de tarde en tarde llega
algún apagado grito
30 que, helando el alma se aleja,
como la señal de alarma
que rodando en las tinieblas,
a sus infernales cómplices
réprobo espíritu diera.
30 Mas si palpita el espacio
con él y el pecho amedrenta

como, en seguida, en la atmósfera
el huracán sólo reina,
los sitiados se persuaden
que ningún peligro alberga
ese aparente reposo, 5
y que, en noche tan tremenda,
en resguardarse ocupado
el indio de la inclemencia,
no es posible les prepare
una asechanza funesta. 10
Olvidan que Paillamuchu
el genio es de las tormentas,
y que en vez que sus rugidos
le espanten o le adormezcan,
sólo a enardecerle sirven 15
y a que con mayor violencia
sus fuertes nervios se crispen,
bulla la sangre en sus venas.
Grato deponer las armas,
hasta allí su cabecera 20
exclusiva, ellos reputan,
y al lado de esposas tiernas
en blando lecho adormirse,
oyendo cómo resuena
el trueno y los techos crujen 25
y los ríos se acrecientan.

Yace, pues, bien presto Osorno
inmóvil, callada, negra
como el turbión que la bate,
y sólo la luz bermeja 30
del relámpago ilumina
a intervalos sus tinieblas.
Apenas si allá en el fuerte
tarda voz de un centinela
que sobre el arma dormita, 35
o el sueño paseando ahuyenta,

no ser Osorno una masa
de desiertas casas muestra.
¡Ah! ¡qué extraño que aprovechen
sus vecinos esta tregua,
5 si ellos han sufrido tanto
con la lid y largas velas!

*
* *

Mas en tanto que imprudentes
con tal confianza reposan,
centinelas más activos
10 que los que en el fuerte agobian
la somnolencia y las armas,
velan; y al Señor imploran
por ellos, de Jesucristo
las inocentes esposas.
15 Una sola luz constante
se mira en Osorno toda
con vacilantes reflejos
apenas teñir la sombra,
y es la que vierten las altas
20 ventanas y claraboyas
del templo donde a Dios sirven
de Santa Isabel las monjas.
A la plegaria nocturna
la campana melancólica
25 de sus torres acababa
de llamar las religiosas.
Oyóse por algún tiempo
el órgano con sus notas
solemnes seguir el canto
30 de cien voces armoniosas.
Ora suaves se extendían
como el murmullo que forma
río manso a la distancia,

e infundían la memoria
de una eternidad tranquila,
de los espacios no corta
sino el rumor de los astros
siguiendo su ruta corva. 5
Ora alzábanse por grados
como anunciando la próxima
presencia del Ser que llama
a juicio la tierra toda.
Vibraba el templo con ellas, 10
y a la música sonora
cierto pavor parecían
añadir las voces roncadas
del temporal que bramando
por puertas y claraboyas, 15
un nuevo acompañamiento
dilataba por las bóvedas.
Y quien aquel edificio
contemplase a todas horas,
acaso le reputara 20
un bajel entre las olas
del océano perdido,
donde, al compás de la sorda
tempestad, coro celeste
cantase de Dios la gloria. 25
Al fin los sonoros ecos
fueron cesando: las monjas
en dirección a sus celdas
salieron una tras otra.
El coro quedó vacío 30
y las naves silenciosas;
más aun la mente creía
escuchar sus melodiosas
armonías alejarse,
cual si, de una en otra atmósfera, 35
seráficos himnos fuesen

siguiendo nocturna ronda.
La lámpara del santuario
brillaba única en las sombras.
y a los embates del viento
5 sus oscilaciones rojas,
concentrando o extendiendo
la luz, en muros y bóvedas
y en los pilares fingían
mil visiones espantosas.
10 Sola en todó aquel recinto
advertíase una forma
humana, inmóvil, envuelta
de negras talaes ropas.
Arrodillada en el coro
15 y en honda oración absorta,
ser de un justo se dijera
la aparición misteriosa.
Era el rubí más precioso
del convento, Sor Gregoria,
20 cuya alma reclama el cielo,
si la tierra la aprisiona.
Diez y siete primaveras
cuenta apenas, y la adorna
ya cuanta virtud los santos
25 en larga vida atesoran.

*
**

Aun del materno seno Gregoria recibía
de la primera infancia la dulce nutrición,
y ya presagio cierto en ella relucía
de un celestial destino, de sacrosanta unción.
30 Ya si en el templo oía las fervorosas preces
entre olas de perfume al Hacedor subir,
un ángel semejaba en su éxtasis a veces,
que del Eterno al trono las iba a conducir.

Fué de *Jesús* el nombre lo que aprendió primero
al par que de *María* su labio a balbuciar,
y de la tierra ingrata al salvador Cordero
un himno fué el ensayo de su primer cantar.

Cuando al ponerse el astro o al relucir la aurora,
del inocente niño alzaba la oración,
acaso la pedía una alma pecadora
su nombre pronunciase, segura del perdón.

Pasaba desde entonces, dobladas las rodillas,
no reducidas horas pensando ante la cruz, 10
y lágrimas frecuentes bañaban sus mejillas
rodando una tras otra con misteriosa luz.

Era su anhelo el claustro desde que oyó que dentro
moraban las esposas queridas del Señor,
y a Él aspiraba el alma como a su propio centro
ávida ya tan niña del más sublime amor.

De sus floridos años culpando la tardanza,
al contemplarse aun lejos de la prescrita edad,
creyó mortal suplicio vivir con la esperanza
alimentando sólo su férvida ansiedad. 20

Aérea iba creciendo en tanto su hermosura
de hechizo indefinible, cual rosa del Edén;
embriagadora, es cierto; mas de ilusión tan pura,
que al percibirla nadie pensó en terreno bien.

Jamás algún deseo sensual ella inspirara, 25
pues su amador sentía en ella amar a un Dios,
sin concebir que influjo secreto así alcanzara
un solo afecto santo a componer de dos.

Porque sus gracias no eran aroma destinado
a arder en los salones de fiesta mundanal, 30
y cuanto sentimiento se había concentrado
en ella, se impregnaba de una grandeza igual.

Así a la Virgen Santa amó José algún día,
porque obtener del cielo sintió su sencillez
la que de Adán la raza divinizar debía, 35
siendo del sacro emporio la gloria, encanto y prez.

La terrenal belleza del fúlgido semblante
casi apagaba un rayo de excelsa pulcritud,
como su luz esconde la antorcha más brillante
al resplandor inmenso del astro de salud.

5 Sus ojos de continuo clavados en el cielo,
mostraban otra patria mejor que la de aquí,
y de sus rojos labios, Señor, el blando anhelo
sólo tener palabras que dirigirte a Ti.

Sol que los males cura y vivifica el alma
10 era al verte sus dones su ardiente caridad,
medicinal arroyo que toda angustia calma,
corriendo bajo un cielo de eterna claridad.

De santidad tal aire en torno de ella había,
que fué su casa siempre mansión de la virtud;
15 de tal astro en la esfera el vicio no podía
llevar, cometa infausto, la alarma y la inquietud.

Mas con dolor, cumplido el tiempo suspirado,
miráronla sus padres su lado abandonar:
vaso de hermosas flores al ara reservado
20 luego que hacerlo pudo se consagró al altar.

Creyó llegada al puerto entonces su barquilla
después de haber vencido un piélagos cruel,
y navegar remanso un río cuya orilla
cubría de perfumes un perennial vergel.

25 Por esas fuentes puras que nunca enturbia el viento
de la pasión mundana ni procelosa voz,
lejos sintiendo ruido del humanal tormento,
feliz se encaminaba hacia su norte: ¡Dios!

Un mundo entero el claustro para ella contenía,
30 engrandecido en torno por mística ilusión,
pues no hay espacio estrecho para la mente pía
que la inmortal grandeza contempla en la oración.

¿En la estructura frágil del más pequeño insecto
y el rayo que lo anima, idéntica virtud
35 no ostenta a nuestros ojos su portentoso efecto,
que haciendo de los astros girar la multitud?

Por donde quiera el alma, si en el Señor se absorbe,
cómo admirarle encuentra, y ser feliz en Él.

La mente, es el espacio y nuestro pecho el orbe;
nada le falta al hijo a su Criador no infiel.

La soledad él ama porque en su seno oculto 5
se forma a su deseo dichosa sociedad,
de aleve engaño exenta y de voraz tumulto,
do amargo desencanto no deja la verdad

Así sobre Gregoria el cielo complacido,
sus votos aceptando del más sincero ardor, 10
vertió toda su gracia, y nunca mejor nido
que dentro de aquella alma hallara el Redentor.

Fué desde luego ejemplo de cuantas religiosas
poblaban el convento, y bálsamo eficaz
a sus pesares dieron las voces melodiosas 15
de aquel celeste nuncio de bendición y paz.

Y si agobiada alguna como la flor sin riego,
desfallecer sentía su fiel resolución,
con sólo de Gregoria encomendarse al ruego,
volvía a reanimarla feliz resignación. 20

¿Qué grande sacrificio podría hallarse duro
hecho al Eterno Padre, de amor inmenso mar,
que perfecciones nuevas, por aquel labio puro,
a los mortales ojos mostraba sin cesar?

Cediendo breves horas a esos coloquios santos
el resto de su tiempo orar era vivir,
paloma de albas alas que el clima de los llantos
fatiga y busca en cielo perenne de zafir.

Aun de la obscura noche, mientras el claustro en sueño
apenas se sentía del viento perturbar, 30
robaba una gran parte al corporal beleño,
postrada allá en el coro, velando ante el altar.

Y así también se hallaba Gregoria en este instante
aun implorando inmóvil al eco del turbión,
después de haber salido toda otra suplicante, 35
por su angustiado pueblo la excelsa compasión.

Y lágrimas cual perlas corriendo de sus ojos,
te recordaba humilde, oh justo Dios de Israel,
que si excitó ese pueblo pecando tus enojos,
nunca le viste al menos a su creencia infiel.

5 ¡Ah! si inflexible el libro donde el instante extremo
grabó de cada emporio tu sabia rectitud,
no señalara cerca de Osorno el fin supremo,
¿qué intercesión tendría más eficaz virtud?

Mas mientras te pedía que destruyendo a Osorno,
10 del cristianismo santo postrer asilo en pie,
no hicieses del Arauco, en general trastorno,
devuelto a la barbarie, desaparecer tu fe;

tú, como si quisieras de aquellos pensamientos
fatales distraerla, su fervoroso orar

15 en éxtasis sublimes tornando, tus portentos
la hiciste y tus designios profundos penetrar.

Sobre tu trono excelso de resplandor cercado,
te vió la tierra toda rasar del trueno al són,
y muchedumbre inmensa del regimiento alado
20 llevar en pos batiendo de Cristo el pabellón,
entre radiantes nubes y perfumada brisa,
el pie sobre la luna, por trono el serafín,
María iba vertiendo con celestial sonrisa
raudales de esperanza, de fe y amor sin fin.

25 Mil coros la seguían de vírgenes y santos
encareciendo en himnos los bienes de la cruz,
su reino de armonía, fraternidad y encantos
y tras la muerte el hombre bañando en su alma luz.

Atónitos los pueblos por donde el tren pasaba,
30 los místicos conciertos parábanse a escuchar,
y si el oído alguno rebelde se tapaba,
a miles viéranse otros postrarse y adorar;

hasta que el orbe todo, correspondiendo al cielo
en cantos de alabanza acorde prorrumpió,
35 y hubo de unir sus voces, postrado humilde al suelo
aun el que ciego y sordo perseverar pensó.

En tal visión absorta, Gregoria comprendía
 en su infinito alcance la mente divinal
 con cuya llama, ardiendo el alma, recibía
 de célicos consuelos suavísimo raudal.

La vista en tanto fija a la elevada esfera, 5
 del extasiado rostro más vivo el carmesí,
 tal vez mistificado su cuerpo, se creyera
 todo elemento humano haber perdido allí.

Y aquella luz brillante que la inundaba el seno,
 emanación de lo alto, saliendo a lo exterior, 10
 tenía en torno de ella un ancho espacio lleno
 que al coro entero daba un tenue y róseo albor,

*
 **

Del temporal entre tanto
 seguía la voz rugiendo,
 el viento arreciaba siempre 15
 y era más sonoro el trueno.
 Tan sólo a ratos la lluvia
 cesaba de herir los techos,
 como si la helara en lo alto
 tanta furia de elementos. 20
 Una hora marcó después
 de media noche el puntero,
 y lúgubre campanada
 sonó en los espacios huecos.
 Aislada, temblante y triste, 25
 la señal de aleve intento
 al principio pareciera;
 mas después que un vasto trecho
 corrió al derredor vibrando,
 expiró cual voz de un genio 30
 que a Osorno el aviso diera
 de algún inminente riesgo.
 Y no de la mente atónita

de alguien que la oyó fué ensueño
esta explicación terrible,
porque no bien su último eco
a la distancia en la esfera
5 se perdió como un lamento,
estalló en Osorno toda
fragor repentino, inmenso.
Mil salvajes alaridos
de amenaza y furor ciego
10 alzáronse por los aires,
y hórrido crujir de aceros.
Fué la explosión formidable
de un volcán que rompe el seno
comprimidor de sus lavas,
15 por lo súbito más fiero,
Y sin duda la juzgaron
la voz del juicio supremo
los habitantes, por ella
arrancados de su sueño.
20 Al mismo tiempo, de cascos
de corceles gran traqueo
estremecer se sentía
por todas partes el suelo.
No ya con la luz suave
25 por Gregoria en róseo cerco
difundida, relumbraron
las claraboyas del templo;
más resplandor ominoso
de color triste y sangriento
30 reflejábese en los vidrios
como un infernal bostezo.
¿Qué anunciaba ese ruido
fatal recordando al pueblo?
¿qué esa luz que sorprendía
35 los ojos aun mal abiertos?
¡Ay! que el sitiador astuto,

de la obscuridad y el tiempo
al favor, dejado había
su campo casi desierto;
y el descuido aprovechando
de la ciudad, por diverso 5
vado atravesara el río
de las Damas sin recelo;
pues el rumor de su paso
cubría el sonoro estruendo
de las acrecidas aguas 10
y el sordo clamor del viento.
Apenas la orilla opuesta
hubieron ganado, en cuerpos
dividido por las calles
obscuras se difundieron. 15
Y sólo cuando de todas
las salidas eran dueños
y habían por varios puntos
logrado prender el fuego,
el grito de alarma alzaron, 20
a que únicamente el eco
contestó al principio, y pronto
un general desconcierto.
Porque minutos después
todas las moradas fueron 25
teatros de confusión
a medida que sus lechos
dejaban los habitantes,
despavoridos, creyendo
iba a desplomarse Osorno 30
a algún terremoto recio.
Quién acudía a las armas,
quién en sus brazos primero
a los hijos o a la esposa
quería salvar del fuego; 35
pues a pesar de la lluvia

y la humedad, por el viento
las llamas favorecidas,
en muchas casas cundieron.
Mas al punto que asomaban
5 a las calles, de su acecho
sobre ellos saltaba el indio,
macana o lanza esgrimiendo.
Y el clamor del asaltante,
el ruido de los aceros,
10 las quejas del que moría,
el flamear del incendio,
juntos a los estallidos
siempre furiosos del trueno,
formaron presto de Osorno
15 viva imagen del Averno.
En vano éstos ensayaban
la defensa; en vano aquellos
sin saber a dónde huían
atolondrados del miedo.
20 A unos y otros repentino
cargaba número denso
de araucanos, e igualmente
regaban de sangre el suelo
el cobarde, el valeroso,
25 el armado, el indefenso;
y, o mal heridos caían,
o bien cadáveres yertos.
Viéranse medio desnudas,
flotante el largo cabello,
30 aquí y allí por las calles
lindas hembras ir corriendo:
tan turbadas, que en los brazos
del asaltador sangriento
arrojábanse buscando
35 un defensor de su pueblo.—
Mas las que salir no osaban

fuera de su hogar, asiendo
 ya del Redentor la imagen,
 ya la de algún santo, objeto
 de su devoción, se herían,
 pidiendo perdón, los pechos, 5
 y llorosas imploraban
 en vano el favor supremo.
 Aquí de sus tristes hijas
 cercado un anciano trémulo,
 en tal aflicción confuso 10
 no acierta a indicar remedio.
 Bien pronto violentos brazos
 las arrancan de su seno,
 y él mismo de muerte herido,
 exhala su adiós extremo. 15
 Allá una madre, estrechando
 contra el corazón su hijuelo,
 a la compasión lo ofrece
 de algún bárbaro guerrero;
 el cual ora la arrebató 20
 con el niño a un mismo tiempo,
 ora a este mata, o lo arroja,
 llevando a la madre, huérfano.

*
* *

No fué de los edificios
 que el indio asaltó postreros 25
 el convento do a Gregoria
 orando hemos visto al cielo;
 que a poco de haber turbado
 su éxtasis sublime el fiero
 alarido, lo embistiera 30
 un escuadrón no pequeño.
 Y unos escalando el muro,
 otros puertas abatiendo.

dueños pronto del recinto
de las vírgenes se hicieron.
Llenas de espanto a los gritos
salvajes y al sordo estrépito,
5 sus celdas abandonaban
las monjas, y por los huertos
y corredores sombríos
corrían al sacro templo,
algunas ya perseguidas
10 por el vencedor soberbio.
De ellas se llenaba el coro,
y hacia el sagrario extendiendo
las manos, su único auxilio
imploraban con lamentos.
15 Y más bien que por la vida
eran sus fervientes ruegos
para que el divino esposo
su pudor guardase ileso. .
Los indios ya penetraban
20 en tanto hasta allí, y destellos
sobre las virgíneas frentes
derramaban sus aceros.
Pero súbito se quedan
inmóviles, como opresos
25 de oculto lazo, a la vista
del solemne presbiterio.
Desciende la mano alzada
para descargar ya el hierro,
y sus corazones cesan
30 de latir por un momento.
Mas cuando aquella impresión
de asombro con que Dios mismo
parecía aviso darles
de no profanar su templo,
35 hubo disminuído un tanto,
más osados varios de ellos

a llegar a asir las monjas
delirantes se atrevieron.
Entonces indubitable
mostró su favor el cielo:
pues tras horrendo estallido 5
del más pavoroso trueno,
que hizo retemblar las bóvedas
y estremecer todo el suelo,
brilló con cárdena lumbre
el aire, y raudo cayendo, 10
como el pensamiento, un rayo
enredóse entre los hierros
de una ventana; en seguida,
igual a un dragón de fuego,
entró girando en el coro, 15
bajó, subió y en los cuerpos
se cebó de dos jayanes,
sin darles para un ¡ay! tiempo.
Un alarido exhalaron
los demás a tal portento, 20
y congelada la sangre
de pavor, chócanse huyendo:
que unos albergue de brujas,
dueñas del rayo y del trueno,
juzgan el coro: los otros 25
haber visto refirieron
por la mano formidable
del Crucificado mismo
desde lo alto despedido
aquel sulco atroz de fuego. 30
Solo entre ellos *Huentemagu*,
como ningún otro intrépido,
acertó a sacar la joya
más preciosa del convento.
Y serenidad tan grande 35
le infundió sin duda el cielo,

que en aquel indio quería
dar al mundo un alto ejemplo.
En medio el tropel confuso,
que escape buscaba presto,
5 ganó la calle, a Gregoria
llevando exánime al seno.
Del tumulto del combate
se apartó por un rodeo,
y al borde llegó del río
10 sin algún contraste adverso.
Quiso el hado que allí viese
un corcel bajar sin dueño;
asiólo y puso en su lomo
la preciosa carga atento.
15 El mismo en seguida sube,
le empuja al undoso lecho,
y alzando a Gregoria donde
se ofrece mayor el riesgo,
después de una larga lucha
20 con el furioso elemento,
vence al fin su impulso y logra
llegar a su borde opuesto.

Mientras esto sucedía
hacia una parte de Osorno,
25 por todo el resto los indios
dispersábanse furiosos.
Vanamente Paillamachu
a sus subalternos todos
había recomendado
30 el orden más riguroso.
Creyendo el triunfo seguro,
y cebados en el robo
y la matanza, olvidaron

sus instrucciones bien pronto.
Luego que tal desconcierto
él notó, de rabia loco
de uno a otro punto corría
a reunir sus cuadros rotos. 5
Sonaba su voz terrible,
y aun atravesó a no pocos
de los rebeldes su lanza,
però ellos seguían sordos.
El mismo el fatal contraste 10
que temió burlara el logro
de su proyecto, cumplido
hubo de ver por sus ojos;
porque cuantos habitantes
salvos del común destrozo 15
lograron llegar al fuerte,
buscando amigo socorro,
la esperanza recobraron
luego que el primer asombro
reparar el gran desorden 20
del enemigo dejólos.
Y a la guardia reunidos,
tras su jefe valeroso
salieron de aquel refugio
con un imprevisto arrojó. 25
Caen sobre los araucanos,
y los cazan como a lobos
en su dispersión: los unos
ensangrientan hasta el pomo
sus hierros, hacia los grupos 30
más densos dirigen otros
un cañón; muchos despiden
en lluvias mortal el plomo.
El éxito fué completo,
y la confusión al colmo 35
llegó de los asaltantes,

por más que su jefe heroico
les clamaba que advirtiesen
eran sus contrarios pocos,
y que cederles el pueblo
5 ya conquistado era oprobio.
Ellos corriendo hacia el río,
cargados de los despojos,
ni a defenderse atinaban
sólo aspirando al retorno.
10 Apenas si Paillamachu
pudo del contrario encono
proteger su fuga, al frente
de un pelotón, tiempo corto.
Por más que sereno opuso
15 varía vez potente estorbo,
y aun se adelantó cual furia,
sembrando la muerte en torno;
por el curso arrebatado
y el general alboroto
20 de los suyos, se veía
forzado a ceder bien pronto.
Al fin como ellos al río
lanzóse con el enojo
del tigre que se retira
25 sin devorar su despojo.
Y al comenzar tarda aurora
a esparcir sus rayos rojos,
vió desde la orilla opuesta
a cuantos la sed del robo
30 fuera fatal; pues las aguas
cadáveres numerosos
llevaban con las preseas
de que abrumaran sus hombros.

CANTO II

Lluvioso y triste es el día
que tras tal noche amanece;
Osorno envuelta aparece
en un manto funeral.

Vacía está del tumulto 5
de la feroz hueste indiana,
pero aun parece lejana
oírse su voz fatal.

Mal el puéblo aun respirando
del embate y la zozobra, 10
mientras lento se recobra,
el vivo remedo es

de un enfermo que ha vencido
crisis dolōrosa; pero
siente que el golpe postrero 15
ha de recibir después.

De la asolación la imagen
donde quiera se ofrecía:
aquí y allí un techo ardía
no bien apagado aún. 20

Hacia una parte era un muro
derruído, allá una puerta
del hierro a favor abierta
o de abrasador betún

La muerte por todos lados 25
ofrecía sus despojos:
vieraís allí sus enojos
un habitador saciar.

Acabando a un indio en tierra
mal herido, que la frente
alzó cautelosamente
buscando como escapar.

5 Con tristes gritos llamaba
un marido ya a la esposa
querida, ya a la hija hermosa
que el bárbaro le robó.

10 ¡Ay! ¡tal vez del otro lado
percibiendo aquel lamento,
ella por mayor tormento
al eco respuesta dió!

15 Raro era el que no lloraba
alguna prenda perdida,
ora en cautiverio hundida
o cadáver yerto allí,
y así la sangre corriera,
que el agua pluvial que Osorno
vertía hacia el río en torno,
20 era color carmesí.

25 Daba a los indios consuelo
del descalabro sufrido,
el oír tanto quejido
alzarse de la ciudad,
y era asombro para ellos
que aquel pueblo moribundo
pudiese terror profundo
infundir en su orfandad.

30 Mas el botín conquistado
era rico, y parabienes
se daban, lindas *malguenes*
contemplando en su poder.

Ya los más favorecidos
por la suerte, se aprontaban
las preseas que apiñaban
a ir en seguro a poner.

De los que con tal objeto
el campo oculto dejaron,
y a sus dominios tornaron
Huente magu fué también. 5

Porque comprendió muy pronto
cuán grande era su fortuna,
y temió inflamase alguna
emulación tanto bien. 10

A la claridad dudosa
del coro y nocturno estrago,
pudo apenas viso vago
de su tesoro adquirir. 15

Mas él bastó a que en el alma
presunción se alzase activa
de llevar en su cautiva
el más precioso zafir. 20

De esta idea dominado,
se internó en lo más oculto
de un bosque, y del recio insulto
del viento y la tempestad
cubrióla toda la noche,
aguardando allí impaciente
poder al albor naciente
medir su felicidad. 25

Y cuando siempre agobiada
de su insensible desmayo,
de la aurora el primer rayo
dejóle a Gregoria ver. 30

absorto cual si le hubiera
un sol prodigioso herido,
el indio creyó el sentido
en su alborozo perder.

5 Un rato quedóse inmóvil
tal portento devorando
con ojos que aun recelando
ilusión, se abrían más.

10 En batimiento de palmas
rompió al fin, y delirante
saltaba como un infante,
de contenerse incapaz.

15 ¿Nunca imaginarse pudo
ventura tan exquisita!

¿Cuál influencia inaudita
ha transformado su ser?

20 ¿Es el mismo *Huente magu*
para quien un pasatiempo
fuera sólo en otro tiempo
el rostro de la mujer?

25 ¿Por qué su pecho palpita
con emoción tan profunda?

¿Ese placer que lo inunda
no va a hacerle ya morir?

¡Morir! y en tanto ese cielo
de faz amenazadora
para él de azul se colora
y de insólito lucir!

30 Los árboles que le cercan
¿son de los bosques de Osorno?

¿No les da florido adorno
la estación primaveral?

¿Es de oro esa lluvia tenue
que resplandecer ve tanto?
¿Oye al río u oye el canto
de un concierto celestial?

¿Y una mujer le embelesa
hasta ese punto? ¡Ah! ¡sin duda!
Todo ese encanto se anuda
a un objeto que está allí.

Si ese talismán faltara,
Huentemagu, ¿qué verías?
¿Esas dulces melodías
sintieras sonar en ti?

¡Es tuyo! Sí. Nadie puede
a tu valor disputarlo.
Fuera sólo el intentarlo
sentencia de muerte atroz.

Por defender una parte
sola de ese cuerpo inerte,
sobre el león fueras fuerte
y sobre el tigre, feroz.

Llorar y reír a un tiempo
te miro; y volviendo a ella,
hallarla siempre más bella
y consumirte de amor;

Pero amor tan respetuoso,
que en su más violento acceso,
sobre ese labio en un beso
no osa difundir su ardor.

Besas, sí, pero es su mano,
es su pie de suave armiño,
que no piensa tu cariño
poder atreverse a más.

Y en esos besos primeros
y últimos que te permitas,
pruebas glorias exquisitas
¡ay! que nunca olvidarás.

5 Mas ese cuerpo tan puro
de todo contacto humano,
sólo a tu toque profano
siente un súbito temblor.

10 Y el aliento que hasta ahora
pareciera abandonarle,
torna al punto a reanimarle,
cual por ser su defensor.

15 Abrió los ojos Gregoria
con profundo sobresalto,
y en rapidísimo salto
separóse del infiel.

20 Tendió al derredor la vista
en busca de su convento,
y comprendió en un momento
toda su angustia cruel.

Era cautiva, ¡Dios justo!
¡y cautiva de un salvaje!
expuesta al bárbaro ultraje,
sin alguna protección!

25 ¡Ah Señor, ¿qué te decía
la mirada que a tu trono
elevaba en su abandono?
¿No era una reconvención?

30 ¿Tan poco amaste los trinos
de esa tórtola escondida,
que de su cárcel querida
la arrancaste a su pesar?

Mas aquel solo deseo
él a impedir se atreviera,
porque arrebatarle fuera
más que la vida en verdad.

5 Así con cien ademanes
del dolor más expresivo
la explicó que su cautivo
iba, no su dueño a ser;
 y que a su arbitrio dejaba
10 hasta la propia existencia,
más a prueba de una ausencia
no le intentase poner.

 Para mejor persuadirla
el corazón se tocaba,
15 y arrodillado imploraba
un benévolo perdón.

 Ella irritada al principio
miróle; pero muy luego
tanta mansedumbre el fuego
20 calmó de su indignación.

 Vió que abrigaba aquel bárbaro
un alma noble y sensible,
y al ruego más accesible
creyendo su sencillez,
25 a su retiro adorado
pidióle que la tornara,
llanto que a un risco ablandara
derramando ella a su vez.

 Él significóla entonces
30 (así él mismo lo creía)
que Osorno entera yacía
tornada en desierto erial.

¡Qué golpe para la triste!
cual corza que un dardo aterra,
dobló la frente a la tierra
y su llanto fué un raudal.

Faltos de vigor sus miembros 5
temblaron desfallecientes,
y dijo en ecos dolientes:
«¡Haz tu voluntad, Señor!»

Luego dirigió expresivos 10
sus ojos a Huentemagu,
como en trance tan aciago
reclamando su favor.

Con nuevas seguridades
dióla el araucano aliento,
y comenzó en el momento 15
la partida a disponer;

que celoso aun de su sombra,
ninguna estación segura
juzgaba, do su ventura
otro hombre pudiese ver. 20

Sobre el corcel que aun guardaba
puso la prenda preciosa,
y la marcha fatigosa
a pie guiando emprendió.

Por entre fieras montañas, 25
y por valles encubiertos
y los bosques más desiertos,
dos días así avanzó.

Sin pensar nunca en sí mismo,
insensible a la fatiga, 30
evitar la de su amiga
era su exclusivo afán.

Por ella la vida expuso
de hinchados ríos al paso,
y reposo al cuerpo laso
no dió por ser su guardián.

5 De ramas la entretejía
toldos que la guareciesen
de noche, y la defendiesen
del tempestuoso rigor.

10 Y mientras ella gozaba
la paz del sueño, él prendía
un fuego que mantenía
a sus pies blando calor.

15 Para su alimento frutas
iba buscando silvestres,
o aves hería campestres
con destreza sin igual.

A toda atención bastaba,
porque en verdad fuerza doble
le daba la llama noble
20 que en él ya ardía inmortal.

¡Oh! ¡cuántas veces volvía
los ojos a la hermosura
para nutrir su ternura
en un éxtasis feliz!

25 Porque tal era el efecto
siempre en su alma producido
por ese rostro encendido
de un angelical matiz.

30 El mismo recogimiento
divino que respiraba
Gregoria, al indio inspiraba
cual por mágica virtud.

Y nunca visto o pensado
parecía un objeto
de adoración y respeto
e inefable mansuetud.

No era material deseo 5
lo que encendía al salvaje,
que de hacerle tal ultraje
ni en la mente era capaz.

Sino un afecto sublime,
como el que inspira a los santos, 10
de purísimos encantos
y de inalterable paz.

Placer más dulce mil veces
hallaba en guardar seguro
aquel depósito puro, 15
que en su goce material.

Pues profanado, perdiendo
cuanto para él le sublima,
el amor que ahora le anima
¡ya no fuera celestial! 20

Así, por más que le arrastre
su talimán poderoso,
con ella tan respetuoso,
en todo el camino fué,
que jamás llegó a tocarla 25
sin temor involuntario,
como un creyente al santuario
que encierra al Dios de su fe.

Había dotado el cielo
a aquel araucano, en suma, 30
de un espíritu elevado

bajo su apariencia inculta.
De la purísima esencia
de Dios, una llama infusa
en su seno mantenía
5 entre cenizas oculta
misteriosa, incomprensible,
foco de las más augustas
aspiraciones; hoguera
do los efectos se aúnan
10 para acrisolarse exentos
de toda materia impura,
y elevarse al cielo, como
del ara el incienso ondula.
Era una de aquellas almas
15 que por la tierra sin duda
vagar vense, provenientes
de esferas de más altura:
almas que este mundo habitan
con su vanidad en pugna,
20 y pasan como la sombra
del celaje en la llanura.
Quizá nadie las distingue,
y solas, meditabundas,
a otra patria aspiran siempre,
25 que en sus recuerdos columbran.
En ellas el sentimiento
se impregna de la tersura
con que lo dió al primer hombre
la sabiduría suma,
30 antes que la especie nuestra
degradada por la culpa
y rebelión, lo tornara
en viles pasiones brutas.
Mas Huentemagu, nacido
35 entre sociedad tan ruda,
nutrido con las ideas

materiales que la ocupan,
no había hasta allí probado
las suavísimas dulzuras
del amor, cuando depone
la amarga corteza brusca. 5

Poco, pues, le aprovechaba
llevar en sí la fecunda
simiente de esos deleites,
si en las otras criaturas
no hallaba correspondencia, 10
si la luz que en él abunda,
al reedor de sí alimento
no obtuvo a su brillo nunca.
Suele así una fértil tierra,
capaz hecha por natura 15
de productos exquisitos,
si se la mantiene inculta,
o entristecer nuestra vista
con su apariencia desnuda,
o desperdiciar sus jugos 20
en malezas que la ofuscan.
Mas si un día a removerla
viene acaso la cultura,
de vegetación frondosa
se cubre, y preciadas frutas 25
con embalsamados aires
al cultivador tributa.
Capaz de elevarse el indio
a la más sublime altura
a que el sentimiento humano 30
puede alcanzar por fortuna
era su alma un instrumento
de finísima estructura
aguardando únicamente
para derramarse en puras 35

armonías, una mano
o brisa que lo sacuda.

*
* *

Y tal para él fué Gregoria.
Su resignación profunda,
5 sus lágrimas, sus miradas
de edificante blandura,
esa aureola celeste
de ella al rededor difusa,
en fin su plegado labio
10 que oración constante anuncia,
hicieron las armonías
revibrar en él ocultas.
Su llama halló su alimento
buscado en la noche oscura;
15 y la virtud de Gregoria,
remeciéndolé, sin duda
le hizo aspirar la pasión,
pero, como inmensa, pura.

*
* *

De su marcha al tercer día
20 llegaba, y las densas nubes
que el cielo hasta allí enlutaron,
barría un viento salubre.
Sobre la alta cordillera
cual nunca radiante sube
25 el sol, pidiendo a las aves
conciertos que le saluden.
Obedientes al reclamo,
sus armonías más dulces
alzan ellas, respirando
cual de larga pesadumbre.

El céfiro blando orea
la tierra, y a los azules
espacios las abatidas
frentes las plantas resurgen.
Con innumerables gotas 5
de lluvia pendiente lucen,
como con rubís, las ramas
de lingues y de abedules.
De brillo inmenso es el día.
Por empaparse en su lumbre, 10
sus galas mas exquisitas
naturaleza descubre.
Fatigada de que un sueño
tan prolongado la abrume,
no hay un solo objeto en ella 15
que como en danza no ondule.
Los ríos cintas de plata
representan, cuyo lustre
en tornasoles se aumenta,
como el viento las arrugue; 30
y las flores del otoño,
cuyos tallos su onda bruñe,
en gratitud la embalsaman
con suavísimos perfumes.
¡Oh! ¿qué extraño es que las aves 25
en tal día se columpien
de las ramas, y alborozo
sienta cuanto canta o bulle?
¿Qué extraño, por fin, respire
más lleno que de costumbre 30
el pecho, como agitado
de un desconocido numen?
Dios nos da en aquestos días
que un negro invierno interrumpen,
de las glorias reservadas 35
en otra esfera un resumen.

Y aun el insensible ateo,
por más que su nombre excuse
pronunciar, es necesario
que adoración le tribute.
5 Huentemagu percibía
entonces cuanto era dulce
ir llegando a su morada
(cuya intermediación traducen
hasta los aires que aspira,
10 si aun el bosque se la encubre)
rico del mejor tesoro
de gracias y de virtudes.
Iluminado el semblante
como de celeste lumbré
15 no pensaba que en la tierra
dicha hubiese más ilustre.
¡Cuán bellas va a hacer Gregoria
sus cabañas! ¡Cuán inútil
será que nuevos encantos
20 para la existencia busque!
Su presencia en adelante
¡cuánto apreciará el empuje
de las horas, para él antes
de insufrible pesadumbre!
25 La cautiva por su rostro
su íntimo placer presume,
mas sólo entiende la causa
presente que lo produce,
cuando al salir de los montes
30 a sus ojos se descubre
el mas bello panorama
que humana mente figure.
Era un regalado valle,
por cuyo centro conduce
35 manso río murmurando
sus serpenteadoras tules.

Altas montañas de pinos
por doquiera lo circuyen,
y dos abras solamente
opuestas las interrumpen.
Por una de ellas penetra 5
el río, y después que cubre
de verde el oculto valle,
por la otra escapa voluble.
Así marcial campamento,
cuando a visitarlo acude 10
su rey, las filas divide,
y por medio le estatuye
senda de pica flanqueada,
y en gallardas actitudes
aguarda que el placentero 15
ardor común estimule.
Una pequeña colina
en medio del prado sube
suavemente: danla sombra
dos pataguas en la cumbre. 20
A sus pies de Huentemagü
la alegre mansión reúne
sus diferentes cabañas,
de cuyos techos azules
el humo, empezando a alzarse, 25
por los aires se difunde.
Era un recinto encantado,
que de hadas tal vez se juzgue
mansión, al verle tan bello
a las matinales luces. 30
Por aquí pacen rebaños,
allá en las ondas zabelle
de cantores pajarillos
innumerable cardumen.
A otra parte las mujeres 35
del indio, según costumbre,

el matinal baño toman,
y de las ondas salubres
con mil retozos divierten
el frío que las entume.
5 Tal vista a Gregoria misma
súbito contento infunde,
y hace que un minuto olvide
de su suerte los albures.
Mas esa impresión fué sólo
10 una rápida vislumbre,
y bien pronto de su claustro
los recuerdos la destruyen;
que ni del indio el respeto
y tiernas solicitudes
15 a desterrar son bastantes
sus presentimientos lúgubres,
ni lo que ella ve en seguida
más a asegurarla influye.

*
* *

Apenas de la llegada
20 del cacique difundióse
la nueva entre sus mujeres,
todas a su encuentro corren.
Ninguna el retorno suyo
tan presto esperaba entonces;
25 así al verle, la sorpresa
y el gozo estallaron dobles.
Pues lejos que en él miraran
un dueño cuyos amores
sólo fuesen tiranías,
30 como amar a sus consortes
suele el araucano fiero,
viéraselas siempre acordes
prorrumpir en alabanzas

del Señor que el hado dióles.
Y de anhelar bien distantes
que sus viajes se prolonguen,
su vuelta motivo siempre
fué de verdaderos goces. 5
Corren hoy, pues, a sus brazos,
mas bien presto reconocen
no es ya Huentemagu el mismo
que al partir, y a sus ardores,
como después de una ausencia 10
solía, ya no responde.
Su abrazo es tibio: en sus ojos
no arden lampos brilladores.
Aun parece que su activa
solicitud le incomode, 15
y es claro que ya destruye
en esa alma oculto móvil
su antiguo poder. Celosas
ellas dirigen entonces
a la inocente cautiva 20
los ojos escrutadores.
Y como se entolda el cielo
luego que lo agita el Norte,
tal los ceños se obscurecen
viendo tantas perfecciones. 25
Siéntense ante ella humilladas,
y el odio, la envidia innoble,
en sus pechos se deslizan
y los arden a sus roces.
Un vértigo sobre todo 30
de rabia las sobrecoge,
y creen sentir el ruido
de su imperio que se rompe,
cuando el indio las ordena
que a complacerle se apronten, 35
dispensando a la cautiva

sus más fieles atenciones.
Cabizbajas, encendido
el rostro a tamaño golpe,
remordiéndose los labios,
5 ellas su vergüenza esconden.
Y con aviesas miradas,
se van retirando a donde
su infortunio inesperado
con más libertad deploran.
10 «¿Quién es, pues», entre sí dicen,
esa blanca que el desorden
ha traído a nuestro albergue
tranquilo? ¿Cuál es su nombre?
¿Qué títulos ella alega
15 a nuestras adoraciones?
¡Ordénasenos servirla!
¿Somos, pues, sus inferiores?—
¡Y qué! ¿será siempre en vano
que la esclavitud destrocen
20 nuestras huestes, abatiendo
los baluartes españoles?
¿Aun cautivos ellos siempre
han de ser nuestros señores?
¡Se les quitan nuestros campos,
25 sus cuellos Arauco rompe,
y en retorno sus mujeres
nos roban los corazones
de nuestros maridos mismos!
¡Ah! si ya él no nos conoce,
30 si de su lecho lanzarnos
quiere a fin de que lo goce
esa vil cristiana, al menos
sea él mismo quien la colme
de halagos y de servicios.
35 Con su variación conformes,
sabremos callar... ¡Empero

pedirnos humillaciones!
 ¡Exigirnos halaguemos
 la mano que el bien nos roba!
 ¿Puede añadir al olvido
 un insulto más enorme? 5
 ¿Posible es que así la sangre
 que nos alienta él ignore?
 ¿Ha perdido la razón
 intimidándonos tal orden?
 Pero ¡temerá el ingrato 10
 quizás sus reconvenciones,
 si alguna pequeña parte
 nos reserva en sus amores!
 ¡Y por eso nos humilla,
 y por eso se propone 15
 hacernos en servidumbre
 vil besar su planta innoble!
 ¡Ah, no, no! Si ella es hermosa,
 no tanto que nos asombre;
 ni hasta ese punto a los nuestros 20
 aventajan sus colores.
 No faltan en el Arauco
 más dignos otros varones
 que en preferencia a cautivas
 nos deseen por consortes. 25
 Donde quiera cien cabañas
 se abrirán a nuestro toque.
 ¿Qué hemos hallado en la suya
 sino amargas desazones?
 ¡En buena hora nos despida! 30
 Al menos parientes nobles
 tenemos, que la venganza
 de nuestros agravios tomen».

Así llorosas decían:
 así con lamento acorde
 buscaban en el orgullo 35

un alivio a sus dolores.
Pero luego que la mente,
a la realidad más dócil,
de Gregoria recordaba
5 los encantos superiores;
que a los suyos comparados,
tenían el brillo doble
con que el *colibrí* avergüenza
los alados escuadrones;
10 a la calma de un instante,
siguiendo mayor desorden,
trémulas de ira rompían
en crudas imprecaciones.
La desesperación tornaba
15 sanguinosos sus trasportes,
y sus senos quizás urdían
los proyectos más atroces.

*
* *

Y pronto Huentemagu
conoció cuán en balde pretendiera
20 que la cautiva fuera
de su atención objeto y de su halago!
Lejos de obedecer las araucanas,
cual de un mal genio, huían la insufrible
presencia de Gregoria, o bien insanas,
25 cuando evitarla no érales posible,
con miradas siniestras
de bárbara aversión le daban muestras.
Inútil fué el reproche
para domar su rebelión, y el resto
30 de aquel día funesto
sola se la mantuvo,
ni otro desvelo que el del amo obtuvo.
Aun osaron las indias en la noche

retirar cuanta prenda les quedaba,
de la choza mayor que ella ocupaba.
Y Huentemagu, en fin, desde el siguiente
día reconoció cuán justamente
pidióle la española 5
que aparte una mansión la procurara,
a fin que aislada y sola,
el odio que infundía no irritara.
Pequeño albergue, pues, algo remoto
él mismo construyó, do fujitiva 10
del común alboroto,
se retiró contenta la cautiva;
y pudo en mayor calma,
como en su claustro, al cielo
con oración constante alzar el alma, 15
indiferente a la pasión que impía
en torno de ella a su pesar rugía.
Así levanta el vuelo
a la región sublime
el águila pomposa, 20
y de la esfera terrenal se exime.
Y mientras en los aires se reposa
al Hacedor de cerca contemplando
y la armonía célica escuchando,
ni el inferior susurro algo la mueve, 25
¡ni piensa cuánta envidia ella promueve!
El mismo Huentemagu, aunque no pudo
el femenil desprecio a su mandato
al principio sufrir con labio mudo,
en perdonarlas no tardó, ¡cuán grato 30
viéndole era ocupar él solo, atento,
en servir a su amor cada momento!
Presto olvidó la guerra y el copioso
botín que en sus azares
el indio codicioso 35
espera siempre conquistar. Sus lares

- fueron para él el mundo,
y esa eterna inquietud ya no le agita
que al araucano excita.
a abandonar su choza vagabundo.
- 5 En círculo encantado
está de cuerpo y mente encadenado.
Su única aspiración es de la bella
no separarse; idea ni incentivo
le puede ya ofrecer cuanto no es *ella*.
- 10 Y a dominar llegó tan exclusivo
aquese sentimiento su alma toda,
que a olvido los placeres
ha dado de otro tiempo, y le incomoda
sólo acercarse a las demás mujeres.
- 15 Parecen serle extrañas,
y a visitar no torna sus cabañas.
Palabra a tal respecto
no ha oído de Gregoria; mas presume
que ella no aprobará de su hondo afecto
- 20 la infiel disipación. Que ella le vea
digno de sí desea,
y puro cual perfume
de un sólo Dios en aras ofrecido.
Así, todo otro halago
- 25 causa más bien fecunda
de dolor que de gozo habría sido.
turbando la onda tersa de ese lago
de angelical pasión que su alma inunda.
Esta delicadeza
- 30 agregada al respeto más constante,
era el único ardid del indio amante;
y así, cuanto en verdad, cuanto en pureza,
día por día su afección ganaba,
a hacerla más intensa conspiraba.
-

Presa de un invencible
encanto seductor, sólo se mueve
de ella a la inspiración; aborrecible
le es cuanto juzga que aprobar no debe.
Divagar solitario 5
al reedor del albergue de Gregoria,
proscribiendo de allí todo bullicio
que interrumpir del dulce santuario
pueda el silencio a la oración propicio,
es por el día su más alta gloria. 10
¡Cuánto se congratula al contemplarlo
cómo el arca segura que en la tierra
el sacro talismán de su alma encierra!
Empero a penetrarlo
jamás llega, ni toca 15
siquiera sus umbrales,
sino para llevarla el alimento,
o flores que a las luces matinales
va por los campos a buscar contento,
y a los pies de una cruz ella coloca. 20

Mas como fiel mastín, todas las noches
desde que ya repútala dormida,
de su puerta querida
va sobre el suelo duro,
como en mullido lecho a reclinarse, 25
para guardar su sueño más seguro.
Y suele largas horas desvelarse
oyendo con delicia inexprimible
de su respiración lenta, armoniosa,
el eco bonancible, 30
anuncio de la paz con que reposa
ese ángel que a su cielo
teme levante de repente el vuelo.

Pero no bien la aurora
principia a esclarecer la sombra oscura,
alerta, sin demora
deja su puesto a fin que no la irrite
5 la sola libertad que su ternura
tomar secretamente se permite.
Oculto va a esperar que ella a la cumbre
de la inmediata loma
suba, según lo tiene de costumbre,
10 a dirigir al Hacedor su canto
de la azulada esfera bajo el manto,
luego que el sol por el oriente asoma.
Cuán dulces para él suenan los conciertos
de esa argentina voz que se derrama
15 cual eco salvador por los desiertos
y a cuanto la circunda
de nuevo brillo inflama,
de dicha, paz y tierno arrobo inunda.
Porque naturaleza
20 complácese escuchando esa armonía
cual la expresión más pía
de la muda oración que ella adereza!
El mismo sol parece más radioso
hacia el cenit acelerar su ascenso
25 para asistir al himno fervoroso;
y en tanto que él se emite,
de espíritus alados tropel denso
por remontarlo hacia el Señor compite.
El amador postrado
30 mientras dura la música inefable,
siente una conmoción inexplicable.
Blando enajenamiento
en misterioso círculo le mece,
donde otro orbe a sus ojos aparece;
35 y así que ella desciende de la loma
va a ver si de su planta

la huella no han cubierto nuevas flores,
cuyos cálices viertan el aroma
que aun largo tiempo su sentido encanta
al par con mil acentos seductores.

CANTO TERCERO

Tal fué desde el retorno
a su mansión la vida del Cacique,
de tranquilo dulzor ceñida en torno,
sin que otra privación le mortifique,
5 que la de no poder a su adorada
atreverse a decir cuánto es amada!
Y no es que algún deseo
de sensual recompensa el alma abrigue.
De impuro devaneo
10 exenta su pasión, nada que obligue
a avergonzarse a un ángel ella esconde.
Mas a la par que pura, es harto altiva
para que siempre silenciosa viva,
y si otro corazón no le responde,
15 no hallando a lo exterior ni un curso escaso,
reconcentrada siempre allá en su seno,
a devorarle bastaría acaso.
Ansía decirla, pues, qué intensa dicha
sólo su rostro contemplar sereno
20 cada día le infunde, y qué desdicha
para él sería en tenebrosa ausencia
¡del cielo carecer de su presencial!
De ella quisiera oír si tan ingrato
no la es como antes ya su cautiverio;
25 o si aun suspira con igual conato
su dulce Monasterio.
¡Ah si de su decoro
llegase a merecer que más amiga
participar le hiciese del tesoro
30 de sentimientos que ese seno abriga!
Una voz, un acento indiferente,

para él siendo vertido,
 su sed calmara ardiente.
 en su interior mil veces repetido.
 Y en recompensa en tanto,
 cuánto seguro gajé él la daría 5
 de que jamás tendría
 que motejar en su cariño santo!
 Por esto esa reserva
 ansía verla dejar, que siempre observa
 cuando él está delante, 10
 y que un día por fin, con él más justa,
 no le haga comprender a cada instante
 ¡que aun verse objeto de su amor la asusta!

Mas a pesar de su deseo vivo,
 largo tiempo su ardor de callar hubo 15
 con el murmullo intráneo
 de arroyo subterráneo,
 pues la ocasión no obtuvo
 que cada vez acecha más activo.
 Al fin llegó una tarde 20
 tranquila y deliciosa: el sol partiente,
 al trasponer los montes de Occidente,
 daba un adiós tan tierno a la natura
 y tanto con sus rayos la halagaba,
 y la natura así le festejaba, 25
 lágrimas ir corriendo
 de su inflamado rostro pareciendo,
 que aquél, más que un adiós de tierra y día,
 ¡adiós de dos amantes se diría!
 Mas al crecer la sombra 30
 del prado silencioso por la alfombra,
 sobre sus verdes rizos desplegado,
 como cinta de plata,

el río en su curso lento se dilata,
brillando él solamente cual la estela
de la partiente vela,
que lleva el corazón de amante esposa,
5 hundida en pesadumbre silenciosa.
¡Todo la paz respira, y se percibe
el adormecimiento
que cielo y tierra en lentitud reciben!
Se escucha entre las ramas el lamento
10 de la tórtola tierna; y del espacio
a tachonar comienza alguna estrella
aquí y allí el azul, y su luz bella
reluce como engaste de topacio
a los recuerdos dulces parecidos
15 que alivian de una ausencia los gemidos.
En la colina esbelta do subía
tanto al nacer como al morir el día,
Gregoria el himno augusto de la tarde
había alzado ya; mas de su acento
20 haciendo siempre alarde,
aun encantado murmuraba el viento,
en tanto que sus ojos paseaba
allá en el vasto cielo, y meditaba.
Sola se mantenía y Huentemagu,
25 que como siempre la observaba oculto,
no pudo al dulce halago
de la tranquila esfera, el canto y hora
y a su delirio resistirse ahora;
que en rápido tumulto
30 de sensaciones el hinchado pecho,
a contenerlas se sentía estrecho.
Cedió por tanto, y respetuoso, humilde,
se aproximó a Gregoria. Con temblores
y ojos donde de un velo de tristeza
35 envueltos palpitaban sus ardores,
mejor que con palabras explicóla

la situación cruel que le desola.

Gregoria con presteza,

turbada al descubrirle,

en el principio preparóse a huirle;

pero él, veloz, lanzándose a sus plantas: 5

«¿Por qué huyes? exclamó, ¿De qué te espantas?

¿Temes a mi pasión si me aproximo?

Verdad es que te adoro

como tal vez no ha amado nunca un hombre,

como ama el campo al sol que le da vida 10

o a la lluvia la flor descolorida,

como las aves aman

el concierto vernal con que se inflaman;

pero el mayor hechizo que en ti estimo,

es, oh bella cristiana, tu decoro. 15

Se más justa conmigo y no te asombre

el verte idolatrada de un salvaje,

porque no es mi cariño de esta esfera,

y antes que hacer el más ligero ultraje

a tu pudor, mil muertes prefiriera, 20

por más que vuelto un Dios me juzgaría

si consiguiera interesarte un día.

Mas del cruel suplicio

librame de callar, que yo en tu agravio

nunca abriré mi labio, 25

sino para pedir que un sacrificio

me impongas cada día, oh mi Gregoria,

que acepto para ti, sea mi gloria».—

Tranquilizada entonces,

ella le contestó: «Disimularte 30

no podré yo, Señor, que las virtudes

que he visto en ti, me obligan a admirarte.

Y si yo amar pudiera sobre el orbe,

tú el objeto serías: no lo dudes.

Pero debes saber que ha dado el alma 35

de sus afectos la exclusiva palma

a otro esposo inmortal que en sí la absorbe.
No, no concibas celos
porque yo te hablo franca de este modo.
Huentemagu, ese esposo está en los cielos,
5 es el Supremo artífice de todo
cuanto es y ha sido de este inmenso mundo
y tu existencia propia y la mía.
Yo le juré en sus aras una eterna
fidelidad: de nuestro amor profundo
10 ¿quién es digno como él? ¿quién violaría
voto ofrecido a su bondad paterna?
Contemplar su grandeza inmensurable,
y renegada a todo afecto humano,
adorarle con fuego interminable,
15 es mi única ventura
y sin igual recreo.
porque yo, vil gusano,
así purificándome deseo
¡menos indigna ser de tanta altura!
20 ¡Ah, si tú concibieras, Huentemagu,
lo que es aquese amor! El sólo el alma
puede llenar de inalterable calma,
satisfacer ese deseo vago,
esa ansiedad y perennal vacío,
25 que la terrena dicha siempre deja
y el mundano placer torna sombrío.
Cuando este ardor la aqueja,
no halla bastante espacio sobre el orbe
la criatura, y en veloz ascenso,
30 de los cielos, sin valla que la estorbe,
se alza el abismo a sondear inmenso.
En soledad sublime
de todo inferior lazo se redime,
la tierra ante sus ojos desaparece
35 y sus prados y mar, montes, llanuras,
cuanto ella en fin abarca, se le ofrece

como sombras oscuras
de disipado ensueño,
que en vano a coordinar haría empeño.
Halla que esas arenas
de la celeste creación tendidas, 5
son otros tantos soles rutilantes,
centellas de su lumbre desprendidas,
que mil esferas llenas
de espíritus vagantes
alumbran circulando en orden bello. 10
Y todo lleva el sello
de su infinito amor, jamás cansado
de producir, por ser más adorado;
porque a Señor tan grande y poderoso
nunca de amor satisfacer podría 15
el mar más anchuroso.
¿Qué mucho, pues, que yo mi tiempo entero,
todo mi ser consuma
en el afecto de bondad tan suma,
si mi deuda infinita 20
aun de ese modo rescatar no espero?
Quieres que yo te imponga un sacrificio
que, acepto para mí, sea el indicio
de tu afección. Yo admito la propuesta
y un deber, Huentemagu, que no cuesta 25
ningún dolor, y hará tu venturanza
te indico en su lugar. Siempre un tributo
escuche yo en tu labio de alabanza
hacia mi Dios, ayúdame a quererle
con ardor absoluto, 30
y ante sus aras pñeda yo ofrecerle
tu limpio corazón al par del mío.
Colmada será entonces tu fortuna,
porque también podré sin culpa alguna
en él amarte con afecto pío. 35

Mientras así Gregoria
se iba expresando, de su voz pendiente,
en éxtasis de gloria,
estaba el araucano, y en su mente
5 inmensa claridad resplandecía,
y sin poder saciarse de armonía
y de enternecimiento sobrehumano,
buscaba a la palabra curso en vano.
Así por largo rato quedó mudo
10 entre mil emociones,
cuyas palpitaciones
parecía escuchar. Al fin él pudo
decir: *Malgüen* divina,
ante cuyo poder todo se inclina,
15 no puede, no, el lenguaje
de un rústico salvaje
el cambio bosquejar que experimento.
Sin duda en otro ser me he convertido
en tanto que te he oído,
20 pues ya resplandecer cual genio alado
en mi corteza corporal me siento.
La mente mía a otra región se ha alzado,
grande soy como el cielo, y accesible
me llega a ser tu Dios incomprensible.
25 ¿No es él, *Malgüen* hermosa, el que te inspira?
¿No eres tú un rayo de su pura esencia,
y el espejo más fiel donde él se mira?
¿No es eco de sus labios tu elocuencia?
¿Sus ministros no son que él a servirte
30 desde los cielos manda,
los brillantes espíritus que en banda
cuando oras veo siempre circuirte?
Y en fin, depositaria
de su poder, a un solo indicio tuyo
35 ¿no es cierto que del sol la luminaria,
la luna y las estrellas

para reconocerte dueño suyo,
 van a abatirse ante tus plantas bellas?
 Yo de cualquier portento te reputo
 demasiado capaz, y pues comprendes
 tan bien y a los demás tan accesibles 5
 haces tu Dios de amor, su substituto
 que dejes tú de ser es imposible.
 ¡Oh! ya que por misterio
 ignoto abandonaste
 su celestial imperio 10
 y en la tierra a vagar te resignaste
 ten siempre compasión de este infelice
 que tu siervo indignísimo se dice,
 y amando en ti a tu Dios, en su alabanza
 siempre la tuya mezclará; no llore 15
 él nunca tu abandono,
 ni en otra imágen que en la actual te adore;
 o si un día te vuelves a tu trono
 concluída tu misión, cuando te alejes,
 no en este valle de dolor me dejes. 20
 Mas del imperio tuyo a un escondido
 rincón te siga, de do pueda aparte
 siempre en tu gloria inmensa yo admirarte.

*
**

Así el Cacique en el colmo
 de su férvida pasión, 25
 a Gregoria idolatraba
 como el segundo de un Dios.
 Y por más que ella tratase
 de desvanecer su error,
 dábale su esfuerzo propio 30
 más viva confirmación.
 Pero desde aquella tarde
 Huentemagu mereció

que su afecto la infundiese
desconfianza menor;
poder con mayor franqueza
acercarse, y de su voz
5 recibir día por día
una celestial lección.
¡Oh! quién describir pudiera
aquel fervoroso ardor
con que ella enseñaba al indio
10 las grandezas de ese Dios,
sin el cual sobre la tierra
ni un viento corre veloz,
ni el más vil insecto puede
removerse arrastrador;
15 sin cuyo querer no fuera
dado alumbrarnos al sol,
seguir su ruta a esos orbes,
arenas de la extensión,
que en un espacio infinito
20 como señales sembró
de un poder inconcebible
a nuestra frágil razón;
de ese ser testigo siempre
de la más oculta acción,
25 y para el cual no hay tiniebla
ni escondrijo salvador:
que de cada pensamiento,
ya laudable, o bien atroz,
el hilo constante sigue
30 sin esfuerzo o confusión:
haciendo conspire todo
hacia el fin que ideó,
sin dejar por eso al hombre
menos libre en su elección.
35 De Gregoria en el semblante
sobrenatural fulgor

rielaba, tal doctrina
inspirando; mas su voz
nunca un acento tomaba
de meliflúo dulzor,
ni una luz la circuía 5
de más vívida extensión,
que al describir como el Hijo
del mismo Hacedor vistió
nuestra carne por volverla
su primitivo esplendor 10
Ella concebir le hacía
cuál nuestra culpa debió
ser, y la excelsa Justicia
y hacia nosotros su amor,
puésto que pudiendo sólo 15
en un sacrificio atroz
Cristo expiar la primera,
¡Cristo en la Cruz pereció!
El indio aquesto escuchando,
lleno de honda admiración, 20
veía cuán débil era
todo pago a tal favor.
Aun a olvidarse llegaba
que un móvil de su afección
era agradar a Gregoria; 25
y amaba a Dios por ser Dios;
mucho más si de ella oía
la sublime obligación
que al pasar sobre la tierra
el Ungido nos dejó; 30
de perdonar todo agravio,
de amar al propio agresor
y aumentar con beneficios
sus deudas, a imitación
del que ofendido del hombre, 35
su misma ofensa expió.

Gregoria, reconociendo
cuánto efecto su instrucción
en el doctrinado hacía,
sentía el placer mayor
5 que del justo experimenta
el alma, cuando a su Dios
otra gana que a ella se una
en himnos de adoración.
Su fuego comunicado,
10 daba a sí más resplandor,
y llegaba doble al cielo
el eco de su oración.

No tener en su ventura
ya que ambicionar juzgó
15 el indio: estaba completa,
mas no sin interrupción,
pues de sus abandonadas
hembras el cruel rencor
iba sin cesar creciendo
20 de su olvido a proporción;
y no pudiendo encerrado
ya quedarse en su interior,
o manifestarse sólo
con vana murmuración
25 trató de explayarse en hechos.
buscando venganza atroz
contra la que único origen
era de su confusión.
Diversas tramas urdieron
30 para dar muerte feroz
a la rival poderosa;
mas Huentemagu avizor,
el designio presintiendo,
doblaba su precaución,
35 y ora ponzoñosa yerba,

ora el puñal las quitó.
Por último ya Gregoria
no probó otra mantención,
que la que por él buscada,
ella misma preparó; 5
ni se separaba un paso
del umbral de su mansión,
sin resguardar Huentemagu
atento su derredor.
Porque ni las amenazas 10
fieras que él las fulminó,
moderaban de las hembras
el obcecado furor.
Más ¡ay! que atención forzosa
al indio amante obligó 15
a hacer de su casa un día
no larga separación.
Temiendo que algún ultraje
sufriese su dulce amor
durante su ausencia, él dijo 20
al partir que una excursión
por los inmediatos bosques
sólo iba a efectuar, que en dos
horas de vuelta estaría,
y que en justa precaución 25
no se alejaría un punto
a distancia que una voz
dada en su mansión se oyese
o cualquiera extraño són.
Solicitud hartó inútil, 30
con la cual no consiguió
engañar a las que hacía
harto astutas su rencor.
Una de ellas, sin que él mismo
lo advirtiese, le acechó; 35
y así que le vió a distancia

de donde su prevención
era difícil cumplirse,
de acudir raudo al menor
sonido, a sus compañeras
5 a noticiarlo corrió.
No perder de la venganza
resuelven la proporción
suspirada tanto tiempo,
que un mal genio al fin les dió.
10 En sus irritados pechos
ruge infernal combustión,
ni miran las consecuencias,
ni abrigan algún temor.
Morir les parece dulce
15 si apacientan su aversión;
con diabólica alegría
se agitan; a lo interior
de las chozas, corren, salen,
en inmensa confusión.
20 Ágiles sus plantas hace
de la rabia el aguijón.
Pronto de aquese hormiguero,
aun de los aires terror,
resulta que cada mano
25 de algún instrumento atroz
de suplicio sale armada,
hiriendo al viento en reedor.
Entonces por un impulso
simultáneo, en la veloz
30 pausa que del rayo anuncia
no distante la explosión,
se reúnen, se consultan,
y la que en edad mayor
era, y por lo mismo entre ellas
35 más autoridad gozó;
también la más resentida,

puesto que el tiempo traidor
ya en su maltratado rostro
la fatal huella estampó,
ágil al centro del grupo
se lanza y un gran tizón 5
en la diestra reblandiendo,
a arengarlas comenzó:
«¡Hijas mías! ¿qué aguardamos?
viendo estáis cuán favorable
la ocasión se nos presenta 10
que conmigo suspirasteis.
El traidor se encuentra ausente,
bien lejos para que alcancen
de su cómplice los gritos
en su socorro a llamarle. 15
¿Hasta cuándo sufriremos
impune tanto vejamen?
¿Cuál de vosotras, decidme,
desde que llegó esa infame,
por él convidada ha sido 20
en el lecho a acompañarle?
Si alguna hay, que en su defensa
al momento la voz alce.
Mas ¿qué digo? ¿quién no ha visto
a ese vil sólo ocuparse 25
en rondar la choza suya,
acechando el dulce instante
en que al necio ella se digne
de servir la ocasión darle?
atisbar en sus miradas, 30
en su gesto más volátil,
para cumplirlas al punto,
sus menores voluntades?
¿Y cuándo hizo con nosotras
algo que a esto se compare? 35
Visto le habéis insensible

del frío al rigor punzante,
por las noches a la puerta
de su cabaña arrastrarse;
al vellón de nuestros lechos
5 el risco de sus umbrales
preferir para su sueño,
por ser mastín que la guarde.
¿Quién su insulto no ha sufrido,
porque no quiso cobarde
10 a los pies del nuevo dueño
servil esclava humillarse?
Ella sola sus caricias
disfruta... nosotras... baste!
Bien presente en mi memoria
15 tengo el tiempo en que agradecerle
aun podían nuestras gracias,
antes, compañeras, antes
que aquesa perversa bruja
su corazón trastornase.
20 Apenas ráfagas leves
enturbiaban la constante
pureza de nuestro cielo!
Cada una con las artes
de natura, a competencia,
25 pasajeros homenajes
procurábamos deberle
a su amor siempre versátil.
¿Pero quién aspiró nunca
exclusiva a dominarle?
30 Solo ella, solo esa *huinca*
nos trajo estas novedades.
Ella que le da el ejemplo
del odio más insultante,
ella que por siempre ha huído
35 con nosotras de asociarse,
Ella que por condición

de su afecto, que nos trate
con duro rigor le impone,
y que a fin de conservarle
siempre en sus redes, emplea
los medios más criminales. 5

¿No veis cuando a la colina
asciende mañana y tarde
a llamar con canto impío
sus demonios familiares,
cómo al punto la rodean 10
cien espíritus danzantes
que en mágicos movimientos
sobre ellas sus alas baten?
Pues bien, con esos ensalmos,
y esos brillos auxiliares 15
es como ella a nuestros ojos
de retenerle hace alarde.
Matémosla, y si es preciso
que algún mal esto nos cause,
venga, que aun la muerte es dulce 20
siendo después de vengarse.
¡Pero nada hay que temer!
Sus encantos infernales,
tan pronto como ella expire,
cesarán, y el inconstante 25
que ella liga, con nosotras
volverá a ser lo que era antes.
El buen *Maulén* me lo ha dicho:
él con ojos fulminantes 30
se me apareció en la noche,
furioso de que sus artes
le impidan favorecernos
por un influjo más grande.»

Dijo, y al concluir no era
su voz, sino amenazante 35

rugido, do la palabra
podía apenas formarse.
Su labio ferviente espuma
cubría, y sus ademanes
5 todos eran de una furia
insensata, irrefrenable.
Eléctrico fué el efecto
que produjo su lenguaje
en las demás, cuyos ojos,
10 cual carbones fulminantes
de furor resplandecían,
y en cuyos rostros errátil
sonrisa inferna agitaba
espantosos sus celajes.
15 Sin más vacilar, blandiendo
el garrote o la cortante
arma que a cada una pudo
la ocasión suministrarle,
de su víctima a la choza
20 se dirigen en falange;
de cuya puerta bien pronto
cede el obstáculo frágil.
Luego que entran al asilo
de la virtud venerable,
25 a Gregoria arrodillada
encuentran, que sin turbarse
por el peligro inminente,
tiernos ojos suplicantes
alzaba del afligido
30 al más infalible padre.
Heroica resignación
brillaba en aquel semblante,
aguardando se cumpliesen
los decretos celestiales.
35 Al verla, sus enemigas
se detienen un instante,

cual si el poderoso influjo
de tanta inocencia ablande
sus empedernidos pechos,
o la aureola centellante
que a la víctima rodea, 5
las deslumbre y las espante.
Pero la que más osada
excitólas poco antes,
su tibieza reprendiendo,
resuelve el ejemplo darles. 10
Ella la primera un golpe
sobre el rostro edificante
capaz de mover a un tigre,
descarga en feroz barbarie;
con lo que hace que las otras 15
su estupor súbito lancen
y a ayudar al sacrificio
furibundas se adelanten.
¡Temed, insensibles furias!
Ved que rompiendo esas carnes, 20
ensangrentáis lo que envidia
la pureza de los ángeles.
Mas ¡ay! que todo respeto
perdido, tener ya parte
mayor ansía cada una 25
en la empresa condenable!
Cada una asesta su golpe,
bien con el tizón que blande,
bien con el cuchillo agudo
sediento de pura sangre; 30
y porque el dolor se sienta
más cruel, burla irritante
agregan.—Esta la dice,
una cuchillada al darle:
«Toma, bruja, puede ser 35
que esta caricia te agrade

menos que las de ese necio,
cuya mente trastornaste;
pero servirá, lo espero,
para que de hoy más no ensayes,
5 zorra astuta, vil vampiro,
nutrirte de ajena sangre».
Otra un tizón esgrimiendo
del bello rostro adelante,
exclama: «que tus huincas
10 vengan pues a libertarte;
vengan los malditos genios
que sobre ti el ala baten
para ostentar tu poder,
protegiendo tus maldades.
15 Venga en fin tu Huentemagu...
¡Ah! no te oiré aunque desgarres
tu garganta... Soy tu amiga;
a fin que más bella te halle
a su vuelta, voy el rostro
20 con un color a esmaltarte
al que usáis en vuestra tierra,
según dicen, semejante».
Y en la mejilla esplendente,
con impulso irrefrenable
25 hincando el tizón, la hacía
dolorosos cardenales.

A todo esto por la estancia,
cada vez más espantables,
sonaban de las megueras
30 las carcajadas salvajes.
Gregoria estaba ya herida
de su cuerpo en muchas partes,
y el hábito hecho jirones
empapado en pura sangre.
35 Postrada se hallaba en tierra,

y mientras inexorables
bramaban sus enemigas
de que en expirar tardase,
ni un indicio de impaciencia
en el rostro o ademanes 5
a la víctima inocente
arrancó furor tan grande.
Insensible parecía
al dolor e indesplegables
sus labios bellos: al golpe 10
o bien al insulto grave
solamente respondía
que perdone a sus verdugos,
contenta de ser la imagen
en dolor y mansedumbre, 15
del mismo Cristo expirante:
contenta de ver que logra,
(para que ya no la falte
ningún mérito) ante el trono
ir de Dios a presentarse, 20
al fulgor de la pureza
uniendo el laurel del mártir.
Y esta abnegación sublime,
esta caridad tan grande
no ablanda de aquellas furias 25
los pechos feroces; antes
más y más su rabia irrita,
porque juzgan que triunfante
de ellas se burla; y si llegan
los garrotes a quebrarse 30
en su cuerpo, uñas emplean
y dientes para arrancarle
ora el jirón del vestido,
ora un trozo de sus carnes.
Viendo al fin insuficientes 35
al intento sus afanes,

porque por más que se esfuerzan,
no logran hacer mortales
sus heridas (que Dios mismo
sin duda en aquel contraste
5 sólo queriendo a su electa
probar, contra los ataques
daba a aquellos tiernos miembros
la dureza de los mármoles
donde quiera que la muerte
10 pudiera hallar paso fácil)
una de ellas, asombrada
de ese prodigio admirable,
«¡Hola! exclamó, se resiste
la vil bruja, y de sus artes
15 la virtud el palo embota
y aun los filos más cortantes.
¡Pues bien! probemos si alcanza
que igualmente le resguarden
sus encantos contra el agua.
20 Ea, hermanas, ayudadme
a arrastrarla al río mismo
a fin que sus ondas trague.»
Dijo, y sin perder minuto,
con rugidos infernales
25 todas las demás la ayudan
a atar con un grueso cable
aquel delicado cuerpo;
y comienzan a arrastrarle
furiosas a la ribera,
30 al parecer ya expirante.
Reía ante aquesta escena,
como ante un triunfo inerrable,
el demonio que hasta entonces
no cesara de inspirarles
35 el encono en que él ardía,
habiendo todas sus artes,

por arrancar a Gregoria
su conquista, usado en balde.
Y doblando hoy sus esfuerzos
para el pronto desenlace,
sus serpientes más horribles, 5
sobre las megueras bate.

Mas Dios que desde su trono
de estrellas, inexorable
viendo estuvo de Gregoria
la angustia hasta aquel instante, 10
movido a piedad, no quiso
que su prueba más durase,
y con el sereno rostro
que aplaca las tempestades
y la ira rugiente enfrena 15
de los más revueltos mares,
de entre los coros inmensos
de espíritus inmortales
que a su rededor fijaban
la vista en aquel desastre, 20
llamó al que el cargo tenía
de defenderla constante.

Alzó en el momento el rostro
que hasta allí inclinado el ángel
tuvo lloroso, en espera 25
de que el Señor revocase
la prohibición recibida
de que a su pupila ampare.

Y no bien ha recibido
de los labios eternos 30
la orden contraria, su frente
desanúblase radiante
y una divina sonrisa
la cruza como un celaje.

Despliega sus alas de oro 35
y en celeridad tan grande

baja a la tierra, que el rayo
no pudiera darle alcance.
De un sol nuevo parecía
la primer luz, y en los aires
5 tras él quedaba una estela
como el iris fulgurante.
Retrocedían las nubes
admiradas y los ángeles
con sus votos se esforzaban
10 a hacer más veloz su viaje.
En un minuto atraviesa
el espacio inmensurable,
dejándolo de ambrosía
lleno y de luz celestiales.
15 Llegado ya al lado de ella,
a las impías bacantes
presentóse, en su derecha
blandiendo fulmínea alfanje.
Con un escudo, do el brillo
20 fulgura de mil diamantes,
cubre el cuerpo de Gregoria,
y sus miradas que esparcen
los radios irresistibles
de las iras inmortales,
25 tal asombro las infunden
que fijas en sus lugares,
quedaron petrificadas
como marmóreas imágenes
del terror, sin que la planta
30 mover para huir osasen.
Un rato permanecieron
en tal situación; temblantes
al fin, respirando apenas,
consiguieron escaparse;
35 y su inspirador mal genio,
de vergüenza e ira infrenable

rugiendo, corrió a esconderse
en los antros infernales.

Mas al lado de Gregoria
desmayada, siempre el ángel
permaneció, blando aliento
aspirando en su semblante

5

Y por impedir que fieras
nuevamente se acercasen,
lanzando el temor, las furias,
resolvió visible estarles
hasta que llegó el Cacique,
y el cargo de reemplazarle
le dejó, volviendo entonces
por el cielo a remontarse.

10



CANTO IV

Dé negro presentimiento
a su pesar combatido,
al retorno apresuraba
en tanto amoroso el indio.
5 De sus agraviadas hembras
el odio reconocido
temer le hacía en su ausencia
ultraje a Gregoria indigno.
Mas si él hubiera un momento
10 podido pensar que impío
su furor se propasara
hasta querer al divino
blanco de su amor dar muerte,
¿qué cuidado por preciso
15 que fuese, le hiciera un paso
separar de aquel recinto?
¡Cuánta, pues, va su sorpresa
a ser, cuánto su martirio,
cuando él al llegar encuentre
20 por tierra tan mal herido
ese cuerpo por quien diera
mil veces su aliento mismo,
y al cual nunca osó acercarse
sino trémulo y sumiso!
25 Las yerbas enrojeciendo
su sangre; afeado, marchito
ese rostro en que él hallaba
las glorias del paraíso;
y todo este horror causado
30 por el furor imprevisto
de las que él indignas juzga.

aún de besarla el vestido.
Dar crédito no podía
casi a su vista al principio
y dudoso, vacilante,
acercóse a ella.—Un frío 5
mortal taladró su pecho,
cuando se hubo convencido
de no ser aquel desastre
del alma un vano delirio.
Si los bárbaros puñales 10
se cebaran en él mismo,
fuera su tormento entonces
cien veces menos activo!
Desconyuntados sus miembros
se doblaron, y un gemido 15
exhaló tan doloroso,
que imposible es describirlo.
Con él se creyera el alma
habérsele desprendido
y fué víctima un instante 20
de violento paroxismo.
Mas luego, que convencerse
pudo de que gran peligro
no corría su adorada,
prevaleció sobre el vivo 25
dolor la rabia.—A Gregoria
ya cobrada en su sentido,
preguntan sus tristes ecos
¿Quién te ha puesto en tal conflicto?
Por contestación tan sólo 30
elle dió leve suspiro
y clavó la vista al cielo
con el ademán más pío.
Imposible fué arrancarla
un acento o un indicio 35
delator de sus verdugos.

¿Mas no son mudos testigos
esos crueles instrumentos
al rededor esparcidos,
ese cable que aun la ciñe
5 y debió arrastrarla al río?
Loco de furia, impaciente
por dar escarmiento listo,
llama a las mujeres todas
con voces como bramidos.
10 Y no obteniendo respuesta,
precipítase, provisto
el brazo de un grueso tronco,
en busca de sus asilos.
Gregoria calmarle intenta,
15 penetrando su designio;
pero ruegos ni clamores
ya no escuchan sus oídos.
En la más oculta estancia
halla a las furias, un piño
20 formando aterrorizado,
cuyos rostros confundidos
y ademán trémulo anuncian
en muda voz su delito.
A su aspecto se redobla
25 la saña feroz del indio.
Como el toro a quien irrita
grueso tropel de enemigos,
si sus ligaduras rompe
de repente, con bramidos
30 resurte veloz del suelo,
lanza espuma del hocico,
sanguinolenta, los ojos
brotan rayos encendidos,
y con tal furia atropella
35 y en el asalto imprevisto
multiplica de sus astas

los amagos, que no hay brío
bastante a frenar su impulso,
y vencedor va de heridos
cubriendo doquiera el campo,
sin que a la fuga haya arbitrio; 5
así Huentemagu, ciego,
en medio el grupo infinitos
golpes lanza en un minuto,
y jugando en raudos giros
su bastón, ofusca el aire, 10
y aquí derrenga sin tino,
allá brazos y cabezas
va dejando en sangre tintos.
Parecía haberse vuelto
su natural tan benigno, 15
meguera infernal, sedienta
de destrozos y martirios;
o que en él sólo se hubiera
ya concentrado el impío
furor que excitó a las hembras, 20
de Gregoria al exterminio.
Inundábanse las chozas
de ayes y rabiosos gritos,
por los exteriores ecos
con asombro repetidos; 25
y las más afortunadas,
las que forcejando a bríos,
lograron entre el tumulto
salvar, por rumbos distintos
las selvas más inmediatas 30
ganaron, pero su asilo
más profundo no creían
resguardarlas del castigo.
¿Qué hacía en tanto Gregoria?
¿Llenaba de regocijo 35
su corazón el aspecto

del escarmiento condigno?
¿Con una palabra, un gesto
lo excitaba, o impasivo
permanecía siquiera
5 su semblante en tal conflicto?
¡Ah! no; que su alma no puede
albergar un vengativo
sentimiento; y es sin duda
su más estimado amigo
10 el que le ha proporcionado
sufrir y ofrecerlo a Cristo.
Así pues que sus clamores
ella vió desatendidos,
doblando su escasa fuerza
15 el impulso compasivo,
de su vengador se arrastra
con trabajo a los pies mismos.
Estréchalo sollozante
con un apretón tan vivo,
20 que a parar su ímpetu basta,
y los ojos afligidos
a su rostro dirigiendo,
le ruega que sus martirios
no redoble, pues a nadie
25 hieren como a ella sus bríos.
El indio quédase absorto
a tanta virtud, y el giro
cesa de su brazo inmóvil
cual por influjo divino;
30 y las hembras entre tanto
se aprovechan del respiro
para despejar la estancia,
hallando al fin su camino.
Huantemagu ya no piensa
35 sino en dar un presto alivio
a la bella intercesora,

de sólo ajenos peligros
 afligida; mas cediendo
 en alzar el vengativo
 brazo a intercesión del ángel,
 ha jurado al tiempo mismo 5
 que a las que así los respetos
 de su casa han ofendido,
 no volverá nunca a darles
 acogida en su recinto.

Calmado ya el furor de Huentemagu, 10
 comenzó a dedicar todo su esmero
 a remediar el doloroso estrago
 hecho a Gregoria por rencor tan fiero.

Blando lecho de pieles la dispuso,
 y velando afanoso noche y día, 15
 en ejercicio por sanarla puso
 cuanto del arte médico entendía.

No el fiel alano atisba de su dueño
 con más viva atención cualquier indicio,
 que de la enferma, en la vigilia y sueño, 20
 Huantemagu algún síntoma propicio.

Pendiente de su rostro tiene el alma,
 Si aliviada la ve, contento late
 su corazón; si ve turbar su calma
 ligera sombra, la aflicción le bate. 25

¡Ah cuán dichoso el triste se creyera,
 si él a sus miembros propios los dolores
 de aquesé cuerpo trasladar pudiera,
 digno de reposar sólo entre flores!

¡Qué digo! Al observarle se diría 30
 en él solo el dolor reina sin freno:
 las quejas que Gregoria no vertía,
 cien veces se exhalaban de su seno.

La ansiada recompensa al fin obtuvo
 celo tan ardoroso; que a su lado 35

el ángel de Gregoria siempre estuvo,
y del divino influjo fué auxiliado.

Invisible el espíritu aumentaba
con dictamo celeste el blando efecto
5 de los propicios jugos que aplicaba •
a las heridas el indiano afecto.

Muy pronto los alegres arreboles
de la salud, la palidez lanzaron
del rostro de Gregoria, y sus dos soles
10 todo el fulgor antiguo recobraron.

Con él volvió a alentar del fino amante
ufano el corazón; y al gran contento
del que logra piedad cuando aterrante
le amagó del suplicio el instrumento,
15 unióse en él la exaltación causada
por la paciencia heroica con que ha visto
bendecir al dolor su prenda amada,
digno trasunto del esposo Cristo.

Mas vino entonces ocurrencia nueva
20 la atmósfera a enturbiar de venturanza,
pues las mujeres que la dura prueba
hubieron de sufrir de su venganza,
viéndose de su casa despedidas
con ignominia tanta, reclamaron
25 de sus deudos el brazo y resentidas,
furiosa tempestad le suscitaron.

De Osorno al campo sitiador corrieron
do sus más fuertes lanzas reunía
Arauco belicoso: allí esparcieron
30 cuanta hiel cada pecho contenía.

Pronto la nueva por doquier circula
«de que el Cacique es víctima imprudente
de una hechicera vil que le estimula
al odio impío de su propia gente.
35 «De la común obligación le aparta
de auxiliar al Arauco en su alta empresa,

y aun no de tantos sacrificios harta,
 a romper todo lazo le da priesa
 «con su nación. Por ella a sus esposas
 ha despedido con violento ultraje,
 poniendo en ellas manos rigurosas, 5
 sin temer de sus deudos el coraje.»

Con tales sugerencias, y al aspecto
 de sus heridas, de furor bramaron
 los deudos ofendidos y al efecto
 de un castigo ejemplar se prepararon. 10

Con ellos a la vez cuanto enemigo
 tuvo el Cacique un tiempo, se conjura,
 de vindicar resentimiento antiguo
 queriendo aprovechar la coyuntura.

Y muchos a quien él jamás pretexto 15
 de aborrecerle dió, tampoco tardan
 en aumentar el formidable apresto,
 por tener parte en el botín que aguardan.

De la tormenta que contra él rugía,
 no faltó a Huentemagu quien volase 20
 a darle aviso y señalarle el día,
 a fin que a resistir se preparase.

Aun de sus camaradas numerosos,
 no pocos acudieron a ofrecerle
 oportuno socorro, generosos, 15
 resueltos a morir por defenderle.

Con ellos el Cacique y los vasallos
 de su jurisdicción, a gran presura
 aprestóse al combate, y cien caballos
 puso emboscados entre la selva oscura. 30

Llevó del propio bosque al escondrijo
 más profundo a Gregoria, la inocente
 causa del amago tal; y el regocijo
 mayor de peligrar por ella siente.

Ajena de pensar que es esperada,
creyendo sorprender, la atroz cuadrilla
se acerca, y da de pronto en la celada,
cuando apenas el albor primero brilla.

5 Como leones rábidos la embisten
en su marcha los bravos defensores
y entre el tumulto y confusión resisten
con gran dificultad los agresores.

A sus pies reventar se les antoja
10 una súbita mina: el bosque entero
páreces brotar de cada hoja,
del rayo armado, destructor guerrero.

Tan raudo es el ataque, y tal su furia,
que el orden conservar ninguno alcanza,
15 y desesperados de vengar la injuria,
la salvación ya es su única esperanza.

Por ella se revuelven, procurando
oponer al turbión débiles frenos,
su empuje moderar y peleando,
20 la retirada asegurarse al menos.

Mas doquiera una lanza los derriba,
o un soberbio corcel los atropella,
o cual peñón enorme, desde arriba,
cayendo una macana, los estrella.

25 ¿Quién es el campeón cuya estatura
creciente, casi la de un monte iguala,
cuya estentórea voz se le figura
que un escuadrón entero allí la exhala?

Y cuya lanza lleva por sí sola
30 el vigor de cien brazos? ¡Con qué tino
rompe, taladra y atraviesa, inmola
cuanto estorbo ella encuentra en su camino!

¡Es Huentemagu, sí! su sola vista
de más terror a sus contrarios llena
35 que el resto de su gente: quien resista
no hay al crúdo furor que le enajena.

¿Qué extraño que por numen del espanto
se le juzgue tal vez, si él hoy defiende
al celestial objeto de su encanto,
y ventura más alta no pretende

que por ella verter la última gota 5
de su sangre? El ha puesto en un momento
en rauda fuga a la cuadrilla rota;
y el suelo al derredor todo sangriento.

La multitud entonces moribunda
que había en su carrera amontonado, 10
quedóse contemplando con profunda
satisfacción, en tanto que el cuidado
de alancear la turba fujitiva,
cumplían largo espacio sus guerreros,
porque escarmiento inolvidable exhiba 15
la más larga extensión de los senderos.

Así después que hartado de destrozo
se halla un león en el redil confuso,
desdeña perseguir del pavoroso
rebaño el resto, que en derrota puso. 20

De adversarios ya libre y de temores,
corrió a avisarlo a su escondida prenda,
y de su gratitud y sus loores
ufano recibió la justa ofrenda.

Más gloria le infundía esa alabanza 25
que si el Arauco entero de gran daño
salvado hubiese allí una sola lanza,
o roto por jamás el yugo extraño.

Pero pasados del primer contento
los inefables raptos, a afligirle 30
acude otro azaroso pensamiento.
Las hordas que han venido a combatirle
castigo recibieron, y proclaman

cadáveres no pocos su victoria.

Mas los que fugitivos se derraman
¿consentirán que él goce de su gloria?

Y buscando furiosos el desquite,
5 con doble precaución, fuerzas mayores
¿no volverán contra él cuando le agite
el recelo menor de sus rigores?

No es miedo vil lo que al Cacique inspira
sospecha tan fatal: de su existencia
10 poco se cuida; mas guardián se mira
de la que da a su ser sublime esencia.

Por ella nada basta a asegurarle;
por su seguridad lo teme todo;
ya otro discurso no podrá ocuparle,
15 sino de prevenir tal riesgo el modo.

Igual presentimiento de Gregoria
turba de dulce paz: está presente
siempre el riesgo corrido a su memoria
y sin pavor ni un leve ruido siente.

20 Entonces como nunca las dulzuras
suspiró del remoto Monasterio,
y por primera vez las amarguras
apurar pareció del cautiverio.

Y aunque en silencio por diverso día
25 de aquese agitación sufrió la angustia,
el amador muy bien la presumía,
viéndola siempre zozobrosa y mustia.

Al fin la petición que doloroso
más le fuera escuchar, le hizo su labio,
30 no bien dejó aquel punto en el reposo
la hueste vengadora de su agravio.

Con lágrimas entonces la librra
del riesgo le rogó de ser cautiva
de algún amo feroz, en quien hallara
35 en vez de su bondad cruelezas esquivas.

¡Ay aunque él ya esta súplica aguardase,

jamás antes de oírla pensar pudo
que a su amoroso pecho ella importase
golpe tan fiero ni dolor tan rudo.

¡Ay separarse de ella y solitario
vivir eternamente, cuando el alma, 5
sin ella envuelta en fúnebre sudario,
no volverá a sentir gozo ni calma!

Pero el ruego era justo: él reconoce
la instante precisión de tal partido,
y además nada encuentra tan atroz 10
como el solo temer que poseído

llegar podría a ser su dulce encanto
de otro brutal Señor. Tal desventura
puede tan sólo a sacrificio tanto
hacer que se resigne su ternura. 15

Así, cuando demoró dar la respuesta,
dudó algún tiempo y combatió consigo,
aunque hasta amargas lágrimas le cuesta
la exigencia cruel de hado enemigo.

Al fin el cautiverio en que él llevara 20
solo los dulces hierros, se resuelve
a terminar, y el viaje ya prepara
que entre los suyos a Gregoria vuelve.

El mismo la irá haciendo compañía
hasta que encuentre en Concepción tranquilo 25
refugio, pues Osorno no sería
aun en sitio fatal seguro asilo.

Llegó el instante: en marcha se pusieron
los dos; por evitar cualquier insulto
si alguien los descubriese, prosiguieron 30
siempre entre montes su camino oculto.

y cuando acaso indispensable fuera
atravesar un sitio frecuentado,

cautos solían aguardar que hubiera
nocturna sombra el mundo cobijado.

Varios días el viaje se prolonga
sin que del amo generoso el duelo
5 un solo instante su mudez deponga,
de distracción capaz o de consuelo.

¿Qué le ha de distraer, si cada paso
que avanza, a la tumba le aproxima
de su felicidad y apura el vaso
10 de amarga hiel que inagotable estima?

Cuando a entrever él llegue a la distancia
de Concepción las torres, ¡cuánto impulso
sentirá de volverse! ¡Su constancia
apenas mantener podrá convulso!

15 Sólo el ardiente ruego de Gregoria
le obligará a seguir y de la indiana
virtud ejemplo digno de memoria
ir a ofrecer a la nación cristiana.

En un convento santo halló de Cristo
20 la tierna esposa el suspirado amparo,
y a Huentemagu en el horror previsto
la luz se convirtió del sol más claro.

Largo rato a la puerta del convento
tardóse en despedir de sus amores,
25 regando con su llanto el pavimento,
suspiros exhalando abrasadores.

¡Cómo quisiera en piedra convertido
quedar allí a sus pies, imagen muda
del desconsuelo junto al bien perdido!
30 Pero vino a calmar su pena cruda
de repente una lágrima. Temblante
el indio arrodillado la sintiera
por su frente rodar, ¡y en el instante
conoció por su efecto de quién era!

35 Precioso talismán, bello tesoro
que a lo íntimo del alma descendía,

y para alivio eterno de su lloro,
 en el adiós postrero se la fía!

¡Elocuente expresión de cuanto encierra
 el más puro cariño de inefable
 premio de la virtud, a que la tierra
 otro ofrecer no puede comparable! 5

Pues si vertió ese llanto la pupila
 por Dios humedecida solamente,
 ¿cuál de los lauros que soberbio apila
 feliz conquistador, es más fulgente? 10

Sintió todo su precio Huentemagu,
 y en el colmo tal vez de la amargura
 del blando riego el exquisito halago
 bañó su corazón delicia pura.

Y se llegó a sentir bastante fuerte 15
 para sufrir la soledad penosa,
 de que esperaba su inmediata muerte.

Por confirmar la sensación dichosa
 ella le ase la mano y con voz tierna
 grabada a fuego en él, por sus bondades 20
 asegúrole gratitud eterna;

le pidió no olvidara las verdades
 de ella aprendidas, a Jesús clamando
 y María en el duelo y la desgracia,
 pues ella iba a quedar para él rogando 25
 día por día la celeste gracia.

Con tal seguridad puso Gregoria
 el colmo a aquel dulcísimo consuelo:
 sabiendo iba a vivir en su memoria,
 él ya creía hasta la ausencia un cielo. 30

Así, pues, sin que ya duro repunte
 el mayor sacrificio, resignado
 consiente que el convento le dispute
 el ángel de su amor, sobre él cerrado.

Luego que para sus ojos,
tras el tupido cancel,
el sol de sus alegrías
se eclipsó la última vez,
5 y se quedó solitario
percibiendo en torno de él
aún esa triste armonía;
y muriente rosicler
que en pos de sí deja el astro
10 de la luz al descender,
la vuelta hacia sus hogares
emprendió lleno de fe.
En los dos primeros días
la impresión duróle fiel
15 del recibido consuelo,
y avanzó sin padecer.
Sólo un desvanecimiento
entre su ilusión tal vez
a intervalos le obligaba
20 a olvidar aun donde esté;
aglomeración confusa
de ideas sin rumbo o ley,
ya tristes, ya placenteras,
tiernas memorias de un bien,
25 donde el alma se perdía
sin llegar a conocer
cuál el término debiese
ser de tanto desnivel.
En constante desvarío,
30 mezcla de angustia y placer,
esa incertidumbre a pausas
hundiendo su mente fué.
Ya indiferente marchaba,
sin lograrle distraer
35 un instante, del camino
la hermosura o rustiquez.

- Autómata le dijeran,
obediente a ajena ley:
diversas veces perdido
él hubo de revolver.
- Extraño a cuanto le cerca, 5
nuevo mundo para él
allá su interior oscila
en ominosa mudez.
- Pensativo, cabizbajo,
advirtiérase, al través 10
de su indecisa mirada,
que si aun no ruge el tropel
del huracán más deshecho,
su estado a lo menos es
el de esa traidora calma, 15
predecesora de aquél.
- Y en efecto, desde el día
tercero, así que al primer
rayo de la luz abriera
los ojos con esquivez, 20
todo cuanto en torno mira
envuelto en luto lo ve,
e inundar su pecho siente
una amargura de hiel.
- No obstante, cielos y tierra 25
sonreían de placer
ante el sol que deja el Ande
con extraña brillantez.
- Ni el vapor más leve empaña
el cielo, cuyo dosel 30
en zafiro inmenso bruñe
la aurora para su rey.
- Por los espacios las hadas,
danzando sobre la infiel
ala de matinos vientos, 35
a su paso estremecer

ya la humilde flor hacían,
ya la copa del laurel.
Murmuraban por el prado,
rosas produciendo, cien
5 arroyos, y los chincoles
su canto alzaban de miel.
Toda música era el viento,
todo por gozar nacer
en la tierra, todo olores
10 y alegría en el vergel,
y para el indio era todo
intolerable aridez.
Faltábale a la natura
otro sol sin el cual es
15 tiniebla para sus ojos
el brillo mayor; verter
bien puede gotas de vida
la aurora a la redondez,
que él en la ausencia tan sólo
20 las creará llanto de hiel.
Y en vano se mece el árbol,
se afana el río en correr,
y las aves con sus trinos
se dan dulce parabién,
25 si a sus murmullos les falta
voz que concierto les dé.
Disipado ya el prestigio
en que hizo nadar su ser
dos días Gregoria, en vano
30 la idea de que ella esté
recordándole, se esfuerza
su valor a sostener.
Esa ilusión que hasta entonces
su alivio dichoso fué,
35 se encuentra ya convertida
en su más duro cordel.

La lágrima en que al principio
él halló su parabién,
bálsamo ya consumido,
tornósele infausta red!
¡Ah, mísero Huentemagul. 5
si una interpuesta pared
de ella sólo te apartase,
más fácilmente tal vez
la penetraría el alma,
y un acento que al través 10
escuchase de los vientos,
de ella a ti creerías ser.
Pero es tan largo el espacio
cuya insensible sordez
divide a los dos, que aun juzga 15
ya en otro mundo a tu bien.
Sientes que el vigor te falta
aun para el residuo hacer
del camino a tu vivienda,
y rehusando tus pies 20
el abismo ya harto inmenso
de la distancia acrecer,
cadenas de hierro dobles
los parecen detener.
Tu retorno, pues, prolongas 25
no poco.—Una y otra vez,
descendiendo del caballo,
te sientas a ver correr
una fuente que murmura
de tus hados la esquivez, 30
y cuyo cristal tu llanto
enturbia, cayendo en él.
¡Ay, cómo su curso el alma
llevarte a pedazos crees
en un voraz remolino, 35
dejándote solo a ser,

como una momia, el recuerdo
de que ya a extinguir su sed
voló a otro mundo lo noble
que ese cuerpo habitó ayer!
5 Al fin a tu casa llegas,
mas solo para caer
herido de fiebre aguda
cuyo delirio cruel
te mostrará a cada instante
10 a tu perdido joyel
bajo mil formas, ya haciendo
por tu enardecida sien
rodar lágrimas de vida,
ya a un amor sublime fiel,
15 rogando por ti apartarse
de tu lado sin desdén.
Y estas imágenes siempre,
por más dulces que las ves,
te dejan luego un amargo
20 dolor, sin saber por qué.
Mas un Dios quiere salvarte
porque la cristiana grey
no pierda en ti el alto ejemplo,
que la ha resuelto ofrecer.
25 A tu solitario lecho
trae un amigo que te dé
auxilios; y en fin, vencida
la dolorosa agudez
de sus constantes desvelos
30 y sócorros a merced,
lenta la salud recobra
tu araucana robustez.
Pero de tus agonías
amorosas el tropel
35 sus amistosas palabras
no logran calmar también.

Sólo una idea domina
 y embebe todo tu ser
 como un talismán o un ástro
 que te encadena a su ley
 más y más, y que si alientos 5
 te deja cobrar, sólo es
 porque tu memoria siga
 siempre su curso más fiel.
 Vanamente le recuerda
 otras aficiones, pues, 10
 y a hazañas nuevas su amigo
 le invita heroico a correr.
 En su amoroso letargo
 hundido, con horror él
 le escucha, y que es su destino 15
 conoce, muy al revés.
 Necesario es, si desea
 su vida alargar, volver
 cerca de «ella», abandonando
 lugares do cuanto v̄e, 20
 con recuerdos de su antigua
 dicha, torna más cruel
 la distancia. Menos lejos
 de ella, aun morir es un bien.

Luego que el vigor preciso 25
 cobró, pues, la deuda inmensa
 a su amigo, recompensa
 con cuanto bien él gozó.

Y dando a entender que el viaje
 resuelto será muy largo, 30
 dióle en fin su adiós amargo
 y hacia Concepción partió.

Alas le brindó el deseo
para llegar prontamente,
y puesto en ella, impaciente
corrió al Convento do está
5 su vida, su luz, su gloria,
su armonía y almo cielo.
Se anuncia, y pide el consuelo
de hablarla un momento ya.

10 Insta y ruega hasta que obtiene
que Gregoria sorprendida
de esta vuelta no atendida,
su pretensión salga a oír.
Puesto a sus pies él la anuncia
que no lejos de su lado,
15 y por su ejemplo inspirado,
anhela a Cristo servir.

Con la exhortación más dulce
Gregoria su intento aprueba,
e infunde una fuerza nueva
20 a su fiel resolución.

Y porque no se demore
el alimento a ese fuego
celestial, se activa luego
del Cacique la instrucción.

25 Apenas concluída estuvo,
con gran pompa en aquél mismo
templo, el riego del bautismo
rodó por la frente de él.

30 Y un raudal nuevo de vida
percibió inundarle el alma,
y una indefinible calma
borrar su pena cruel.

A la par con el inmenso
concurso Gregoria pudo
admirar del indio rudo
en aquel acto el fervor:

La transformación visible 5
que en su ser se realizaba:
y desde el coro rogaba
por él en tanto al Señor.

A todo el pueblo de asombro
llenó esta conquista bella 10
que a Dios hizo el amor de ella,
de entrambos la gran virtud.

Y aun más, el oír renuncia
todo otro halago mundano,
por buscar allí el cristiano 15
nuevo su eterna salud.

En realidad, desde luego
a lo exterior de tranquilo
convento pidió un asilo
en clase de servidor. 20

Y a desempeñar su cargo
dedicó el más vivo celo
las horas que no da al cielo
o al delirio de su amor.

Desde antes que los primeros 25
rayos del alba luciesen,
ya que el templo santo abriese
aguardaba en el umbral.

Y a ayudar a su servicio
luego entraba, principiando 30
por el altar venerando
de la virgen sin igual.

Era la imagen más bella,
su rostro el candor tenía
angelical de María,
todo un Dios al concebir.

5 En concentración sublime
gozaba el divino pasmo,
e indefinible entusiasmo
de la que huella al zafir;

10 de la que siente en sus venas
el espíritu fecundo
del generador del mundo;
de la que al hombre va a dar.

15 El Salvador esperado
que su virtud restablezca,
y digno otra vez le ofrezca
de la faz de Dios mirar.

20 Coro de ángeles en torno
contemplábanla extasiados,
y del prodigio asombrados
se bañaban en su luz.

Ella en tanto, más humilde,
mostraba en sus manos puestas
y en las miradas modestas
no pensar sino en la Cruz.

25 Este altar, pues, por Gregoria
del indio encargado al celo,
merecía a su desvelo
predilección especial.

30 Para él las más bellas flores
siempre frescas mantenía,
y en su pulcritud lucía
un rayo de la inmortal.

Jamás el templo servido
se vió con mayor esmero,
y así que este afán primero,
cumplía su devoción,
dobleando ante el sagrario
5
las rodillas, se entregaba,
con un fervor que admiraba,
a la sublime oración.

Siempre el lugar elegía
al coro más inmediato,
10
porque fuese su arrebató
cerca de *ella* más feliz.

Medio cerrados los ojos,
juntas las manos, e inmóvil
no había un externo móvil,
15
que atrajese su cerviz.

Bien pronto el templo agitaba
de los fieles la asistencia,
y lucida concurrencia
de ministros del altar.
20

Se oían golpes de pecho,
gran murmullo de oraciones,
y de cánticos y sonos
de órgano rodaba un mar.

Cesaba al fin el ruido,
25
y con postrer movimiento
resonaba el pavimento
al partir la turba fiel.

De nuevo el templo quedaba
silencioso y solitario,
30
y delante del santuario
aun muda estatua era él.

Todo lo había sentido
sucederse cual remotas
armonías, cuyas notas
viniesen de otra región,
5 y que aunque al delirio suyo
diesen quizás doble encanto,
no herían su oído tanto
cual las que finge su unción.

Tan sólo su igual semblante
10 agitarse parecía
y su resplandor crecía
cuando entre el canto monjil
escuchaba de Gregoria
el eco limpio y sonoro
15 llenar de armonía el coro
más dulce que de harpas mil.

¡Ay! cuánto recuerdo entonces
agolpándose a su mente,
le hacía mirar presente
20 toda una historia de amor;
mas de amor puro, en afecto
angelical convertido,
con las glorias confundido
que nos promete el Señor.

25 Asistir se figuraba
en los empíreos abiertos
a los divinos conciertos
de la eterna celsitud;
y alzando el rostro inclinado,
30 fijos los ojos arriba,
de la inmortal perspectiva
gozaba la beatitud.

Ante sus ojos el cielo,
recibiendo en su recinto
aquel eco bien distinto,
se agitaba de placer.

Y del sempiterno trono
veía una gran corriente
de ambrosía y luz ardiente
en recompensa volver.

Esos raptos al principio,
en que sólo signo daba
de que aun su pecho alentaba
un repentino temblor,

eran tal vez pasajeros,
e ideas más terrenales
le asaltaban, los umbrales
en dejando del Señor.

En frente a los altos muros,
defensa del claustro, donde
su divino imán se esconde,
a menudo consumir,

no breves horas solía
mirando la copa esbelta
del sauce del huerto, a vuelta
del sudoeste ir y venir.

Preguntarla parecía
si en aquel punto a su sombra
se albergaba la que nombra
su alma, del ardor solar.

Y creyendo que el perfume
que él al respirar percibe,
de ella el viento lo recibe,
comenzaba a suspirar.

Todo el tiempo recorría
su imaginación vagante
desde el venturoso instante
en que en su poder la vió;
5 el espanto que ella tuvo,
los consuelos que él la diera,
lós besos que por primera
y última vez la imprimió;

10 las horas que divagando
pasó de su choza en torno,
las flores que para adorno
la llevaba de la cruz;
 los cánticos melodiosos
que ella alzaba en la colina,
15 y la celestial doctrina
que allí le infundió su luz;

 luego la profunda pena
que le taladrara el pecho
al ver su cuerpo deshecho
20 por el furor mujeril;
 y las palpitantes horas
que con cuidosa ternura,
pasó velando su cura
entre sensaciones mil;

25 no había una circunstancia,
en fin, que no recordase;
y por más que le halagase
de amor panorama tal,
 siendo cual su objeto puro
30 siempre el sentimiento vivo,
jamás penetró furtivo
su alma un deseo sensual.

Conocía que a Gregoria
visible no amaba tanto,
como al rayo etéreo y santo
encubierto en su oropel;

siendo de corpóreas gracias 5
ese sin igual conjunto
para él el mejor trasunto
de la hermosura de aquel.

Un deseo le agitaba
exclusivo, pues su huella 10
tan cerca seguía, que de ella
la sombra llegase a ser;

hasta que unidas sus almas
en el último suspiro,
pudiesen con igual giro 15
hacia el Empíreo ascender:

tales eran las ideas
con que le hallaba a menudo
fuera de la Iglesia el mudo
manto de la obscuridad. 20

Pero como cada día
más y más se eterizaba
su amor, por grados dejaba
toda terrestre entidad.

En los divinos raudales 25
su alma así se purifica,
y tanto la mistifica
constante contemplación,

que de etéreos resplandores
formando ya su alimento, 30
perdió en la tierra su asiento
y fué el cielo su mansión.

Donde quiera que se hallase,
vagar de una en otra esfera
se sentía, como fuera
ya de toda ley común.

5 ¿Con qué fin, pues, desearía
ver más cerca a su Gregoria,
si su espíritu de gloria
con él vive en mancomún?

Ratos había en que lleno
10 de la abstracción de los santos,
blanca paloma, de encantos
sublime volando en pos,
 más leve y sutil que el aire
su mente, rotos los velos
15 contemplaba que en los cielos
cubren el rostro de Dios.

Un foco de luz radiante
deslumbrábale tan fuerte,
que ciego, aturdido, inerte
20 como del rayo al herir,
 en hondo sopor se hundía,
do en series interminables
mil visiones inefables
al reedor miraba hervir.

Eran aquéllas las fiestas
25 que al Eterno dan sus coros,
con instrumentos sonoros
en la vasta inmensidad;
 y cuantos seres son obra
30 de sus gracias singulares
vienen a agitar sus mares
al pie de la Majestad.

emanación de sus rayos,
a avivar el propio fuego,
llegan allí; mas tan luego
como reciben su acción,
no bastando a soportarla, 5
por los suelos de topacio
permanecen largo espacio
en dulce anonadación.

Entre estas innumerables
cohortes más cerca mira 10
una que fragancia expira
y más refulgente luz,
de las vírgenes compuesta
que inmaculada guardaron
la eterna fe que juraron 15
al esposo de la cruz.

Palmas en las manos llevan
y visten de gran blancura;
corona su frente pura
inmarcesible laurel, 20
y felicidad tan alta
en sus rostros resplandece,
que al describirla fallece
el arrojó del pincel.

Bien demuestran no haber coro 25
que al Señor halague tanto,
ni joyel de más encanto
en su diadema inmortal.

Gregoria a su frente brilla,
más alba que propio armiño, 30
con la sonrisa del niño
y el candor angelical.

Ser Gregoria se conoce.
 mas Gregoria que en el seno
 de Dios, recibe de lleno
 su rayo de más fulgor:

5 Gregoria divinizada,
 que de lo que fué en la tierra,
 apenas si en sí ya encierra
 un delicado vapor.

 ¡Ah, cómo deben los ojos
 10 de Dios gozarse en mirarla,
 puesto que hoy quiere otorgarla
 el honor de mayor ley!
 el de presidir los cantos
 de sublimes melodías,
 15 que todas las jerarquías
 van a elevar a su rey.

 «¡Santo, Santo, Señor de los cielos!
 ¿quién podrá definir tu grandeza?
 20 quién decir tu poder dónde empieza;
 en qué espacio termina tu acción?
 «Para ti el infinito es un punto;
 mide el tiempo sus siglos en vano,
 y los orbes que brota tu mano
 las arenas de un piélago son.

25 «Obscureces tu ceño, y se enturbian
 moribundos sus vivos destellos;
 en tu blanda sonrisa ven ellos
 su esperanza de vida inmortal.

30 «Sin menguarte prodigas tu influjo
 por la vasta extensión, y ¡ay el día
 que acortases tu soplo, sería
 de una inmensa ruina señal!

«Cual publican tus obras augustas
tu saber asombroso, insondable,
ora des una esencia inefable
a tus coros de espíritus mil;

«ora a leyes sublimes sujetes
esos soles que beben tus lamos,
ora esmaltes de flores los campos
o en el césped se arrastre el reptil!

5

«Incansable renuevas de vida
donde quiera el dichoso atributo;
para darte el debido atributo
cada objeto recibe una voz.

10

«Su rujir les has dado a los vientos,
a las aves su canto sonoro,
a los hijos de Adán el tesoro
de una lengua que ensalza a su Dios.

15

¿Quién no escucha tu nombre del río
y la selva en los dulces murmullos?
¿quién no lo oye en los tristes arrullos
o en el fiero bramido del mar?

20

«De las mismas esferas que cruzan
el espacio, la eterna armonía
¿no es el himno que oyeron un día
de tu trono a los pies resonar?

«Pero cántico alguno te place
como el que alza ferviente a tu oído
ese ser que a tu gracia perdido,
por tu sangre cobró su salud.

25

«¡Oh cuán bella, cuán grande es su suerte!
Mientras en arca de lodo se encierra,
de cuanto himno te ofrece la tierra,
es conducto de inmensa virtud!

30

«Un espíritu angélico es su alma:
peregrino en el mundo, sin verte
te adivina y adora de suerte
que sus ruegos e instinto no son.

5 «Pero así que se cumple el destierro,
recobrando su ser primitivo,
en tu seno con gozo más vivo
ángel vuelve a seguir su canción.

«Venga, venga, en unión con nosotros,
10 redimido de un Dios predilecto,
a extinguir esas dudas, efecto
de que ha visto el reinado del mal.

«Reconozca que tú, al tolerarlo,
ensalzar las virtudes quisiste,
15 pues sin penas el triunfo no existe
ni se alcanza una gloria inmortal.

«¡Salve, salve, Señor increado,
manantial de perpetua delicia,
centro eterno de paz y justicia,
20 fuente y fin de la excelsa virtud!

«En tu gran creación, al insecto,
más humilde un amparo previenes:
cielos, orbes, publiquen tus bienes!
¡Providencia divina, salud!

CANTO V

Así el Empíreo cantaba,
y oía el indio infeliz
por largo tiempo al espacio
sus conciertos repetir.
Rodaban de una a otra esfera 5
a los sonos de harpas mil
por las melodiosas manos
tañidas del serafín,
y de los poblados orbes
al unísono aplaudir 10
llegaba a ser todo el cielo
mar de armonía sin fin.
Tales eran las visiones
que siempre en su frenesí
religioso, Huentemagu 15
contemplaba ir y venir,
mezclándose con mil otras
que la lengua más feliz
expresar no consiguiera
ni la mente discernir. 20
Deliciosas perspectivas
y recuerdos de alelí,
de esos que en horas solemos
privilegiadas sentir:
luces en sombras envueltas, 25
sin ocaso ni zenit,
vagos misterios del alma
que cada hombre lleva en sí;
que falaces nos provocan
a procurarlos asir 30
y se escapan: a entenderlos,

y se hunden en niebla hostil.
Ser memorias se conoce
que de lejano confín
vienen su profundo sueño
5 de repente a sacudir.
Si a su inesperado asalto,
rasgar el velo sutil
de que se cubren queremos,
y su origen discernir,
10 en vano a cuenta llamamos
nuestra vida entera aquí;
en vano con ansia mucha
ya de nuestra edad viril,
ya de aquella en que entre cielos
15 de sonrosado matiz
íbamos bebiendo el aura
del encanto juvenil,
desmenuzamos los días,
horas, minutos por fin,
20 pues por fruto de tan larga
excursión, a descubrir
sólo llegamos absortos
que esa memoria atractiz,
esos gozos exquisitos
25 e inefables glorias mil,
largamente precedieron
a nuestra época infantil
y aun a nuestro abrir los ojos
a este mundo baladí.
30 De modo, pues, que se llega,
tras de tanto ardor febril,
a dudar si fué en el seno
maternal donde infundir
quiso Dios su primer soplo
35 a este espíritu sutil;
o si creado en lo eterno;

se ha ocupado siempre en ir,
 según sus recientes obras
 venturoso o infeliz,
 vagando por esos orbes
 que hacen del cielo un jardín; 5
 si ángeles son nuestras almas,
 que Dios condenó a venir
 en estos valles de penas
 a expiar algún desliz,
 porque con el tiempo logren, 10
 en la fuente del sufrir
 purificadas, de nuevo
 a su presencia subir;
 y esas dulces sensaciones
 de un ignorado país 15
 son de los divinos goces
 no bien borrado matiz;
 si un amor puro en la tierra
 no es otra cosa, por fin,
 que renovación de antigua 20
 sublime afección de allí,
 cuando a la par con nosotros
 hallamos al serafín
 que fué su objeto, vagando
 por aqueste mundo vil. 25

Viviendo con esta vida
 espiritual, de celestes
 matices, y tan exenta
 de la imperfección terrestre,
 los actos de Huentemagu 30
 aun los más indiferentes,
 de su santidad llevaban
 siempre un tinte transparente.
 Gregoria, con su cariño,

cuanto de divino tiene
su alma, haber al tierno amante
participado parece.
Una caridad sin mengua
5 ni excepción, llama celēste
dada por favor al hombre,
arde en su alma y resplandece.
Todo en su esfera lo abarca
desde el animal mas dēbil
10 hasta el racional que ostenta
impreso un Dios en la frente.
El convento le llamaba
el primero de sus fieles
servidores; por su mano
15 todas las limosnas vierte.
Las monjas le idolatrabā:
todo cristiano que quiere
algo conseguir del cielo,
viene a reclamar sus preces.
20 Los pobres su providencia
denomīnanle perenne,
y mās nutritivo juzgan
pan que de su mano obtienen.
¿No lo ha de ser, si él al darlo
25 consuelos agrega siempre,
dulces bālsamos al alma
que el sufrimiento enflaquece,
consuelos que en la esperanza
de vida mejor sostienen
30 al dolor, y en perspectiva
a la miseria enriquecen?
Junto al lecho del enfermo
desvalido, hace las veces
bien a menudo olvidadas
de endurecidos parientes!
35 Él remedios saludables

para todo mal previene,
y vida y salud no pocos
a sus cuidados les deben.
Mas si el mal es desesperado,
si Dios prolongar no quiere 5
la mansión en este mundo
del afligido paciente,
¡cuán rico tesoro entonces
de resignación contienen
sus labios, profundo riego 10
en los campos de la muerte!
Aquel trance menos duro,
aun delicioso parece
como en él del santo nuncio
las exhortaciones suenen. 15
¡Con qué colores tan vivos
pinta a un Dios que en lo alto atiende
al alma que se despoja
de sus prisiones terrestres!
¡Cómo se cree ver a Cristo 20
que afable en sus manos tiene
la cruz, el signo sublime
del perdón del delincuente!
El alma con su suspiro
más que doloroso, alegre, 25
en luz de misericordia
para ir a bañarse asciende.
¿Qué extraño que a Huentemagu
todo el pueblo considere
como un santo, y cien milagros 30
de su virtud se ponderen?
No hay fe que con la del indio
comparación justa anhele,
y el puro ángel que le inspira
sólo en santidad le excede! 35
¡Ah, sin duda esa pasión

que tales prodigios puede
producir, del cielo mismo
la alta bendición merece!
¿Y cómo dudar que al darnos
5 ese sentimiento fértil
que *amor* se llama y de gozos
es tan exquisito germen,
uno de los hondos fines
que el Hacedor tuvo, fuese
10 que nuestra alma por su medio
de este mundo se eleve
hasta la Eternal Grandeza,
y en sus éxtasis penetre
los ardores inefables
15 e incomprensibles deleites
de aquella afección sublime
con que a él mismo los celestes
espíritus le idolatran
en postración reverente?
20 ¿No es del soberano aliento
esa emanación perenne
la que al espíritu humano
inspirando raro temple,
le da esos raptos divinos
25 que lo asaltan y ennoblecen,
y de sus virtudes todas
nutren sin cesar la mente?

El hombre es quien abusando,
cual de todo abusa imbécil,
30 de ese dón el más precioso,
en pasión vil lo convierte,
y lo que debió a divina
esencia elevar su especie,
quizá a degradarla sirve
35 o a hacer su nobleza estéril.
Sea que el vasto sistema

de la creación se observe,
o que el invisible campo
se explore de nuestra mente,
en lo moral, en lo externo,
las obras de Dios por siempre 5
pregonan que es la *atracción*
la primera de sus leyes;
y si el dueño de la tierra
esa ley bien comprendiese,
la tierra se tornaría 10
en paraíso perenne.
Sólo cuando el primer hombre
profanóla, a Dios rebelde,
por patrimonio exclusivo
cesó de tener los bienes. 15
Mas el corazón del indio,
como al vernal dulce ambiente
se abre la rosa, entregado
a su amor puro y solemne,
con vida tan santa en dicha 20
inalterable se mece.
Sólo que como el espíritu
todo el alimento embebe,
a proporción que éste doble
brío y lozanía adquiere, 25
la robustez de otros días
sin cesar el cuerpo pierde.
No obstante habría vivido
Huentemagu largamente
si antes no dejara el mundo 30
la que su ilusión mantiene:
aquella por quien percibe
sus más sublimes deleites,
aquella sin cuyo aliento
sería su fe bien débil. 35

¡Ay, que semejantes almas,

si a la tierra se conceden,
sólo es cual vivaces lampos
que el cielo reclama en brevel
Gregoria no estaba exenta
5 de esta ley.—¡Ah, de repente
sobre la ciudad se arroja
una asoladora peste.
Por horas crece el estrago,
y cien víctimas parecen
10 lejos de aplacar su enojo,
contribuir a encruelecerle.
Tanto más fiero enemigo,
cuanto menos se le advierte
llegar, y de su acechanza
15 no es posible guarecerse!
Fiera, ciega, inexorable,
que se abalanza igualmente
sobre la virtud y el vicio,
el vigoroso y el débil.
20 Después que asolada lleva
gran parte del pueblo inerte,
entra al claustro a herir de Cristo
las esposas inocentes.
Por varios días el coro
25 calló casi, y solamente
raras voces entonaron
las acostumbradas preces.
¡Oh con qué ansias, qué temblores,
cada día el indio átiende
30 si entre esas voces se eleva
la que su armonía es siempre!
¡Y cuál de gozo palpita
cuando ella por fin le advierte
que abrigar puede esperanzas,
35 pues Gregoria aun no perece!
Un día al fin no la oye!...

una vez y otra vez vuelve
a aplicar atento oído,
por si no es engaño aleve.
Rueda el cántico sonoro,
pero no hay quien lo consuene 5
y divinice: lo nota
todo el templo, y se entristece!
que esa voz sola suplía
las demás, y si la mente
de los cantos de una maga 10
a las dulces notas suele
en dichosa perspectiva
entrever de patria ausente
las florestas que sonrían,
las selvas que el aura mece, 15
las cascadas sonoras
que en mil iris se disuelven,
las torres de sus ciudades
que una atmósfera ígnea envuelve,
y los mil ruidos escucha 20
que halagáronla presente;
los acentos de Gregoria,
no perspectivas terrestres,
mas del mismo cielo hacían
los misterios transparentes, 25
y del Hacedor bañarse
en las delicias solemnes.
¿Qué extraño, pues, que ahora todo
de su ausencia el dolor pruebe
y gima en lúgubre sombra 30
cuanto su astro no esclarece?
Que acaben las oraciones
esperar apenas puede
Huentemagu, y ya a las rejas
trémulo por ella inquiere. 35
¡Ah, nunca respuesta oyeras,

infeliz! ¿Ya no lo infieres?
 ¿Quieres que con dardo agudo
 tu corazón ensangrienten?
 Mas no cesarán tus dudas,
 5 (que infortunios tan crueles
 no se creen antes de oírlos,
 y aun después sueños parecen)
 en tanto que no te anuncien
 que ya Gregoria padece!
 10 Que su caridad fué tanta
 con las hermanas sufrientes,
 y ante lechos que abandona
 abnegación menos fuerte,
 ejemplos dió tan sublimes
 15 de que ningún temor puede
 vencer su constancia heroica,
 que por fin su cuerpo débil
 al insomnio y la fatiga
 se rinde y el mal lo hiere.

20 Nubláronse los ojos del triste a tal anuncio,
 y de su cuerpo todo se redobló el temblor;
 para él ese eco infausto un rayo ha sido, nuncio
 de su exterminio propio al par del de su amor.

¿Será posible, ¡oh cielo! que solo él sobreviva
 25 a ser una hoja seca que agite el temporal?
 ¡Ay, en dos cuerpos su alma es necesario viva;
 y el golpe que a ella acabe será a los dos mortal!

¡Con qué viveza entonces se le permita ruego
 entrar para asistirle al claustro del Señor!
 30 La regla inexorable tal gracia le deniega,
 y sólo en pensamiento verá sufrir su amor.

En vano por consuelo: «No tema», le repiten
que asista a su Gregoria cuidado menos fiel!
que sin temer contagio para velar compiten
al lado de su lecho las monjas en tropell»

¡Cómo si dable fuera suplir bien el vacío 5
de una afección bastante la muerte a reanimar!
¡Mas no hay otro consuelo para su afecto pío
que el de rogar por ella al cielo sin cesar!

«Dios de justicia eterna!» ante el Sagrario dice,
¿querrás, Señor, tan pronto hacer dudar mi fe? 10
Por ella ha recibido tu gracia este infelice:
si ella a tu trono parte, proscrito yo ¿qué haré?

«Bien corta es esta vida, la eternidad muy largal
Qué importa una tardanza de algunos años más?
La suerte de los hombres, oh Dios, es harto amarga; 15
no envidies su tesoro de bendición y paz!

«O si obtener no pueden mis lúgubres clamores
que en este mundo habite más tiempo su virtud,
de mi alma propia el vuelo un día no demores;
tras ella en busca vaya de tu alta beatitud!»— 20

Tales los ruegos eran que prosternado alzaba
el indio desde absorto la cruda nueva oyó,
interrumpidos sólo para indagar si agrava
el mal su fiero asalto o dulce espera dió.

Siempre responden, siempre, que aurora de consuelo 25
aun no se puede en sombra siquiera percibir;
que en postración creciente demuestra pronto el cielo
querer alivio darla eterno del sufrir.

Y él a anudar sus ruegos se vuelve desesperado,
y la mortal angustia más que ella siente ya.
¿De lúgubre campana qué són le ha penetrado
que de otro y otro y otro veloz seguido va?

5 ¡Bastante reconoce el súbito sonido!
Es el que anuncia un alma que sube otra mansión!
¡Cual de erupción volcánica el aire despedido,
se alzó, batió su cuerpo horrible convulsión!

Como si el crudo choque a resistir no fuesen
10 bastante, ¡ay! las fuerzas ya flacas de su ser,
volviendo a desplomarse cual tronco que impeliesen,
quedó extendido en tierra, ya frío al parecer.

Horas tras horas pasan, e inmóvil continúa
sin verse algún indicio de que él respire aún.
15 Nadie se asoma al templo ¡Ante el altar fluctúa
la llama, cual si sólo viviese allí el betún!

Al fin ese silencio profundo y aterrante,
del que en las tumbas reina remeda justo asaz,
vino a turbar el eco de un canto allá distante
20 y a remecer al muerto, rodando por su faz.

Recuerda, Huentemagu, recuerda de ese sueño;
aliente, aunque partido un punto el corazón!
Te queda, antes de hundirte en eternal beleño,
beber la postrer gota del cáliz de aficción!

25 Se acerca lento y triste el canto de otra vida;
del coro cerca escucha sus notas ya gemir.
Se abre la puerta interna; la gaza descorrida
te deja a cuanto pasa en vértigo asistir.

30 «La flor más pura .
de alma Sión

a excelsa altura
 lleva el turbión.
 Aun resta el tallo
 donde lucía
 ¡Ay gloria mía, 5
 de nos te acuerda en la eternal mansión.»

«Fuiste en la tierra
 mi bien, mi paz;
 mas ya se cierra
 tu Edén fugaz. 10
 Cuando entre sombras
 quedo sin verte,
 ¡ay! a mi suerte
 tu dulce aroma desde allí enviarás.»

*
 **

Así, llenando el coro de lúgubres acentos, 15
 entra primero en filas la procesión monjil;
 dan teas en sus manos las llamas a los vientos;
 detrás viene Gregoria en féretro no vil.

Cercano al occidente, ya pálidos reflejos
 dejaba por los vidrios transparentarse el sol; 20
 midiendo el pavimento del ataúd no lejos,
 sobre la yerta frente alzábase el resol.

A cuyo claror suave desde las rejas pudo
 dar la última mirada el indio a su querer.
 Vió angélica sonrisa sobre su labio mudo 25
 vagar como expresando un celestial placer.

El párpado entreabierto permite a la pupila
 fija sobre una escena de glorias aun lucir;

y de la blanca aurora al renacer tranquila
aun la mejilla guarda el pálido zafir.

Dormir parece un sueño de estática ventura.
Nada hay que anuncie en ella un rastro de dolor.

5 La muerte ha redoblado su célica hermosura:
rosa recién cortada perfuma su alrededor.

Más que las tiernas flores cuyo inocente halago
besa, el cabello orlando, su pudorosa sien:
no cesa en torno de ella un són místico y vago
10 dulcísima armonía de derramar también.

Su mano sobre el seno estrecha un crucifijo,
júnico bien que a su indio ella legó al morir!
Allí el joyel sagrado parece esperar fijo
la hora en que al nuevo dueño también vendrá a asistir.

15 Tal hacia el centro del coro
Gregoria se encuentra, y siguen
a su rededor gimiendo
sacros cánticos sublimes.
Tal la ha mirado un instante
20 Huentemagu el infelice,
siendo de allí necesario
luego al lecho conducirle.
La fuente de su existencia
se ha agotado ya: imposible
25 es que de su pecho sanen
las profundas cicatrices.
En un desfallecimiento
siempre creciente se extingue
su vida, a cuanto le cerca
30 al parecer ya insensible.

Gregoria al delirio suyo exclusivo objeto asiste: sus labios sólo pronuncian ese nombre si algo dicen.	
Profesionales cuidados en vez de aceptar resiste, cual si el que intenten volverle al vivir le mortifique.	5
Sólo de los prestes santos que a su fallecer presiden, las exhortaciones dulces humilde y gustoso admite; y sobre su seno estrecha con fervores indecibles la misma imagen de Cristo que Gregoria le trasmite.	10
Cual del verano en serena tarde, apenas perceptibles se apagan en occidente los sonrosados matices, así lenta y respetuosa, como a su pesar le ciñe la muerte, y cada resuello le va haciendo más difícil.—	15
Llega entre tanto la noche y con ella se percibe su aniquilación más rauda.	20
De los ojos el eclipse, las afiladas facciones, cierto ceniciento tinte del semblante, claro anuncian ir a terminar la crisis.	25
Hubo un momento no obstante, en que pareció sentirse aliviado: era el esfuerzo de llama que se despide.	30
	35

Mas él, como presintiendo
algo extraordinario, pide
a los circunstantes todos
que un minuto se retiren.
5 Apenas solo ha quedado,
muere la lámpara triste
que aquel recinto alumbraba,
y otra luz más apacible,
como un reflejo del cielo,
10 brota y viene a difundirse
milagrosa junto al lecho
do Huentemagu se extingue.
De ella al centro y al través
de sus velos mas sutiles,
15 se trasparente suave
una angelical efigie.
Bien distinta divisarla
su propio fulgor impide:
rastros de brillante sombra
20 se dijeran sus perfiles,
tan leves son y tan blandos,
tan al lejos se perciben
a pesar de estar bien cerca,
¡tanto lucen sus matices!
25 Mas al punto Huentemagu
quién es la imagen distingue.
Ella vierte aquel perfume,
ese encanto indefinible
con que él veía a Gregoria
50 en su raptos más sublimes
aparecerse en los cielos:
¡ilusión ya bien sensible!
¡Ventura entrevista en sueños,
que hoy ha venido a cumplirse,
35 pues, aunque muriendo, advierte
bien que su mente no finge!

Hacia él la aparición
se inclina, dulce sonrío,
y a su oído estas palabras
con suavísimo eco dice:
«Mientras yo vagué en la tierra, 5
Huentemagu, a tu amor firme
sólo en Dios correspondencia
conceder me fué posible.
Hoy que el número ya aumenta,
de los ángeles que asisten 10
a su trono, ese Dios mismo
te otorga el favor que pides.
Y pues tú por mí le amaste,
y tan fiel siempre le fuiste,
él a ti me envía ahora 15
con el fin de conducirte
a sus pies, donde te aguarda
bello lauro inmarcesible.
El quiere que de mis glorias
a mi lado participes 20
para siempre, y que las tuyas
a la par me comuniqués,
de modo que dobles sean
nuestros éxtasis felices;
y se sepa como él premia 25
a cuantas almas insignes
a hacerle desde este mundo
lazo de su amor aspiren.
¡Ea, pues, procura verte
presto de tu cárcel libre, 30
y unámonos sin tardanza
por eternidad sin límite!»
Huentemagu siente el seno
inundarle a tal convite
todo el gozo que en los cielos 35
puede en mil siglos sentirse.

De un mortal ya no es su rostro:
la dicha que en él se imprime
de un ser imperecedero
le da todos los matices.

5 «¿Es posible que yo alcance
felicidad tanta?» dice,
y los brazos a la imagen,
cual para asirla, dirige.

Nada se ofrece a su tacto,
10 aunque siempre esté visible
Gregoria; mas este esfuerzo
hace al punto se deslice
su espíritu con aquella
suavidad imperceptible
15 de una claridad oculta
a que el estorbo se quite.

La parte de él que en su cuerpo
aun quedaba, voló a unirse
con la otra mitad: dos luces
20 un momento se distinguen:
luego en una se confunden,
y dos sombras, dos perfiles
en una aureola se encierran
y emprenden vuelo sublime.

25 Cuantos a ese tiempo entraron
en la estancia, ven abrirse
los techos y las dos almas
que a su partida sonríen
entre sí. Cuando en la altura
30 apenas ya se perciben,
cual dos blancas nubecillas
que rauda viento disipe,
súbito se pierden.—Luego
entre los aires sutiles

35 revuelan como en gran fiesta
coros mil de serafines.

Cantos de triunfo se escuchan
un momento, que bendicen
de Gregoria y Huentemagu
el retorno hacia su origen.

Cesó en fin todo prestigio:
en la estancia a arder la triste
lámpara tornó, y cadáver
Huentemategu era insensible.

5

Por la eternidad entrambos
sin cesar miran cumplirse
de Dios la promesa, y nadie
en ventura les compite.

10

Lectores, si algunos ecos
en vuestro oído subsisten
de los cantos con que el cielo
a mis dos héroes recibe,
no hagáis del amor tan sólo
manantial de goces viles:

15

Amándoos en Dios cual ellos
sois aquí y allá felices.

20



TEUDO

o

MEMORIAS DE UN SOLITARIO

DOS PALABRAS DEL AUTOR

En una de nuestras excursiones por el Sur, vino casualmente a nuestras manos un antiguo manuscrito, donde había consignado la mayor parte de su vida un misionero, que la terminó en el centro de la Araucanía. Desde su primera lectura nos ocurrió la idea de que el asunto se prestaba a ser convertido en una obra literaria, y pusimos mano a la empresa en nuestros ratos de ocio. Fruto de este trabajo han sido los cantos que ahora vamos a publicar, y en que, conservando las impresiones del día, según las estampaba en sus apuntes el solitario, no hemos hecho sino revestirlas de una forma poética. Daremos, desde luego, las cuatro primeras partes en que el Diario está dividido, y que principian en el instante en que Teudo vuelve a su patria, Sevilla, después de un largo cautiverio, que comenzó para él, como para el inmortal Cervantes en la batalla de Lepanto, y terminan con

la relación de su peregrinaje a Tierra Santa. El metro que por lo general hemos elegido, es el romance, por parecernos ser el que mejor se adapta a la naturaleza de la obra. Sólo le hemos abandonado por la octava en aquellos pasajes donde la elevación del asunto requería un tono más solemne.

Por lo demás, prevendremos a aquellos de nuestros lectores que pudieran extrañar no hayamos suprimido algunos pensamientos algo aventurados que tal vez se hallarán en las dos primeras partes, que siendo uno de los principales fines de la obra mostrar las vicisitudes por las cuales un alma exasperada por la desgracia, llegó a la resignación de la religión y la virtud, no habríamos sido fieles a este propósito, si algo hubiésemos omitido de lo que nos ofrecía el manuscrito que nos ha servido de guía. La tercera y cuarta partes, estamos ciertos, indemnizarán con usura a tales lectores del disgusto que por ese motivo pudieran experimentar alguna vez en la lectura de las dos primeras.

PRIMERA PARTE

Romance 1.—1578.

Tras de siete años de ausencia
 en cautiverio cruel,
 dulces playas de mi patria,
 al fin os he vuelto a ver!
 El cielo accedió a los votos 5
 con que tanto importuné
 su clemencia en el destierro!
 Sobre un gallardo bajel
 hendí esa mar que mi mente
 con ansiosa languidez, 10
 día a día atravesaba;
 y libre en Sevilla entré.
 Pero ¿quién del hado pudo
 presentir la injusta ley,
 ni si en lo que más anhela 15
 ansía un desastre o su bien?
 ¡Libertad! para apreciarte
 cual mereces, preciso es
 haberte una vez perdido!
 Tú eres el segundo Edén, 20
 a reemplazar destinado
 el primero, cuando fiel
 te comprenda el mundo y queme
 veraz incienso doquier!
 No obstante, yo, cuando llego 25
 hoy a disfrutarte ¡ay me
 hallo que mejor me fuera
 aun en cadenas yacer!
 ¡Cuánta ilusión que en la angustia
 firmeza inspiró a mi fe, 30

súbitamente, a mi arribo,
ví disiparse a mis pies!
Creí coronar mi frente
de guirnaldas de placer,
5 y sólo un hueco fantasma
en mis brazos estreché.
Arrodillado en la playa,
aun no había impreso bien
mi ardiente beso en su arena
10 ni a la divina merced
acabado de dar gracias,
cuando ya una voz cruel
me advertía que en mi patria
iba un extranjero a ser.
15 Tú fuiste, querida madre,
el tierno objeto por quien
primeramente extrañando
tu tardanza pregunté.
Supe que ya no existías!
20 Pues no viéndome volver
con la triunfadora escuadra
que abatió el orgullo infiel,
ni hallando quien otra nueva
te diese, sino que fué
25 mi nave la que en Lepanto
con hazañas de más prez
de la Cruz honró la enseña,
hasta llegársela a ver
destrozando al enemigo
30 en su más denso tropel;
mas perdida entre la fuga
de la otomana altivez,
o se sumergió en las olas,
o ella sola del poder
35 quebrantado las venganzas
cautiva sufrió tal vez:

a tan funesta noticia
tu corazón que, después
de mi despedida, sólo
vertió lágrimas de hiel,
partióse y de consumirse
no cesó con rapidez. 5

Ay! que bien te lo anunciaba
él mismo, cuando broquel
de hierro a mi pecho viste
a tus ruegos oponer, 10
cuando por volar en busca
de honroso marcial laurel,
sola y de arrimo privada
en Sevilla te dejé!

Pero perdóname, oh madre,
que expió sobrado bien 15
los destructores pesares
con que tu vida abrevié!

¿Qué es ya para mí Sevilla?
Apenas reconocer 20
la alegre Sirena puedo,
que entonces abandoné.

La tumba cobija o vagan,
de suerte varia a merced,
por los extranjeros climas 25
cuantos amigos amé.

Conrado no más subsiste,
de su número el más fiel,
a cuyos cuidados debo
que ya en ruinas no esté 30
la antigua mansión de un noble
linaje, que en mí a perder
va su vástago postrero,
con sobrada rapidez.

Y ¿qué diré de la ingrata, 35
mi amor desde la niñez,

de mi único amor, de Elvira,
astro de ventura que
en el cautiverio mío
me impidió desfallecer?
5 Mientras su memoria hacía
yo de mi angustia el sostén,
de un rival entre los brazos
olvidaba ella mi fe!
¿Qué vínculo, pues, ligarme
10 puede a una región do ayer,
antes de llegar, formaba
de dicha edificios cien,
y donde hoy sólo he encontrado
la más horrible aridez?
15 ¡Ayl hierros que parecían
de insufrible pesadez
a mis locas ilusiones,
y tan contento dejé,
a oprimir los brazos míos,
20 llamados por mí, volved,
y tornaudo de esperanzas
a vivir, feliz seré!

II

Muchos nobles sevillanos,
en cuya memoria aun vive,
25 al parecer, el renombre
que supe un tiempo adquirirme,
y otros que olvidar no pueden
la grandeza de mi estirpe,
han venido a visitarme
y halládome inaccesible.
30 ¿A qué fin yo recibiera
sus cumplimientos civiles,
si en la sociedad mi mente

ningún alivio concibe?
No quiero más amistades:
el mundo me es insufrible,
e inútil que con sus vanas
frivolidades me invite. 5
¿Qué iría a buscar yo en ellas?
¡Corazones que no dicen
nunca lo que sienten, rostros
que si plácidos sonrén,
es sólo mientras no encuentra 10
su interés en desmentirse!
Guerra mutua y perdurable
bajo los blandos matices
de la amistad y entre el ruido
gozoso de los festines; 15
donde no hay maldad, vacío!
que la sal falta a tus chistes,
¡oh sociedad! si su sello
la traición no les imprime!
Que aquél que de su existencia 20
sin llamarse a cuenta vive,
y sin explorar qué encubre
tu curso engañoso sigue,
como el leño que de la onda
a merced boga insensible, 25
bien ajeno de cuidarse
a qué riberas arribe;
que los que aun no te conocen,
y llegando a tus confines,
se placen en revestirlos 30
de los colores del iris;
que esos por ti se desvivan,
bien alcanza a concebirse.
Mas que el pecho reflexivo,
cuyo natural sensible 35
hirieron, como acostumbran,

tus procederes hostilēs,
que ése aun insista en buscarte,
esto no hay cómo se explique.
Yo el náufrago en que tu saña
5 más feroz tal vez cumpliste,
no deseo que en tus ondas
vuelva a zozobrar mí esquife.
Harto amarga es al presente
la copa que apuro ¡ay triste!
10 para exponerme a que en ella
nuevos tósigos destiles.
Solo apuraréla, solo,
y aun será razón que evite
oir el clamor de aquéllos
15 que hagan expirar tus sirtes.
Así acaso más tranquila,
si aun no es esto un imposible,
lograré que una existencia
sobrado odiada termine!

III

20 Desde que llegué encerrado
en el solitario alcázar
de mis padres sobre el Betis,
permanezco en la campaña.
Aquí disfruto a lo menos
25 del silencio que con ansia
llagado el corazón busca
por no acrecer sus borrascas.
Sombríos veo estos muros,
desiertas están sus salas,
30 donde resonó otro tiempo
del banquete la algazara.
Sus dorados artesones,
sembrados de telarañas,

de trecho en trecho presentan, del tiempo y la lluvia trazas. Las preciosas colgaduras, adorno de sus murallas, en jirones agitados	5
por el viento, se desgajan. Cubiertas de orín se encuentran de los trofeos las armas, y cien corceles no ocupan el espacio de sus cuadras.	10
Aquellas flores tan bellas que en acirates orlaban, embalsamando los aires, los jardines del alcázar, por cuyo cuidado siempre, madre mía, te afanabas, su lugar hoy han cedido a las malezas y zarzas.	15
Doquier que los ojos tiendo, o se encaminan mis plantas, de la destrucción las huellas mi propia suerte retratan.	20
Y no obstante se me antoja a veces, como fantasmas alegres, de convidados mirar bullir la comparsa.	25
Oigo resonar los brindis, los cuchicheos, las chanzas, las melodiosas canciones, los sonidos de las harpas.	30
Un momento trasportado a otra época no lejana me juzgo, cuando volvía triunfador a esta morada.	
Sevilla decía entera que en gallardía ni en gala	35

competidor no tenía,
ni rival corriendo cañas!
¡Cómo el corazón entonces
extasiado palpitaba,
5 oyendo aquestos salones
inundar mis alabanzas!
¡Cómo al sorprender de Elvira
afectuosas las miradas,
con entusiasmo en mí fijas
10 entre músicas y danzas!
¡Ay, épocas venturosas,
donde el tiempo os arrebató,
que sólo tenéis ya vida
en ilusiones del alma!
15 ¡Desgraciadas ilusiones,
que si de repente exaltan
la mente abatida, es sólo
para redoblar sus ansias!
Cuando más me mezo en ellas,
20 de mi delirio me saca
del ave nocturna el vuelo,
a quien mis pasos espantan.
Con agorero graznido
tiende al viento torpes alas,
25 y el nido callado deja
que en los artesones cava.
Mírome, y me hallo ser sombra
que por las ruinas vaga,
en otro tiempo teatro
30 de sus glorias disipadas.
¡Cúmplase, pues, mi destino:
si no son venturas tantas
más que engaños, ni quisiera
que de nuevo me halagaran!
35 ¡Pasen ya presto los días
que en esta vida me aguardan,

y otra aun más penosa venga,
como sea menos falsa!

IV

De mis ventanas distingo
a Sevilla en la distancia,
como una Sirena hermosa 5
que el Guadalquivir halaga,
a quien sus ondas refrescan
doblando su imagen grata,
y a quien huertas deliciosas
tejen brillante guirnalda. 10
¡Cuántos tristes pensamientos
en rauda tropel me asaltan
a la vista de sus torres
y de la hermosa Giralda!
¡Oh! cómo al aire se elevan, 15
desafiando lozanas
los embates de los vientos
y de fortunas contrarias!
Indestructibles se juzgan,
cifras de la vida larga 20
del pueblo cuya soberbia
sus vastas moles retratan.
Mas cuando al lejos difunden
las voces de sus campanas,
es para expresar sin duda 25
las mil que oyen a sus plantas.
Unas ecos majestuosos
despiden, cual si intimaran
de orgullosos potentados
los decretos y amenazas. 30
Alegres remedan otras
a aquel que sus triunfos canta,
y muchas gemidos hondos

del desventurado exhalan.
En constante alternativa,
ya prevaleciendo ufanas
las alegres, ya las tristes,
5 de lo que en el mundo pasa
la viva expresión parecen,
o conversación que entabla
con los ausentes amigos
la ciudad cada mañana.
10 Y tanto los que murieron,
desde sus mansiones altas,
reciben en esos sonos
de sus deudos las plegarias,
como el amador distante,
15 atento al rumor del aura,
oye en ellos el reclamo
del objeto que idolatra.
¡Triste de mí, que testigo
de esas conferencias diarias
20 sin parte en ellas, no puedo
gozar de ilusión tan grata!
¿Quién de mí se acordaría
para dirigirme en alas
de esos ecos una queja,
25 un reclamo a la distancia?
¡Elvira! nombre que fuera
bálsamo de mis entrañas
tanto tiempo, y hoy veneno
destinado a devorarlas,
30 esa voz que alegre suena,
¿no indica la burla, ingrata,
que al imaginar mi llanto
desde otros brazos me mandas?
Dícenme que siempre evitas
35 mi nombre a tu labio salga,
y si otro en presencia tuya

llega a verterlo, te enfadas:
 que tu ceño se oscúrece
 al punto, y de allí te apartas
 si en recordar se persiste
 al que eterno amor jurabas. 5
 ¡Sobrada razón te encuentro,
 que aun del asesino al alma
 jamás el remordimiento
 se asoma sin asustarla!
 Y ese nombre, tu sentencia 10
 perdurable, ¡oh inhumana!
 por más que a momentos triunfes,
 será tu eterno fantasma.

V

A raudo paso el invierno
 de sus encantos despoja 15
 prado y montes, y ese cielo
 hasta aquí tan terso entolda.
 Vánse los hermosos días,
 vienen las noches penosas,
 y sobre los altos muros 20
 pardas nieblas se entrechocan.
 A medida que sus velos
 el vasto horizonte acortan
 a mis ojos, en su cárcel
 se concentra el alma propia. 25
 Como el vital jugo al árbol
 en tal época abandona
 por renovarse en la tierra
 y aumentar después su pompa,
 así la natura humana, 30
 de su savia menos pródiga,
 para la estación de amores
 fuerza en este tiempo cobra.

Y ¡oh! cuán dulce le parece
al labrador en su choza
retozar cerca del fuego
con su prole y cara esposal
5 El más miserable al menos
disfruta esta humilde gloria,
que en vano mi alma le envidia,
condenada a vivir sola.
¡Y si mi ser en sí mismo
10 se recoge más ahora,
no es por cobrar nueva vida,
sí por doblar su carcoma!
Las ideas menos vagas
color aun más negro toman,
15 sin que en tanto voz amiga
traiga alivio a mis congojas.
Aun Conrado que al principio
por temporadas no cortas
venía aquí a acompañarme,
20 poco a poco me abandona.
Es verdad que yo el culpable
soy tal vez, que él debe loca
considerar, como todos,
mi secuestación penosa.
25 ¡Cuántas veces ha intentado
a la humana batahola
lanzarme de nuevo, y siempre
halló obstinación de rocal
Al fin se habrá resentido
30 su amistad, viendo no logran
fruto alguno sus instancias.
¡Oh, amigo mío, perdona!
Ve por piedad que conviene
mucho más a mi zozobra
35 correr las heladas noches
los campos, como una sombra!

Con mis negros pensamientos
 conversar, tal vez con otras
 regiones, a do llamarme
 voces siento misteriosas.
 Mis penas se dulcifican 5
 contemplando largas horas
 las estrellas, esos mundos
 do quien sabe cuántos lloran!
 Me agrada el rugir del viento
 en la obscuridad medrosa, 10
 los cabellos agitando
 de mi sien, que fuego brota.
 Me es grato oír cómo el trueno
 por los espacios rimbomba,
 y aun desafiar al rayo 15
 a envolverme entre sus roscas.
 ¡Misterios de la natura,
 a vosotros os invoca
 mi pecho, que vuestras iras
 siquiera a pausas no asolan! 20

VI

De día, cuando me cansa
 la reflexión dolorosa,
 y necesidad más fuerte
 siento de engañar las horas,
 suelo tomar en mis manos 25
 un romance o una historia
 de esas que al vulgo entretienen
 con hazañas prodigiosas.
 Dificilmente consigo
 que su lectura me absorba, 30
 y que un discurrir no sea
 maquinal, línea tras otra.
 Mas si por un largo esfuerzo

mi atención fijarse logra,
bien pronto me he fastidiado
antes de correr diez hojas.
Si es la vida la que leo,
5 entre cierta y fabulosa,
de un héroe de esos que llaman
favoritos de la gloria,
los elogios me fastidian
con que inciensa la lisonja
10 a aquéllos de quien debiera
tiznar la infausta memoria.
¿Dejaron de ser verdugos
porque fuéronlo de nota?
¿No fué siempre el llanto humano
15 música de sus victorias?
¿No eran ruinas humeantes,
y llanuras lujuriosas,
tornadas en cementerios,
de sus triunfos las alfombras?
20 Y todo, porque algún día
la posteridad remota
que hubo en tal punto, en tal era,
un monstruo de más conozca.
¡Me indigna mirar por siempre
25 de la virtud pudorosa
triumfante el vicio, la intriga,
la audacia más agresora;
y que los mismos que sufren
más, por ley tan ominosa
30 sean los que su existencia
con necio aplauso prolongan!
Lancé el libro que me acuerda
que en esta vida atesora
sólo el malo, y que es preciso
35 justicia buscar en otra.
Si es empero una novela,

cuyo escritor se proponga
de las flaquezas humanas
hacerme reír a costa,
no es de risa, es de rabia
la expresión que al labio asoma. 5
¿Debo celebrar vilezas
que mi humanidad sonrojan!
Si en fin es de amor burlado
la relación, ¿qué me importan
ajenas desgracias? digo: 10
¿no bastan las mías propias?
Viendo, pues, que me ha probado
tan mal este arbitrio, toma
mi inquietud otro camino
para sosegar sus olas. 15
El más frecuente es la caza.
Conozco que en ella sola
eximirse un breve espacio
de sí misma el alma logra.
La agitación favorable 20
en que al correr altas lomas,
llanuras y montes, entro,
atrás deja mis zozobras.
El aire libre del campo
me recrea y me recobra, 25
y ya en los hombres no pienso
ni en sus redes perniciosas.
Mas también esto fin tiene.
Tras la carrera afanosa
viene el cansancio, y el tedio 30
conmigo a este alcázar torna.
Apenas vuelto a mi mismo,
la necesidad penosa
me torna a agitar objetos
que mis potencias absorban. 35
Tanto más este vacío

me atormenta y me desola,
cuánto que por largo tiempo
colmado lo vi de sobra.
Ail astro de mi esperanza,
5 recreo de mis congojas,
que hasta llegar à la playa
nunca imaginé ser sombra!
Sólo cuando ya creía
ir a asirte, vi mi loca
10 presunción, y abandonado
me hallé en medio de las rocas.
Te he perdido para siempre!
Y aunque tu traición me esponga
al mayor furor, no es menos
15 reemplazarte empresa local!

VII

Oh! si ofrecerme pudiera
la ambición recurso al menos
más constante, y absorberse
la actividad de mi pecho!
20 Si algún día por sus brazos
elevado a rango egregio,
bajo el velo de un monarca
yo mismo empuñase el cetro,
y obedeciendo a mis leyes
25 una gran nación, respeto
mi nombre inspirase a Europa
y tal vez al universo!
Entonces ah! qué diría
la que tantos juramentos,
30 a la oferta de la mano
de un grande, olvidó tan presto!
La ambición la causa ha sido
de su traición, ¡qué contento

si lograrse castigarla
 yo con su delito mesmo!
 ¡Qué idea consoladora
 la de su arrepentimiento,
 y de ver mi rival mismo 5
 a mi favor pretendiendol
 ¡Oh! ¿por qué he tardado tanto
 en descubrir este medio
 de venganza incomparable?
 En él juzgo hallar mi cielo. 10
 A la verdad, sólo un día
 de cien años de tormentos
 me indemnizará... olvidarla
 para siempre después de esto!...
 ¿Cómo yo no triunfaría 15
 de este capricho funesto,
 entre cuidados capaces
 de abrumar a todo un genio?
 Sí, sí, mi resolución
 ya está formada... Pensemos 20
 sólo en las vías por donde
 debo conseguir mi objeto.—
 Las vías en este punto
 siento un repentino hielo
 ocuparme y se disipa 25
 mi entusiasmo de un momento.
 En posesión me supongo
 de cuanto puede a tal premio
 hacerme acreedor: virtudes,
 servicios y gran talento. 30
 Todo esto ¿algo me valdría?
 A pregunta tal no encuentro
 qué responda, ¡ay! y me espanto,
 si es que a mi experiencia apelo.
 No, con albas vestiduras 35
 nunca a dominar tu templo

se llega, o poder: pues cubre
mucho fango sus senderos.
Yo que al mundo ya creía
tanto conocer, ¿de nuevo
5 lanzarme a lo más sañudo
de sus borrascosos senos?
¿Olvidaba que las vías
solas de medrar en ellos,
son inmolar cuanto impulso
10 siente el corazón más bello;
sin escrúpulo estar siempre
a violar su fe dispuesto
y si el bienhechor estorba,
avanzar sobre su cuerpo?
15 ¿De la virtud hacer mofa,
abjurar el sentimiento,
culto dar sólo a la intriga
como al Dios del universo?
¿Acechar del que está arriba
20 las flaquezas con esmero,
para, una vez descubiertas,
tributarlas vil incienso;
aun de sus más torpes vicios
constituirse en instrumento;
25 arrastrarse bajo el manto
de la hipocresía envuelto,
hasta que llegado el día
de escalar su propio puesto,
hagamos por derribarle
30 un puñal de sus secretos?
¡Y luego que son del triunfo
los azares tan inciertos!
¡Es probable que después
que en aque-se inmundo cieno
35 el alma se ha degradado,
del capricho más ligero

penda de inconstante suerte
 el frustrar tantos esfuerzos!
 Que al ir a poner la planta
 sobre el escalón postrero,
 uno se hunde en el abismo 5
 de justo baldón cubierto!
 Pero supondré un instante
 me tocase ser de aquellos
 raros que entre mil perdidos
 toman con su nave el puerto. 10
 ¿Cuál la recompensa fuera
 de tanto afanar y el premio
 de honor, virtud inmolados?
 ¿Acaso parezca bello
 de interesadas lisonjas 15
 por siempre nutrir su pecho;
 ser ídolo a quien se inciensa
 mientras se le odia en secreto?
 La vileza de los hombres
 de cerca, á cada momento, 20
 estar palpando y sentirse
 envilecido como ellos:
 y si entre las mil zozobras
 que nos cuesta el mantenernos
 a tanta altura, abrumada 25
 nuestra frente, busca un seno
 donde reposarse, ¡ay triste!
 siempre el vengador recuerdo
 de nuestra perfidia propia,
 sobresaltar nuestro sueño, 30
 temer siempre recordarse
 con un puñal sobre el cuello!
 ¡Ah! no aspiro ya a venganzas
 que cuestan tan caro precio.
 Triunfa, ingrata, cuanto quieras, 35
 que ni tu arrepentimiento

me tentara, si él no hubiese
 de borrar lo que ya has hecho,
 y si el interés debiera
 siempre inspirarlo a tu seno!
 5 No, poder, un corazón
 todo formado de fuego,
 debe a otros dejar que exploren
 tus campos de eterno hielo:
 y el que a la virtud tribute
 10 y al honor cultó sincero,
 huir, que aun llegando puro,
 ha de despedirse negro!

VIII

Desahuciado aun de esa vía,
 no poco a menudo pienso
 15 que acaso este gran vacío
 de un fatal amor terreno,
 tan sólo llenar podría
 allá en un claustro del cielo:
 que desprendida del mundo
 20 desde antes que el postrimero
 adiós le diese, y tranquila
 junto a su Hacedor viviendo,
 el alma refugio hallara
 seguro en ese horno excelso.
 25 ¿Y qué sed no satisface
 esa fuente de consuelos,
 cuyo fondo no cobija
 nunca el tósigo encubierto?
 El corazón que la busca
 30 solitario en el silencio
 se extasía en su onda pura
 sin temer traidor asecho.
 ¡Oh deleites inefables!

cuando atónito os contemplo;
 ser mi espíritu conozco
 en verdad hijo del cielo.
 De dulces aspiraciones
 súbito inundar me siento; 5
 me mezo en sublime calma,
 alzo hacia el Empíreo el vuelo.
 Nada de mundano tiene
 mi porvenir, que entreveo,
 y si a lo pasado miro, 10
 sólo a gran distancia un eco
 se me figura, un tributo
 como mortal dado al suelo;
 y cuya experiencia encantos
 aumenta a mi estado nuevo. 15
 Mas ¿qué maldición me sigue
 hasta aquella altura, ¡oh cielo!
 que cuando en tu sol más gozo,
 cual salamandra en su centro,
 cuando creo haber hallado 20
 para siempre mi alimento,
 a destruir mi esperanza
 llega súbito un recuerdo?
 ¿O recuerdo, eres acaso 25
 de mi perdición el genio,
 por Dios llamado a lanzarme
 de sus pies en un momento?
 ¡Ah! reconozco que el claustro,
 imponiéndome el desprecio
 del mundo, en vez de aplacarlos, 30
 redoblara mis tormentos;
 siempre que en su calma fuese
 a asaltarme el pensamiento
 de que ella no muy distante
 feliz hacía a otro dueño! 35
 Perdonadme, ¡oh Creador mío!

Pero, Señor, ¿sois vos mismo
quien de este réprobo al alma
infundió ese horrible afecto,
que de entregarse a vos solo
5 le imposibilita, y ciego
le hace blasfemar dudando
aun de vuestro amor egregio?
Bien veo que solamente
huyendo de ella, y tan lejos,
10 que aun se espante, si es posible,
mi mente de recorrerlo;
huyendo adonde por siempre
ella ignore si yo he muerto,
y yo si ella aun es dichosa,
15 conseguiré algún sosiego.
Pondré, pues, entre los dos
vastos mares de por medio:
iré a sepultarme solo
de otro mundo en los desiertos.
20 ¡Oh patria! si tan presente
te abrigué en mi cautiverio,
era porque en tí aun veía
el faro de mis contentos.
Mas desde que has destruído
25 mi ilusión como un ensueño,
que podré más fácilmente
llegar a olvidarte creo.
Y si es que ha de perseguirme
en mi segundo destierro
30 la memoria de la ingrata,
la distancia por lo menos
me hará dudar si ella tiene
a ratos de mí un recuerdo,
y ¡quién sabe! acaso aun torne
35 a ser astro de mis sueños!

IX

A abandonar, pues, la patria
ya del todo decidido,
días hace que me ocupo
sólo en los preparativos.
A nadie he comunicado 5
este súbito designio;
porque, a la verdad, tampoco
ya me resta un solo amigo.
Van dos meses que Conrado
de esta mansión el camino 10
parece ignorar: sin duda
me habrá renegado él mismo;
¿Quién tendría, pues, derecho
a quejarse, si yo elijo,
sin decir adiós a nadie, 15
desparecer repentino?
¡Ay! así también reporta
la causa de mis martirios
un triunfo mayor, por todos
ignorándose aún si vivo!... 20
Hoy mi testamento he hecho,
en el cual ninguno olvido
de aquellos que me han prestado
en cualquier tiempo un servicio.
Al desempeñar tal acto, 25
verter lágrimas he visto
a cuanto vasallo tengo,
desque llegué, al lado mío.
«¿Para qué esta precaución,
oh amado, Señor, me han dicho; 30
vos pensando ya en la muerte,
de la edad en todo el brío?»—
Y como yo he pretextado

tener de mi fin ya indicios,
he notado en su sorpresa
temores de atroz designio.
¡Ah! no me injuríeis pensando
5 que alma tan cobarde abrigo,
y aunque negar yo no pueda
que alguna vez tal arbitrio
como único a mis pesares
a la mente se ha ofrecido,
10 aunque me figuro a ratos
que al mundo sin más designio
lanzado fuí, que el de verme
juguete de cruel destino,
siempre la fe de mis padres
15 me ha salvado del abismo
¿Cómo imaginar, por cierto,
que aquel Hacedor divino,
cuya bondad y grandeza
por sus obras descubrimos;
20 cuyos fines, siempre justos,
al fin lucen bien distintos
aun donde un acaso ciego
juzgamos obró exclusivo,
sin otro objeto atormente
25 tanto a algunos de sus hijos,
que el de contentar su anhelo
de dolor y sacrificios?
Pensar de este modo fuera
inferir agravio indigno
30 al padre que día a día
nos manda ese sol, ministro
de sus favores, emblema
de su amor, seguro signo
de que él por nosotros vela
35 al través de los martirios.
No, señor; cuando no puedo

entrever de dónde alivio
 me enviarás, miro mi nada
 y que tú eres infinito.
 Pienso que mortal yo apenas
 en la hora presente vivo, 5
 más tú tienes el espacio
 y mundos que no son míos.
 No abreviaré, pues, yo el tiempo
 que a mi penar has prescrito,
 y apuraré hasta las heces 10
 el cáliz que me ha cabido.
 ¡Ay! por amargo que él sea,
 ahora mesmo ¿no percibo
 algún dulzor, o vasallos,
 al mirar vuestro cariño? 15
 Esos llantos y temores,
 la tristeza en que sumidos
 estuvisteis todo el resto
 de este día, ¿claros signos
 no son de la fe sincera, 20
 sin interés, que os inspiro?
 Sin duda, y así vosotros
 confirmáis, amigos míos,
 que si hay en el mundo ingratos
 y lo pueblan mil inicuos, 25
 tampoco la consecuencia
 y virtud son desvaríos.
 Ojalá dado me fuera
 manifestarme yo mismo
 muy más grato a vuestro afecto! 30
 Mas ¡ay! de mi propio arbitrio
 no pende, y arrebatado
 de indomable remolino,
 ni me reconozco, ni hallo
 contra mi mismo un abrigo. 35
 Sin elección propia obrando,

juguete de un hado impío,
más bien que de vuestras quejas,
soy de compasión bien digno!

X

5 Cuando a abandonar la patria
me hallaba más decidido,
y aun mi mente de antemano
cruzaba el inmenso abismo,
hé aquí que, como la aurora
de un inesperado alivio,
10 luce súbito a mis sombras
sendero de alegres visos.
¡Oh tirana inconsecuencia
del corazón! tú, que al brío
de una porfiada lucha
15 te resistes más que el risco,
al simple orear de un soplo,
cuyas máquinas de sitio
sólo son blandos perfumes,
te rindes cual débil lirio!
20 Todo el rígido aparato
depones de tus caprichos
a sus pies; aun te sometes
¡quién lo creyera! al olvido!
y tornando a henchir tus venas
25 el calor ya casi extinto,
tantos sus latidos dulces
redobla fecundo, activo,
que de un breve instante es obra
el deshielo de tus picos,
30 y donde ayer no veía
sino horrendos precipicios
de coaguladas nieves,
que eternas creyó el instinto,

cual por encanto descubro
hoy paraísos exquisitos.
Cérganme por donde quiera
campos de verdes vivos,
selvas donde reina el ámbar, 5
jardines, sotos umbríos,
y entre brillantes collados,
panoramas infinitos
de felicidad, ternura,
trasuntos del cielo mismo! 10
¿Con qué, pues, tantos tormentos
por un objeto exclusivo,
tanto delirar con ella,
eran simplemente indicio
de que suspiraba el alma 15
por hallar en su camino
cualquiera visión celeste,
que colmase su vacío!
¡Ay, aunque el efecto siento,
aun en creerlo vacilo, 20
temiendo que acaso sea
este cambio repentino,
este portento asombroso,
un engañador respiro
para tornar más crueles 25
los tormentos sucesivos!
Consignen, pues, estas líneas,
entretanto que averiguo
lo que tal misterio encierra,
cuál ha sido su principio! 30
Obstinados en su intento
siempre los vasallos míos,
de reducirme ensayaron
ayer un extraño arbitrio;
y alcanzando bien sin duda 35
la causa de mis delirios,

por igual rumbo quisieron
ver de procurar su alivio.
Un día de esos que suelen,
al fin del invierno frío,
5 ser los dulces precursores
de la estación del hechizo,
a relucir comenzaba
por un cielo terso y limpio,
derramando desde oriente
10 un mar de dorados visos.
Al restaurador halago
el primer céfiro tibio
las flores se apresuraban
a esmaltar el campo frío.
15 Yo, merced al aire puro,
calmado al fin el delirio
de un calenturiento insomnio,
gozaba el sueño tranquilo.
De repente un canto dulce,
20 de encantado paraíso
concierto tal vez juzgado,
comenzó a halagar mi oído.
Aun después que su armonía
me hubo recordado, el mismo
25 engaño por algún tiempo
seducía mis sentidos;
hasta que por fin, mas libres
del soñoliento dominio,
juzgué se elevaba el canto
30 desde el vergel del castillo.
De esclarecer tales dudas
ansioso, me precipito
del lecho, y los bastidores
de mis ventanas divido.
35 ¡Cuál sería mi sorpresa,
descubriendo de improviso

de engalanadas pastoras
un angelical corrillo!
Eran las más bellas flores
que ornán los dominios míos,
conducidas por sus padres 5
a expresarme su cariño,
y el profundo sentimiento
en que mí fatal desvío
y separación presunta,
a todos tenía hundidos. 10
¿Quién al contemplar sus gracias,
por aéreos atavíos
realzadas, no creyera
ver las ninfas de estos sitios?
Pero ninguna igualaba, 15
en belleza ni atractivos,
a la que guiaba el coro,
portento en verdad de hechizos!
¡Ah! cuando la ví más cerca,
descendiendo a aquel recibo, 20
causóme un deslumbramiento
al vértigo parecido.
Alta, esbelta, seductora,
el mismo pudor que el brillo 25
moderaba de sus ojos,
dábales más poderío.
Era cual visión de un mundo
para mí desconocido,
que atento a sanarme el cielo
me ofreciese ya el camino. 30
Sentía que alma toda
se enredaba entre los rizos
de su rubia cabellera
buscando allí un nuevo asilo.
Su dulce voz, cual un dardo 35
del corazón, derretirlo

parecía proponerse,
acusando su desvío.
¿Cómo restisir? Con ellas,
de sus quejas conmovidos,
5 mostraban llorar del huerto
las flores y árboles mismos
Yo entre tanto me decía
allá en mi interior: ¡qué aviso
Puedo ser tan tiernamente
10 de estos ángeles querido,
que nunca amoroso acento
oyeron del labio mío,
mientras Elvira mis votos
más ardientes dió al olvido!
15 Me rendí, pues, recibiendo,
trémulo de agradecido,
sus ramilletes compuestos
de colores alusivos;
jurélas una y mil veces
20 a afecto tan exquisito
no corresponder ingrato,
insistiendo en mi designio.
Quedarme juré por ellas;
y cambiando de improviso
25 el diapasón de sus cantos
y expresando el regocijo,
el triunfante amor, no menos
conmovieron mis sentidos
que cuando momentos antes
30 eran eco del gemido.
Adiós, pues, planes de ausencia!
¡Adiós tenaces designios
de buscar de otro universo
entre los desiertos riscos
35 y las no exploradas selvas,
consuelos a mis martirios!

¡Oh corazón! bien lo veo:
 antes que tu fuego activo
 pudiese de hacer su objeto
 único al Creador ser digno,
 en el crisol él debía 5
 de otro terrestre amorío
 más y más purificarse,
 y ganar alas de armiño:
 dar ese nuevo tributo
 al mundo, y aun más delirios 10
 sufrir; que a mayor desvelo
 se gana el metal más rico!

XI

¡No he logrado ver a Elvira
 desde mi fatal retorno;
 mas no sin razón presumo 15
 en su beldad deterioros!
 Por largo que corra el tiempo
 desde que adiós doloroso
 al amado objeto dimos,
 siempre del alma en el fondo, 20
 lejos de perder sus gracias
 el encanto fulgoroso,
 cada día se revisten
 de más esplendente adorno.
 ¡Merq engaño del deseo! 25
 Privilegio harto ilusorio
 de un corazón que ama ausente,
 puesto que del tiempo propio
 la inflexible ley no muda,
 ni aun logra aplazar un poco, 30
 a favor de lo que amamos,
 su destrucción sobre todo.

Y sólo es a un nuevo encuentro
cuando, con amargo asombro,
nuestro error reconocemos,
y como aquel que de pronto
5 mira un sueño disiparse,
donde creyó hallar el colmo
de su dicha, se nos hunde
el fantasma mentiroso.
Si ahora, pues, yo viese a Elvira,
10 sin duda a mis mismos ojos
superior la apareciera
este otro objeto amoroso.
Con toda la lozanía
y mágico encanto propio
15 de una flor que a los primeros
halagos de blando soplo
se despliega, ésta reluce,
y sus sencillos sonrojos
no han llegado a convertirse
20 en amaño artificioso.
La ingenuidad, la inocencia,
son en ella, reconozco,
lo que más mi alma cautiva
en recuerdo vaporoso.
25 Yo su corazón pudiera
amoldar quizá a mi antojo
inspirarla el vivo fuego
que hasta hoy me abraza a mí solo,
y a prueba de mil contrastes,
30 ansia su universo todo
concentrar en un objeto
do se alimente de modo
que sus raíces a prueba
sean del mayor trastorno,
y la mutua llama venza
35 aun cuanta esparce el sol rojo.

¿Y qué es el amor, en suma,
 el más sincero, el más hondo,
 sino un preciso tributo
 a la belleza; o si en otros
 términos decirlo debo, 5
 el haber hallado el foco
 donde acrisolarse debe
 un requisito imperioso
 de nuestra naturaleza,
 que encuentra su mayor colmo 10
 donde el más amable encanto
 le presta mejor retorno?
 Este obstinado capricho
 de mi alma, a que los estorbos
 han dado poder tan grande, 15
 cederá, pues, sí, me gozo
 en esperarlo, a este nuevo
 reluciente meteoro,
 sobre mi horizonte alzado
 para iluminarlo sólo. 20
 Sí, te eclipsarás, ¡oh Elvira!
 ante este otro ídolo hermoso,
 desde hoy el norte exclusivo
 que fiel seguirá mi voto,
 ¡Oh! qué triunfo cuando pueda 25
 con mi dicha darte en rostro,
 y burlarme en este cielo
 de tu pérfido abandono!

XII

¡Ah! ¿Por qué he tardado tanto
 en descubrir el tesoro 30
 de salud, que a mis tormentos
 tan cerca esperaba ignoto?
 ¡Cuánto sufrimiento habría

evitado a mi amor loco
este otro halago, que mece
hoy el alma en baño de oro!
¡Oh Elviral por más que pugne
5 aun tu influjo poderoso,
de tu rival en la ausencia
para recobrar su trono
en mi corazón ya libre,
apenas a verla torno,
10 de nuevo te desvaneces
y más ardiente la adoro,
y más y más me convenzo
de no haber sido ilusorio
el primer afecto y que ésta
15 te aventaja de mil modos.
Así, pues, poco me asusta
el amaño artificioso
con que tu fatal memoria
me tienta a intervalos cortos.
20 Son recónditos misterios
del corazón: si ¿no somos
archivos de inconsecuencias
tales los humanos todos?
Suele aquel que el cautiverio
25 más terrible al fin ha roto,
cuando en su patria disfruta
cuanto bien con largo lloro
deseara, allá en recuerdos
tristes como deliciosos,
30 representarse las penas,
los azares y trastornos
del tiempo de su desgracia,
y en ellos, lleno de asombro,
tan inesperado encanto
35 hallar, que, mal grado propio,
por volver a padecerlos

suspira tal vez bien loco!
 Pero ráfagas son éstas
 que se desvanecen pronto,
 y al cielo que le ha salvado
 torna agradecidos ojos. 5
 Así yo, que de mis males
 hoy tan dulce alivio logro,
 por asegurar mi cura,
 día a día me propongo,
 llevando a esta ara mi incienso 10
 recibir dicha en retorno.
 No dudo que al fin llegando
 ella a ser mi ídolo solo,
 en su seducción consiga 15
 embriagarme de tal modo,
 que he de ver brillar un día
 en que ría de mi propio,
 al pensar cuánto he sufrido
 por quien mereció tan poco!

XIII

¡Ay! un no sé qué la falta, 20
 del destino obra exclusiva,
 cadena con que dos almas
 mutuamente el cielo liga
 al lanzarlas a este mundo.
 y cuya fuerza infinita 25
 sólo cual vago deseo
 se siente, mientras el día
 de su encuentro no ha llegado;
 mas si éste se verifica,
 menos arduo que romperla 30
 crear otro orbe sería.
 Porque tal pasión, sin duda,

es huella no bien distinta
de otro amor, mal olvidado,
de esferas desconocidas.
Por lo tanto, a proporción
5 que de la primera vista
el prestigio poderoso
en mi pecho se mitiga,
tales ímpetus me asaltan
de reversión hacia Elvira,
10 y los recuerdos de aquesta,
que antes sofocar podía
mientras a su lado estaba
y sus gracias me embebían,
tan violentos hoy se tornan
15 ante su presencia misma,
que el perseguidor fantasma
su encanto mayor me eclipsa,
y la lid que con él trabo
todo mi vigor disipa.
20 Así, pues, aquel remedio
en que necio concebía
yo tan locas esperanzas,
no era más, ¡oh cruda Elvira!
que un respiro traicionero
25 que a mis males concedías,
para poder más tirana
después renovar tu lidia!
Sí, siento que vuelvo a amarte
con doble furor, que impía
30 ¡ay! te vengas demasiado
de mis jactancias efímeras!
Ya me pesa aún la palabra
de abandonar mi partida
que empeñé, y por mucho tiempo
35 dudo si podré cumplirla!
Disiparse en torno mío,

como fantasmagorías,
 he mirado mis proyectos
 y brillantes perspectivas.
 Ha vuelto la densa sombra
 a cubrirme, está vacía 5
 mi morada, e inunda el hielo
 otra vez sus galerías
 y la inexorable imagen
 del dolor fiera me indica,
 sobre estas torres sentada, 10
 un árbol que en la vecina
 llanura sin riego, aislado,
 consumió su triste vida
 en luchar contra el embate
 de tormentas enemigas. 15
 ¡En decrepitud temprana,
 que ningún arrimo abriga,
 tronchada la esbelta copa,
 todas sus ramas indican
 que su savia ha envenenado 20
 la soledad, y vacila
 a cualquiera nuevo sopro
 su existencia carcomida!

XIV

No mi mudanza acusando
 con los dolorosos sonos, 25
 que de ese instrumento sacas,
 ¡Oh linda! mi alma destroces.
 Te quejas que fué un suspiro
 tu felicidad, que innoble
 es haber en ti prendido 30
 esa pasión con mis voces,
 héchote de la esperanza

entrever las seducciones,
del cielo de los amantes
conducídate hasta el borde,
para abandonarte luego,
5 cuando tu paz en desorden
y en angustia he convertido,
que ni el largo tiempo borre.
¡Ah! perdona: los misterios
aun del alma no conoces,
10 ni cómo al más consecuente,
por esfuerzos que redoble,
traidor hace ese tirano,
que llaman amor los hombres
y la virtud más sincera
15 lanza en crímenes enormes!
No es en sus falaces ferias,
de puros caprichos, donde
el alma encuentra la dicha
tras que desalada corre!
20 Voluntades que pudieran
tal vez trastornar el orbe,
en tan misterioso imperio
sólo vergüenza recogen!
Muy deveras quise amarte.
25 cuando en mi profunda noche
vino tu astro a relucirme,
como al náufrago su norte.
¡Mal pudieras figurarte
cuántos parabienes dióse
30 mi pecho con ese hallazgo,
para él mundo de ilusiones!
No en tu justo sentimiento
desde hoy mi castigo invoques,
pues te vengarán sobrado
35 ya mis propias aficciones,
mientras que no llega el día

en que tú misma deploras
 el hado que hoy yo, y excuses
 lo que dices mis traiciones!

XV.

De nuevo con grân sigilo
 mi partida preparando 5
 me hallaba, cuando hoy a verme
 ha vuelto por fin Conrado.
 Bien conozco que su olvido
 sólo fué estudioso amaño
 para domeñar caprichos 10
 que él creía momentáneos,
 ¿Tuvo de mi pronta marcha
 sospechas o aviso acaso,
 de donde infirió que luego
 su plan iba a ver frustrado? 15
 Yo no sé; mas ha venido,
 y a solás un largo rato
 conmigo ha esforzado el juego
 de sus últimos ensayos.
 Mi preparada partida 20
 ignorar aparentando,
 «Teudo», me ha dicho, ¿aun insistes
 en tu designio insensato?
 Secuestrado de lós hombres,
 este albergue solitario 25
 ¿ha de marchitar las flores
 que aun les restañ a tus años?
 ¿Has vuelto al nativo suelo,
 tras de sufrimientos tantos,
 a formarte un cautiverio 30
 más cruel que el que has dejado?
 ¿Merecen tus compatriotas

que así te esquivas huraño
al amor con que tu ausencia
siete inviernos han llorado?
Sabes que nunca pudieron
5 perder tu recuerdo grato,
ni jamás un extranjero
llegó del suelo otomano
a Sevilla, sin mirarse
de preguntas asediado,
10 por si acaso hubiese visto
al que fué su honor más alto.
¡Cuán poco esperar debieron
de tu corazón hidalgo
semejante premio! ¡Oh, cesa
15 de esconderte a sus aplausos!
Recuerda los bellos días
de tu juventud, y ufano
vuelve a donde la belleza
te reserva nuevos lauros.
20 Los rumores que han corrido
de tus suertes y trabajos,
más y más anhelo excitan
de saberlos de tus labios.
Muchas estrellas que ocupan
25 el lugar de antiguos astros,
y sólo tu nombre adoran,
que otra dicha no lograron,
contigo están resentidas,
pues respondes tan ingrato
30 al ansia con que desean
conocer nuestro dechado.
«Juzga, dicen, que su pueblo
de bellezas está exhausto,
y que ni aun aceptos serle
35 merecen nuestros halagos?»
¡Oh! da crédito a mis ruegos

y obedece a sus reclamos:
 vuelve a recibir delicias
 de las que tú des en pago.
 Me atrevo a esperar que pronto
 te muestres conmigo grato, 5
 cuando sientas disiparse
 el maléfico nublado
 que hoy de esa alma los resortes
 tiene en ominoso pasmo,
 ante la esplendente aurora 10
 que tu vista está esperando.

XVI

Tal ha sido su discurso,
 y mi respuesta: «No en vano
 te empeñes, Conrado mío,
 por vencer mi desengaño. 15
 Mal sabría desrugarse
 ante ese brillante cuadro
 el ceño de quien no puede
 en él mirar sino lazos.
 ¿Me acusas de ingratitud 20
 al amor de mis paisanos?
 ¡Y qué! mi glacial presencia
 ¿no confirmaría el cargo?
 Ante ella ¿no se hundiría
 el prestigio que les causo 25
 todavía? ¡Ah! de ilusiones
 no más ya vivir me es dado.
 Para respirar, mi pecho
 necesita de otro campo.
 ¿Acaso nevadas cumbres 30
 esmalta florido encanto,
 o va a buscar el enfermo

de sus males el restauro.
entre el alegre tumulto
y el ruido de los saraos?
No: la soledad tan sólo
5 le conviene, y obra cauto
quien con un sufriente aspecto
no va a enturbiar su entusiasmo.
¿De amor me hablas? Hoy ya dejo
que otros busquen los estragos
10 de ese mar, en donde sufre
el más diestro el mayor daño.
Ni me tientan de la gloria
los magníficos amaños,
pues sobrado he conocido
15 hasta aquí su dejo amargo.
Deja, pues, que, por lo menos,
cuando del humano trato
nada seducirme puede,
me substraiga a sus naufragios.
20 Cuando el alma ha envejecido
y se siente hacia el ocaso
declinar, ¿no encuentra siempre
su delicia en el descanso?»

XVII

«No, no ha envejecido el alma,
25 ni es que el corazón exhausto
de savia se encuentre», ha dicho
en su réplica Conrado.
«En vano encubrir quisieras
de mi vista sus arcanos,
30 porque al través de esas nieves
miro un volcán devorarlo.
Los dejos de la experiencia

y de sufrimientos largos
 no son, por más que me digas,
 los más imborrables rastros.
 Aquel a quien Dios concede,
 sobre todo, al suelo patrio 5
 volver tras un cautiverio,
 ¿lo saluda para odiarlo?
 Y por dolorosas faltas
 que en él halle, el solo halago
 de sus céfiros ¿no sabe 10
 benigno enjugar su llanto?
 Nuevos amigos reponen
 los que el tiempo ha arrebatado,
 y si en alguno falsía,
 en otro obsecuencia hallamos. 15
 Si la causa verdadera
 de tu sorprendente cambio
 es una pasión antigua
 que aun no vencen tus conatos;
 que se eternizó en la ausencia 20
 al crisol de los trabajos,
 y en el triste cautiverio
 fué de tus consuelos astro;
 Elvira reina en tu pecho,
 y al mirarla en otros brazos, 25
 de aleve traición la acusas,
 y a todo el linaje humano
 tú resentimiento extiendes
 con el más injusto agravio:
 por ella a tus más adictos 30
 osas acusar de falsos.
 ¡Ah Teudo! ¿Sabes que puedo
 convencerte yo de engaño
 aun respecto de esa misma
 a quien acriminas tanto? 35
 Dime, ¿te hallas bien seguro

de que fué un olvido ingrato;
no el engaño o la violencia
quien dió a otro dueño su mano?
¿Ninguno te ha referido
5 los ardides que emplearon,
por vencer su resistencia,
sus deudos más respetados?
Que en los días precedentes
a su enlace, rumor vario
10 por Sevilla acreditaba
tu fallecimiento infausto?
Te han dicho que siempre evita
salga tu nombre a sus labios;
pero que eso mismo prueba
15 su pasión, te han ocultado?
Que desde el fatal momento
en que tal unión contrajo,
una honda melancolía
la mina sin intervalos?
20 Que las encendidas rosas
de su rostro soberano
en gualdas se han convertido,
y en desaliño su garbo?
Que sus ojos han perdido
25 aquel fuego sobrehumano
que brotaban otro tiempo
al aire de tus halagos?
¡Ah! yo mismo muchas veces,
por mi amistad excitado,
30 sin que ella lo reparase,
pude estudiar su quebranto!
La he visto animarse a treguas
en su profundo desmayo,
su rostro brillar, su acento
35 tomar diapason más alto.
Mas cual si un remordimiento

la asaltase subitáneo,
 se inmuta de pronto, y queda
 tan helada como el mármol.
 A todo cuanto la cerca
 insensible, de ese pasmo 5
 con hondos suspiros sale
 sólo después de un gran rato.
 Fiel a sus deberes, ella,
 en continuo sobresalto,
 del oculto duelo trata 10
 de encubrir el fiero estrago;
 pero a su pesar mil veces
 inunda su rostro un llanto
 o una convulsión su pecho,
 que denuncian sus arcanos. 15
 ¡Todo esto te habría dicho
 yo, si tú me hubieses dado
 ocasión; si en tu reserva
 insistiendo siempre huraño,
 no me hubieras prohibido 20
 aun que la nombrase entre ambos!
 Pero ¿quieres por ti mismo
 verificar mi relato?
 Un medio se te presenta 25
 expedito y no lejano:
 mañana en Sevilla debe
 celebrarse un gran sarao,
 que honrará la flor del pueblo
 y sus más hermosos astros.
 Elvira, que desde que supo 30
 tu retorno al suelo patrio,
 a dejarse ver no ha vuelto,
 de asistir promesa ha dado;
 y los jefes de la fiesta,
 que entre tus apasionados 35
 se cuentan y probar quieren

contigo este último ensayo,
 de invitarte y reducirte
 me han hecho el honroso encargo.
 Vé, pues, a observar tu Elvira,
 5 y si a acusarme de falso
 te atreves después, prometo
 no renovar mis asaltos. »

XVIII

Confieso que cuando vino
 él a argumentarme así,
 10 noté que hería la cuerda
 sensible del alma al fin:
 que tenían sus razones
 la fuerza de rayos mil,
 y en vano se debatía
 15 mi interior por resistir.
 Ora un movimiento fuese
 de curiosidad febril,
 ora no sé qué esperanza
 que empezaba a entrar en mí,
 20 ello es que me parecía
 que de invencible adalid
 aterraba el férreo brazo
 mi resolución viril.
 Así, tras breve silencio
 25 de una insostenible lid.
 « ¡Oh Conrado! yo confieso
 que triunfas, le respondí.
 Pero de aquesta victoria
 no te alabes, infeliz!
 30 que tal vez ¡ay! me conduces
 al abismo que temí
 ¿Por qué me has dado esperanzas,

y con inhumano ardid
 no me dejas mi existencia
 más tranquilo consumir?
 ¿Sabes que si tú me engañas,
 no tendrá una pena ultriz 5
 el infierno, comparable
 a mi horrendo frenesí?
 Que valiera más mil veces
 haberle clavado hostil
 a este pecho aguda daga, 10
 que causarle tal motín?»
 —«¡Ea, amigo, nada temas!»
 con un triunfante reír,
 el cruel me ha contestado.
 «Pues vencerte conseguí, 15
 Teudo, de tu parte has puesto
 cuanto había que exigir.
 De mi sola cuenta corre
 lo demás. Respondo. Así,
 ¡adiós, pues, hasta mañana! 20
 Correré como un clarín
 a pregonar que en asaltos
 yo no soy un aprendiz».—

XIX

Y tal diciendo, el cruel
 veloz de mi vista parte 25
 para ir a comprometerme
 y evitar que me retractel
 Con que así, pues, has cedido,
 corazón! Todos tus planes
 que inalterables creías, 30
 leve soplo los abate!
 ¿No valiera más ¡oh necio!
 en lugar de doblegarte

ante ese engañoso cebo,
como un pecador bien frágil,
haber terminado hoy mismo
los aprestos de tu viaje,
5 corriendo a arrastrar la vida
en otros climas errante?
No sé qué presentimiento
me dice que, pues, cobarde
yo tan poco he resistido,
10 será mi rubor bien grande!
Mas ¿qué importa? Venga todo
cuanto quiera! Qué! Expatriarme
de nuevo, sin haber visto
siquiera cuál fué el ultraje
15 que siete siglos de susencia
causaron en su semblante!
En ese semblante ¡oh cielo!
que como otra vez me halague
con una sonrisa, temo
20 que de gozo no me mate!
Decirme que ella ha sufrido
por mí largo tiempo, y antes
de juzgar yo por mí mismo,
de ella por siempre alejarme!
25 ¡Ah! no: lleve yo siquiera
un consuelo a mis pesares:
un consuelo, y nada más!.....
Sí! ¿Yo en Sevilla quedarme
por ella? Pues.... aunque sufra
30 es digna de perdonarse?
Dicen que si dió su mano
a otro afortunado amante,
fué que de la muerte mía
la convenció traidor arte.
35 Y qué! La sombra de Teudo
de inferirle tal ultraje

no la arredró? ¿Quién la ha dicho
que no somos inmortales?
¿Que de la fe que hemos dado
nos eximen los umbrales
del sepulcro? ¿Y que bien puede 5
aquella mitad que parte,
de la que dejó en la tierra
completamente olvidarse?
¿Y que, si le es permitido
de otro mundo, por instantes, 10
venir a explorar aqueste,
entre sombras impalpables,
al aproximarse el alma
al lecho que inconsolable
reputaba, no se sienta 15
destrozar de mil puñales
encontrándolo ya lleno
de caricias de otro amante?
No: el esposo que a esta idea
siente que en su pecho aun cabe 20
valor de darse a otro dueño,
lo que es el amor no sabe;
al menos una pasión
cual la mía. ¡Yo una imagen
haber podido hallar nunca 25
que la suya reemplazase!
¡Yo haber visto otros encantos
a los suyos comparables,
y amando a otra después de ella
degradado no encontrarme!.... 30
¡La violencia la redujo!
¿Y qué miedo o qué contraste
a mí me habría arrancado
votos que ella reprobase?
No: jamás ella ha sabido 35
corresponderme, y ¡no es fácil

que del alma el justo orgullo
se desmienta lo bastante,
para que, después de verla,
yo pretenda de ella gajes
5 sin encanto, y un momento
mi separación retarde!

XX

A medida que se acerca
el instante, ¡qué inquietud
de mí siento apoderarse
10 como misterioso augur!
¡Toda la noche he velado,
sin que el alivio común
del sueño haya conseguido
dominar mi lasitud!
15 Al fin, ya dorar te veo,
¡oh aurora! el espacio azul,
de tus gracias derramando
por doquier la plenitud.
Todo ríe en torno mío
20 y retoza en mar de luz;
¡yo solo en las ondas lucho
de incierta vicisitud!
De una en otra playa siento
vagar mi bajel, según
25 el viento que lo domina,
sin encontrar su salud!
¿De nuevo a exponer mi vida
voy al numeroso albur
de esos falaces teatros,
30 do brilló mi juventud,
para aprender solamente,
¡oh mundo! lo que eres tú,
y recoger experiencias

de una eterna amaritud?
 ¿Pudiera acaso algún pecho
 hacer palpitar aún
 esta frente, ya quemada
 de otro sol por la acritud, 5
 y estos hombros agobiados
 por la ponderosa cruz
 de los tormentos del alma,
 más que de la esclavitud?
 ¿Habrá un rostro que sonría 10
 al mío, donde ningún
 viso hallará que no indique
 huraña solicitud?
 Y si todavía en ella
 de mí subsistiese algún 15
 dulce recuerdo, al mirarme
 ¿no va a perder su virtud?
 Veo cuál en esos campos,
 do la admiración común
 fué mi lote un día, ahora 20
 va a ser mi infalible albur,
 y no obstante, iré cual sombra
 que embozada en su capuz
 sepulcral, el hado saca
 a vagar del ataúd! 25

XXI

Además, si yo a esa arena
 de nuevo a mostrarme voy,
 ¿no es un momento, y por darla
 sólo el postrimer adiós?
 Si voy a explorar un punto 30
 la sombra de su esplendor,
 ¿no es para con esa vista
 afianzar mi curación?

Los frutos de la experiencia,
cuando pierden su frescor,
son, cual todo lo terrestre,
sujetos a alteración.

5 ¿Qué es lo que no borra el tiempo?
¡Cree tal vez nuestro candor
desmemoriado, obsecuencias,
do ayer perfidia, hallar hoy!
Bueno es, pues, de cuando en cuando

10 sin tomar parte en la acción,
darse en las ondas del mundo
un baño preservador;
que vea también la ingrata
los efectos que causó,

15 que sienta un remordimiento,
y contento adiós la doy!
¡Oh! que llegue la hora pronto
y luzca esa aparición,
para que mañana venga

20 el descanso... o ¿qué sé yo?
Parece que se anticipa
ya Conrado... ese rumor...
alguien ha llegado... él mismo;
percibo su alegre voz.

25 Adiós, pues, ¡oh diario mío!
confidente de un dolor
que en tus páginas ha hallado
alivios con la efusión.
Deslízase la pluma

30 a un impulso agitador,
que arrastra cuanto me cerca
en remolino veloz.
Mis ideas se confunden
con aquella sensación

35 del reo que está temiendo
un fallo condenador.

Imposible coordinarlas
de nuevo será por hoy;
y así, ¡adiós, hasta que luzca
mañana no sé cuál sol!

XXII

Brilla, ¡oh sol! brilla, y los rayos	5
reuniendo en el centro tuyo	
de cuantos soles avistas,	
forma presto un nuevo mundo!	
Críe el céfiro más lenguas	
a fin de ensayar murmullos	10
de amor hasta hoy no escuchados:	
aprendan nuevos preludios	
los arroyuelos, las aves	
más armónicos arrullos,	
y que todos me acompañen	15
a solemnizar mi triunfo!	
<i>¡Elvira me ama!...</i> ¿Cuál eco	
un poder más absoluto	
tendría que estas palabras?	
¿Cómo cuando las pronuncio	20
y hacen de enternecimiento	
temblar al viento en su curso,	
no miró surtir mil cielos,	
cual a un mágico conjuro?	
Tierra, ¿cómo no te alfombras	25
de verdor aun más fecundo;	
astros, cómo vuestro brillo	
no aumentáis hasta el deslumbro?	
<i>¡Elvira me ama!...</i> ¡Harpa mía,	
que la ausencia o dolor rudo	30
de tu dueño, tantos años	
en letal sueño mantuvo,	
vuelve hoy a anudar tus cuerdas	

y da, al herirte mi pulso,
sonidos que hagan los muertos
revivir de los sepulcros!
Mas ¡ah! que en vano querrían
5 en este inmenso tumulto
de dicha, ofrecer mis manos
a la cadencia tributo!
En la agitación del alma,
para que el gozo en que abundo,
10 no me haga estallar, es fuerza
que halle de un torrente el flujo.
Quisiera en alas del viento,
de un frenético al impulso,
correr cantando mi dicha
15 al través de un gran concurso.
¡Elvira me ama!... Y yo pude
hasta aquí dudarle injusto!
pensar que este amor de fuego,
capaz de incendiar un mundo,
20 al través de mil estorbos
y distancias, fácil rumbo
para envolver no se abriese
en su hechizo el pecho suyo!
¡Diario mío! Si expresiones
25 hallaba mi dolor sumo
para consignar sus ansias
en tus páginas, hoy busco
palabras inútilmente
para la dicha que sufro,
30 sufro, sí, que de su exceso
incapaz, ya me consumo!
¿Cómo describir con orden
el movimiento, el balumbo
que a mi rededor veía
35 cernerse en olas confuso
por esos vastos salones,

donde de luz un diluvio
inflamar quería el aire
por mil vidrios repercuso
y por los ricos recamos
de los trajes, donde en grumos 5
brillaba el oro: los rayos
que sobre fulgor tan sumo
de cien ángeles vertían
los ojos y los purpúreos
semblantes, avergonzando 10
los diamantes de su lujo?
¿Aquel círculo de encantos,
a cuyo feliz susurro
sentía mecerse el alma
extasiada cada uno: 15
aquel divagar de objetos,
de ilusiones aquel cúmulo,
de donde todo afán era,
por fuerza invencible, exclusivo;
en fin, aquel recruzarse 20
inmeditados discursos
o interrumpidos conceptos,
ecos del interno impulso?
No; de nada serviría
el más reposado estudio 25
para expresar lo que sólo
la mente concibe en grupo!
Pero el desvanecimiento
general sólo su influjo
a mí no extendía, y sólo 30
entre aquel vasto tumulto,
mi corazón, defendido
cual de impenetrable escudo,
de sus penas se encerraba
en abismo más profundo; 35
y cuanto más la alegría

general hallaba curso,
tanto más en contrastarla
parecía él hallar gusto.
En vano al rededor mío,
5 cual en torno del sepulcro
que a un héroe famoso encierra,
o ante su admirado busto,
una juventud curiosa
venía a aumentar sus grupos
10 por momentos, anhelosos
de ver y admirar los unos
cuáles mudanzas habían
los sufrimientos diuturnos
producido en el objeto
15 a que su niñez dió culto;
y aquellos que de mi rostro
no hacían recuerdo alguno,
conocer ansiando al héroe
de tanto romance asunto!
20 Bien lejos de envanecerme
ese interés que difundo,
o de demostrarme a él grato,
mi ceño más y más turbio
se torna; y sin refrenarme
25 el que se atribuya a orgullo
mi conducta, claramente
manifiesto mi disgusto.
Aun de mi condescendencia
bien arrepentido busco
30 para de allí retirarme
ya algún medio menos brusco.
Mas, mientras preocupado
de esta idea, yo procuro
poco a poco aproximarme
35 a una puerta, ¡oh Dios! escucho
súbito venir de afuera

y propagarse un murmullo
por el salón; todos se hablan
al oído; hacia aquel punto
conviértese cada rostro,
cual por un encanto oculto, 5
y de la puerta a mí vagan
las miradas del concurso.
Claro era que se atendía
un acaecimiento brusco,
cuya menor circunstancia 10
ansia devorar cada uno.
Y yo en esa expectativa
creyendo casi un insulto
hacia mí ver agotada
la paciencia, me apresuro 15
a salir. Bien se podría
decir, al mirar mi añublo,
que era espíritu maligno
lanzado de allí a un conjuro.
Mas no bien asomó afuera 20
mi infausto semblante obscuro,
la causa del movimiento
que así me irrita, descubro.
Al través de estrecha calle,
abierta por el profuso 25
competir de mil curiosos,
he visto avanzarse el grupo
de un hombre y una mujer:
por breve momento dudo,
a pesar que en ésta creo 30
haber conocido al punto
una aparición divina,
que aunque no ví en tiempo mucho,
en mis sueños no ha cesado
de ser objeto absoluto. 35
Mas en mi estupor no tarda

en sacudirme un agudo
grito que ella vierte; al cual
no pude quedar yo mudo;
pues sentí que mis entrañas
5 todas con terrible impulso
se agitaron por dar otro
en respuesta, aun más profundo!

XXIII

Era Elvira, sí, era Elvira;
y herido por su presencia
10 cual por un rayo, si logro
lo restante de la escena
recordar, sólo es en sombras
confusas. Sé que su tierna
exclamación resonando
15 quedó, cual vibrante cuerda,
por largo espacio en mi pecho.
De súbito pasmo presa,
permanecer debí inmóvil,
los ojos fijos en ella:
20 como una estatua a quien vida
ensalmo potente diera,
y para mover sus pasos
aguardase una orden nueva.
¡Era Elvira, sí, mi Elvira!
25 aunque mil años viviera,
mi emoción no olvidaría
tras de tanto tiempo al verla.
¡Y esto que ya prevenido
iba a su encuentro! ¡Oh! que pueda
30 tan terribles impresiones
la humana naturaleza
sufrir sin anonadarse!
¡Oh Elvira! que con terneza

incomparable te amaba,
sabía por experiencia
harto dura; pero ¡cómo
presumir que me debiera
sentir a tu sola vista, 5
tras de una anhelosa ausencia,
capaz de alterar el orbe
y aun de trastornar la tierra!
y que aquel dulce gemido,
en cuya expresión suprema 10
claro he visto que aun me amas,
hoy al corazón parezca
digno de que el mismo cielo,
por seguir su encanto, pierda!
¡Ah! si por no hallar palabras 15
con que expresar la violencia
de mi dicha, yo me atrevo
quizá a modular blasfemias,
perdone un Dios indulgente
a mi insensatez extrema! 20
No fué, no, tu hondo gemido
simple expresión de la pena
que al ver a quien ofendimos,
nos arranca la conciencia
de una ingratitud culpable! 25
Algo más en esa tierna
voz había; y ¿quién que oyóla
como yo no la interpreta?
¿Quién al más apasionado
vence en amorosa ciencia? 30
Y si el corazón me engaña,
si un día me convenciera
de que persuasión tan dulce
no era más que ilusión ciega
de un amor que en cualquier sombra 35
juzga asir lo que desea.

¡ah! ese día, yo lo siento.
mi último suplicio fuera!
Tú me amas aún, Elvirá,
y bajo el poder te encuentras
5 de aqueese indigno tirano!
y en mis manos no flamea
aún la espada vengadora
de la traición más perversal
Me amas, y en sus viles brazos
10 él pudo allí de la escena
impunemente arrancartel
Y aquella mirada horrenda
con que confundí la suya,
aunque foco de ira inmensa,
15 ¿cómo no fué el estallido
que la destrucción pariera?
¿Qué pasmo fatal contuvo
el rayo pronto en mi diestra?
¿Cómo en medio del desmayo
20 que a tu alarido siguiera,
sin recibir su castigo,
sin perder mil existencias,
logró furioso llevarte
hasta su carroza mesma?
25 ¿Por qué cobrarne no pude
de mi estupor, ¡oh influencia
de un mal genio! hasta que el ruido
de las voladoras ruedas
me advirtió que él a su cárcel
30 llevaba en salvo la presa?
¡Oh! Reniego de mí mismo!
No hay excusa a mi torpeza,
ni puede atenuar mi culpa
sino la más pronta enmienda!
35 Sí, volaré a repararla.
Preciso es que yo la vea

bien pronto: que mucho tiempo
 no la oiga su cárcel negra
 acusar de cobardía,
 necedad o indiferencia,
 los efectos de un cariño 5
 que su exceso mismo hiela.
 Sufre, Elvira, un solo día,
 mientras noche amiga llega,
 las duras reconvenciones
 de ese pérfido en mi ausencia. 10
 Sus furios no te asusten:
 el ruido de tus cadenas
 casi rotas, te consuele;
 y cuando propicia venga
 la hora que tu amante aguarda 15
 en la más ansiosa vela,
 ¡ten valor; y abrume entonces
 la infamia al que la merezca!

XXIV

Dejo un instante la pluma,
 para con mayor violencia 20
 volver a tomarla luego,
 que si en el papel no encuentra
 siquiera un rápido curso
 esta insufrible tormenta
 de encontrados pensamientos, 25
 de casi locas ideas,
 que a mi cerebro se agolpa,
 le inflama y lo desconcierta,
 creo que ella bastaría
 a hacerlo estallar sin tregua. 30
 El odio y amor combaten
 en mi corazón sin regla,
 a todo trance y con armas

de cualquier naturaleza;
mas no con opuestos fines,
pues la corona que anhelan
es sólo a quien mi venganza
5 hará más pronta y más fiera.
Querer oponer un punto
vallas a tan justa guerra,
o abrumado de cansancio,
buscar un reposo, fuera
10 insufrible villanía.
La mar sin duda se queja
cuando horribles huracanes
la azotan; pero ¿sosiega
su ira por ventura en tanto
15 que ellos de lidiar no cesan?
No hincha al contrario sus ondas
cada vez más altaneras,
hasta que ellos mismos ceden
y del furor que movieran
20 espantados se retiran,
por no ser su propia presa?
¿Piensa el león en reposarse,
si a aguijar su rabia extrema
de sus cautivos cachorros
25 vienen de lejos las quejas?
¡No haya descansol Mi sangre
en furia incesante enciendan
los recordados agravios,
hasta que no más contenga
30 el volcán su lava, y rompa
sus entrañas más secretas
y elevándose a los aires,
de llamas, ceniza y piedra
todos los espacios cubra,
35 y cuanto al paso le atienda
en una común ruina

asole, postre y disuelva
SÍ, tirano, no más pienses
que un nuevo estupor me envuelva,
sueño el portento juzgando
que mi vista absorta hiera! 5
Ni esperes que de mi enojo
de nuevo a salvarte vuelvan,
si tu espada no te vale,
mil genios que te defiendan.
Apronta el brazo, si sabes 10
blandir con igual destreza
que el arma de la perfidia,
la única que a un noble asienta!
No emplee tu cobardía
sus furias en la inocencia, 15
porque el que beber tu sangre
ansía, ya veloz se acerca.
Llega, noche, amiga noche,
no retardes tus tinieblas,
para que el bardo, guiado 20
de dos deidades supremas,
el amor y la venganza,
su laúd tome en la diestra,
y marche llevando al cinto
su espada, que te esclarezca. 25

XXV

Paloma dé lindos ojos
que en tiempos de otra fortuna
tan gallarda retozabas
de la selva en la espesura,
cuando las alas batiendo 30
e hinchando las albas plumas,
llenabas con tus reclamos
todo el aire de dulzura,

no da lustre ya a tus gracias
el sol que la dicha alumbra,
ni cuando tu canto elevas,
gozosos ecos modulas;
5 dulces son, pero de muerte,
las endechas que hoy murmuras,
y si aun tu encanto conservas,
débeslo sólo a la angustia.
¿Por qué el esposo has perdido
10 que jamás debió, sin duda,
víctima dejarte expuesta
a ser de milana astucia?
¿Por qué no miró él que sola
tú, tan inexperta y pura,
15 mal podrías resguardarte
de la red de la calumnia?
¿Poca gloria parecía
a su bien necia locura
ser quien de tus mil amantes
20 envidia daba a la turba?
Y la voz de los clarines,
los peligros de una lucha
a muerte, el estruendo infando
del cañón que abre mil tumbas,
25 el clamor de los heridos,
del vencedor la ira cruda,
pudieron brindarle halagos
más présagos de ventura,
que las blandas emociones
30 que a tu lado, en dulce incuria,
le bañaban, cuando oía
en cada palabra tuya
cantos de un triunfo que al alma
en celestial gozo inunda,
y en cada mirada vía
35 un paraíso sin penumbra?

¿Por qué no logró tu llanto
 infundirle más cordura,
 ni un fatal presentimiento
 descubrió en tu ruego nunca?
 Por volver de ti más digno, 5
 cedió sin bastante excusa
 tantos bienes a un malvado;
 pues ¿qué falta hacer su ayuda
 debió a una causa escudada
 por tanta heroica bravura? 10
 Y cuando al fin de una ausencia
 tan larga tornando, busca
 su paloma, ¡ay! sólo encuentra
 que otro ha ajado su frescura,
 y porque un suspiro exhala, 15
 recuerdo de amor, sin duda,
 del escándalo que ha dado
 públicamente, la acusa,
 y doblando sus prisiones,
 cree que aun poco la atribula! 20
 ¡Ah! perdona, vida mía,
 las ya bien lloradas culpas,
 y si es que en mi rostro has visto
 cuánto su escozor me punza,
 si un momento de entrevista 25
 revelación tan profunda
 cual a mí te hizo, desecha
 las sombras de la tortura.
 Óigate ensayar el canto
 de amor tu prisión injusta, 30
 anunciándote al oído
 el céfiro que me escucha,
 no ha de permitir tu amante
 que por largo tiempo aun sufras
 por reconvención o halago, 35
 que al par con aquella injuria.

¡Osar, estando yo cerca
seguir ajando tus puras
gracias, que envidiara el cielo,
lo más vil que el sol alumbra!
5 Alza el antiguo reclamo,
que ya tu amante saluda
la aurora de tu rescate
y su contento, que apunta.

XXVI

Toda la noche he rondado,
10 ingrata, a las rejas tuyas,
y ha ensayado el laúd mío
la canción de mi ventura,
aquella canción que un tiempo
fué verdad, mas hoy no anuncia
15 sino que ha vuelto el amante
a quien traicionaste injusta.
Sin embargo, los recuerdos
que debe inspirar, no escuchas,
y hallando un muro en tus rejas,
20 ya tu reposo no turba.
¿Es que al que yo imaginaba
tu tirano, con excusas
ya has calmado, o con protestas
de más fineza futura?
25 ¿Le has jurado aborrecerme
y aguardar la coyuntura
primera para arrancarme
cualquiera esperanza oculta?
¡Necio de mí! que he debido
30 reparar que en la impostura
de móvil, mar confiaba
y que toda hembra calcula!
Tener presente que hundido

para ti estoy en la tumba,
y sólo es un fatuo fuego
el que un momento ésta alumbra;
que esos signos pasajeros,
5 juzgados por mí de angustia,
no eran sino la sorpresa
que aun a pesar nuestro inunda
el corazón, si vagando
por un panteón, conturba
10 nuestra vista de repente
una inscripción de amargura,
mostrando el lugar do yace
un infeliz, a quien cruda
nuestra perfidia hirió acaso,
15 y hoy nos sigue y nos acusa.
¡Ay! cuán imprudente el alma,
cuando adora, se apresura
a abrazar cual realidades
sus imágenes ilusas!
¡Tú para violar tus votos
20 necesitar de imposturas!
¡Falsedad! Si a otro te diste,
tuya fué toda la culpa!
¡Necio el que abrigar sobre ello
pudo la más leve duda!
25 ¿Y aun espero desengaños
mayores? Y mi locura
siempre en su rival dichoso
¿piensa en ir a estrellar su furia?
¿Aun mis celos se proponen
30 arrancarlo a su ternura?
¡Oh ridículos proyectos!
Si ella le ama y me rehusa,
¿merece que mi cariño
loco a tanta luz prorrumpa?
35 ¿No es digna de mi desprecio,

o de odio tan grande, en suma,
como se dobló mi afecto
al creerla con disculpa?

XXVII

¡Oh! de compasión cuán digno
5 juzgo a todo aquel que siente.
como yo, que es necesario
dejar de amar y no puede!
Que sufre cual el que en sueños
marcha imaginaria emprende,
10 y juzga salirle al paso
un gigante a acometerle;
que no hallando otro partido
para salvar, que valiente
aterrar al adversario
15 que entre sus brazos le prende,
lucha, y a sus miembros pide
doblado el vigor que encierren!
Mas ¡inútiles esfuerzos!
Que, cuanto más se revuelve
20 y gime y su esfuerzo agota,
más aquel que sólo cede
como por burla un instante,
torna a dominarle indemne!
¡Ah! con mi pasión, Elvira,
25 tal es lo que me acontecel
¡Cuántos medios no he probado
en mi anhelo de vencerte,
y todos armas han sido
vueltas en mi contra siempre!
30 ¡Combustibles arrojados
a un fuego, porque le amengüen!
Hoy, en fin que me rechazas
con la prueba más patente,

hoy que ni me das siquiera,
al condenarme a la muerte,
el consuelo de extasiarme
por un instante bien breve,
contemplando aquesos ojos, 5
que han sido mi imán perenne,
la ilusión que ha sostenido
mi vida entre mil reveses;
hoy que por postrero alivio
ni a otorgarme te resuelves 10
un indicio, una palabra
en que tu disculpa encuentre;
hoy que a todo te me niegas
y más sorda permaneces
que tus rejas que he sentido 15
a mi queja estremecerse;
yo, mendigo abandonado,
que aunque maldiciendo muere
en desesperación terrible
aun de la piedad celeste, 20
todavía al pasajero
mano suplicante extiende;
yo, a pesar de todo, quiero
esta noche ir nuevamente,
debajo de tus balcones, 25
a exhalar mi alma doliente.
¡Ya no oirás notas de triunfo
ni estrofas que te recuerden
los irrenovables días
en que dichoso llaméme! 30
Por última vez mi canto
llorará tus indelebles
traiciones, y si él no basta
a que tu designio alteres,
si indicios de simpatía 35
más que hasta hoy no te merecen,

¡ay! entonces, ¡ay! entonces
 tu victoria no celebres,
 porque oirás la despedida
 de un moribundo que advierte
 5 volverá, implacable sombra,
 a angustiarte para siempre!

XXVIII

¡Oh! lo que es amar! Cuán raudo,
 de las penas más crueles,
 es el tránsito a la dicha
 10 de más soberano temple!
 ¡Con qué rapidez las glorias
 a las quejas se suceden,
 y a una atmósfera de horrores
 el día más esplendente!
 15 ¡Ayer no más yo acusaba,
 Elvira, tus esquivaces,
 y hoy, cambiado el panorama,
 mi fortuna me enloquece!
 Tú has oído mis reclamos
 20 al fin, y al adiós doliente
 pronunciado por tu amante,
 tu injusta firmeza cede.
 ¡Tú has querido consolarle
 y que a perecer no fuese
 25 en la persuasión terrible
 de tu traición indolente!
 ¿Son mis ojos los que han visto
 ese rostro do perenne
 la angustia reinó entretanto
 30 que yo le ideaba alegre
 con su perfidia? ¿Estos labios
 los que la ventura obtienen
 de haber con su ardor quemado

de tu mano los claveles?
¿Mis oídos los que ansiosos
bebían esos celestes
consuelos donde encontraban
mi injusticia tan patente? 5
¡Tú me amas, y aunque el cuidado
por disimularlo esfuerces,
tu misma atención propala
que a ese pérfido aborreces;
y que tu primer cariño, 10
cada día más rebelde,
mejor en la ausencia mía
que yo, mi causa defiendel
¿No me lo ha dicho ya todo
tu voz misma? que ese aleve, 15
viendo que ni aun le bastaba
simular para vencerte
mi muerte en climas extraños,
que amabas mi sombra siempre,
y serla fiel resolvías, 20
tramando más vil urdiembre,
te hizo creer con mil datos
que a tus celos evidentes
parecieron, que yo en corte.
extranjera, de la suerte 25
fuí mimado favorito,
y violando mis solemnes
juramentos, a una novia
de rica alcornia enlazéme?
¿Y quién tal fingió, a tu alma 30
que respetos aun merece?
¿Castigos habrá a una culpa
tan horrible suficientes?
Y cuando este pecho mío
de desafiar se siente 35
capaz al orbe, al infierno,

por el bien de poseerte,
tú a ese monstruo consideras,
por el riesgo te estremeces
de su vida; y no contenta
5 con el brazo retenerme
cuando busca su venganza,
ni aun que cobre el dueño quieres
la prenda que le han robado
por traición tan insolente!
10 Y cuando a seguirme te iristo,
citas no sé qué deberes
que a él te ligan! ¡Ah! ¿para esto
diste al corazón demente
esos consuelos que a envidia
15 aun al ángel quizá mueven?
¿Para rehusar mi dicha
coronar, y, ¡oh angustial verte
anteponerme el malvado
que nos hizo su juguete?
20 ¿Qué deberes pues son esos?
¿Crees que vínculos solemnes
pudieron por el engaño
arrancarte, y que ellos deben
hacer tu anterior promesa
25 conmigo empeñada, estéril?
¡Ah no! Los únicos lazos
que ante Dios romper no puedes,
son los que yo invoco, y harto
hago ya con resolverme,
30 tu escrúpulo respetando,
a no verter sangre aleve.
Vuela, pues, ¡oh dulce dueño!
a los brazos que te atienden.
¡Aquí está tu único esposo!
35 ¿Hay algún lazo que afecte
al cruel cazador el ave

sorprendida entre sus redes?
 Y ya que hiriendo al impío,
 ella su prisión no vengue,
 ya que retornar no quiera
 dolor por dolor, ¿quién puede
 culpar que ella, por lo menos,
 la ocasión primera acepte
 de volar a su aire libre,
 que el destino la presente?

XXIX

Mas, ¡ay de mí! yo olvidaba
 que el cruel martirio tuve
 de escucharte que te ha dado
 hijos el traidor!... ¡Qué numen
 tan horrible se ha ensañado
 con nosotros, y qué nube
 a esta idea matadora
 siento que mis ojos cubre!
 Hijos de él, hijos que a amparo
 del amor materno, impulsen
 tu pecho a querer su imagen,
 que tal vez ellos trasuntén!
 ¡Ah! por más que el mismo infierno
 su funesta industria apure,
 ¿hallará un tormento acaso
 con que más a un triste angustie?
 ¿Y amarlos podrás tú, Elvira,
 siendo de él? ¿Algo te infunden
 sus rostros, tristes emblemas,
 que no sea pesadumbre?
 «Mi propio desprecio», dices,
 temes que también te abrume
 si aún a abandonar tus hijos
 amor criminal te inducel

Ellos son tan inocentes!
agregas. ¿Qué muchedumbre
los envolverá de penas,
si su madre de ellos huye?
5 ¿Y has de presumirme infame
a tal punto, que te injurie
yo por la más alta prueba
que me diese tu amor dulce?
El dolor de ellos te arredra;
10 pero al mismo tiempo inútil
crees representarte el mío!...
Y ¿por qué no los conduces
con nosotros, cuando huyamos?
Por tu amor, que nos circunden
15 yo sabré sufrir do quiera,
cual precisa servidumbre!
Mas ¿qué he dicho? Tal blasfemia
posible es que yo pronuncie?
Yo sufrirlos? yo de verlos
20 a hacerme llegar costumbre?
A ellos, testimonios vivos
de mi ultraje, a ellos, resumen
de mis penas?... Conformarme
con que cuando les tributes
25 tus caricias, yo sospeche
siempre si al vil padre aluden?
¡Ah! cómo abrigar tan solo
tal idea un punto pude?
Esos hijos no son tuyos,
30 ¡Elvira!... quien lo asegure
miente! y mentirá si agrega
que el amor que te simulen
ellos, puede ser sincero!
¿Quién espera hallar virtudes
35 en la prole de un malvado?
Ten segura certidumbre

desperado lo efectúe,
preciso es que ella en presencia
mi adiós postrimeró escuche.
¡Oh! cuán palpitante aguardo
5 su respuesta!... Si destruye
aún esta última esperanza...
Mas ¿cómo temer que anule
así su promesa, y tanto
de mi deferencia abuse?
10 Cualquiera rumor que sienta
de pisadas, me produce
redobladas sensaciones,
creyendo que me conducen
al nuncio en cuyas expertas
15 manos el papel yo puse.
¿Si habrá conseguido verla?
¡Cómo ansío su vuelta, aunque
sólo el más funesto golpe
les traiga a mis inquietudes!
20 Pero de esta vez no creo
engañarme. El es. Descubre
desde lejos una carta
a mis ojos, que rebullen!
Ya la tengo entre mis manos!
25 Lo que el mudo sobre encubre
¿es la muerte o es la vida?
Un trastorno igual no tuve
jamás; y por venir de ella
solamente, el labio cubre
30 de besos el sobrescrito,
aun sin saber lo que oculte.
La abro al fin... sobre sus líneas
rauda, cual fulmínea lumbre,
corre mi vista... y ¡es vida
35 lo que del contexto surte!
Después que ella me pondera

sus combates y lo inútil
 de su resistencia, el riesgo
 en que consintiendo incurre,
 accede a darme el consuelo
 que pide mi pesadumbre. 5
 ¡Sitio y hora me señala;
 e implorando al fin concluye
 mi piedad!... ¿Cómo he podido
 contestación menos dulce
 yo temer? Beso mil veces 10
 de nuevo el papel que fluye
 para mí ríos de dicha
 y de un celestial perfume.
 No: de un bien tan exquisito
 no temas, Elvira, abuse 15
 tu amante. Casi le basta
 para reputarse un numen
 tu respuesta; y no es la gloria
 la que un criminal produce.

XXXI

¡Oh! Estrecharte entre mis brazos, 20
 con tu aliento respirar
 un instante: de tus ecos
 que interrumpe la ansiedad,
 sentir vagar por mi oído
 el concierto celestial; 25
 como un viento de ventura
 venir mi frente a enjugar
 la seda de tus cabellos,
 con perfume sin igual;
 ver relucir en tus ojos 30
 de luz amorosa un mar,
 y entre el coral de tus labios
 beber néctar inmortal!

¡Oh! después de tal momento,
húndame en la eternidad,
pues ¿qué puede ser la vida
de ese sueño al despertar,
5 de ese sueño en que aun no creemos
palpando su realidad?
Llamarla mi bien, mi cielo,
y aumentando el palpitar,
sentir que se comunica
10 a todo nuestra ansiedad;
que cuanto hay en torno nuestro
se va encendiendo a la par
en una amorosa hoguera,
y gime la inmensidad:
15 que un eléctrico fluído
hace a los astros temblar
de amor: amores respira
la voz de la soledad,
amor, árboles y flores,
20 más amor el murmurar
de vientos y arroyuelos;
y que el nocturno fanal,
que propicio nos alumbra,
nos dice: «gozad, gozad;
25 harto tiempo ha merecido
vuestro ansioso suspirar,
de que atestiguar yo puedo,
esa corona inmortal
Gozad que yo descamino
30 toda aleve enemistad,
y ni al insecto permito
el que os venga a perturbar.»
¿Mil vidas por tal momento
serían mucho inmolar?
35 Y si abriéndose la tierra
me tragase, si un volcán

Nubes de matiz sangriento
fueron su final corona;
pero el oriente me abona
no ser signo de terror.

5 ¡El oriente! sí: la luna
por él asoma radiante
de belleza; y del amante
viene el triunfo a presenciar.
 ¡Un céfiro de ventura
10 manda a refrescar mi frente;
y a su himno glorioso siente
todo, el alma, contestar!

El iris que se doblega
sobre el clavel, ¿qué le dice
15 en secreto? ¿No bendice
envidioso mi placer?
 Y esa estrella ¿no me anuncia
en su titilar, que a Elvira
trémula a acudir ya mira
20 al sitio en que la he de ver?

¿Por qué vertéis como nunca
mares de fragancia, oh flores?
¿Por qué modulando amores,
fuéntes el curso acortáis?
25 ¿Veísla salir de su estancia
hacia la enramada umbrosa,
y al compadecerla ansiosa,
con ella al par me llamáis?

Ese ruiseñor que encanta
 con sus trinos la espesura.
 ¿no es el genio que me augura
 las zozobras de mi hurí?

La natura está suspensa 5
 en solemne expectativa,
 y un coro mi marcha aviva,
 que ella ha enviado hacia mí.

—

Son los genios que delante 10
 de su paso aromas vierten,
 los amores que se advierten
 escoltándola do quier:

las gracias que a su cintura
 se prenden, y su vestido
 hacen crujir con gemido 15
 como el que exhala el placer.

—

Las silfides vaporosas,
 que sus cabellos olean
 cuando a los vientos ondean.
 con blanda modulación, 20

y que envidiosas del aire,
 entre perfumes que escogen
 del vergel, se los recogen
 en delicada prisión.

—

Aunque envidiando mi dicha, 25
 genios, silfides, en brazos,
 queréis llevarme a los lazos
 de inefable beatitud!

Parto, pues, sobre la tierra
sin necesitar la planta
asentar, pues me levanta
vuestra mágica virtud.

SEGUNDA PARTE

Romance I.—1578.

¿Dónde estoy? De qué terrible pesadilla he comenzado a recordar?... Remecerme siento un movimiento blando...	
Oigo de aguas un murmullo deslizarse a entrambos lados, y acorde batir de remos, que las hienden a intervalos.	5
Una claridad medrosa, de los moribundos astros empieza a empañar el brillo, como en crepúsculo infausto.	10
¡Semblantes que no conozco me rodean... si les hablo, me hacen señal de silencio, con mayor fuerza remandol	15
Si pretendo erguir mi frente, que aun abate un peso extraño, por conocer cuáles ondas son éstas que atravesamos	20
veloces se precipitan sobre mí, y aunque con manos respetuosas me retienen en el fondo de este barco.	
¿Qué misterio es este, amigos?	25
¿Por qué a modo de un malvado queréis que me oculte de alguien, que estuviésemme asechando?	

Vanamente a mis preguntas
yo contestación reclamo;
prosiguen mudos y tristes,
llorosos y cabizbajos,
5 Pero más y más me siento
volver de un hondo letargo,
y espectáculos horribles
comienzo a entrever por grados:
un listón, que sangre humea,
10 se acerca hacia mí flotando...
oigo gemir la natura,
miro eclipsarse los astros...
Dándome el adiós supremo,
me hiera un acento amado,
15 y de un monstruo aborrecido
el vil corazón traspaso...
¡Ay! Elvira ya no existe...
veo que prófugos vamos,
¡cielol y que mi altiva frente
20 hirió vengador tu rayol

II

No más agitéis impíos
del Guadalquivir los claros
cristales, ¡oh conductores,
con vuestros remos odiados!
25 Dejad de arrastrarme al puerto
lejos de mi suelo patrio,
por salvarme de un suplicio
que anheloso yo reclamo
¿Pensáis que siendo un infierno
30 mi vida yo aprecie en algo,
y al más bello extraño clima
no prefiera aquí un cadalso?
Antes de subirlo, al menos

de Elvira regar mi llanto
los restos podrá y con ellos
tendré mi eterno descansol
¡Reparad que este universo
para mí ya ha terminado, 5
que no soy más que una sombra
de mí mismo que en él vago
porque el río del olvido
aun atravesar no alcanzo,
mis suspiros no queriendo 10
oir barquero inhumano!
De otro mundo formo parte,
des que Elvira a él ha volado:
despojos no más me quedan
de este, que gimiendo arrastro, 15
cual cadáver que un conjuro
del sepulcro ha levantado,
y al mágico impulso sólo
mueve vacilante el paso,
Por última vez os ruego 20
me dejéis en el hispano
suelo, que mi dulce Elvira
con su sangre ha consagrado,
¿Pensáis que vivir yo pueda 25
mucho tiempo en el extraño?
¡No es mi bien, pues, el que impíos
buscáis, mi cuerpo arrastrando
a un extranjero sepulcro,
que cuando a dos quiso el hado 30
unir en una existencia,
una tumba ha de encerrarlos!
Pero al oirme, con bríos
mayores seguís remando!
¡Si mis ruegos no os reducen,
que os obliguen mis amagos! 35
¡Verdugos! ¿habéis creído

que cuando aterré a un malvado,
quedó extinta mi energía
y mis fuerzas se agotaron?
Cesad, o veréis que aun guarda
5 bastante vigor mi brazo
para penar tentativas
de alejarme de lo que amo.
Eso es, ¡venid a mí todos!
Pero ¡ay! que me siento exhausto...
10 y vencido fácilmente,
me tratáis cual insensato!
En vano resisto... ¡oh cielos!
veo que juzgas que aun harto
no he expiado mi soberbia!
15 Consuélo sobrado grato
fuera desde luego hundirme
en la nada, y necesario
crees que mi suplicio aun dure
sobre este universo odiado!

III

20 En breves horas me han puesto
en San Lúcar, y un instante
no han cesado, entre prisiones,
mis guardias de vigilarme.
Así en vano yo he asechado
25 la ocasión de un raudo escape,
para buscar en el río
un remedio a mis pesares.
A vivir me han obligado,
y en llegando aquí, a una nave,
30 que va a partir para Francia,
acaban de trasladarme.
Conrado ya estaba en ella,
y acordado mi pasáje

secretamente tenía.

¡Oh amistad! con tus afanes
 amorosos cuántas veces
 nos das positivos males!

¡No, no puedo agradecerle 5
 tanto esmero por salvarme
 de una muerte que ambiciono
 hoy como mi bien más grande!
 Perder la última esperanza
 él me ha hecho... Sí; aunque exangüe 10
 ví exhalar entre mis brazos
 su adiós postrero a mi amante,
 yo no sé qué loca duda
 por momentos a halagarme
 aun venía, cual si el alma, 15
 que en aquel terrible trance
 parecí perder yo mismo,
 a reanimar su cadáver⁴
 se hubiese desde mi cuerpo
 trasladado en fiel arranque! 20
 El me ha aconsejado, ¡ay triste!
 de ilusión no alimentarme...
 ¡Ella está muerta, sí, muerta
 sin remedio, y hospedaje
 hoy mismo hallará en la tumba, 25
 y apenas tendrá, quién sabe!
 una lágrima que el polvo
 que sobre ella arrojen, bañe!
 Pocos honrarán su muerte
 por mi causa... y cuándo baje 30
 este sol al occidente,
 mirando inclinarse un sauce,
 sobre ella la brisa sola
 exhalará tristes ayés!

La luna que anoche mismo, 35
 penetrando entre el follaje,

sonrió tan placentera
a nuestro trasporte amante,
cuando esta noche de nuevo
visite aquellos lugares
5 los encontrará aun cubiertos,
¡ay de mí de fresca sangre!
Unos tras otros los días,
en su sucesión constante,
vendrán, y ella en su sepulcro
10 estará sin homenaje.....
¡Quedarán pronto olvidados
mi ventura y mi desastre,
y aun los huertos que los vieran,
tornaránse en soledades!

IV

15 ¡Conrado, al fin, ha partido;
y a las lágrimas amantes
de su despedida, apenas
las mías han dado un gajel
Mi corazón se ha secado
20 después del fatal contraste,
como si ya a otros afectos
ningún lazo me ligase!
Contemplo sin un suspiro
sus anclas levar la nave,
25 tender al viento las lonas,
de las playas alejarse.
Insensible estoy a todo,
y este peso insoportable
que mi corazón oprime,
30 nada hay que amengüe o agrave.
La amistad es vano nombre,
el mundo sombra inconstante,
la dicha ilusión de muerte,

precursora del desastre.
 La patria ya no la tengo,
 y al verme sobre los mares,
 un desesperado consuelo
 siento que empieza a ocuparme. 5
 ¡No, no atentaré a mi vida!
 Inútil es que aun se guarden
 conmigo estas precauciones.....
 Morir aquí o más distante,
 ¿no es lo mismo? Y aun la vida 10
 para mí ¿no es semejante
 a la muerte? Lo que venga
 ¿qué podría ya importarme?
 Mecedme, mecedme, espumas;
 de las playas alejadme, 15
 y celebrad, marineros,
 los principios de mi viaje.
 Decidle, decidle a España,
 cuando enviáis a su margen
 en cantos que el llanto riega, 20
 un adiós tan lamentable;
 decidle que yo no lloro,
 mientras en presto balance
 cada ola que atrás dejamos,
 menos visibles las hace. 25
 Aun más: decid que me burlo
 demente de vuestros ayes,
 porque cuanto amé me llevó.....
 ¡el recuerdo de un cadáver!
 Si, mi Elvira, ¿qué te importa 30
 ver huérfano de homenaje
 tu sepulcro? En él no moras
 sino en mi pecho anhelante.
 ¿Qué importa que el vil gusano
 diente roedor ensaye 35
 sobre ti si acá en mi mente

con mayor brillo renaces?
¿No es todo ilusión la tierra?
Vivir en el alma de alguien
¿no es una nueva existencia,
5 y aun quizá más envidiable?
Sólo una ilusión por otra
cambias, y en el hospedaje
que te ofrezco, mártir mío,
no hay cortejo de pesares.
10 Puro amor haré tu vida.
Consuélate, dulce imagen;
ni ya serás una sola,
pues sabré multiplicarte.
Serás para mí el lucero
15 que las olas de los mares,
nuncio del sol, más que él mismo
enamore y brillante.
Aparición luminosa,
cuando más ruja el embate
20 de encontrados elementos
en la noche formidable,
te oiré, besando mi frente,
porque el rayo no me espante,
decirme que vas conmigo,
25 mi custodio inseparable.
En las no exploradas selvas,
do se pierde el caminante,
tus trinos sabrán dichosos
las salidas indicarme.
30 Tú vendrás en el desierto,
cuando más la sed me abrase,
en salvador refrigerio,
agua de la fuente a darme.
Siento que estas reflexiones,
35 me consuelan: que un ultraje
tal vez a tu sombra infiero,

oh mi Elvira, con llorartè.
 Y no obstante aqueste alivio
 sólo es iris de un instante,
 y ya el seco llanto siento
 a torrentes inundarme!

5

V

He llorado largo tiempo,
 y amargo consuelo al fin
 he vuelto a probar; mas, ¡cielos!
 cuán poco dura lo vill!

Entre tanto que a mis ojos
 las playas en el confín

10

del horizonte aun nadaban,
 y envueltas en vapor gris
 irse perdiendo las via,

una reacción viril,

15

que acaso llamar pudiera
 poderoso frenesí,
 bastantes fuerzas me daba
 aún quizá para reir.

Pero desde que a lo lejos
 disipóse su perfil,

20

des que sólo de agua y cielo
 me rodea azul terliz,

siento renacer mi angustia
 con redoblado motín,

25

Solitario ya en la tierra,
 como su desecho vil,

¿dónde iré que atroz vacío
 no vea al redor surgir?

¡Oh vagar, vagar por siempre
 por el mundo tras un fin

30

ignoto, y sin esperanza
 de hallarlo en ningún país!

El ruido de los humanos
intereses, junto a sí,
mientras uno va pasando,
escuchar, mas no sentir;
5 ver que son felices otros,
aunque en sueño baladí,
sin poder de aquese/ sueño
ni aun la ilusión percibir!
De un tantálico suplicio
10 nueva víctima infeliz,
¿cuál es, pues, mi grande culpa,
para ser penado así?
Si un Dios grande es quien me ha dado
existencia tan ruin,
15 ¿cuál es, pues, la consecuencia
que yo puedo deducir?
El justo sobre los justos
a su más rico pensil
debióme con el objeto
20 enviar de ser feliz,
porque agradecido el labio
le diese alabanzas mil;
mas desde que en él penetro,
sólo acierto a maldecir.
25 Si al aroma de sus flores
gozar quiero y su carmín,
en ceniza me las torna
bien pronto una mano hostil.
Engaños no más encuentro
30 en el seductor festín,
cuyos néctares encubren
siempre un veneno sutil.
Respóndame, pues, el Justo;
diga por qué injusto ardid,
35 si la verdadera dicha
quiso reservarse a sí,

necesitó su grandeza,
 por hacerse más sentir,
 de su alta prerrogativa
 tanto testigo infeliz.

¿No podía contentarse
 sin ser envidiado? En fin,
 si la tierra es un infierno,
 tinto en el falaz barniz
 de un cielo, que nos anuncia
 perdido por culpa vil, 10
 ¿por qué esa culpa no puedo
 nunca recordar yo aquí?
 El juez más inexorable,
 cuando abate una cerviz,
 hace al menos el motivo 15
 saber de su pena ultriz.
 Pero el juez por excelencia,
 al condenarme a sufrir,
 en un mar de conjeturas
 me deja vagar sin fin! 20
 ¡Ah Señor! si es un delito
 horrendo mi discurrir,
 haz por compasión qué acabe
 ya esta vida para mí.
 Si es un dón, por él mi labio 25
 no te puede bendecir;
 y aniquilado, a lo menos
 no blasfemaré de ti. (1)

(1) El lector no debe escandalizarse de estas blasfemias de Teudo, pues en Jerusalén, junto al sepulcro del Salvador, reconocerá arrepentido que el hombre, por desgraciado que se vea, nunca debe quejarse a un Dios que sufriendo el mismo los mayores tormentos que pueden imaginarse, nos dió la lección más sublime de nuestro verdadero destino en la tierra.

VI

¿Y aun no termina mi pena?
Seis días de ardor febril
han devorado mi sangre,
sin poderla consumir!
5 Seis días mi mente opresa
de estúpido frenesí,
con visiones ha luchado
de espantosa formas mil.
Ya eran monstruos que pasaban,
10 sin cesar, cuyo rugir
los ámbitos repelían
de un emboscado confín:
ya eran ladridos remotos,
denuncio de intento hostil,
15 y luego expirantes quejas,
con que lloraba un jardín.
A ratos de un mar furioso
me sentía yo embestir,
y este mar subía siempre,
20 ya amagando mi cerviz.
Luchando por evadirme
en vano, acaso creí
escuchar la voz de alguno
que ayudaba a bien morir!
25 Sí, no hay duda: en ese estado
yo me he visto, y ¡oh infeliz!
¿por qué he tornado a la vida?
Por qué el peso que sentí
oprimir tanto mi pecho,
30 le deja otra vez latir?
Por qué ese horrendo tumulto
del delirio, en torno a mí
se disipa, y nuevamente

mi razón torna a lucir?
 ¡Oh alivio bien desgraciado!
 con que en vano de esta lid
 se ha aguardado que acabase
 para siempre mi sufrir! 5
 En mi lecho, abandonado,
 he vuelto a encontrarme aquí.....
 Mas sobre cubierta siento
 muchas voces, gran trajín,
 y del buque los balances 10
 principiar a disminuir!
 ¿Si habremos llegado al puerto?
 Es seguro: el reteñir
 de cadenas lo confirma,
 y no siento fuerza en mí 15
 para separarme un paso
 de este estrecho camarín,
 aunque por desgracia aun tengo
 sobradas para vivir!

VII

¡Heme ya en tierra extranjera! 20
 A manera del demente,
 que tras furioso arrebató,
 insensible permanece;
 así arrastrar me he dejado
 al puerto, y mi árida frente 25
 ya la Marsellesa brisa
 a orear propicia viene.
 ¡Con qué solícito afecto
 estos huéspedes me atienden,
 cual si en vez de extraño, un hijo 30
 fuera yo, que ellos reviesen!
 ¡Ah! si en el mundo pudiera
 algo haber que me consuele,

sin duda el afán sería
de estos piadosos franceses!
¿Es que el infortunio mío
han adivinado, y tiene
5 para ellos un privilegio
el que por amor padece?
Yo encontrar aquí esperaba
insensibles mercaderes,
y del primitivo tiempo
10 la hospitalidad me envuelvel
¡Ay! ¿por qué son tan perdidos
sus desvelos? ¿Por qué vienen
a estrellarse en un insano
que ni sonreír ya puede?
15 ¡Cuán insociable es, por cierto,
el dolor! Cuán bien merece
la caridad que no arredrán
sus injustas esquivaces!

VIII

A pesar de mis desvíos,
20 ellos han doblado siempre
su atención, y día a día
mi salud se restablece.
No sé qué adormecimiento,
aunque de amargor perenne,
25 a los tormentos del alma
breve tregua les concede.
Es verdad no la permite
el carácter de sus huéspedes
que en sus profundos abismos
30 un instante se concentre!
Esa perpetua alegría
que en sus rostros resplandece,
como si en sus pechos nunca

el dolor hallase albergue,
poco a poco a cuanto sufre
o llora al reedor trasciende,
y a su influjo no resiste
aun la angustia más rebelde. 5
¿Será acaso que les falten
causas de afligirse siempre?
No, puesto que ellos son hombres,
y en patrimonio, igualmente
que los demás recibieron 10
de dolor fecundo germen.
Mas no dejan huellas hondas
nunca en ellos los reveses.
Ni es un corazón de acero
quien su efecto así repele, 15
sino un natural que quiso
Dios cantase eternamente.
Dotados de una exquisita
sensibilidad, los mueve
cualquier fugitiva sombra 20
que empañe su esfera ardiente;
pero son como el infante,
que cuando lágrimas vierte
más amargas, en sus labios
la sonrisa se aparece. 25
Piensan que ha venido el hombre
sobre esta mansión terrestre
a hacer sólo por un día
una excursión de placeres:
las penas son los contrastes 30
de ese viaje, que se deben
dominar porque su influjo
el gozo común no altere.
Sublime filosofía!
¡La sola que hacernos puede 35
de esta vida insoportable

el atroz suplicio leve!
Hijos de la antigua Grecia,
los amables marselleses,
cuando la región nativa
5 no es más que guarida agreste
de la opresión y el delito,
cual depósito solemne,
conservan de sus mayores
el carácter indeleble.
10 Sí, a pesar de la distancia
y del tiempo, Grecia alegre
Grecia feliz, yo en Marsella
juzgo respirar tu ambiente.
Aquí la existencia corre
15 lo mismo que en tus vergeles
primitivos: no hay costumbre
ni danza que no se impregne
de esa tu primer poesía,
cuyos ecos aun me embeben.
20 Las guirnaldas hoy marchitas
en tus profanadas sienes,
orlando las de tus hijas,
en la Galiá aun resplandecen.
Tus áridos valles, donde
25 resuenan de tus crueles
dominadores los gritos,
amagando a un siervo débil,
aquí reviven ufanos
con verdor que no consiente
30 la libertad palidezca;
y si un eco los conmueve,
es el de la alegre flauta,
que cien coros enloquece.
Alusiva es cada fiesta
35 de este pueblo, y así envuelven
memorias de sus desastres,

cual de triunfos de sus héroes.
 Sin duda cuando ha borrado
 la común precisa suerte
 largo tiempo los vestigios
 del imperio más potente, 5
 siempre en un rincón lejano
 del mundo, cuidado tiene
 de que, como en un santuario,
 su marca imborrable quede!

IX

Toda es sucesión la tierra. 10
 Síguese al invierno frío
 el sufocador verano,
 y la noche al diario brillo.
 Al placer da siempre caza
 el eco de los gemidos, 15
 y enjuga el consuelo el llanto,
 menos en el pecho mío!
 Así de este alegre pueblo
 al atronador bullicio
 va en la noche poco a poco 20
 sucediendo hondo sigilo.
 El concurso de amadores
 que frecuenta sus floridos
 paseos, se desvanece
 cual ensueño fugitivo. 25
 Disípanse los rumores
 de ternísimos suspiros
 y de amantes juramentos,
 ya sinceros, ya mentidos.
 Y al fin, sin moverse nada, 30
 húndese en sueño tranquilo
 la ciudad y los vergeles,
 el campo y el cielo mismo.

Apenas si solitaria
luz, en remoto retiro,
da de que vigila alguno,
por causa ignorada, indicio:
5 apenas si mientras todo
calla, de amador asiduo
se oye armonizando el aire,
el canto no bien distinto,
con que a arrullar viene el sueño
10 de la hada de sus delirios,
o a acordarla que la hora
de su cita ya ha venido.
El solo rumor constante
que cerca de mí percibo,
15 y me anuncia que la tierra
vela el sueño de sus hijos,
es el de esas dulces fuentes,
que en mil intrincados hilos
derraman frescor y encanto
20 por el espacio vacío.
Y la sola compañía
de mi desvelo prolijo,
es esa celeste antorcha,
cuyo resplandor propicio
25 ora del feliz, amante
da no sé qué de benigno.
¡Oh luna! tú para el hombre
más simpático sentido
que otro ningún astro tienes,
30 bajo de cualquiera signo!
Te alegras con el dichoso,
lloras con el afligido,
dando a cada sentimiento
benéfico lenitivo.
35 ¡Cuántas veces a tu lumbre,
oh luna, llorar me has visto,

alzando hacia ti mis manos,
que hacían sonar sus grillos!
Y entonces tú confortabas
este corazón marchito,
de esperanzas ilusorias 5
con el seductor prestigio.
Me decías dulcemente
que Elvira a ese tiempo mismo
te pedía, en triste ausencia,
me trajeses sus gemidos. 10
Tú el retorno iluminaste
a su patria del cautivo,
cuando inundándole el alma
indecible regocijo,
quisiera abrazar cada ola 15
que acercaba su navío,
e implorando al mar y al viento
todo su ser era un himno.
En fin, cuando mil prospectos
vi al llegar desvanecidos, 20
¿no fuiste tú la hada sola
que los lamentó conmigo?
¿Quién te acusa de agradarte
ser cómplice del delito,
y de guiar muchas veces 25
el puñal del asesino?
No seré yo, luna hermosa,
que en velo te ví sombrío
tu rostro encubrir la noche
en que expiró el dueño mío! 30
No, entre el cúmulo de males
con que el linaje maldito
del hombre ha abrumado el cielo,
al menos mostróse pío
al poner en los espacios 35
para sus hondos quejidos

tan dulce eco como el tuyo,
pronto siempre a repetirlos.
Yo vengo, pues, esta noche,
como náufrago perdido,
5 que busca un final refugio
en tu resplandor amigo,
a sentarme al fresco borde
de esta fuente, que al deliquio
ha tiempo me está invitando
10 con su armónico ruído.
Los recuerdos que a intervalos
y en confuso laberinto,
mi mente hasta aquí embotada
solamente han perseguido,
15 hoy siento que se me agolpan
en orden y bien distintos,
y al través de luz extraña
los contemplo y los persigo.
Resistirlos tal vez fuera
20 el más oportuno aviso,
mas guarde prudencia un duelo
que para ello encuentre brío.
Un dolor desesperado,
como el que a mí me ha cabido
25 sólo en lo que más le acrece,
suele hallar algún alivio.

X

Mecíaste tú en los cielos,
¡oh luna! con igual brillo
que aquesta noche, en aquella
30 que a calificar no atino.
Quiso en ella tanta gloria
y horrores el hado impío
acumular; fué tan récio

para el alma el torbellino
del placer y de la angustia,
que a producir un delirio
tan discorde no bastara
el cielo al infierno unido. 5
Tú recuerdas cuán ufano,
al cebo de dulce auspicio,
en los brazos de los genios
me viste dejar mi asilo.
Ni una sola vez siquiera, 10
en aquel feliz camino,
pienso que mi planta hubiese
tocado el césped o el risco.
En un vértigo volaba,
y a mi rededor el río 15
y naturaleza toda
de triunfo entonaban himnos.
Nunca la mente fingiera
un concierto más divino,
y estallar temía el pecho 20
al furor de sus latidos.
Llego a su mansión y encuentro
entreabierto aquel postigo
que mi acceso ya esperaba
al mágico paraíso. 25
¡Qué fragancia, qué armonía,
marchando por él, percibo!
Era un diluvio de incienso
en aras del amor mismo:
cada árbol, cada hoja escucho 30
exhalar fervientes trinos:
¡ay! regábaslos, oh luna,
con un resplandor tan rico!
¿Ves ahí ya la glorieta
en donde mi amor me ha escrito 35
que va a aguardarme? Ya tiembla

de mis pasos al ruido.
Ya creo que entre las hojas
del arrayan la diviso,
fragante lecho de flores
5 honrando con sus hechizos.
Al acercarme, las ramas
sonríen: me precipito:
«¿Eres tú, mi bien, mi cielo?
Aun en creerlo vacilo!
10 Después de tanto pesares
ser trasladado a tu Empíreo!»
Y mis labios se imprimían
sobre los flotantes rizos
de su cabello, en su mano,
15 en la orla de su vestido:
¡todo en ella lo idolatro,
todo me es un incentivo!
¿Con qué compararla, oh cielos
que no quede el labio frío?
20 Aun la turbación doblaba
más y más sus atractivos.
La gasa que la vestía,
pura y blanca como armiño,
espejo de su inocencia
25 era, y transparente indicio.
Ceñía su esbelto talle
leve, morado corpiño,
de la agitación interna
dando en su reflejo visos;
30 pero aun más la demostrando
en su ondear repetido,
pues muy mal aprisionaba
de aquel seno los latidos.
Un chal punzó recamado,
35 a la pasión alusivo,
caía en fin de sus hombros

con seductor descuido.
 La esparcida cabellera,
 que entre aromas exquisitos,
 la brisa o su sobresalto
 impelía al rostro mío; 5
 sus labios donde se mira
 vagandó un temblor continuo
 a un rayo lunar que baja
 a besárselos furtivo;
 sus ojos que inquietos vagan 10
 un momento en desvarío,
 pero pronto en mi semblante
 quedan, hechizados, fijos;
 todo, en fin, en ella acusa
 el desorden más divino, 15
 y al verla se funde todo
 en ternísimos suspiros.

XI

¿Quién habría dominado
 ante ella su ardiente arrobó,
 aun cuando la hubiese menos 20
 que yo, suspirado ansioso?
 No tiene el lenguaje humano
 términos bastante propios
 para expresar en tal punto
 mis transportés venturosos. 25
 Recordarlos aún hoy puedo,
 si bien de imperfecto modo,
 pero ¿quién dará una idea
 de los celestiales gozos?
 ¡Fué en aquel feliz momento 30
 cuando de mi largo acopio
 de penas felicítame,
 pues hallé tal desahogo!

Apenas podía hablarla,
y monosílabos cortos,
o más bien exclamaciones,
eran mi único coloquio.
5 Ni ¿para qué nos servían
las palabras? Uno y otro
sabíamos comprendernos,
sin intérprete engorroso.
¿Qué la habría allí yo dicho,
10 que no estuviese en el fondo
de su pecho? ¿Qué a mí ella
que no me fuese notorio?
En dos cuerpos sólo una alma
residía, como el coro,
15 de varias voces compuesto,
da un sólo eco melodioso.
¡Elvira! no más decía
yo; y ella mi nombre propio
únicamente exhalaba;
20 pero cuanto había en torno
árbol, flores, fuente y cielo,
con un cántico sonoro
de acabar la dulce frase
se encargaban por nosotros!
25 Y a esa música extasiante,
cada vez más impetuosos,
mis halagos respondían,
y aun hallaban su retorno.
Si; que aquel no era un instante
30 para tímidos sonrojos,
y la reflexión gemía
a un poder más imperioso.
Era un frenético olvido,
un vértigo en que los ojos
35 del alma cual los del cuerpo,
no miraban más que un rostro.

Toda excusa se olvidaba
 y un rayo voraginoso
 habría cenizas hecho
 cualquiera ensayado estorbo.
 Mas ella, cual remecida 5
 de atroz presagio de pronto,
 probó a interrumpir de besos
 aquel torbellino sordo;
 y espantada, «¡Ay! ¿es para esto»,
 exclamó, «que mi decoro 10
 he expuesto a tan gran peligro?
 Me dijiste que tan sólo
 venías adiós a darme,
 y en un abismo me arrojó!
 Por la última vez, mi dueño, 15
 yo tu compasión imploro».
 Con un diluvio de besos,
 reclinado ya en sus hombros,
 aun antes de terminarse,
 tu reconvención sofoco. 20
 Ni ella ensayó repetirla,
 sino que en suspiros hondos
 se fundieron nuestras almas,
 y mil astros luminosos
 tan grande esplendor vertieron, 25
 que me pareció que todo,
 todo el universo ardía,
 en incendio esplendoroso.

XII

¡Oh labios al fin reunidos
 tras un mundo de sollozos; 30
 oh, después de hallaros ciegos,
 de luz inundados ojos;
 oh senos, cuyos latidos

llegaron allí a su colmo!
¿qué mágico encanto el vuestro
fué, que aun con él me trasporto?
¡Sí, mi Elvira, aun hoy te estrecho
5 y a mi seno te sufoco,
a morir sólo aspirando
sobre el tuyo venturoso!
¿No te dice este latido
vas a ver mi pecho roto?
10 Así mi bien: no te alejes;
venga tu cabello undoso
a resbalar por mi frente,
y aprieta tus labios rojos
a los míos, porque el alma
15 vierta en ellos, ellos solos!
Un tirano nos asecha;
mas tarda en venir su enojo,
porque presumir no puede,
¡necio! que minutos pocos
20 basten, sobren, para unirse
en celeste desposorio
a los que se amaron tanto
y sufrieron cual nosotros!
Ni concibe que una vida
25 de amor encierre el tesoro
de un instante, que valdría
por edades de almo gozo.....
Mas ya, Elvira, los suspiros
que exhalamos uno y otro,
30 nos convierten a la vida,
porque este infeliz trastorno,
sólo como un lampo al hombre
fué dado, y mayor destrozo
que el del rayo causaría,
35 a prolongar sus arrobos!.....
¡Y bien! ¿qué es esto? En ti vuelta,

comienza a correr tu lloro?
 Te hallas culpable, bien mío?
 Mas ¿de qué? ¿No soy tu esposo?
 ¡Mis derechos has sellado
 esta noche! Sí, a mi solo 5
 desde ahora perteneces.....
 Quien intente tu recobro,
 preciso será te arranque
 a mis sangrientos despojos.
 Si no es un vil, si él te ama 10
 preséntese ya ese monstruo!
 ¡Ni un siglo podrá bastarle
 al furor con que te adoro,
 y en ese siglo un momento
 no he de estar de ti remoto! 15

XIII

Así, Elvira, te decía,
 y de pasión casi loco,
 comencé yo a arrebatarte
 con impulso poderoso.
 ¿Adónde me proponía 20
 conducirte? Aun hoy lo ignoro,
 y sólo sé que muy lejos,
 a los climas más ignotos!
 Tú sin osar resistirme,
 seguías con abandono 25
 mi eléctrico movimiento,
 como el rayo perentorio.
 Muy fácil me parecía
 substraerte al mundo todo,
 y ocultarte aún a los cielos, 30
 ¡oh mi único patrimonio!
 Yo rugía cual la fiera,
 a quien enemigo encono

persigue por arrancarle
su dulcísimo cachorro.
Y en tanto que yo tu esbelto
talle más ceñía, apoyo
5 buscaba, al marchar, tu frente,
reclinándose en mi hombro.
Todo en torno palpitaba
como yo, formando votos,
porque nuestra fausta fuga
10 no encontrase algún estorbo.
¿Recuerdas? Se sonreía
la luna; y brillando el olmo,
al pasar, su copa esbelta
inclinaba hacia nosotros.
15 Parecía allí decirnos:
« Volad, volad, que aunque sólo
me dejéis, vuestra ventura
será alivio a mis sollozos. »
Solamente con un grito
20 que el alma te heló hasta el fondo,
nos dió triste anuncio el vuelo
de aquel cárabo espantosol
Y a naturaleza misma
pareció causar asombros,
25 pues en solemne silencio,
mustia se quedó de pronto.
Mas ¿qué idea allá en tu mente
al presagio tuvo absorto,
cuando a pasar ya el postigo,
30 nos hallábamos tan próximos?
Trémula te detuviste,
y con gemido el más hondo,
« ¡Mis hijos! » clamar te escucho.....
¡Oh acento sobrado odiosol
35 ¿Has oído allá a lo lejos
su clamor?... ¡Es falso lloro!

¡Pues ni en Satanás se encierran
tanta saña, tantos odios!
¡Oh infame! guarda más regla
y que menos por tus poros
5 con el furor se disipe
la prudencia... Vergonzoso
fin, si no, voy presto a darte,
sin ningún esfuerzo heroico...
¿Ves? Ya te he herido. Tu sangre
10 en correr tardó bien poco.
Es la sangre de un malvado,
del más negro infierno aborto:
el mismo suelo se indigna
al verla ensuciar su polvo.
15 Con tremendos golpes juzgas,
¡oh necio! darme el retorno;
mas ellos no han de servirte
sino de mayor bochorno.
Mira cómo los rechazo,
20 cual los de un niño, y te agobio.
con los míos... ¡Ola! ¡clama
tu impotencia por socorro?
No salvarás aunque pongas
todo el órbe en alboroto.
25 ¡Es la hora de mi venganza.
Nada ha de imponerle estorbo!...
Pero ¿qué es esto? Tú, Elvira
¿te avanzas entre nosotros
a impedirme que le mate?...
30 ¡Retírate! Pues conozco
que capaz es este infame
aun de herir tu seno propio...
¡Ah! qué horror! Él en efecto
te hiere, mi bien! qué oprobio!
35 qué infamia! Tú palideces,
gimes, caes!... Horrendo monstruo,

no tarde más el infierno
 en llevar su patrimonio!
 Toma! en tu pecho mi acero
 de esta vez, se hundió hasta el pomo!
 ¡Elvira! ya estás vengada. 5
 Pero aun es esto poco!...
 Esta otra, para que acabe,
 y esta otra también... más pronto;
 que aunque Dios mismo me pida
 su perdón, no se lo otorgo. 10
 ¡Muere, infame, como un perro,
 exhála gemido ronco,
 y a tu víctima buscando
 la vista revuelve en torno!
 Mas porque en su mal no puedan 15
 saciarse al morir tus ojos,
 de este puntapié, bien lejos
 de donde ella está te arrojó!

XIV

¡Elvira! mi bien! ¿Qué sientes?
 Ay! Cómo bañada estás 20
 en esta sangre preciosa,
 que se vierte como un mar!
 ¿No podrían contenerla
 mis labios? ¿Qué hado procaz
 permitió que en este seno 25
 se internase aquel puñal?
 ¿Cómo pudo él obediencia
 al impío impulso dar,
 sin hacerse antes mil trozos
 o al menos volverse atrás? 30
 Va creciendo en torno nuestro
 una horrible obscuridad,
 como si del orbe fuese

la postrera una hora tal.
¡Y yo estoy solo contigo
sin poderte aquí aliviar!
Socorro!... Que no lo invoque
5 me dices, porque ya está
próxima tu muerte... ¡Cielos!
No, no puede ser jamás.
Vas a vivir, vida mía.
¿Cómo me has de abandonar?
10 Voy a transportarte al punto...
Me lo impide tu ademán.
¿Muy fatigada te sientes?
Empieza a cubrir tu faz
una palidez terrible,
15 y al punto en que te amo más,
tus párpados casi cierras,
cual bajo un peso mortal!
¡Qué horror! Elvira! ¿No me hablas?
Y en esta horrenda ansiedad
20 no oigo de tu voz siquiera
un acento celestial?
Alzas tus ojos con pena...
los veo empañados ya:
quieres hablarme, y no puedes
25 sino quejas exhalar.
Me das tu mano y la siento
un frío cubrir glacial!
Y esto es hecho? tú te mueres?
tú me dejas? tú te vas?
30 Alza tu cerviz, e inclinas
la frente como a buscar
mis labios... ¿Quieres en ellos
verter suspiro fugaz?
Yo recibo el dulce beso,
35 mas en él creo escuchar
un adiós, ¡ay! pronunciado

con acento sepulcral
 Tu sangre, que detenerse
 pareció un momento, ya
 con ronco hervor, de tu herida,
 se vierte en mayor raudal. 5
 ¡Ah, mi bien! ¿Ha sido aquese
 tu postrero respirar?
 Tu cerviz desfallecida
 cae como a un soplo letal,
 y tu empezada sonrisa 10
 se heló en noche de pesar.
 Este peso extraordinario
 de tu cuerpo... ¡Ay! ¿es verdad,
 o un vértigo atroz? La luna
 se oscurece aún más y más... 15
 Todo gime en torno mío,
 todo llora: es sólo un ay
 prolongado la natura:
 ruge horrendo el huracán.
 Cunde un terremoto y gira 20
 en remolino voraz
 el orbe: su sombra enciende
 una explosión-infernal.
 Y yo cual náufrago asido
 a un leño en la tempestad, 25
 vuelo también arrastrado
 del trastorno universal.

XV

¿Qué es esto? Cuando principio
 mi estupor a abandonar,
 ¿vuelvo a encontrarme en la tierra, 30
 o estoy en la eternidad?
 De que te he seguido, Elvira,
 tengo idea bien cabal.

¿Por qué, pues, ya no te veo?
¿por qué me hallo en soledad?
¿No quieres mi compañía,
que me has vuelto a abandonar?
5 Yo te llamo, y tú me encubres
silenciosa aun donde estás.....
Pero ¿qué es lo que aun estrecho?
¡Tus despojos!..... ¿Es verdad?
Aun vivo, pues, en la tierra,
10 y un privilegio fatal
hace que yo solo torne
en este infierno a alentar!
Te retengo aún en mis brazos;
pero yerta y sin señal
15 de que a iluminar mis sombras
algún día volverás.
En vano tus ojos busco,
fijos para siempre ya,
y en vano un soplo de vida
20 en tu labio pruebo a hallar.
No hay remedio: para siempre
se ha extinguido mi fanal.
¡Y todo esfuerzo a reunirnos
ha de ser ineficaz!
25 ¡No ha bastado a consumirme
mi tormento sin ¡gual!
Sin ti retorno a la vida;
tú sin llevarme te vas
¡oh cielos! injustos cielos!
30 ¿Podrá haber mayor crueldad?
Con que, pues, en lo futuro.
Elvira, tal vez podrá
mi mente representarse
todo tu invencible imán;
35 de aquesta noche el principio
venturoso renovar;

pero nunca será todo
 sino una ilusión falaz;
 un manto brillante echado
 sobre un espectro no más,
 y que al menor movimiento 5
 descubra la realidad...
 ¡Lo cierto, lo único cierto
 por siempre, mi bien, será
 que sólo en sombra tus gracias
 he de ver y he de estrechar!... 10
 ¿Qué quieren estas fantasmas,
 que con sonrisa infernal
 burlándome me rodean?
 Su fiera barbaridad
 se esfuerza a arrancar a un triste 15
 cuanto aun le resta en su afán.
 No les cederé mis prendas:
 las estrecharé más y más
 a mi moribundo seno,
 porque mi lecho nupcial 20
 mi único lecho es aqueste;
 ¡fuera de él no hay que esperar!...
 Mas, Conrado!... ¿Qué? tú mismo,
 que por mi amigo te das,
 ¿has venido aquí a excitarlas 25
 su atentado a consumir?
 ¿No eres tú quien algún día
 con empeño el más tenaz
 te obstinaste en arrancarme
 a mi triste soledad? 30
 ¿Cuáles son, pues, las venturas
 que con labio tan falaz
 prometísteme? Tú solo
 me lanzaste a este volcán.
 Y sabiendo que su cráter 35
 me arrebató ya voraz,

de tu ardid con los efectos
te has venido a solazar
¡Ah! siquiera ten ahora
de tu víctima piedad;
5 no pretenda aún arrastrarme
tu feroz carro triunfal.
Déjame morir con ella.
Piensa que en mí viendo estás
una imagen del avaro
10 a quien se acabó su paz,
porque ve le han substraído
su dulcísimo metal,
y vacía estrecha el arca
do creyó seguro estar.
15 No te esfuerces en llevarme
no sé dónde, porque ya
soy reptil que dividido
se agita antes de expirar.
Una mitad de mi mismo
20 busca con supremo afán
la otra mitad, porque es dicha
siquiera una unión final.

XVI

Nada han podido mis ruegos
ni mis quejas..... Su crueldad
25 aprovechando a aquel punto
mi honda turbación mental,
sepárome de tus restos,
vivir me hizo, y por jamás
solo y sin un fin me alejo
30 del dulce suelo natal.....

y hondas fosas donde caiga,
cuando voy tras un objeto
que falaz mi vista halaga.
Del delicioso alimento
5 destinado a mi crianza,
tú tomas la mejor parte
y con las borras me embriagas.
Y nunca cuando la fiebre
me da un viento que tú llamas.
10 nunca cuando soy herido,
nunca cuando caigo, tratas
de que ese mal me consuma
o mortal sea la llaga,
o bien hondo el precipicio,
15 para dar fin a mis ansias.
No; que eso fuera muy pronto
eximirse de tus garras,
y arrancarte el privilegio
que te ha dado la desgracia.
20 A veces tal me sacudes,
tal me hieres y maltratas,
que nadie juzga yo pueda
resistir violencia tanta;
pero tú sabes a tiempo
25 retirar tu férrea zarpa,
y avivar mi extinta fuerza
con cierto elíxir que guardas;
Díme, díme quién dispone
se eternice aquesta larga
30 lucha desigual contigo,
reprobando el acortarla
¿No dicen que la natura
nos confiere justa y sabia
un derecho de defensa
35 que ninguna ley contrasta?
¿Por qué, pues, contra ti solo

tal derecho se me embarga?
Y puesto que ni vencerte
logre, ni evitar tu rabia,
cuando a presentarme viene
amistosa esta fantasma 5
como el único camino
de salvamento una daga,
¿por qué no he de recibirla?
Y no pudiendo en venganza
justa herirte yo con ella, 10
por carecer tú de entrañas,
¿por qué ha de privarme el cielo
que asiéndome a aquesta tabla
en las mías la sepulte,
que para ella están bien francas? 15
Yo la acepto, sí, la acepto;
y a la vez que la alborada
ya por el Oriente apunta,
juzgo ver naciendo mi alba.
Mírame, ¡oh dolor! ya alegre, 20
y ruge, arpía inhumana,
pues poco más mi alimento
ha de envenenar tu audacia.
Ya mi noche se disipa,
y si crees que a mis miradas 25
oponiendo perspectivas
de un infierno me acobardas,
¡oh necio! yo te aseguro
que tu astucia vil se engaña,
pues ¿dónde hallaré tormentos 30
como los que aquí me causas?
Yo me burlaré aun del cielo
cuya pérfida falacia
te me dió por enemigo
e intenta prohibirme esta arma. 35
Yo la bendigo y saludo

mi libertadora, y grata
sensación me inunda, viendo
que es fácil burlar tus tramas!

XVIII

5 ¡Cómo ha volado la noche
y en las selvas más lejanas
la luna ya hunde su carro,
enviando un adiós al alba!
¡Salud, oh aurora, que vienes
iris hoy de mi bonanza,
10 y para ceñir mi frente,
traes de triunfo una guirnalda!
¡Salud, lucero que brillas
nuncio a mí de nueva fausta,
y de conductor te ofreces
15 para mi última jornada!
Es tu invitación bien dulce:
yo la acepto; pero aguarda,
breves horas solamente,
a que un deber cumpla el alma;
20 que si ha sido este hospedaje
para mí sólo desgracias,
que en él dé una despedida
mi agradecimiento manda.
No a ti, sociedad traidora,
25 cuya ha tiempo rota alianza
odios arraigó en mi pecho,
que ni aun al morir se amainan;
no a tus pérfidos vergeles
cuyas flores encantadas
30 siempre para mí aspiraron
tan mortífera fragancia;
sino a ti, mar anchuroso,
que con invencible magia

simpatizando a mis penas,
 tuviste su confianza.
 Desde el fatal cautiverio,
 siempre que gemí en tus playas,
 moviendo hacia mí tus hondas, 5
 con su murmullo me hablabas.
 «Yo llevaré, me decías,
 hasta el dueño que idolatras,
 y por quien lloras, tus quejas,
 y si en la margen contraria, 10
 al recibir tu mensaje,
 ella me fía una lágrima,
 la traeré, como un tesoro
 de alivio, sobre mi espalda.»
 ¡Qué de veces al mirarte 15
 rugiendo entre mil borrascas,
 creí en ti ver de mi pecho
 una viva semejanza!
 pues tal vez me parecían
 los rugidos que exhalabas, 20
 protestas como las mías
 contra la miseria humana,
 y que herida tu justicia,
 como un vengador se alzaba,
 para trastornar un orden 25
 cuya explicación no alcanzas!
 ¡Vengo, pues, a saludarte
 por la última vez: tus auras
 respóndanme refrescando
 aquesta frente abrazada! 30

XIX

Dulce amigo de mis penas,
 cuya margen solitaria
 siempre fué propicia al hombre,

cuyo dolor nada amansa;
cual mi suerte incomprensible
eres, y tal vez me agradas
por eso: en vano yo inquiero
5 de dónde vienen tus aguas:
cómo eterno te sostienes
remedando ya en tu rabia
los volcanes, ya gimiendo
como la impotente infancia.
10 Tanta mansedumbre ¿puede
unirse a fuerza tan alta?
Y el mal y el bien ¿por ventura
son la condición del alma?
Nunca sin enternecerme
15 y sin que el llanto rodara
de mis ojos, he venido
a pensar cabe tus alas;
ora en torno me cubriese
del dolor la noche larga,
20 ora efimero un relámpago
de ventura me brillara.
¿Por qué encanto incomprensible,
por qué mística eficacia,
dar a todo sentimiento
25 sabes tan propicia calma?
¡Oh! quién me diera en tu seno
tener mi última morada,
ya que no he de conseguirla
en tumba que nombra el alma!
30 Pero tú no consintieras
nunca en ello, pues rechazas
todo cuanto no es la vida,
de tus líquidas comarcas!
Aun cuando tú mismo a veces,
35 como hambrienta la alimaña,
ansio de dar muerte rujas

y hacer víctimas te plazca,
 apenas logras tu anhelo,
 sin pensar en devorarlas,
 a la tierra restituirlas
 es lo que ya más te afana! 5
 Tan terrible, pues, reputas
 la muerte, que; aun por ti dada,
 apenas la ves, te asombra!
 ¿Qué es lo que en ella te espanta?
 ¿Acaso su incertidumbre? 10
 O tu instinto propio alcanza
 a percibir en la vida,
 de Dios una gran palabra?
 Luego criminal reputas
 por sí mismo el acortarla, 15
 estorbando el cumplimiento
 de voluntad soberana!

XX

¡Oh! quién pudiera arrancarte
 el secreto que me ocultas,
 y cuyo abismo sondeas 20
 quizá al par con la natura!
 ¡Oh! cuando la sed me abrasa
 en un desierto de dudas,
 no ver yo quién a ofrecerme
 algún refrigerio acuda 25
 ¡Dios mío! Cuando te invoco
 ¿por qué mi clamor no escuchas?
 ¿Por qué a proporción que intento
 en esta tiniebla obscura
 un faro hallar que me guíe, 30
 de más negro horror me inundas?
 ¿Culpable es mi tentativa
 que así irritado la burlas?

Pero si lees en mi pecho,
¿es posible que descubras
sino las más vivas ansias
de triunfar en esta lucha?
5 Yo bastante no me encuentro:
siento mi flaqueza suma,
y sin milagroso auxilio,
forzoso será sucumba!
¡Ten de mí piedad! ¿No has dicho
10 que tan diligente cuidas
de que el orbe continúe
en torno del sol su ruta,
como de que su alimento
no le falte al ave nunca,
15 si con diligentes alas
del campo al través lo busca?
¿Por qué, pues, cuando yo clamo
que le envíes a mi angustia
una gota de ese auxilio,
20 sólo obtengo una repulsa?
Si es que estás muy ofendido
de mis blasfemas injurias,
pronto estoy a caer en tierra,
para abominar mi culpa!...
25 Mas, ¿qué es esto? ¿Me has oído
al cabo, Señor? ¿Me ofusca
vana ilusión, o yo he visto
descender de tus alturas
en verdad luz repentina
30 que la del alba deslustra?
Y una voz que dice *mira!*
ha sonado con blandura?
De una y otra dirigidas,
mis miradas se apresuran
35 a convertirse hacia el puerto,
que a esa inmensa luz fulgura.

¡Me parece que en él veo
agitarse aun en confusa
multitud los mil bajeles,
que en otra época, fecunda
de portentos, se aprontaban 5
a hender la salobre espuma,
para llevar al oriente
aquella creyente turba
que arrancar se proponía
a la prepotencia turca 10
la conquista más sublime,
del Hijo de Dios la tumbal
¡Cómo al aura matutina
la sagrada enseña ondula
del Cristo en cada navío! 15
¡Cuán blandas se me figuran
esas olas aplanarse
para el batel que las cruza,
de las playas alejando
los hombres que las inundan! 20
¡Cuán alegres mar y cielo
a una empresa tan augusta
prometen prestar su auxilio!
La esposa su llanto enjuga;
y el hijo, cuando a su padre 25
el postrero adiós tributa,
no osa lamentar su ausencia,
por el gran fin que le impulsa.
En su ferviente entusiasmo,
ningún corazón calcula 30
de qué encantos se separa,
ni de qué riesgos va en busca.
Son un grito de victoria
las playas, y se columbra
que en cada pecho resuena 35
una voz que así le adula:

« Tú dejas terrestre patria,
más es por ir, oh fortuna,
otra a conquistar do entrada
no tienen las amarguras! »

5 Con tal persuasión, sus rostros,
rebosando dicha pura,
más el gozo del que vuelve
al hogar querido auguran,
que la natural tristeza

10 del que un adiós le pronuncia,
y más infeliz quien queda,
que aquel que se va, se juzga.
¡Oh! cuántos también entre ellos,
del dolor a la reciaura,

15 su fe vacilar sintiendo
como yo, la espesa bruma
de su corazón irían
en la sacra sepultura
a esclarecer, ese foco

20 que todo claror vincula!
Ya penetro tus designios,
Señor! A los climas, cuna
de tu religión, me llamas
con esta visión augusta!

25 Es allá donde prometes
al alma quizá tu ayuda,
para disipar las sombras
aterrantes que hoy la anublan!

XXI

30 ¿Pero qué? Ya desde ahora,
llena el alma de ternura,
siente que no más la fuerza
del infierno la subyuga!
El corazón oprimido

respira con más holgura,
 y sus horribles tinieblas
 se convierten en penumbra,
 Aun creo que ya mi mente,
 vario jirón, ¡oh natura!, 5
 de tus secretos misterios,
 en esta pausa columbra.
 Si, cuando a pesar del cierzo
 que por otoño desnuda
 a tus selvas de sus hojas 10
 y a tus prados de verdura,
 cuando a pesar de las nieves
 y huracanes que te abruma
 durante el penoso invierno,
 veo que con faz tan pura 15
 resignada siempre aguardas
 que tanto furor concluya,
 reconozco que aun en medio
 de tus mayores penurias
 un sublime acento siempre, 20
 que a esperar te excita, escuchas,
 y entre el mismo horror te muestra
 perspectivas de ventura.
 Lo mismo, ¡oh mar! cuando advierto
 que tras la terrible furia 25
 de una borrascosa noche,
 apenas el alba apunta,
 tan alegre te brillantas
 de sus rayos con la lluvia
 y en molicie deliciosa 30
 sublimes cantos murmuras,
 si no entrevés en tus raptos,
 el corazón te pregunta,
 una aurora aun bien lejana,
 más que al fin es fuerza luzca! 35
 ¡Ah! tú a esperar lo que esperas,

me invitas, ¡oh mar! sin duda,
y algo, cual tu instinto atisbo
en lontananza confusa.
Dime: cuando mereciste
5 que del Salvador la augusta
planta en el oriente honrase
tus hechizadas espumas,
y tú en vez de osar cubrirla,
admirando tal ventura,
10 como un camello obediente,
doblabas la espalda tuya:
entonces, o cuando él mismo
substrayéndose a la turba,
para meditar venía
15 de tus riberas en busca,
¿no escuchaste de sus labios
rodar por acaso alguna
palabra, donde entreviste
un jirón de sus honduras?
20 Yo quiero ir donde tu nombre
de *Fenezareth*, me augura
que un eco de esa palabra
tus hondas quizá aun murmuran.
A solas contigo intento
25 sorprendértelo, y mis brumas
borrar a ese sol, que fío
ha de completar mi cura.
¡Sólo en ese mismo Oriente
que causó mis desventuras
30 hoy resignación me aguarda,
en todo otro clima nula!

XXII

Firmemente decidido
ya a este viaje, doble fuerza

siento va cobrando el alma
con cada hora que se aleja.
Mis impulsos desesperados
ellas tras de sí se llevan,
y me hallo hasta cierto punto 5
conciliado con la tierra.
Tal me luce la esperanza,
que el asalto de la pena
sólo es vana escaramuza
que ella a la distancia empeña. 10
No cesa de aconsejarme
imperiosa voz secreta
que en preparar mi partida
ni un leve momento pierda.
Yo la he obedecido tanto, 15
cual si un contraste temiera
todavía, que ya todo
para ella pronto se encuentra.
Un bajel que para Candia
va a partir des que amanezca 20
el próximo fausto día,
de aquestas playas me lleva.
¡Qué corazón tan humano,
cuán vasta benevolencia
aun para el extraño abriga 25
la noble nación francesa!
Entre ellos he residido
un rápido mes apenas,
y como a un antiguo amigo
lloran mi inmediata ausencia. 30
¡Cuán sinceros votos forman
por mi curación completa,
que el no haberme ellos podido
procurar, los desespera!
Con ellos a su San Víctor, 35
primer albergue en Marsella

de la religión cristiana,
he ido a orar por vez postrera.
En mí mismo allí he admirado
cuánto a la bondad suprema
5 obligan, si le demandan
igual bien, preces diversas!
Sí: el Señor no estuvo sordo,
y vertía a manos llenas
sobre mí su santa gracia,
10 al són de las voces nuestras.
He salido consolado,
y alegre decir pudiera
del templo: mi alma inundaba
un mar de impresiones tiernas;
15 y de agolparse a mis ojos,
renovándose, aun no cesa
un llanto de gratitud
hacia el cielo, hacia la tierra.

XXIII

Un instante no ha plegado
20 mis ojos el sueño, e inquieta
de divagar no ha cesado
mi alma esta noche postrera.
La proximidad de un viaje
largo, por honda que sea
25 la indiferencia a que acaso
la suerte nos condujera,
no sé qué de activo imprime
a nuestra naturaleza,
que de su habitual letargo
30 la lanza a agitada esfera.
Se cambia nuestro horizonte
nebuloso, y nos presenta
en dudosos arreboles

cierto atractivo que alegra.
¡Oh propicia incertidumbre!
si origen de nuestras penas
eres a menudo, al mismo
tiempo creo que no hubiera
quien sin ti, no detestase
esta efímera existencia,
de abandonarla cuanto antes
haciendo su ansia suprema!
Tú sola eres quien nos liga
con mil vínculos a ella,
por penosa que haya sido;
que el futuro en lidia eterna
suele estar con el pasado,
y la esperanza se mezcla
en tal lid para azuzarla
con faz benigna y risueña,
sin que nunca sus traiciones
estorben que se la crea.
Una reflexión tu influjo
sobre todo a mí me prueba:
¿Quién mirando a su pasado,
ante su aridez extrema
el tornar lo aceptaría
a vivir, si le pusieran
como condición precisa,
que a ser lo que fué volviera?
¡Oh incertidumbre! yo mismo
pruebo hoy tu magia suprema!
¿Qué halago presenta el mundo
que a mí seducirme deba,
ha tiempo desheredado
de todas sus apariencias?
Y no obstante, involuntaria
surge una esperanza envuelta
en sombras acá en mi mente,

e insensato, cual pudiera
otro hacer más venturoso,
este corazón no cesa
de volverse a ver si el alba
5 principia a alumbrar la esfera.
Por fin de esta vez su anhelo
se cumple: una lumbre opuesta
a la lunar, el oriente
rasando, viene a vencerla.
10 Poco a poco los celajes
se destacan y aderezan
con sus visos más pomposos,
preparándola una fiesta.
Cuanto fué dudoso luce
15 por grados, y se oyen cerca
rumores de cien amigos,
que a darme sus adiós ya llegan.

XXIV

Héme ya sobre las olas.
Una comitiva inmensa,
20 sin seguirme hasta la nao,
no ha quedado satisfecha.
Mal alcanzo aún a explicarme
qué simpatía secreta
ha podido a este infelice
25 tanto ligarte, ¡oh Marsella!
Parece que tú en la noche
pasada velado hubieras
como yo, temiendo acaso
no mi último adiós perdieras.
30 Dos amantes hemos sido,
que a separación eterna
condenados, aun lo dudan,
y con la vista siquiera

a tus halagos de indócil,
temas que jamás ingrato
te olvide quien te conoce.
Las dos lunas que yo he visto
5 nacer, morir en tus bordes,
 cua! dos luminosos astros,
 siempre halagarán mis noches.
 ¡Ah! permite que no sólo
 en llanto se desahogue
10 el corazón; porque un himno
 bien merecen tus adioses.
 ¡Oh! si para celebrarte
 pudiera hallar dignas voces
 mi entusiasmo, que tu historia
15 en raudo escenario corre!
 Yo te encuentro siempre grande,
 siempre heroica y siempre noble,
 desde que el Mediterráneo
 nueva Sirena admiróte.
20 Del imperio de los mares
 tuviste también tu lote,
 disputándolo en un tiempo
 de Cartago al hijo doble.
 Por tus manos las riquezas
25 pasaban de las naciones,
 y llegaste a hacer tus playas
 el rico almacén del orbe.
 Aspirando a enriquecerte,
 hacías amar tu nombre,
30 pues luz, no opresión, llevabas
 a los pueblos más feroces.
 Y nunca de la opulencia
 los halagos corruptores
 enervaron la energía,
35 que fué tu más bella dote.
 En trocar el caduceo

por la espada nunca torpe
tu libertad te creyera,
apenas temió algún golpe.
Solicitar tu alianza
viste a los mismos señores 5
del mundo, y tan fiel les fuiste,
que cual exclusivo norte
siguiendo esa fe, Pompeyo
en su desventura enorme
te arrastró, sobrado digna 10
de perecer con tal hombre!
Igual fe por vez segunda
a desastre igual te expone,
duramente castigada
de aragoneses furores. 15
Jamás empañó una mancha
el brillo de tus pendones,
con los de la causa libre
doquier tremolando acordes.
Si hoy tu gloria antigua cantas 20
con poético transporte,
el dulce consuelo sientes
de que criminal desorden
no es causa de que al presente
un igual poder no goces, 25
y palpitas quizá viendo
brillar en el horizonte
fausto indicio de que un tiempo
llegará en que la recobres.
Yo lo espero, sí, admirando 30
tu alma de poeta, aun joven.
Si tus naves de cincuenta
remos, la extensión salobre
no dominan ya, la sangre
paterna en tus venas corre. 35
¿Quién sabe qué gran destino

aun puede aguardarte, ¡oh noble
 Belona! que tus desastres
 en activa paz repones?
 Quién sabe ese heroico aliento
 5 de libertad, hasta dónde
 ensalzará con el tiempo
 a tu entusiasmada prole?
 Bastante lamento el hado
 cuyo místico resorte
 10 me aleja de ti hacia climas
 do nacen tus tradiciones;
 y donde ir a hallar no espero
 viviente, como en tus bordes,
 el espíritu admirable
 15 que animó a tus fundadores!

XXVI

¡Cuán gratas se me figuran,
 del día al albor primero,
 las olas brillantadas
 venir a aplaudir mi intento!
 20 Cómo, preludiando un himno,
 en torno saltar las veo,
 himno que por misterioso
 lleva en sí un encanto nuevo!
 Dos días hace bogamos
 25 por un mar como un espejo,
 que he regado varias horas
 con un llanto amargo y tierno.
 Dos días con él mantuve
 coloquio íntimo y secreto,
 30 mientras las costas pasaban
 desiertas del sardo suelo.
 Hoy, en fin, a la distancia,
 entre matutinos velos,

que una atmósfera africana
 convierte en polvo de fuego,
 las Sicilianas distingo,
 sembradas de trecho en trecho
 de sus pensativas palmas 5
 y escombros de antiguos pueblos.
Marsala la sarracena
 se alza ahí sobre los restos
 de la griega *Lilibea*,
 aquella que de su puerto 10
 vió a Escipión llevar la muerte
 al cartaginés imperio.
 Ah! ningún rastro han guardado
 de su tránsito estos senos!.....
 Las gigantescas ruinas 15
 de *Selinunta* en pos veo,
 por Aníbal sorprendida
 en su rápido progreso.
 Las columnas ya labradas
 para sostén de sus templos, 20
 han quedado en sus canteras
 o quizá a camino medio.
 Entre grupos de variado
 verdor, un poco más lejos,
 cual testigo solitario 25
 de los destrozos del tiempo,
 se eleva sobre su base,
 como llamas despidiendo,
 raro pilar, sólo indicio
 de los tuyos, *Agrigento*. 30
 Antes de ser terminado
 el más colosal de entre ellos,
 destronado vió aquel Júpiter,
 en cuyo honor lo emprendieron.
 Pero mi atención no excita 35
 ninguno de tus recuerdos,

cual la historia de tu Fálaris,
de tanta moral compendio.
¡Algo laudable hizo siempre
aun el tirano más fiero!
5 ¡Cómo no aplaudir al tuyo,
cuando ordenó que el efecto
del cruel suplicio inventado,
su autor probase el primero!
¡Hermoso fué este castigo
10 de un adulador perverso!
Mas no desdeñó el tirano
el servirse del invento,
hasta que hizo aún más glorioso
el ensayo postrimero
15 de la máquina espantosa,
el exasperado pueblo;
y los últimos bramidos
del oro fatal, vertiendo
del tirano agonizante
20 los desesperados lamentos,
mientras que tus propios hijos
libertados, ¡oh Agrijento!
en ellos se complacían
y ufanaban a su ejemplo,
25 el himno de la justicia
victoriosa parecieron!

XXVII

Un viento oriental nos hace,
con rumbo al austro corriendo,
de tus costas, ¡oh Sicilia!
30 separar con sentimiento.
¡Están ellas tan cuajadas
de antiquísimos recuerdos!
¿Qué pueblos se han disputado

del Mediterráneo el cetro,
que no hayan en ti venido,
como en un común museo,
a dejar algunos rastros
de sus triunfos pasajeros? 5
Tu primer dueño, el Fenicio
hubo de cederte al Griego:
Roma te envió en seguida
sus procónsules protervos.
Sucedió al rapaz romano 10
fanático el sarraceno;
y en fin, amos más benignos
te condujo el Evangelio.
Unas a otras se miran
en ti, de tan varios tiempos 15
las ruinas, y se preguntan
sus autores qué se han hecho.
Solamente sobrevive,
de esos señores diversos,
tu Etna majestuoso, cuya 20
noble cerviz, ascendiendo,
todo tu ámbito registra,
y de su exclusivo imperio
celoso, o tal vez vengarte
de tanta opresión queriendo, 25
de cuando en cuando se irrita,
y a su gran sacudimiento,
cada vez de tu faz borra
algún otro monumento.
Yo te digo adiós, ¡oh patria 30
de sabios y de guerreros,
cuyos bosques deliciosos,
cuyos montes pintorescos,
minados por hondas grutas,
que convidan con su fresco, 35
la antigüedad hizo escenas

de sus más sabrosos cuentos!
¡Quisiera por un instante
extraviarme en tus rodeos,
invocando un dulce nombre,
5 como el desdichado Alfeol
Mas de ti ya no diviso
sino, cual puntal del cielo,
ese monte embellecido
por mil mágicos ensueños.
10 Sus ciclopes, su Vulcano,
con pausado golpe alterno,
en sus fraguas, para Jove,
ya no majan rayo y trueno.
Mas el bosque que circunda
15 sus plantas, reverdeciendo,
siempre guarnición parece
de su traje albo de hielos.
Y su cima, coronada.
de un penacho de humo negro,
20 donde sin cesar la lumbre
juguetea al par del viento,
la miran los sicilianos
como un símbolo perfecto
de sus pechos, do perenne
25 vibra el vengativo incendio:
la adoran como el influjo
que tan rico hace su suelo,
y le tiemblan, cual ministro
de las iras del Eterno.

XXVIII

30 A ti convierto mis ojos.
oh Malta, a tus vastos muros,
de los guerreros de la Orden
de San Juan, digno refugio.

Severo es sobremanera
 y triste el aspecto tuyo,
 pues respirar no pareces
 sino el bélico afán duro.

Tu defensa prodigiosa 5
 contra todo el poder junto
 de la media luna, aun tiene
 de admiración lleno al mundo.

Y la Europa agradecida 10
 te envía honroso saludo,
 como al más firme baluarte
 de su sacrosanto culto.

Del gran *Lavalet* la sombra,
 como un abrigo seguro,
 sobre ti sus alas tiende, 15
 y con entusiasmo augusto
 sonrío al mirar tus playas
 con rimeros de insepultos
 huesos blanquear, de lejos 20
 diciendo el oprobio turco.

Aun el mar que te rodea
 en vasta extensión, de insulto
 pirático tiene libre
 el feliz respeto tuyo.

Sigue siempre floreciendo 25
 por el valor, y en sus triunfos
 no se aduerma esa Orden bella,
 de la cristiandad orgullo.

Que los nobles que a su seno
 arrastra sublime impulso, 30
 de toda nación cristiana,
 a dar a Cristo el tributo
 ya en las lides de su sangre
 ya en la ara de incienso puro,
 no olviden que sus vecinos 35
 aun guardan rencor sañudo:

que perdonarles no pueden
haber quebrantado el flujo
de sus glorias, y asechando
siempre están con disimulo
5 un momento favorable
de flaqueza o de descuido
para abalanzar sobre ellos
sus escuadras de verdugos!

XXIX

Cielo y mar por todas partes,
10 sin que a la distancia un punto
extraño la vista atisbe,
nos rodean absolutos.
Y ¡qué mar, Dios, y qué cielo!
Apenas si algún confuso
15 resto de su azul la atmósfera
conserva, y en vastos surcos
parece invadida toda
por un incendio profuso.
El Africa nos enyía
20 su soplo de triste augurio;
y con él venir parecen
de esos desiertos profundos,
inmensas sierpes de fuego,
que su atmosférico curso
25 reflejan sobre los mares,
y aplanando sus columpios,
hacen que hervir con el cielo
nos parezcan de consuno.
Su abrasada superficie,
30 al contacto de este impuro
viento, al todo ha suspendido
sus complacientes arrullos.
Una pesadez de muerte

la ata, y su cristal purpúreo
 sólo temblores de fiebre
 muestra a intervalos convulso.
 De esta situación de cuanto
 nos rodea, son trasunto 5
 nuestros cuerpos, sorprendidos
 de un abatimiento sumo.
 La sangre cual lava corre
 por las venas, y el infuso
 calor hace al pecho opreso 10
 aire respirar cual humo.
 Con dolor insoportable
 se inclina la frente: un jugo
 no hay en el labio, y se seca
 la piel misma y abre en surcos. 15
 Aun lo moral corresponde
 a este sufrimiento agudo,
 y no asaltan a la mente
 sino tétricos asuntos,
 cuantas ideas capaces 20
 son de ocasionar disgusto,
 vistiendo cada recuerdo
 un color cual nunca mustio.
 ¡Oh! por salir de este estado,
 pareciórame un efugio 25
 harto próspero el bramido
 del temporal más adusto.
 ¡Grata distracción siquiera
 de los riesgos el tumulto
 diérame, cobrando entre ellos 30
 el alma vigor robusto!

XXX

Parece que hubiese oído
 mi voto el cielo, y anuncios

de una tempestad cercana
surgen ya de todos puntos.
Entóldase el horizonte,
y va sucediendo al rubio
5 color del mar y del cielo
un pardo cenizo y turbio.
El aire refresca un tanto,
si bien cargado de efluvios
en donde aglomera el rayo
10 sus elementos trisurcos.
A gran prisa van cubriendo
la atmósfera densos grupos
de negros vapores: lejos
se oyen mil ecos confusos.
15 De su sueño despertando
el mar, un sordo murmullo
exhala, y mientras parece
aguardar en espeluzo
la señal de sacudirse
20 con los ímpetus más rudos,
por instantes va su aspecto
mostrándose más sañudo.
Una ave acaso perdida,
que osó prolongar su rumbo,
25 como una exhalación pasa,
huyendo a buscar refugio.
Se espantan los marineros
con tan hórridos preludios,
y al cerrarse ya la noche,
30 cual por instintivo impulso,
cirios a un retablo encienden
de la Virgen con su augusto
hijo en los brazos, y a darla
corren compungido culto.
35 «Estrella del marinero
y faro de albor seguro,»

la dicen, «que nunca engañas
brillando en terror nocturno:
cuando tan lejos del puerto
nos miras en triste apuro
invocarte, no desoigas 5
el clamor del infortunio.
Manda al mar que nos respete,
y surcaremos sin susto
sus olas más encrespadas,
valerosos con tu escudo. 10
El viento, si tú lo ordenas,
no nos tocará iracundo
y el rayo que encima estalle,
desviará su giro curvo.
No habrá escollo que temamos, 15
ni azar que suspenda el pulso,
y del huracán los gritos
nos serán plácido arrullo.»
Así ruegan fervorosos,
y a sus plegarias me aduno 20
yo también, aunque el peligro
contemple llegar con gusto.
Yo ruego, porque por otros
al menos orar es justo,
aunque mi bien mayor fuera 25
encontrar ya mi sepulcro:
«Ten piedad de ellos, Señora,
pues no faltan a ninguno
causas para amar la vida;
mas si en los juicios ocultos 30
del Señor está resuelto
que rescatar deba alguno
la salud de los restantes,
como beneficio sumo,
¡oh! madre, yo te suplico 35
que sobre mí caiga el tumbo,

sobre mí, para mí mismo
y para el orbe importuno!»

XXXI

Y ruge el viento y más ruge,
arrastrándose veloz
5 bajo su ala los acentos
postreros de mi oración.
Ya el pito convoca agudo
toda la gente a labor,
para recoger la vela
10 que gemir hace el penol.
En un momento se cubre
el puente de agitación,
corriendo de uno a otro punto
cada cual, según la voz.
15 Y esta prisa corresponde
a la que se da en reedor
el cielo en oscurecerse,
en arreciarse el turbión,
y en alzar su inmensa mole
20 bramando el mar con furor.
¡Oh! cómo el alma se agita
a tan expresivo són!
Todas sus potencias surgen
con brío tanto mayor,
25 cuanto fué más hondo el sueño
do el reposo las hundió;
que aunque al ocio el riesgo siga,
no sin grata sensación
acaso le saludamos
30 aun en medio del pavor:
¡tanto a la naturaleza
es dulce la variación!
Por fin del preparativo

el fracaso terminó.
 Y triste sobre cubierta
 en muda palpitación,
 cada cual está esperando
 la alta voluntad de Dios. 5
 Más y más las olas pierden
 al bajel todo temor,
 y la que de atrás se sigue,
 madre es de la que pasó.
 ¡Cómo describir sus formas 10
 espantables; el color
 ominoso que revisten,
 sus rugidos de león:
 ese subir por la popa
 con un espumoso hervor 15
 y el gran poder que despliegan
 en su instinto destructor!
 Ellas barren todo el puente
 e inservible ya el timón,
 dejarse de mar y viento 20
 arrastrar es lo mejor.
 El trueno hunde los espacios,
 y en tan rápida excursión,
 la luz sola que nos guía,
 es del rayo el esplendor, 25
 Nunca mayor foco el cielo
 de centellas pareció;
 y una de ellas, descendiendo,
 nos rompe el palo mayor.
 Ayudando la violencia 30
 del viento a la destrucción,
 el gran mástil ha caído
 con sus vergas a estribor;
 y arrastrado de su peso
 el buque, como un bridón 35
 de largo curso gastado,

que insensible al aguijón,
para fallecer se extiende,
así con grande fragor
sobre un lado se recuesta
5 y busca su quilla el Sol!
«Hachas, sierras! Aquí todos!
sacúdase el estupor,
que el riesgo no deja espera
y el mar caza la ocasión!»
10 ¡Gracias al Señor, mil gracias
de la Virgen al amor!
Cayó el palo desprendido
y el bajel se enderezó.
¡Seguimos como una flecha
15 bogando; pero hombres dos
nos ha tragado el abismo,
y en vano un sordo clamor
nos trae el viento, ay! implorando
imposible compasión!
20 ¡Oh! ver que un triste parece
sin poderle dar favor!
Fué espantoso ese gemido,
y en tanto que se exhaló,
había corrido el buque
25 más de cien pasos veloz!
Yo con ellos he debido
arrastrado ser: rodó
sobre los tres la oleada
misma con igual fragor.
30 Ni a dos pasos de distancia
estaban de mí, y, oh atroz
injusticia! no tuvieron
sin duda ellos, como yo,
una mano que invisible,
35 al mar mismo superior,

sin riesgo de grande error,
deciros, sino que habemos,
del viento a la coacción,
corrido la noche toda
5 al Norte más que un alción. »
¡Oh! para aquel que recuerda
que allá en la patria dejó
una esposa, tiernos hijos,
dulces prendas de su amor,
10 y una feliz medianía
que ambicioso desdeñó,
¡cuán terrible sonar debe
aquesta contestación!
Yo no más la había oído;
15 mas el suspicaz temor
ha hecho que la adivine
todo mudo espectador.
Y de aquí los estallidos
de mortal desesperación.
20 Quién llora como un infante
quién acusando el rigor
del cielo, blasfema impío;
quién confiesa en alta voz,
sus pecados, prometiendo
25 ejemplar expiación
No hay rostro en que no se pinten
las angustias del terror;
y muchos desalentados,
en abierta rebelión,
30 más tiempo seguir rehusan
una infructuosa labor.
Tendidos en sus hamacas,
su fría resignación
al sueño amigable piden
35 como un último favor,

los translade al de la muerte
sin sentir más aflicción.

XXXIII

Sólo al caer de la tarde,
de tan crueles inquietudes
viene a darnos un respiro
de salud leve vislumbre. 5
La furia de la tormenta
parece ceder: las nubes
se aclaran y el recio viento
con menor violencia ruge. 10
Olas menos gigantescas
nos embisten: que transluce
algo a tierra parecido
nos grita una voz bien dulce.
No por mí tal se me antoja, 15
que con honda pesadumbre
miro de acabar mis males
tanta proporción que huye;
mas por esos infelices
cuya pena me confunde 20
tal, que mi mayor deseo
viene a ser verlos inmunes.
A este anuncio inesperado,
como del sepulcro surte
todo el que abatido estaba 25
y a la proa alegre acude.
En efecto, hacia el Oriente
de las nieblas se escabullen
más y más negros manchones,
que en peñascos se traducen. 30
Hacia ellos enderezamos,
sin temor o incertidumbre,
ávidos la proa, y salvo

no hay uno que no se juzgue.
Cada paso que se avanza
hacia mares nos conduce
más benignos: ya la costa
5 entera el viento descubre.
Un práctico la conoce;
el seno de *Ambrosia* arguyen
aquesas rocas, cubierta
de imperecedero lustre.
10 ¿Qué fuerza de mar nos pudo
a tan largo curso inútil
obligar, y qué destino
en este desvío influye?
Tierra es inhospitalaria
15 en el día, la que ocurre
a nuestro afán; pero al menos
es tierra, y peligra el buque.
Además, tales recuerdos
estos sitios nos producen,
20 que en la antigüedad entero
el presente se confunde.
¿Qué importa mirar desiertas
las playas donde el ilustre
vencedor de Antonio quiso,
25 en testimonio que acuse
su victoria a muchos siglos,
que una gran villa se funde?
Nicópolis ya no existe;
pero aunque inflexible burle
30 de aquel semidiós el tiempo
los propósitos volubles,
la imaginación a darles
pleno cumplimiento acude.
Si, este mar donde al presente
35 el delfín no más zabelle,
esta onda que, a más de nuestra

nave, no hay bajel que cruce,
 diez y seis centurias antes
 una inmensa muchedumbre
 de galeras la cubría,
 y en inconciliable empuje 5
 dos jefes se disputaban
 del orbe la servidumbre.
 Al uno obedece cuanto,
 a pesar de sus costumbres
 depravadas, queda en Roma 10
 fuerte en bélicas virtudes.
 Al otro valientes brazos
 apoyan también, mas lúgubre
 presajio es que el manto suyo
 esparza suaves perfumes: 15
 que trece asiáticos reyes
 le escolten, y osada surque
 el mismo mar, sobre todo,
 la maga que le seduce.
 ¿Por qué, Antonio, no la dices 20
 que a recibir no se apure
 tanto el premio prometido
 por ti a sus halagos dulces:
 que no conviene que en medio
 de los bélicos albures, 25
 la púrpura te distraiga
 del bajel que la conduce?
 ¡Ah! tú crees que su presencia
 nada habrá que no sojuzgue,
 y que va hacer de ti mismo 20
 un irresistible numen!
 Así fuera, si te amase
 ella como tú; mas ¿útil
 puede serte quien sus gracias
 a la suerte prostituye? 35
 quien no busca en los azares

del combate a que concurre,
sino la excelsa corona
que en Roma su sien circunde?
¡Ah! cuando el riesgo de cerca
5 ella mire y la conturbe,
pensará que es un motivo
la ambición sobrado fútil
para que por él una hembra
lo arrostre: huirá, y una nube
10 tus ojos cubriendo entonces,
dejarás tu muchedumbre,
prodijios de arrojio haciendo
por un jefe que vil huye,
y en eunuco ha convertido
15 la molicie en que se hunde.
Todo olvidaráslo, fama,
hombres, tras esa lumbre
corriendo, que por castigo
quiere el cielo que te ofusque.
20 Ni te importará que Octavio
tu infame conducta burle,
haciendo ver a tus huestes
ser su heroicidad ya inútil.
¡Ay! y cuando vas la muerte
25 a darte, porque presumes
la de aquella en cuya falta
aun la luz del Sol te aburre,
¿cuál será tu recompensa?
¡Ay mísero! que ella dude
30 en seguir tu propio ejemplo,
mientras tu rival no anule
hasta su última esperanza
de enredarle en sus embustes,
y un sucesor en él darte
35 que su falso llanto enjugue!

XXXIV

¡Oh condición de la muertel
 Nunca del que más la invita
 a herirle y la busca ansioso
 al ruego el oído inclina.
 Como mujer veleidosa, 5
 huye de él y aleve afila
 su segur contra el felice
 que en mayor afán la evita.
 Tal yo mismo experimento.
 Ya es exceso de porfía 10
 la atención con que ella aparta
 todo obstáculo a mi vida.
 Yo he debido en esta noche
 perecer, y a una divina
 guardia misteriosa sólo 15
 es debido que aun exista.
 Después de haber empleado
 vario interminable día
 para mi impaciencia, en esta
 desierta costa, averías 20
 de la nave reparando,
 ya por fin sólo una brisa
 favorable se aguardaba,
 para seguir nuestra vía.
 Bajo el mismo promontorio 25
 de *San Mauro*, que es la antigua
Léucade famosa, estábamos
 la hora invocando propicia.
 Era la noche: una calma
 completa se difundía 30
 en derredor, por el cielo,
 el mar y costas vecinas.
 Sobre las cumbres del *Pindo*,

que este horizonte limitan
por oriente, a la distancia,
la luna llena ascendía.
Ella plateaba sus nieves
5 sempiternas, y a medida
que al zenit se adelantaba,
de las más bajas colinas
y llanuras que rodean
el golfo, su luz tranquila
10 una gasa transparente
de vapor subir hacía.
De en medio de ella elevaban
sus cervices carcomidas,
a ambos lados de la costa,
15 varias desiertas ruinas.
Al siniestro, de *Nicópolis*
dijéranse todavía
los restos hacer memoria
de los tiempos de su dicha:
20 a diestra el macizo muro,
que únicamente hoy domina
el campo donde *Accio* fuera,
meditaba con sombría
actitud sobre la suerte
25 variable. En vano la vista
buscaba un rastro, el oído
un eco de aquella viva
agitación belicosa,
en que esas playas hervían
30 y este mar, aquella noche,
precursora del gran día
en que de dos potentados
fué la lucha decidida.
La luna el solo viviente
35 era que en la gran bahía
respiraba, rielando

sobre las ondas dormidas.
Tal vez su lumbre en las playas
más remotas producía
una ilusión; sus reflejos,
sobre las arenas tibias, 5
patentes representaban
los despojos de la rica
armada oriental de Antonio,
con desdén por la marina
y el viento precipitados 10
a las playas convecinas.
Más cerca, el propio peñasco
que nuestro bajel abriga,
memorias en nuestras almas
suscitaba bien distintas. 15
Las olas que el pie le ciñen,
llamó la creencia antigua
de *olvido* para el amante
que abrumaban sus desdichas;
mas deben su mayor fama 20
a la ilustre poetisa
de *Lesbos*, que halló en su salto
la muerte, bien persuadida
que era su único remedio,
desde que en el borde había 25
esperado vanamente
de su Faón la venida.
El ingrato no ignoraba
su resolución; y ¡oh indigna
recompensa de amor tanto! 30
no pareció a disuadirla.
Yo en todo esto meditaba,
y con lúgubre delicia
mi destino y el de Safo
comparaba. Si inducir la 35
un ingrato a tanto duelo

pudo, ¡cuánta la energía
de mi dolor ser debiera,
llorando ¡infeliz! perdida
a la que por mí en su pecho
5 recibió mortal cuchilla!
En medio de mi profunda
cavilación, bien distinta
una voz sobre el peñasco
dejó oír su melodía.
10 ¿Era una moderna amante,
que alivio a su pena activa
de este sitio en los recuerdos
a buscar tal vez venía;
o era por prodigio, acaso,
15 de Safo la sombra misma,
que invitada de una noche
tan dulce, se complacía
en acudir a la peña
que escuchó sus armonías
20 postreras, a modularlas,
aunque su Faón no exista?
Yo diré tan solamente
que a esta ilusión contribuía
el no poder la cantora
25 en torno atisbar la vista.
Y era tanta la dulzura
de la noche, que improvisa
bien lejos de parecerme
la voz, fué a mi fantasía
30 la expresión casi esperada
del torrente de armonías
que en dispersión derramaban
cielo, mar, costas y cimas.
Estático de embeleso,
35 sobre el puente yo bebía
esos inmortales cantos,

que aun el universo admira,
y sus sonos celestiales
hasta las más hondas fibras
agitaban de mi pecho,
sobre todo, ¡oh maravilla! 5
cuando hacia su fin creciendo
más y más la melodía,
creí percibir un eco
del acento de mi Elvira.
Un torrente de mis ojos 10
brotó entonces. La delicia
del canto cesó: el silencio
tornó a reinar sin medida.
Mas mi oído estuvo aún lleno
largo espacio de armonía, 15
e inmóvil lloré en la popa
casi hasta venir el día.
Sintiéndome al fin entonces
abrumado de fatiga,
a buscar bajé en el sueño 20
breve alivio a mi cuita.
¡Ay! en él no imaginaba
hallar de mi fantasía
la confirmación, palpando
que el genio cantor fué Elvira! 25
Al quejido lamentoso
que los motones fingían
de la calma en los balances,
empezé a plegar la vista,
y aun así, medio adormido, 30
contemplaba todavía
de la luna el mecimiento,
al través de la escotilla.
En medio de la penumbra,
por sus rayos producida 35
en mi cámara, de pronto,

como una sombra divina,
leve, aérea, luminosa,
de nevado tul vestida,
presentóse ante mis ojos,
5 con rumor de blanda brisa.
De su cerviz coronada
de rosas, que una ambrosía
embriagadora exhalaban,
sus cabellos se esparcían.
10 ¡Ella se acercó a mi lecho
silenciosa, y de mi Elvira
reconocí las facciones,
que ya adivinado había!
Eran de ella, mas no obstante,
15 de terrestre no tenían,
sino un velo de amargura,
que en los cielos se disipa.
Con su mano de azucenas
oreó mi frente ardida,
20 y el lenguaje de sus ojos
señal me hizo de seguirla.
En el estupor primero,
en que tal visión me hundía,
yo no me moví, y en vano
25 llegó sola a la escotilla.
Entonces, volviendo el rostro,
y observada mi apatía,
nuevamente dirigióse
a mi lecho. Allí afligida
30 mostrándose más que nunca,
y aun dejando su pupila
correr una perla hermosa,
que abrasó la frente mía:
«Teudo», me dijo inclinada
35 al oído, «¡así me olvidas,
que cuando a tu mal yo ofrezco

la curación a que aspiras,
insensible y desconfiado
aun en seguirme vacilas?
A estas voces, en el lecho
me incorporé, y advertida, 5
mi último torpor venciendo,
ella asió mi mano aprisa.
Seguila y sobre cubierta
estuvimos pronto: gira
ella entonces por tres veces, 10
y a la mar se precipita
conmigo. Todo fué obra
de ráfaga repentina,
de un vértigo momentáneo,
que ningún lenguaje explica, 15
y que en vano concebirlo
quisiera la mente misma.
Solo en medio de las ondas,
de mi triste pesadilla
vine a recordar. La sombra 20
se desvaneció improvisa,
y hundiéndose entre los mares,
un rastro de luz más viva
dejó sólo, como muestra
de su instantánea visita. 25
Yo no procuré salvarme
sin embargo, y reunidas
horas hace que estuvieran
nuestras almas, sin la activa
intervención de dos raudos 30
marineros: los que, vista
mi acción, al mar se arrojaron,
por fuerza a salvar mis días.
Ellos del remedio solo
que indicó la propia Elvira, 35
me privaron, impidiendo

mi muerte, pues no podía
mi curación proponerse,
teniendo la alternativa
otro desenlace. ¡Ay! sufre
5 más que nunca el alma mía!

XXXV

¡Ha llegado al fin el viento
suspirado, y como un rey
de las ondas, se desliza
gallardo nuestro bajel.
10 Tendidas las velas todas
están, y a popa se ve,
por la fulgurante estela,
nuestro rápido correr.
A gran prisa desandamos
15 el camino que a merced
de la borrasca impetuosa
hecho vanamente fué.
Ahí está la antigua Itaca,
donde una hermosa mujer
20 en algún tiempo venía,
con inalterable fe,
a pedir al mar llorosa,
día a día, que el bajel
trajese que terminara
25 su perseguida viudez.
Entre esas peladas rocas
al presente no esperéis
ver alzarse algo que indique
de Penélope el vergel.
30 Apenas, de cuando en cuando,
a su parda desnudez
grupo de malezas triste
vendrá acaso a suceder!

¿Es ahí donde ensayaba,
 por triunfar de un pecho fiel,
 una juventud brillante
 de seducción toda red?
 ¡Oh mísera suerte humana! 5
 De esa regia esplendidez
 al no hallar un solo rastro
 acaso os entristecéis;
 acaso que fuese todo
 algo más, dudáis también, 10
 que una creación felice
 del poético pincel.
 Mas aun siendo así, es tan dulce
 y tan grande su poder,
 que en saludar el palacio 15
 de Ulises os complacéis.
 En medio de los contrastes
 que el amo sufre al través
 de los mares que le impiden
 su patria tornar a ver, 20
 le felicitáis, creyendo
 que la más dura esquivez
 del hado no sabrá hacerle
 rescatar caro el placer
 de que su esposa otro halago 25
 rechace con tal desdén.
 Adiós, Itaca, aunque sea
 tan pobre tu pequeñez,
 ¿quién se atreverá a negarte
 de inmortal el parabién? 30
 Ora debas a la historia,
 o al poeta tu primer
 renombre, siempre el encanto
 serás de quien ame bien!
 Otros lugares famosos 35
 por lo que la enseñatez

del mundo, *marciales glorias*
apellida, su oropel
verán hundirse en olvido;
pero durará tu prez
5 mientras infunda al amante
ensueños de rosicler,
la idea de ser querido
sin mudanza o vil doblez.
Adiós, en fin, que a mis ojos
10 se empieza a desenvolver
el golfo (a) donde, hace siete
años, toda su altivez
humilló la media luna
del cristiano signo al pie.
15 Yo de aquel día en la horrible
confusión parte tomé:
yo, rigiendo una galera,
no fuí el último tal vez
de tantos que ahí cumplieron
20 dignamente su deber.
Aun parece a mis oídos
producir nueva sordez
aquel estruendo que hacía
cielo y mares conmover.
25 ¡Con qué furia las escuadras
se embestían sin cuartel!
Sabía cada guerrero
que allí de su propia fe
se iba a decidir la suerte,
30 y aun más venturoso ser
el que por ella se inmola
que el que sobrevive cree.
Así que a morir matando
se aspira con tal tropel,

(a) De Lepanto.

que rojo el mar ya no basta
tanto cuerpo a contener.
Mas el Turco combatía
por una ominosa ley,
que fanático intentaba
sin límites extender. 5

El cristiano sus hogares,
su libertad, y a la vez
la ilustración defendía
contra el yugo más cruel. 10

De la cruz el estandarte
venía a orear su sién,
como un viento que aclaraba
la más honda lobreguez,
como un nuncio de ventura 15
que aun al pecho más novel
contra el miedo revestía
de impenetrable broquel.

¿Cómo vacilar pudiera
la victoria? Pero, ¡ay mel 20
yo, que contribuído había
con no leve intrepidez
a asegurarla en mi bando,
por premio tuve el perder
mi libertad, una amante, 25
y con ella todo bien.

¿Posible es, Señor, que cuando
reportaba allí tu ley
tan gran triunfo y todo pecho
rebosaba de placer, 30
solo hacia mí inexorable,
de la suerte la esquivez
a esos himnos me obligase
con la endecha a responder?

¡Ay! con este pensamiento 35
siento vacilar mi fe

tanto, que por eso a Oriente
voy a buscar su sostén.

XXXVI

Pero ¿qué montes son esos
que en ondulación graciosa
5 entre una atmósfera de oro,
alzan sus cumbres redondas?
Es la desdichada Grecia,
aquella cuya memoria
se ciñe al través del tiempo
10 de tan fúlgida aureola!
Es la Grecia. A aqueste nombre
¿quién indiferente aun osa
permanecer? Es la patria
del talento y de la gloria.
15 Es la madre de Leonidas,
Milciades y Epaminondas;
aquí Solón dió sus leyes,
Platón meditó sus obras.
No hay un río en sus comarcas
20 ni un monte la frente asoma,
cuya fama por el mundo
no haga resonar la historia.
Todas sus desiertas playas
de brillante acción remota
25 aun juzgan oír los ecos
en los ruidos de sus ondas.
Ese río tan humilde
que sus turbias aguas bota
al mar, como avergonzado,
30 aun el Alfeo se nombra.
De Olimpia, que a sus riberas
se elevaba esplendorosa,
sólo quedan ya fragmentos

que él invade en mina sorda,
 y que luego al mar inmenso
 arrastra, porque se escondan
 en él al rabioso insulto
 de los hijos de Mahoma. 5

¿Qué són es ese que escucho
 venir desde aquellas lomas?
 ¿Es el himno, por ventura,
 que aquí congregada entona
 al vencedor en los juegos 10
 de Olimpia la Grecia toda?
 ¿Hay un padre que la vida
 exhale al ver con tal honra
 elevar hasta los diosés
 al hijo que su alma adora? 15

No, que ya no hay aquí aplausos,
 ya no hay palmas, no hay coronas,
 y de Grecia las virtudes
 están mudas en la fosa!
 Esos gritos que he escuchado, 20
 son las quejas lastimosas
 de un descendiente de Heleno,
 que huyendo por esa costa
 va la cimitarra impía
 de un tirano a quien enoja, 25
 y que cual dañina fiera
 le persigue, sin zozobra
 ni temor de que indignada
 se eleve de entre esas rocas,
 para vengar tal oprobio, 30
 de un héroe antiguo la sombra!
 ¡Ay Grecia! a qué abatimiento
 descendiste! ¿Quién no llora
 mirando en tan poco tiempo
 sobre ti tantas congøjas? 35
 Siglos te oprimió el Romano,

pero la severa Roma
veía en ti por lo menos
su conquista más hermosa.
En ti venían sus sabios
5 a estudiar, y eran antorcha
para ellos tus monumentos
de una inspiración grandiosa.
Satisfechos del tributo
ansiado de tus lisonjas,
10 te dejaban de recuerdos
vivir, sin hollar tus glorias.
Nerón mismo, en su paseo
triumfal, que al pudor provoca,
a Esparta, aunque decadente,
15 penetrar cínico no osa.
Aun no hacen ocho décadas
que el Otomano te doma,
y todo marcha a desierto,
porque sin piedad te explota.
20 Nada reparar permite,
destruir es su ambición sola,
y tanto más degradarte
cuanto fué mayor tu honra.
La cruz que tan bien se enlaza
25 con todo árbol, temerosa
a largas distancias surge
apenas, como en derrota.
Ella parece un consuelo
llevado a mortal zozobra
30 al través de mil peligros,
por entre sendas ignotas.
Solamente aquí se encumbra,
a cada paso orgullosa,
la pálida media luna,
35 cual entonando victoria.
Mas, como en patente signo

de que ella luto denota
 en donde quiera que triunfe,
 del triste ciprés se adorna;
 sólo sus ramas sombrías
 la hacen competente escolta; 5
 todo árbol que vida indique
 su ominosa faz desdora.
 ¿Queréis prueba aún más palpable
 de que a cuanto el turco toca,
 fatídico sello imprime, 10
 todo contento le roba?
 Pues bien: sabéis cuánto al Griego
 natural fué una afectuosa
 civilidad y alegría.
 ¿De ellas algún rastro asoma 15
 en sus rostros al presente?
 Como la tierra en que moran,
 como sus montes conservan
 hasta hoy sus graciosas formas;
 pero todo es un vestigio 20
 o descolorida nota.
 La gala de sus praderas
 desaparece: árida roca
 se hace cada altura, al modo
 que de tristeza ominosa 25
 y astucia feroz tan sólo
 os da cada faz la norma.
 Del hombre y de la natura
 huye toda alegre pompa:
 cuanto es vida aquí perece 30
 y en esqueleto se torna.
 En el país do naciera
 y a tanto esplendor la historia
 llegó a elevarse, domina
 ya una ignorancia tan honda, 35
 que al través de pocos años

pisará el Griego las losas
de sus héroes, sin que sepa
qué restos allí se escondan;
pedirá a los extranjeros
5 la explicación de sus obras
monumentales, y absorto
quedará cuando les oiga
dar títulos ya olvidados,
si bien cubiertos de gloria,
10 a lugares que ya llevan
nombres que nada denotan!
¡Oh Grecia, grande es la sima
en la cual tus faltas propias
te han hundido! Bien distante
15 estoy de insultar tu sombra.
Pero tú, que mientras unida
manteníaste, las flotas
de Jerjes innumerables
disipabas tan heroica;
20 tú que un Maratón presentas
al mundo y unas Termópilas;
y que con tu amago hiciste
temblar aún al Asia toda,
para asolarte en seguida
25 no llamaste a la discordia?
Disputándose el imperio
tus provincias, como locas,
¿no vertieron a torrentes
su misma sangre preciosa?
30 ¿No vengaste por tus manos
de los Jerjes las derrotas,
haciendo ingrata a tus héroes
maldecir de sus victorias?
¿No te tornaste en ramera
35 de pudibunda amazona,
trocando escudo y espada

por el rol de aduladora?
 Sí, Grecia, tú te has cavado
 el abismo en que ahora lloras.
 Pero es tanta tu desgracia,
 y la civilizadora 5
 de los siglos, sus encantos
 tan vivaces aun prolonga,
 que a confesar precisados
 somos que en exceso sobra
 a tus culpas su castigo, 10
 y cual nunca respetuosa
 el alma, ¿qué faltas, dice,
 tu antiguo esplendor no borra?

¿Y no habrá alguna esperanza
 para ti? Con planta odiosa 15
 te profanará por siempre
 el salvaje de Mahoma?
 ¿No hundirás nunca en su seno
 una daga vengadora?
 Sí, que él morirá algún día, 20
 y al fin dejará su escoria
 de degradar a cien pueblos,
 por más que tanto corrompa
 su escepticismo al cristiano
 con el tiempo, que en deshonra 25
 de sus padres se le vea
 tender mano protectora,
 en su postrera agonía,
 a los que a Jesús más odian!
 Ellos caerán, sí, ¿qué influjo 30
 terrestre cumplirse estorba
 a una sentencia del cielo?
 Pero aunque de su carcoma
 libre tú a encontrarte llegues,
 ¡ay Grecia! no se recobran 35
 glorias una vez perdidas!

Cada pueblo tiene su hora
y la tuya ha resonado.
Nada en tu aspecto denota
que aun puedas vivir: invade
5 tus llanuras más fructuosas
triste arenal: en arroyos
tus grandes ríos se tornan:
raquíças poblaciones,
donde nada grande asoma,
10 deshonor son de las ruinas
que cerca se alzan grandiosas.
Todo su vigor perdiste:
los vientres de tus matronas
héroes concebir no saben
15 y esclavos no más te endonan.
O si en fin se ve en algunos
a lampos confusa nota
del bélico ardor antiguo,
lo que menos les importa
20 es combatir al tirano
que su bella patria viola.
Sólo una presa sin riesgos
su instinto rapaz provoca.
Para eso van orillando
25 sus malos barcos las costas.
Para eso no más descende
de sus cimas escabrosas
de tiempo en tiempo a los llanos,
espada en mano el Mainota

XXXVII

30 Grecia, la constante pena
que arrastro como una cruz,
a tu aspecto yo he sentido
hoy minorar su acritud.

van a recibir sus sombras
de un mísero, como tú,
despojado para siempre
de esperanza! Oh! si el albur
5 de mi mensaje tal fuera,
que hiciese que su virtud
menos desperada al verte
se escondiese en su quietud!

XXXVIII

Vuela, vuela, bajel mío,
10 puesto que tus velas hinche
ya un próspero viento y tiende
hermoso corcel las crines:
tu huella en el oceano
con polvo espumoso imprime
15 y aumenta como un presagio
consolador sus matices.
Más y más me acerca a Oriente
cada surco que describes,
y el alma un dudoso encanto
20 a igual proporción recibe.
¿Es un venturoso agüero?
¿Es verdad que más sutiles
son los aires que respiro,
y que esos bellos países
25 que el sol poniente en las telas
de su cortinaje finje,
los reflejos me presentan
de Jerusalén felice?
¿Es el Líbano ese monte;
30 de Sarón son los confines
los de ese esmaltado llano,
que hondas barrancas dividen?
Tal ilusión lo solemne

del cuadro no contradice;
 antes cual feliz promesa
 de los cielos se concibe,
 Sin duda ellos han querido
 que esta imagen se anticipe 5
 al alma, porque su anhelo
 religioso más avive.
 Pero de sus ilusorios,
 siempre cambiantes perfiles,
 a un cuadro más real la vista 10
 fascinada se dirige.
 Hacia el sur nos aparecen
 cual bellísimos jardines,
 las costas de Creta: el turco
 el pie en ellas aun no imprime! 15
 Cuán galanos se nos muestran
 de sus montes los declives,
 de vegetación frondosa
 cubiertos y ricas vides!
 Cuán espumosos resaltan, 20
 cintas de planta movibles,
 sus mil arroyos, bajando
 a formar verdes tapices!
 Entre ellos nadar parecen,
 como blanquísimos cisnes, 25
 aquí y allí las mansiones
 de cien aldeas felices.
 Y sobre este panorama
 tan pomposo, con sus tintes,
 de rósea nieve, hasta el cielo 30
 el Ida se alza y engríe,
 gozoso de verse padre
 de todo cuanto le ciñe,
 soberbio con sus recuerdos
 en remota edad sublimes. 35
 Aquí, oh antigüedad, la cuna

de tu religión pusiste.
Creta tuvo el privilegio
de hacer sus reyes insignes
los señores de la tierra,
5 el Olimpo y cuanto existe.
Aquí tuvieron Saturno
y Jove sus fieras lides,
de sospechar bien ajenos
que un día ensueños febriles
10 convirtiesen sus espadas
en rayos que al orbe afligen.
Minos vió premiar las leyes
con que hacer logró felices
a sus súbditos, pasando
15 a ser el juez inflexible
del infierno—¡En qué locuras
es fuerza se precipite
la mente humana que un faro
sobrenatural no guíe!
20 Si al menos hubiese el hombre
limitado sus deslices
a tributar, ora al genio,
ora a una virtud sublime,
el culto que solamente
25 de su gratitud exige
el Hacedor verdadero!
Pero constituir el crimen
y los vicios en objetos
de sus homenajes viles!
30 Diosa hacer a Pasifae;
y en templos a la *Molice*
erigidos, darla un culto
de que el pudor se horrorice!
Oh Dios, ¿quién sino tú mismo
35 pudo oponer recio dique
a la corrupción del mundo.

y evitar su eterno eclipse?
 ¡Tú solo, que desde el tiempo
 primitivo electa estirpe
 de varones designaste
 para realizar tus fines! 5
 En un rincón de la tierra
 ignoto la constituiste
 custodio de tu arca santa,
 hasta que su luz insigne,
 sobre el orbe delincuente, 10
 saliendo de allí a esparcirse,
 te hizo desarmar tu brazo
 con fe y penitencia humilde!

¡Gloria al Dios verdadero,
 que hoy conoce y adora el ancho mundo! 15
 Cesó el caos profundo:
 su rostro placentero
 la niebla disipó que le encubría
 y huyó la noche al resplandor del día.
 En su grandeza oculto 20
 quiso al principio disfrazar su nombre,
 y profanólo el hombre
 dando por él aun a las bestias culto
 y a cuanto su razón débil juzgaba
 que un rastro de su influjo concentraba. 25
 Apenas le entrevieron,
 pero siempre al través de mil errores,
 raros de los mayores
 genios que honor de nuestra especie fueron,
 y aquel a quien tú más te descubriste, 30
 ¡oh Dios! por premio tuvo muerte triste.
 El orgullo insensato
 de la pagana ciencia, cuando al yugo

eximirse le plugo
de la fe popular, un desacato
hacia ti viendo en ella, ¿cuál historia
en su lugar nos diera de tu gloria?

5 ¡Oh vergüenza del sabio,
que tu espíritu propio no iluminas
Si no te hizo el agravio
de revestirte de pasión indina,
acertó por ventura en otra idea
10 que de tu nombre augusto digna sea?

Uno te vió en el aire
que en ancha faja todo lo circuye:
otro te hizo el desaire
de hallarte en esa luz que hermosa fluye,
15 a torrentes la tierra fecundando,
del sol, que está tu gloria publicando.

Quién dijo que el conjunto
de tus creados seres te encerraba,
y él mismo así se hallaba
20 una parte de ti, aunque al presunto
Dios imposible el explicarnos fuera
cómo y cuándo a sí mismo tal se hiciera

Delirios humanales,
miseria, confusión, sombras, locura,
25 que sólo la luz pura
del verbo tuyo esclareció a raudales,
pues darte a conocer en cuanto egregio
tienes, quisiste hacer tu privilegio.

Apenas entrevisto
30 en Sínay y en Oreb, por completarnos
tu idea, y justa darnos
medida de tu amor, mandaste al Cristo
y salió de un suplicio ignominioso
tu nombre para siempre luminoso.

35 Yo te adoro, ¡oh Esencia
pura, inmensa, inmortal, que en tres personas

tu unidad nos abonas,
simbolizando vida, inteligencia
y amor, misterio que mi mente alcanza,
porque pusiste en mí tu semejanza.

Tú solo siempre has sido 5

y sin tiempo serás. Querer te sobra
para animar tu obra

y dejarme a su aspecto confundido.

¡Ah, Señor, tu saber no es comparable
sino a tu gran clemencia inagotable! 10

Cada día a la tierra
nuevos motivos trae de bendecirte.

¡Quién osará pedirte
conocer cuánto bien en ti se encierra,
cuando apenas el hombre ha principiado 15
a descifrar las obras que has formado!

En ellas un abismo
tiene que sondear su necio orgullo,
donde hallará un murmullo
que le revele siempre de ti mismo 20
algún nuevo secreto. Esto es bastante
a su debilidad no delirante.

¡Salve, oh Señor, de nuevo!
Concéntrate en la hondura de tu gloria.
Para mí, vil escoria, 25

a anhelar mejor lote no me atrevo,
que adivinar tu Ser, nunca harto noto,
y hacerlo objeto de mi ardiente voto!

TERCERA PARTE

Romance I.—1579

Eres, ¡oh mi Dios! tan grande,
que cuanto más te contemplo,
más mísero me parece
lo que de tu Esencia entiendo.
5 Yo, Señor, yo osar pedirte,
como el insensato ateo,
que rompas ante mis ojos
algún jirón de tu cielo!
Faz a faz querer mirarte
10 yo, más débil que un insecto,
cuando de estupor me pasmas
aun al través de tus velos!
No, Señor, para estudiarte
aun en sombras encubierto,
15 no bastara que tú hicieses
mi corto vivir eterno,
y que en tan sublime estudio,
otros libros no teniendo
que este mundo, yo emplease
20 sin pausa cada momento.
Concibo que en otra vida
no puedes más dulce premio
ofrecer, que el de admirarte
de perturbación exentos.
25 ¡Dichoso el mortal que logra
desde aquí empezar su cielo,
a abrigo de las pasiones
dándote todo su tiempo!
Las más no me han dejado

verte aún sino de lejos,
mas por creerte y amarte
ningún mérito en mí encuentro.
Todos los días que en Creta
una proporción espero 5
para proseguir mi viaje,
me ocupó tu pensamiento.
¿Ha sido acaso un designio
profundo tuyo, me suelo
preguntar, en las hermosas 10
playas de esta isla haber puesto
de la religión pagana
la cuna, a tan corto trecho
de donde al profeta hablabas
tu lenguaje verdadero? 15
¿Quisiste que cuando hubiese
llegado el prescrito tiempo,
la cruz santa de tu Cristo,
desde su primer progreso,
comenzase arrebatando 20
todo prestigio y respeto
a la patria de aquel Jove
que usurpó tu justo puesto,
para ir paso a paso estorbos
insuperables venciendo, 25
a arrojarlo para siempre
de su Capitolio mismo?
¡Oh empresa divina! un culto
de abnegación, tan severo,
destronar al que halagaba 30
todo humano sentimiento!
¿Y eterno será ese triunfo?
¡Oh Dios! cuando hubiere el genio
de la corrupción venido
en el fervoroso pecho 35
a substituir del cristiano,

por la fe de sus abuelos,
la razón que fría intenta
todo sondearlo en su peso,
¿se sustraerán a su examen
5 esos inclitos misterios,
que hoy al que una duda inspiran
hacen acreedor al fuego?
Yo no sé; mas cuando miro
hoy el continente entero
10 de la Europa estremecerse
en rebelde movimiento;
cuando los terribles rayos
del solio romano veo
caer para infinitos fieles
15 en el más hondo desprecio,
y no bastar mil suplicios
para refrenar los fueros
que reclama el raciocinio
en tono el más altanero,
20 oh Jesús, yo me pregunto
si ese examen que hoy tu egregio
nombre acata y solamente
se limita a negar fiero
a tu Vicario en la tierra
25 de enseñar el privilegio,
escudriñar aún tu origen
no osará, siglos corriendo,
para ver por qué motivo
un Dios tomó nuestro cuerpo
30 Y entonces, ¡ahl me confundo,
y por más que me reprendo,
y la fe en mi auxilio invoco,
algo inexplicable encuentro
que el común criterio humano
35 rechaza, sin hallar medio
de ponerlo con la excelsa

justicia y poder de acuerdo.
 ¡Ah! si el mal pudo evitarse,
 y era lo mejor, por cierto,
 ¿por qué razón consentirlo
 y hacer forzoso un remedio 5
 tan costoso, aunque sublime?
 Señor, Señor, yo me pierdo,
 y si tú no me socorres,
 el dón mayor que te debo,
 mi razón, va a ser la causa 10
 de que el traje del protervo
 revista, anegado en llanto,
 el corazón más sincero.

II

Sin duda que solamente
 pudo en un Dios tal afecto 15
 caber a sus criaturas,
 que quisiese por si mesmo
 satisfacer su justicia,
 en suplicio el más horrendo
 expiando nuestra culpa, 20
 con la humildad del cordero.
 Pero con esa justicia
 ¿cómo se concilia, y menos
 del Criador con la excelencia.
 que al progenitor primero 25
 del hombre, apenas formado,
 le impusiese tal precepto,
 que tentación poderosa
 fuese a excitarle a romperlo?
 ¿Era, Señor, de ti propio 30
 el tomar de lisonjero
 tentador el papel triste,
 para presentarte luego

a tu víctima, ofendido
a tal punto, que el severo
castigo llegar debiese
aún a sus últimos nietos,
5 sin que la plaga de males
a que condenados fueron,
pudiese sino tu sangre
curar de un modo imperfecto?
Yo me inclino; pero amargo
10 me es a tu sepulcro excelso
acercarme en esta duda.
Alumbra mi entendimiento,
para que la fe del Cristo
vea yo con argumentos
15 irresistibles triunfando
del discurso más soberbio.
¡Así creeré que burlarse
ella logrará del tiempo,
y será a la cruz peana
20 en ruinas el universo!...
Mas ¿qué claror subitáneo
la mente inundarme siento?
¡Oh mi Dios, gracias! tú envías
al ángel de los misterios,
25 que, apiadado de mi queja,
me abre un libro, donde leo
cuanto a dejar complacido
basta el discurso más terco.
Prescindo de que esta vida
30 tú de prueba la hayas hecho
para expiar una culpa
anterior o hallar un premio:
prescindo de que preciso
también era, en tal supuesto,
35 que en obedecerte el hombre
se conquistase algún mérito.

Pero bien sea efectivo
el relato que debemos
a tus libros sacrosantos
de nuestro crimen primero;
o bien, que en ellos se encierre 5
no más que un símbolo, puesto
a alcance de nuestra mente,
de algún profundo misterio;
lo que no puede dudarse,
es, ¡oh Dios! que tan perfecto 10
siendo tú, cual lo publican
tus obras en himno eterno,
nunca pudo haber creado
pecado ni mal tu Verbo,
y si existir les toleras, 15
su origen de tí es ajeno.
Ahora bien, si ellos principio
han tenido, al hombre mesmo
se lo deben, que formado
por ti para el bien, tan bello 20
lote desdeñó imprudente,
y oídos dando a un perverso
enemigo, se hizo esclavo
del error y el sufrimiento.
¿A quién sino a ti que tanto 25
le amaste desde su engendro,
salvarle correspondía
de eternal despeñadero?
Por eso desde el instante
de su trasgresión primero, 30
cuando ante sus propios ojos
de degradación cubierto,
de tu rostro se escondía
y sonábale tu acento
como un vengativo rayo, 35
condolido tú del reo,

la salud le prometiste,
y sin tregua repitiendo
estuvieron tus profetas
tan consolador empeño.
5 ¡Vino al fin la proclamada
salvación y de tu inmenso
amor digno fué el rescate!
nos mandaste a tu Hijo mesmol
Al mundo que acelerado
10 iba a su extinción corriendo
por la corrupción, sus luces
un nuevo horizonte abrieron.
El pecador de sus labios
aprendió que por su egregio
15 sacrificio a Dios podía
mostrarse cual nunca acepto.
La tierra cubrióse entonces
del verdor más duradero
y el fango de los arroyos,
20 se hizo cristalino espejo.
La caridad de lo alto
bajó a cimentar su imperio,
y los más terribles males
en bienes se convirtieron.

III

25 Disipadas ya mis dudas,
y la fe robustecida
con las hondas reflexiones
que el mismo cielo me envía,
¡cuánto ansío por que se abrevie
30 mi demora en esta isla!
Los días parecen años
para mi impaciencia viva;
y llego a creer que el cielo

del término de mi vía
tan cerca aquí me detiene,
porque un gran bien me destina.
Sí, mi Dios, por más que el alma
se te sienta agradecida 5
por el próspero socorro
que dispensas a mi cuita,
aun otro favor espera
de importancia decisiva
para un mal que tal vez sólo 10
a tu tumba no resista.
Tú, Señor, muy bien lo sabes:
siempre en el alma domina
invencible un sentimiento
que cual huracán la agita; 15
que si treguas le concede
de alguna aurora benigna,
su esperanza prontamente
de tranquilidad disipa.
Como un traidor remolino, 20
cuando menos lo atendía
quizá, torna y todo se hunde
tras su vértigo en ruinas.
Sólo tu sepulcro santo
a contrarrestar de Elvira 25
en mí bastará el influjo.
Sus ráfagas improvisas
él amansará, tornándolas
una dulce melodía,
que vibrará para el alma 30
tristezas que, cual del día
el crepúsculo, la alhaguen
con promesas de otra vida.
Yo, que tu bondad conozco,
a tu equidad y justicia 35
el agravio hacer no puedo

de pensar que, confundida
con los réprobos, la apartes
para siempre de tu dicha.
Y desde que con instancia
5 tan notoria tú me invitas
a acercarme hacia el Calvario,
creo que es porque infinita
allí tu misericordia
va a descorrerse a mi vista.
10 ¡Ah, Señor! puedo en un ángel
convertirme, si tu ira
no la aflige; mas ¿qué puedo
esperar si la castigas?

IV

Cumplido está ya mi anhelo,
15 y dada mi despedida
a Creta, nos han bastado
de feliz bogar tres días
para terminar el viaje.
Vienen en mi compañía
20 de diferentes regiones
varias almas reunidas.
El traje del peregrino
revistiendo, van sumisas
como yo, a buscar remedio
25 ¡quién sabe de qué desdichas!
¡Ah! do quiera el hombre sufre,
donde quiera necesita
hacia un sepulcro remoto
tender, como astro de vida,
30 los ojos, y porque tenga
sostén su fe que vacila,
ir tras él, abandonando
la dulce región nativa!

Todos han dejado el lecho
al primer claror del día,
que descorre a nuestros ojos
la larga costa de Siria.

Tiro, en el mar avanzando 5
misteriosa sus ruinas,
la primera ha reclamado
nuestra triste simpatía.

¡Cómo se han cumplido en ella
las sagradas profecías! 10
¿Es ésta la que Señora
de los mares se decía?

¿Esta la que sus colonias
derramaba en todo clima,
y la que supo a Alejandro 15
detener en sus conquistas?

¿Qué resta hoy de tal grandeza?
¿Dónde están sus infinitas
escuadras, do el movimiento
en que esas playas hervían, 20
cuando a un pueblo numeroso
del orbe el comercio hacía
reunión de potentados,
cuya historia aun nos admira?

¡Ay! el mar que siempre viene 25
a agitarse en esta orilla,
busca en vano alguna nave
que, respondiendo a Isaías,
ahulle, viendo en tal luto
tanta vanidad hundida, 30
como árbol que ha despojado
de sus frutos la vendimia!

El sólo, cuando hacia el muro
que antes enfrenó sus iras,
cree excitarlas, no encontrando 35
estorbo el menor, suspira.

Toda *Tiro* es un cadáver;
y aunque alzarse todavía
miro a un lado del recinto
do reposan sus cenizas,
5 algunas blancas murallas,
sobre arenas amarillas,
en vano entre ellas espero
siquiera una sombra digna,
algún vestigio grandioso
10 descubrir de *Tiro* antigua.
Raros árabes pastores
son los que en ellas habitan,
entre tanto que el desierto,
que imponente se aproxima
15 a cada africano viento,
aun los arbustos, de espinas
cubiertos, no les devora,
donde hoy pacen sus cabrillas.

V

Pero ¡silencio! Ese monte
20 que, cual gigantesco muro,
ornado se nos acerca
de aromáticos arbustos,
es el *Carmelo*. A este nombre,
doblo con respeto sumo
25 la frente, porque principia
en él la región que busco.
Al través de los vapores
que le velan, yo descubro
sus vastas cavernas, donde,
30 en un retiro profundo,
los profetas encontraban
la mansión más de su gusto.
El viento que en esas grutas

se internaba con murmullo
ya fiero, ya lamentable;
el rayo que sus oscuros
flancos trabajaba; el sordo
rugir del mar en tumulto, 5
del cielo a los elegidos
todo era plácido arrullo
de música, a cuyas notas
su entusiasmo hallaba curso.
¡Oh cavernas sacrosantas, 10
nuevamente yo os saludo,
mientras que mi duelo envidia
acaso vuestros refugios!
¡Oh, si en vosotras pudiera,
secuestrado a todo el mundo, 15
paz al resto de mis días
hallar como en un sepulcro;
y de los divinos vates
repetir el eco augusto
que los desengaños pinta, 20
de la ola al constante arrullo;
hasta que llegado el día,
dejase, como al susurro
de la más benigna brisa,
el alma el albergue suyo! 25
A ti también, Cesarea,
cuyo aspecto taciturno
nos sale con sus ruinas
al encuentro en nuestro rumbo,
voz simpática yo envió. 30
De las fieras el aúllo
no más oyen en el día
tus palacios sin tumulto.
El pórfido, el rico mármol,
de que empleo tan profuso 35
se hizo en ti, dan hoy amparo

tan sólo al jaguar inmundo;
y si brilla en tu recinto
tal vez un claror nocturno,
no es faro que al navegante
5 guíe a algún puerto seguro.
Mas por el contrario, indicio
es de que árabe errabundo
vaga, un naufragio acechando,
do despoje al infortunio.
10 Seguimos viendo un desierto
triste, amarillento y mudo,
hasta que Jope nos muestra,
por fin, su blanquizco muro.
Aquí a la vista se ofrece
15 panorama menos mustio,
cual si el lugar donde el padre
de los humanos, segundo,
al general exterminio
se substrajo del diluvio,
20 de vida guardar quisiese
siempre una esperanza al mundo.
Verdad es que en esta playa
bullir no se ve el concurso
que inundarla debió un día,
25 cuando, en regocijo sumo,
del Líbano el alto cedro,
destinado al templo suyo,
desembarcaba el judío
de bajeles de otro culto;
30 o cuando a ellas arribaban
los guerreros que el sepulcro
santo a conquistar venían,
abriendo a la mar mil surcos.
Pero, entre mansiones raras,
35 surgen árboles fecundos
y jardines deliciosos:

junto al minarete turco
cuevas hay que a los cristianos
peregrinos dan tugurio,
y se atisba alguna nave
que lleva a Egipto su rumbo.

5

Recógete alma mía, pues que toca
suelo privilegiado ya la planta:
un celo religioso humilde invoca
y besa del Señor la tierra santa.
En ella cada valle, cada roca,
algún suceso portentoso canta,
y no hallarás objeto en tu camino,
que aun no esté repitiendo eco divino.

10

Si viene a murmurarte el viento en torno,
será para entonar un himno o treno,
cuyo lenguaje de sublime adorno
de toda otra región se siente ajeno.
De un grande imperio el general trastorno
asombro y amargura imprime al seno
del que en sus restos lúgubres se inspira;
pero algo superior aquí respira.

15

20

Es un sacro pavor que no anonada
el alma, y antes bien fuerte la eleva
a esferas donde mira preparada
tal vez a su reposo patria nueva.
Por tanto, en estas sendas empeñada,
todo se pinta en la emoción que prueba,
y cuyo influjo arrastra, estorbo vano,
cualquiera sentimiento más profano.

25

A recrear no vienen nuestra ruta
campos cubiertos de verdor pomposo,

30

frescos arroyos, enramada gruta,
ni frecuencia de pueblo bullicioso.
Rodea soledad casi absoluta
por largo espacio a Jope y anchuroso
5 llano que apenas su hermosura antigua
por primavera a trechos atestigua.

De higueras algún raro bosquecillo
se mira sombrear a la distancia
escombros solitarios: de un castillo
10 en yerma cima la arruinada estancia.
A media vía un árabe caudillo
sale a vender con bárbara arrogancia
caro el permiso, al viajador devoto,
de ir a dar cumplimiento al santo voto.

15 Sin la mísera Ramla, sin la aldea
de Jeremías, por atroz desierto
creyera el que hoy visita la Judea,
tener que continuar su rumbo incierto.
Subir del llano el monte es su tarea,
20 sin haber a su paso descubierta
algún abrigo de verdosa alfombra
donde le dé descanso amiga sombra.

Pero ¿qué importa? No es gaya verdura
la gala que a este suelo le conviene,
25 ni el arroyo que plácido murmura,
ni la flor que de un día vida tiene.
No de alados conciertos la dulzura.
la eternidad, la eternidad solemne
que su terrestre espejo aquí coloca,
30 su intérprete mejor halla en la roca.

En la roca imponente y solitaria
cual la idea de un Juez Omnipotente,

inmóvil cual la eterna luminaria
 que preside a los raptos del creyente.
 Alma mía, ¿no escuchas la plegaria
 que del vasto desierto sube ardiente,
 y el himno con que hasta hoy ensalza y nombra 5
 el antiguo prodigio que aun le asombra?

¡Oh sagrada tristeza!, oh desvarío
 grandioso! a vuestro influjo bien entiendo
 de los profetas el arrobo pío,
 la voz de un mundo ignoto traduciendo. 10
 Todo arrastra aquí a Dios el albedrío.
 Está su nombre augusto repitiendo
 el día, y en las sombras de la noche
 se siente de su espíritu el ap proche!

Mas encimada esta última montaña, 15
 y habiendo recorrido su meseta
 al matutino resplandor, ¿qué extraña
 visión me apareció, como una meta?
 ¿Es un ensueño que agradable engaña,
 o creación felice de un poeta? 20
 ¡Sobre almenados muros se entroniza
 de mil mansiones sucesión rojiza!

Esbeltos minaretes y cimborios
 parecen custodiar ese oceano,
 entre lampos de luz oscilatorios, 25
 sus services irguiendo al viento vano.
 Ya de entusiasmo en raptos bien notorios,
 esa visión mostrándonos ufano,
Jerusalén! el conductor exclama,
 y un río de emociones nos derrama. 30

No hay duda, pues. En su grandeza asoma
y se avanza a saciar mi largo anhelo,
por la pendiente de extendida loma,
la ciudad del Señor, la hija del cielo.

5 Inflamador océano desploma
sobre ella el sol; y con el mismo celo
que el creyente cruzado de otros días,
yo doblo al verla las rodillas mías.

Y tocando a la tierra con la frente,
10 *Jerusalén, Jerusalén!* exclamo;
y mi labio confuso, balbuciente.
no acierta a añadir más a este reclamo.
El alma al peso aniquilar se siente
de tanta sensación..... ¡Ay! yo te amo
15 prorrumpo al fin, y mi emoción su efluvio
de lágrimas prosigue en un diluvio.

Sí: yo gozo a la vez y sufro al verte,
y soliviar mi pecho sólo el llanto
puede en este momento. De mi suerte
20 tú un compendio me das, ciudad de encanto.
Desde el regazo de mi madre, inerte
niño, aprendí contra el mayor quebranto
a buscar dulce bálsamo en tu nombre,
¡oh consuelo inmortal que invita al hombre!

25 Tú fuiste varia vez del desvarío *
de mi niñez paraíso misterioso;
para el horror del cautiverio mío
un faro de esperanza luminoso;
y cuando al fin desfallecer mi brío
30 ante el golpe sentí más desastroso,
y en mi mano el puñal suicida estaba,
pronto una vida a terminar que odiaba;

Un soplo que de ti vino a mi frente,
 dió a la razón fluctuante su recobro:
 brillóme lejos una luz fulgente,
 y me pude eximir de aquel zozobro.
 Hoy que a tí llego, en fin, me alzo e impaciente 5
 corro a ponerme en saludable cobro
 bajo tu abrigo, apenas una calma
 la primer conmoción permite al alma.

Des que me hallo, oh Sión, en tu recinto,
 siento crecer en mí un aturdimiento, 10
 que no causa por cierto el laberinto
 de popular, ruidoso movimiento.
 Por el contrario, ni un rumor distinto
 oyendo a tu alreedor, cuando en el viento
 te ví elevarte por el sol bañada, 15
 me pareciste una ilusión dorada:

¡Un cuadro encantador que reverbera
 recuerdos de cien siglos! Avanzando
 luego, nada encontré que me dijera
 irme a ciudad viviente aproximando. 20
 Trofeos mortuorios la ancha vera
 cuajaban del camino, meditando
 sobre ellos rara flor descolorida,
 por desolado afecto allí traída.

Un raro viajador a largo trecho 25
 solíamos hallar, y era un anciano
 judío, que de tierra espacio estrecho,
 desde un clima venía bien lejano,
 a pedir a su patria, donde lecho
 fausto tuviese su despojo humano: 30
 sólo favor que a su dureza extrema
 otorga aún la cólera suprema.

Entrando por tu puerta embovedada,
sólo se nos mostró custodio avieso,
a quien dimos la cuota reclamada
del que a su Dios en ti busca un ingreso.
5 Corrimos varia calle desolada,
sin poder descubrir nuestro progreso
sino tristes mansiones en ruinas,
de un pueblo de mendigos harto dinas.

De la raza a Jehová tan aceptable
10 en otro tiempo, muestra derisoria
era el raro habitante miserable,
que aparecía entre esa vasta escoria.
Esclavo degradado, ya no es dable
que aspiración se albergue meritoria
15 en ese corazón, que en vano gime
mirando a dó su templo fué sublime.

Bien al ver su indolencia yo he creído
que de *visión de paz* harto mereces,
Jerusalén, el nombre conferido,
20 pero en paz de sepulcro te adormeces.
En tan hondo marasmo tú has caído
tres siglos de tumulto, que pareces
sólo ya en el reposo recrearte,
sin sacudón que acierte a recordarte.

¿Qué es por lo tanto lo que en mí produce
25 desusado estupor? Ah! esa misma
inmóvil apariencia, que introduce
el alma a una región de ignoto prisma,
y tal agolpamiento en ella induce
30 de excelsas reflexiones, que se abisma
nuestro ser y no basta todo entero
a sostener su inmenso reverbero.

Siguiendo escena a escena el grande drama,
evita con ardor cuanto le estorbe
cada impresión saborear. La llama
del antiguo prestigio así le absorbe,
que cual sola verdad su ilusión ama, 5
y extraña o mentirosa de este orbe
juzga la realidad. Sion, no en vano
eres ciudad del Ente soberano.

Cien pueblos te aclamaban a porfía
Reina soberbia y triunfadora, en tanto 10
que el favor de Jehová te embellecía
con misterioso, irresistible encanto.
Desde el Nilo al Eufrates se extendía,
a los más fuertes infundiendo espanto,
tu augusto cetro, y acataban reyes 15
tus más leves caprichos como leyes.

A gentes cuyos nombres ignorabas,
tu fama dilataste, y su destello
monarcas atraerte contemplabas
de admiración con el tributo bello. 20
En tu infinita prole te gozabas,
segura en aquel Dios que de su cuello
lanzó el yugo egipciano, y la condujo
a tu región de portentoso lujo.

De los grandes prodigios en memoria, 25
con que él la protegió en su largo viaje,
a fiestas, sin cesar, de inmensa gloria
todo Israel convocaba tu hospedaje.
Con himnos resonaba de victoria
tu templo, cuyo rico maderaje 30
eran cedros del Líbano su muro
de Ofir reverberando en oro puro.

Y el sacro altar, artístico portento,
se estremecía al eco de millares
de voces y de armónico instrumento,
al Señor modulando sus cantares,
5 Inundaba el mármoleo pavimento
la sangre de las víctimas a mares,
y el pueblo en tanto, en infinita danza,
celebraba el grandor de su esperanza.

¿Qué es lo que resta ya de tal ventura
10 y de tanto poder ¡Gran Dios, en donde
se alzó tu templo, una mezquita, oscura
su cúpula elevando, me responde?
Fatídico silencio en ella augura
la muerte que al infiel, que osado ronde
15 tan sólo por sus pórticos, amaga,
aún la piedad del turco siendo aciaga.

Mirarla no podéis sino de lejos.
Son las calles vecinas soledades,
do nunca ríen plácidos festejos,
20 ni se ven rebullir solemnidades.
Como a esconder su llanto lo más lejos
refúgiase en sus hondas cavidades
de escasos israelitas la miseria,
salva siquiera allí por su laceria.

¡Ah! ¿quién al verte tal, Reina viuda,
25 en ti de tanto siglo a la admirada
podría hoy conocer? Pero en tu ruda
suerte al todo no estás desconsolada.
Sí; tu propio gemir te da, sin duda,
30 atractivo mayor así aherrojada,
y más robusto tu poder se expande,
sin mostrarte tus hierros menos grande.

Envidia das a mil pueblos señores,
 pues por más que tan lánguidos se fijan
 tus ojos en el suelo, sus fulgores
 aun fe están dando de tu excelsø origen.
 Si oro y rubís no ciñen, mas colores 5
 de fúnebre ciprés tu frente afligen,
 y en vez del regio recamado manto
 triste silicio envuelve tu quebranto;

Si de un rey Salomón ya no se viene
 las pompas a admirar en ti, ¿qué importa? 10
 Tu patrimonio límites no tiene
 y el tiempo o el espacio no lo acorta.
 Homenaje dulcísimo y perenne
 tu influencia moral sola reporta,
 cual no pudieran nunca los alfanjes 15
 darte de potentísimas falanjes.

Aroma extasiador, rica fragancia
 de redención te debe todo el mundo:
 agradecido, de cualquier distancia
 envíate el cristiano amor profundo 20
 como a segunda madre; y la inconstancia
 tú siempre fijarás de ojo errabundo,
 cuando busque en el trance de la muerte
 el ingreso a mansión de mejor suerte.

El mismo musulmán cuya fiereza 25
 no supo contemplar nunca al vencido,
 para ti sola aplaca su braveza,
 de tus grandes recuerdos poseído.
 No huya, pues, a esconderse tu tristeza,
 que es lauro todavía bien lucido 30
 el tuyo, y puede dar a envidia asunto,
 como que del de Cristo es un trasunto.

El al mundo viniendo en un pesebre
y expirando en atroz suplicio infame,
sin que el hierro por él un cuello quiebre,
hizo que el orbe su Señor le aclame.

5 Tú así, de do salió tan santa fiebre
a difundir su célico derrame,
mísera como estás, verás imperios
convertirse en callados cementerios;

Verás hasta borrarse de la historia
10 humana su recuerdo, cual no queda
de la hoja marchita una memoria,
que del árbol natal cada año rueda.
En tanto eterna vivirá tu gloria
sus ramas extendiendo siempre leda,
15 y entre trastornos mil sola inmutable,
cual la del Dios de que es inseparable.

¡Cuán bella te presentas a mis ojos
al comenzar ya el alba a iluminarte
hoy, remecida entre celajes rojos,
20 y qué alegre rumor viene a inundartel
¿Acaso de mi oído son antojos,
ficción que el sueño al recordar me imparte,
o en realidad yo siento en lontananza
inmenso vitoreo que se avanza?

25 Es en verdad la voz de un pueblo entero,
que viene por los montes aclamando
un Monarca, oh Sion, no forastero,
que un hospedaje en ti llega buscando.
Sonríe al aparato lisonjero
30 el campo al rededor, y al ir pasando
el hijo de David, la frente inclina
cuanto bosque los ámbitos domina.

Al himno que se entona a aquel que viene
 en nombre del Señor, todo murmullo
 suspende el viento y el Cedrón detiene
 el curso usado, estático a su arrullo.

Naturaleza otra atención no tiene, 5
 que aplaudir ese Hosana con orgullo,
 y míranse los cielos entreabrirse
 y al de la tierra su himno confundirse.

Alzate, pues, Jerusalén; no inmoble
 a impulso tan sublime permanezcas. 10

Tiempo es de que vistiendo gala doble,
 gozosa como nunca resplandezcas;
 y en ofrecer al entre nobles noble
 una acogida digna te envanezas.

Sal al encuentro, sí, del prometido, 15
 por ti con tantas ansias atendido.

Cumpliéronse los tiempos, y tus calles
 penetra en fin. La voladora fama,
 de infinitos prodigios los detalles
 narrando ante sus pasos, se derrama. 20

Le han visto con asombro pueblos, valles,
 dar vista a ciegos, reanimar la llama
 de robusta salud en mil dolientes
 de antiguos insanables accidentes.

Aun la orla de su traje, al que la toca 25
 con fe, la vida da. Para él natura
 no tiene fija ley. Cual firme roca,
 huella del mar la superficie oscura.

Aun los despojos del sepulcro evoca
 a la existencia, y podredumbre impura, 30
 respondiendo a su voz, deja el sudario,
 ante lo cual no hay pecho refractario.

En él, pues, han creído los gentiles.
¿Rehusarásle sola tu homenaje,
cuando escoltado viene de esos miles
a traerte el faustísimo mensaje?
5 Ah! con razón tus calles en pensiles
floridos tornas hoy, y a su pasaje
quieres que huelle tus más ricas galas
y un vasto grito de entusiasmo exhalas.

No resfríe tu ardor un solo punto
10 verle en pollina humilde caballero.
Comprende que él no intenta a contrapunto
con un rey deslumbrarte aventurero.
Para él la humana pompa es solo asunto
de desdén, y tributo lisonjero
15 sólo el amor que el beneficio inspira
cree, no el asombro que un vil lujo admira.

Ni por colmar su triunfo le depares
terrestre imperio: no es de aqueste mundo
el reino del Señor de tierra y mares,
20 que llena hasta el espacio más profundo.
Llévale al templo santo: los altares
su trono deben ser. Allí el fecundo
discurrir de sus labios oye atenta
y en él tu sed de salvación contenta.

25 Apenas cinco veces su ancho giro
desde tu triunfo el sol ha completado,
Señor, y cambio tal de escena admiro!
¿Qué es esto? ¿Por qué así tú atribulado?
¿Qué indica ese ternísimo suspiro?
30 Tu postrimera cena has celebrado,
y en ella como nunca se te ha visto
sublime en hechos, en palabras Cristo.

De uno de tus discípulos revela
 tu voz la vil traición sin inmutarle;
 y como escuches disputar tu escuela
 a quien la primacía há de tocarle,
 una lección grandiosa, con cautela 5
 digna de tu saber, resuelves darle,
 la vanidad por siempre fulminando
 con mudo ejemplo en tu devoto bando.

En medio de la cena te levantas,
 del traje del banquete te desnudas, 10
 y de los tuyos a lavar las plantas
 en abatir tu dignidad no dudas.
 Con humildad tan honda los espantas;
 «Tú que a los orbes poderoso escudas,
 Señor», Pedro prorrumpe, «a tal extremo 15
 degradar quieres tu esplendor supremo!

«Jamás consentiré se ruborice
 natura viendo tal.»—Tu voz responde:
 «Después entenderás de lo que hice
 la causa, que al presente se te esconde.» 20
 No obstante, preciso es le atemorice
 amago de perder su puesto donde
 premiarás de tus fieles la constancia,
 para que ceda al fin su repugnancia.

En realidad, después que tales manos 25
 no han temido manchar sus resplandores,
 lavando ante la faz de los humanos
 los pies de unos humildes pescadores,
 después de aquesos labios soberanos
 han sido impresos aun en pies traidores, 30
 ¿cómo es que todavía a la soberbia
 osa acogida dar nuestra protervia?

Como tu propia redención, fecunda
en bienes ha de ser, Señor, lo aguardo,
esa lección sublime, y tan profunda,
aunque su efecto sufra algún retardo.
5 No sólo para un siglo leyes funda
tu ejemplo. Al hombre comprenderlo tardo,
en Pedro has prometido que él sería
edades mil su inalcanzable guía.

Luego, vuelto a la mesa, has instituído
10 tu testamento en real munificencia,
pues de tu sangre y cuerpo has concedido
a los creyentes la inefable herencia.
¿Qué prueba pudo haberse discurrido
más solemne de amor, que a tu excelencia
15 consentir se reúna nuestra nada
en la harina de que es alimentada?

Jamás se ha conocido en otro culto
algo que se asemeje a este misterio.
Lo que sólo idear fuera un insulto
20 a la Deidad, para cualquier criterio,
lo ha dispensado tu espontáneo indulto
a tiempo que a eximirnos del imperio
te aprontas del pecado y de la muerte,
tú mismo padeciendo la más fuerte.

Y no obstante, Señor, tal es la triste
25 ingratitud y ceguedad humana,
que aquesa concesión con que tú hiciste
su suerte aun sobre el ángel soberana,
esa misma invención que nos reviste
30 de una grandeza que a apreciar se afana
vanamente el discurso, porque inmensa
es como el mismo Dios que la dispensa:

Esa prenda de amor inestimable
 con que acabas de honrar este aposento
 donde Israel el arca venerable
 colocó del antiguo testamento;
 que el sacrificio a ti más aceptable 5
 reemplaza al de las víctimas cruento;
 y entre el hombre y su Dios de hoy más la alianza
 en uno confundiéndolos, afianza.

Ese misterio, en fin, que, descubierto
 por ti, ni aun en bosquejo humano labio 10
 pintar podría sin quedarse yerto
 de asombro y de terror de hacerte agravio,
 desde hoy ha parecido desacierto,
 locura de ridículo resabio,
 al traidor obcecado que te vende 15
 y su grandeza augusta no comprende.

Del maléfico genio que le inspira
 a sugestión, él cree que te desdora
 aquello en que oro infame el vil no mira
 y sólo tu excelencia se atesora. 20
 Oh! si una secta que a renombre aspira
 fatal, de su ceguera imitadora,
 con el tiempo negar también no osase
 que tal favor al hombre se otorgase!

Más el bocado celestial, converso 25
 en veneno letal para el malvado,
 le excita a apresurar su plan perverso
 y aun a tu instancia deja ya tu lado.
 Cercano entonces a mirar disperso
 el rebaño de ti tan estimado, 30
 con el dulzor del cisne ya expirante,
 a darle piezas despedida amante.

Un abundoso río de ternura
celestial de tus labios se desprende,
cuya causa tu escuela, en sombra oscura
viendo aun el porvenir, no bien comprende.
5 Les pides que la muestra más segura
que por tuya desde hoy la recomiende,
sea amarse entré sí con el afecto
de que les diste ejemplo tan perfecto.

Les anuncias que vas a aparejarles
10 su morada eternal. Cuanto en tu nombre
pidieren, les prometes otorgarles,
por imposible que parezca al hombre:
de verdad el espíritu enviarles
cuando por causa tuya los asombre
15 cruel persecución en este suelo,
haciendo así invencible su consuelo.

Fervorosa oración, en fin, diriges
por ellos y por todos tus creyentes
al Padre tuyo. Pero más te afliges
20 cuanto más acercarse la hora sientes.
Por eso retirarte a un sitio eliges
donde a solas, con lágrimas ardientes,
pueda invocar tu dolorosa queja
el paterno favor, que ya se aleja.

25 Ven, Señor, a este huerto. De su alfombra
no lejos el Cedrón triste murmura,
y de olivos un grupo entre la sombra
fausto refugio al pensador procura.
Puesto que el gran peligro no te asombra,
30 que acercándose miras cuál te apura,
y que ya tu misión cumplirse debe,
puedes aquí aguardarlo espacio breve.

¿Esme lícito, en tanto, en tu divina
mente entrar un momento, y el origen
de ese duelo indagar que la domina?
¿Las tramas por ventura así la afligen
de injustos adversarios, en que omina,
fácil a cuanto horror ellos le exigen,
un discípulo ingrato vil ganancia?
Ah! minorar le ves ya la distancia.

5

Y venir, por las furias impulsado,
a estampar alevoso en tu mejilla
el beso a designarte destinado,
y un Dios va a tolerar tanta mancilla!
Vas a verte de hierros abrumado
y vejaciones por soez cuadrilla,
y al Tribunal de tus inicuos jueces
presentado entre horribles aspereces.

10

15

Allí oirás las calumnias más infames,
y aspirará una indigna bofetada
a acallar el acento con que aclames
tu misión e inocencia acrisolada.
De inauditas angustias los derrames
cubrirán tu cerviz; y aun no aterrada,
la dignidad de un Dios brillando en ella,
la furia irritará que te atropella.

20

¿Qué es, pues, Señor, lo que te arranca el lloro
tan precioso que viertes, y que obliga
a la tierra que embebe tal tesoro,
y al cielo a suspirar en triste liga?
Ah! no es ultraje tanto a tu decoro,
ni la tremenda previsión te hostiga
del infernal suplicio que te aguarda!
Nada a ti relativo te acobarda.

30

Más te abruma, Señor, la carga inmensa
de los feos pecados cometidos
de Eva y Adán desde la infausta ofensa,
y que aún habrán de ser tan repetidos!
5 'Sobre tu sacra frente se condensa
ahora su multitud, y aborrecidos
hondamente por ti, para expiarlos
no dudas, cual tu lote, en aceptarlos.

A más, tu corazón todo ternura
10 es, y dulce bondad. Por tanto gimes
viendo que del pecado y la amargura,
aun muriendo, al rigor no nos eximes.
Te hace llorar que de tu sangre pura
deban vencer los méritos sublimes
15 contraste inmenso hasta rendir su fruto
a nuestra especie en bienes absoluto.

Ves del hombre la ingrata rebeldía
por Pedro principiar, que ha de negarte,
no obstante tu advertencia, antes del día.
20 Luego Jerusalén se apronta a darte
pruebas de la dureza más impía,
y desde este momento a toda parte
que tu gran sol derrame sus fulgores,
los vuelven a enturbiar feos errores.

25 Siempre el genio del mal, de su ceniza
robusto renaciendo, ora te infama
con pérfida calumnia y autoriza
con tu pretexto la más negra trama.
Ora en tu mismo gremio una ojeriza
30 mortal, celo fingiendo, atroz derrama,
hasta que surge al fin la indiferencia,
y se revoca en duda aún tu existencia.

Todo esto ves, Señor, y sangre suda
tu cuerpo al recorrer tamaños males.
Por eso invocas la paterna ayuda,
y quieres que transcurran horas tales.
Al Padre mueve en fin tu pena aguda
y ya te envía nuncios inmortales,
que de tus labios esa copa ahuyenten
y otra consolatoria te presenten.

5

Ellos en realidad se te aproximan,
y envidiando quizás nuestros terrores,
dificilmente concibiendo impriman
al hijo del Señor tales dolores,
esos cuadros de horror que te lastiman
empiezan a apartarte y de fulgores
plácidos miras tu alrededor vestirse
con gloria que no alcanza a definirse.

10

15

Ya no están inundados tus altares
por lágrimas y sangre torrentosas,
más, alegres con gozos singulares,
las turmas de tus fieles venturosas
celebran la extinción de los pesares,
ante tu cruz se abrazan amorosas,
y agradeciendo tanto bien de hinojos,
la adora su emoción ante tus ojos.

20

Mas la noche se ve cada momento
su luto acrecentar, y todo en ella
respira un doloroso sentimiento:
remeda el són del viento una querella,
y en la vasta extensión del firmamento,
como a llorar, se esconde cada estrella:
las aves se lamentan en sus nidos
y se oyen de alimaña hondos bramidos.

25

30

- Y ruidos todavía más extraños,
de significación indefinible,
nuncios parecen de aun no vistos daños,
siguiéndolos tal vez visión terrible.
- 5 Natura con tan tétricos amaños
se manifiesta con razón sensible,
porque a dura prisión está sujeto
su autor, y en torno de él ya no hay respeto.

Entre horribles ultrajes, sin ninguna
10 voz que le ampare, el Salvador aguarda
toda esa larga noche se reuna
el Tribunal que perdición le guarda.
No esparce el sueño sobre frente alguna
su beleño benéfico, y si tarda
15 esa reunión, es porque el odio torvo
se afana en allanarse todo estorbo.

Sí; al mismo tiempo que alejaba el llanto
el tranquilo sopor de muchos ojos,
sacerdotes y escribas contra el Santo
20 al pueblo le soplaban sus enojos.
Ningún fatal indicio les da espanto,
y a los primeros resplandores rojos,
el éxito anunciando su sonrisa,
a condenar al Justo se dan prisa.

25 En un fallo su vértigo se exhala
de muerte contra aquel que de Dios Hijo
se anuncia; pero aun resta a la cabala
obtener otro triunfo más prolijo.
Si el romano Prefecto de su Sala
30 no sanciona el acuerdo, en vano fijo
en cruz infame, su furor de hiena
querrá sufra Jesús la última pena.

Junto a la gran colina donde el templo
 de Salomón se alzaba esbelto un día,
 en ruinas un palacio aun hoy contemplo,
 que apenas guarda en pie su faz sombría.
 En su recinto mudo, oh triste ejemplo! 5
 pace la yerba que el requicio cría
 rara bestia de carga, que indolente
 torna apenas la faz si rumor siente.

No obstante, estos raquíticos jirones
 de muros derruídos, que se elevan 10
 sobre Jerusalén como padrones
 que aun un delito sin igual comprueban,
 fueron en otro tiempo los salones
 del Pretorio y hasta hoy su nombre llevan,
 donde entre regia pompa y aparato, 15
 a la Judea gobernó Pilato.

¿Qué turba tumultuosa a estos lugares
 se viene a grandes gritos dirigiendo?
 ¿Qué criminal las iras populares
 abruman con rencor tan estupendo? 20
 ¿Por qué derraman el insulto a mares
 sobre él, su rostro muladar haciendo,
 y con la befa, golpes le prodigan,
 y cual vil condenado ya le hostigan?

Oh terrible lección para el que espera 25
 firmeza en el favor del pueblo instable!
 Ese reo infeliz ¡quién lo creyera!
 en que esa furia cébase infrenable,
 es el mismo Jesús que condujera
 a Sión un concurso innumerable, 30
 con ricas vestes alfombrando y palmas
 su vía, como a dueño de las almas.

Y bien, ¿por qué este cambio repentino?
¿Qué crimen tan oculto han descubierto
en el que, ha cuatro días, por divino
Mesías aclamaban en concierto?
5 Ay, cruel desengaño! el más malino
acusador para alabarle acierto
ha tenido no más, en vez de vicios
de él proclamando nuevos beneficios.

En seguida, al Prefecto presentado
10 que en la Judea representa a Roma,
porque apruebe su muerte, lo ha excusado,
pues a sus ojos la injusticia asoma.
Al Rey de Galilea lo ha enviado,
que en hallarle culpable empeño toma;
15 mas con sólo callar Cristo ha deshecho
ante él todos los cargos que le han hecho.

Por loco reputado, de una toga
de tal le ha el juez vestido y lo devuelve
a Pilato. Tirado de una soga,
20 como insensato, cuando más, pues, vuelve.
Pero en él más furiosa se desfoga,
por lo mismo, la saña que le envuelve,
y llenando su influjo esta gran plaza,
si aun vacila el Prefecto, le amenaza.

25 Puesto el débil romano en tal conflicto,
pues en vano repite que inocente
encuentra al acusado, y no osa invicto
tampoco resistir la turba hirviente.
piensa poder salvar al inconvicto,
30 si para el festival indulto en frente
de un criminal le pone, cuyos hechos
han llenado de horror todos los pechos.

No hay que temer que al escuchar su nombre
ose a Jesús el pueblo anteponerle,
por más que te aborrezca, Hijo del hombre!
Seguro está Pilato de vencerle.

Más por que el mismo Satanás se asombre, 5
no bien oye al Prefecto proponerle
el perdón de uno u otro, exclama: «viva
«Barrabás y Jesús muerte recibal»

Ayl oyendo esta voz, el templo santo
de Salomón, que estaba fronterizo, 10
sobre su base retembló de espanto,
y pareció hasta el cielo movedizo.
Pero aun resta otra prueba a furor tanto,
pues juzga el Presidente asustadizo
calmar al que con César le conmina, 15
si a injusticia menor se determina.

¡Cuán poco a esos vasallos tú conoces,
que hoy te toca mandar por tu desgracia,
si crees que destrozado con atroces
llagas, ante ellos, Cristo hallará gracia. 20
Ellos tu aprieto acrecerán feroces,
con tu flaqueza doblarás su audacia,
y no habrás hecho, en fin, con tu expediente,
sino sufrir aún más al inocente!

Para que palpés el engaño tuyo, 25
no obstante, ya está el Cristo recibiendo
cruel azote sobre el cuerpo suyo,
y un río de su sangre va corriendo.
Tierra, dime cuál es el lugar cuyo
espacio riego tal estuvo haciendo 30
del Empíreo una parte, porque imprima
hasta exhalar mi aliento el labio encima!

¿Al través de los siglos una gota
de ella no has conservado, a fin que beba
su felice restauro el alma rota,
que tales sensaciones aquí prueba?
5 Ay! sólo escucho el estridor que flota,
a cada golpe, con violencia nueva
por el aire, y bien lejos extendido,
va a ser por mil aplausos recibido!

Si, al escarnio feroz y amargo insulto,
10 con que acompaña el golpe el que atormenta,
responde fuera atronador tumulto,
que el ardor del verdugo aun acrecienta.
Pero, de origen, entretanto, oculto
una armonía mística se aumenta
15 por todas partes, cuya gran tristura
sólo igualarse puede a su dulzura.

Y en ella al propio tiempo aliento inspira
al fiel, himno de triunfo soberano,
cantado en coros a celeste lira,
20 que no ideó jamás oído humano.
Parece que al través del tiempo él gira
y que una eternidad domina ufano,
que anular el dolor fuera su suerte,
del pecado triunfar y aun de la muerte!

25 Mas aunque lo oiga el hijo de Atalía,
sin comprenderlo ni temblar lo escucha:
su pecho empedernió la saña impía,
y por vencer al cielo mismo lucha!
Redobla, por lo tanto, su porfía
30 y se prepara con violencia mucha
a burlar al que cree se satisfaga
contemplando a Jesús hecho una llaga.

En realidad, cuando acabado el crudo
 castigo, ante Pilatos presentóse
 de nuevo el reo, contener no pudo
 él una exclamación y enternecióse.
 Pero sintió también consuelo mudo, 5
 y allá en su corazón felicitóse
 de haber hallado este expediente fiero
 para eximirse de un pesar severo.

Sombra humana es el Cristo: inconocible
 está la faz más bella que ha acusado 10
 la presencia de un Dios. Corona horrible
 su delicada sien ha taladrado.
 De ella descende en gota inextingible
 la sangre: todo el cuerpo desgarrado
 muestra que nunca al más fiero verdugo 15
 tanto su azote ejercitar le plugo!

Encubre apenas este gran destrozo
 un purpúreo jirón, que por afrenta
 se echó sobre su espalda en vil retozo,
 por completar coronación cruenta. 20
 De dura caña ensangrentado trozo,
 que las espinas que su sien ostenta,
 para incrustar a golpes ha servido,
 es el cetro que han dado al Sacro Ungido.

Y tal es el honor que hace la tierra 25
 a aquel cuya diadema son los soles
 innumerables que el espacio encierra,
 y su escabel sublimes arreboles.
 Cual victimario que un cordero aterra,
 así a tu salvo se te deja violes 30
 la majestad, Sión, del que podría
 borrar de un soplo aun tu memoria impía.

A presentar al pueblo, de impropio,
y de saña esta víctima, se avanza
el delegado del romano imperio,
lleno por ella el pecho de esperanza.

- 5 Y cree tan excusado el ministerio
de otra defensa darle, que no lanza
más expresión que la de: *Ved al hombre*
y espera que el furor mismo se asombre.

- Mas su cerebro un vértigo sacude,
10 y juzga que un infierno le rodea,
cuando oye que en la cruz fijar no dude
el presentado reo, a la asamblea.
Entonces a su mente ya no acude
más salvación, que la cerviz hebrea
15 con el peso cargar de la injusticia
que exige encarnizada su sevicia.

- Y debajo de ese arco que en la ruina
general del Pretorio aun se conserva,
y eterno hará la permisión divina,
20 para testigo de esa escena acerba,
lavándose las manos imagina,
¡oh necio, cuya mente el miedo enerva,
que pues la sangre justa se le arranca
en ellas indeleble no se estanca!

- 25 No ve que ese furor no consiguiera
el criminal objeto porque brama,
si él resistirle con valor supiera,
y al viento disipar la inicua trama:
que una pena merece más severa
30 que la pasión que en la maldad se inflama,
el que sin ella el mérito calcula
de la acción, y asintiendo la estimula.

El pueblo, al contemplar tal aparato,
de sangre justa más y más sediento,
exclama que él acepta el gran reato
sobre su prole y sobre sí, contento.
Y tropezando en su terror Pilato, 5
pues para él empezó un remordimiento
ante el que otro pesar fuera mentira,
a firmar la sentencia se retira.

Pero la voz que de exhalar acaba
de ese obcecado pueblo el idiotismo, 10
cual maldición creciente, resonaba
por las honduras del celeste abismo.
Cada astro que en su vuelo ella alcanzaba,
se estremecía en fiero parasismo,
vacilando su curso, y un instante 15
tornaba en luto su esplendor brillante.

Los ángeles el rostro se cubrían,
gimiendo tristemente, y a Judea
la espalda, en honda confusión, volvían,
y del más negro infierno la ralea, 20
en caracteres que durar debían
toda una eternidad, con risa fea,
esa misma sentencia consignaba,
en que su muerte un pueblo pronunciaba!

Dejando ya la plaza del Pretorio, 25
por la calle del *duelo* te he escoltado,
oh dulce dueño del celeste emporio,
de cruz ponderosísima abrumado.
El cruel tratamiento vejatorio
cree que aun bastante en ti no se ha cebado, 30
y un respiro rehusó concederte
en el breve intervalo hasta la muerte.

Del dolor oprimido y grave peso,
tropezando, Señor, aquí caiste;
pero a auxiliarte en tan terrible exceso,
ningún rostro acudir amigo viste.

- 5 Antes de odio y de befa grito avieso
en atribuir a culpa tuya insiste
que no oponga una fuerza soberana
al sufrimiento tu natura humana,

- Como bestia de carga, a golpe rudo,
10 del suelo que tocó tu frente pía,
levantado, por fin, ¡oh trance crudo!
ves acercarse trémula a María,
a tu madre, Señor, que un grito agudo,
al divisarte cual estás, te envía,
15 y sin llegar a ti, falto de idioma
el labio, cual sin vida, se desploma.

- Ay! el sólo eco de ese triste grito
la salvación acaso te valiera,
Señor, si la tragedia que recito
20 en cualquier otro clima aconteciera.
Parecía acusar su eco infinito
un siglo de terror y angustia fiera,
y deber todavía prolongarse
por una eternidad sin atenuarse.

- 25 Todo aquel que le oyera, en tal lamento,
más decidior que infinidad de voces,
pudo esto comprender: «Tal detrimento
« han podido causarte esos feroces?
« Hijo mío, ideando tu tormento,
30 « yo he llegado a sentir penas atroces;
« mas cuando él ha excedido de una madre
« al temor, ¿dónde está, dime, tu Padre?»

Todo esto, y mucho más, que un comentario
 prolijo a consignar mal alcanzara,
 se traducía en ese acento adario,
 que Sión hasta allí tal no escuchara.
 Mas un efecto al que debió contrario 5
 produjo en el judío, y ni a la cara
 prenda que a pocos pasos por él muere
 que se acerque Jesús un palmo quiere!

Prosigue, pues, la marcha; pero, ay triste!
 sin fuerzas, desangrado ya a tal punto, 10
 que aun la ferocidad que más persiste,
 teme verle caer presto difunto.
 Por esto solamente mereciste,
 Señor, te concediesen un adjunto,
 para seguir hasta el Calvario horrendo 15
 la cruz que debe alzarte conduciendo.

Ah! entre tanta nube de congoja
 es posible que nadie simpatice
 contigo, y que hoy baldón sólo recoja
 aquel que socorrió tanto infelice? 20
 ¿Por qué cuando tu labio más enoja
 la sed y buscas alguien que deslice
 en él algunas gotas de agua, el miedo
 quita al más compasivo este denuedo?

Al reo más feroz cuándo fué un crimen 25
 dar de piedad siquiera muestra leve,
 si los rigores de la ley le oprimen,
 y marcha a terminar su vida en breve?
 Los hombres para ti sólo se eximen
 aún de aqueste deber, y no se atreve 30
 hoy tu propio discípulo más caro
 a venir a ofrecerte algún amparo!

Pero si el celo más viril se hiela
ante esta horrible general conjura,
un grupo de mujeres me revela
que toda alma en Sión no es roca dura.
5 Las veo adelantarse, y sin cautela
derramar sus tesoros de ternura
a los divinos pies, y aun amorosa
una enjugar tu frente sudorosa.

Oh mujeres, mujeres, cuando miro
10 a cuál degradación la humana especie
lanzó más de una vez del tiempo el giro,
sin quedar quien lo bueno o justo aprecie,
salir siempre a vosotras os admiro
a evitar que su pérdida se arrecie,
15 mostrándoos en la crisis las guardianas
de todas las virtudes soberanas.

Al mundo sostener es vuestro lote,
y como renováis en él la vida,
borrando los estragos del azote
20 constante de la muerte enfurecida,
así también del sentimiento el brote
sin mengua, y pronto a florecer se anida
en vuestro corazón, y él juvenece
la degradada raza que perece.

25 En cualquiera ocasión, sin contratiempo,
vosotras comprendéis y amáis lo grande,
¿Por quién la fe del Cristo desde el tiempo
primero sus conquistas más expande?
¿Una gentil mujer, por pasatiempo
30 siquiera, no pidió que a su hija mande
de su mesa Jesús una migaja,
que abandonar la hiciese su mortaja?

¿Una mujer no fué quien, alcanzando
que pobres en la tierra siempre habría,
más del hijo de Dios el venerando
paso por ella asáz breve sería,
con prodigalidad noble asombrando 5
la turba que su acción no comprendía,
un bálsamo precioso su riqueza
toda, vertió en la divinal cabeza?

Mujeres son las únicas que ahora,
despreciando el furor que en él se ensaña, 10
osan seguirle y una faz que llora
mostrarle ante esos pechos de alimaña.
Ellas van a asistir a tu última hora
formándole a tu cruz tierna peaña,
Señor, y ellas irán, después de muerto, 15
a ungir primeras tu cadáver yerto.

Y tu resurrección será un prodigio
para mente humanal de tanto bulto,
que juzgas bien que engañador prestigio
el más adicto, la creerá, a tu culto. 20
Por eso quieres, tu primer vestigio
mostrando a una mujer, que ella a tu oculto
senado de discípulos lo esplane,
y a tu visita su creencia allane!

CUARTA PARTE

Romance I.—1579

Siguiendo en su carrera dolorosa
siempre al Señor, penetro ya al santuario
que hoy su tumba cobija prodigiosa
y el redondo recinto del Calvario.

5 Colmada aquí mi sensación piadosa,
llego a acusar mi pie de temerario
al estamparse donde el gran misterio
se consumó entre abismos de impropio.

Espíritu sublime, que inmediato
10 al trono del Eterno, tal recibes
el privilegio de su excelso trato,
que a veces su idear propio concibes:
tú que de honda oración en arrebató
a tus adeptos con frecuencia exhibes
15 lo más oculto que atesora el cielo,
ven, yo te invoco, a iluminar mi celo.

Baja a hacer tan profundo mi transporte,
que entienda el corazón cada detalle
del divino suplicio, y con tu norte
20 viso feliz de sus grandezas halle;
a fin que amplio tesoro así reporte
de inagotable fe, que cuando estalle
la tormenta fatal, sea mi invicto
y fiel sostenedor en el conflicto!

25 Sí: estos santos lugares do se inflama
el pecho en devoción sincera y pura,

bajo de cuyas bóvedas derrama
sus nubes el incienso sin medida;
en donde de mil lámparas la llama
la luz del día vence, y la dulzura
se escucha siempre de sublimes cantos 5
en obsequio del Santo de los Santos:

Estos mismos parajes donde unidos
tributan al Señor culto constante,
en misteriosos nichos recogidos,
ministros aun del pueblo más distante, 10
en tiempo de Jesús aborrecidos
de todos eran, porque aquí aterrantemente
escarmentaba la imparcial justicia
de grandes delincuentes la malicia.

Ellos estaban bajo el cielo abierto, 15
y sin estorbos de Sión culpable
se divisaban. Miro ya cubierto
el muro de gentío innumerable
a tiempo que, arrastrando el paso incierto,
opreso de fatiga imponderable, 20
Jesús viene ascendiendo hacia este monte
y abarcando su vista ancho horizonte.

Apenas en la cumbre, empieza aprisa
el cruel preparativo, y mientras el hoyo
para en la cruz alzarse se improvisa, 25
él aguarda allí cerca sin apoyo.
Su faz, con noble dignidad sumisa,
irradia aún al través del vario arroyo
de sangre y de sudor, que de la seda,
hispida ya, de sus cabellos rueda, 30

A ratos se diría, al contemplarle,
que allá en su corazón un gozo oculto

siente al mirar presente amenazarle
el término final de tanto insulto.

Ya los sayones llegan a arrancarle,
con ademán tan recio y sin indulto
5 la túnica del cuerpo mal herido,
que le hacen exhalar hondo gemido.

Una avaricia sórdida los mueve
entre sí a sortearla, aunque distantes
de apreciar su valor, como que embebe
10 carne y sangre de un Dios, y las amantes
maternas manos, con labor no leve,
su trama entretejieron. Paipitantes
las llagas de ese cuerpo, ya desnudo,
se han renovado al tratamiento rudo.

15 Y así, sangre a torrentes chorreando,
insensibles le arrastran y colocan
sobre el fatal madero, do observando
que a los barrenos de la cruz no tocan
sus manos y sus pies, oh horror nefando!
20 los miembros a estirones le dislocan,
y a golpes luego de ferrada masa
manos y pies el clavo le traspasa,

En este mismo sitio, en que se imprimen
al presente mis labios, ocurría
25 la ejecución de aqueste horrendo crimen
y una madre allí cerca lo veía!
Por más que con dolor crudo lastimen
a tu hijo esos golpes, oh María
no es en sus miembros do el mayor destrozo
30 causando están: lo advierto en tu sollozo.

A cada martillazo repetido,
que hace temblar a la natura en calma;

corresponder escucho yo un gemido,
en que parece se ha exhalado una alma;
y tornándole a oír más dolorido
todavía después, pregunto: «¿Hay palma
« de martirio en el mismo excelso cielo, 5
« que digna premie semejante duelo?»

Concluída está la operación terrible!
Bien poco es lo que resta. Taladrado
ya cada miembro, con barreno horrible,
Jesús está en la cruz asegurado. 10
De elevarle ya es tiempo, y su sensible
cuerpo va a ser de nuevo desgarrado,
en tanto que se arrastra el gran madero
hasta esconder su pie en el hondo agujero.

Yo siento palpar mi íntima fibra, 15
Dios mío, de dolor, a la memoria
del que sufrir debiste mientras vibra
la cruz sobre su marcha oscilatoria.
Al fin ella un momento se equilibra,
y resonando un grito de victoria 20
de Sión en el muro, cae al hoyo
con extruendo a buscar sólido apoyo.

Este postrero sacudón tan duro
te ha sido, oh mi Jesús, y tal tormento
te ha ocasionado, que en el mismo muro 25
se oyó de la natura un gran lamento!
Mas en lugar de aterrador conjuro,
la befa ha hallado en él causa de aumento,
porque Jerusalén aun no podía
creer que esa cruz a alzarse llegaría! 30

Ya lo ves, pues, Sión, ella está en alto
e inmóvil a tu vista! Ni un prodigio
vino a justificar tu sobresalto.

Destierra de temor tu vestigio.

- 5 Sal a hacer de más cerca nuevo asalto
de insultos al profeta sin prestigio.
Dile cómo es que a los demás salvaba
i él mismo de la cruz no se desclava!

- Véngate de los bienes que vertieron
10 sobre ti tantas veces sus milagros;
del odio en que al hipócrita encendieron
y al usurero sus discursos agros!
Ya sobrados indicios se te dieron.
El tiempo se cumplió. Sus miembros magros
15 no eximirá de la precisa muerte
Jesús, con vano fin de convencerte!

- Y aunque él evitar quiera tu castigo
y ante su Padre excuse tu dureza,
será ese acento el último de amigo
20 que oigas, porque el del Juez terrible empieza.
De tu condenación mudo testigo
podrías advertir, si la fiereza
no te cegara, en que él la espalda ha vuelto
a ti, y a Europa su semblante esbelto.

- 25 Dando tal acogida al anunciado
de Dios por tantos siglos, insensata,
tus pactos con cielo has destrozado.
las fuentes de piedad cegaste ingrata.
Jesús abre los brazos enclavado,
30 pero no para ti, y él arrebató
el cetro a la que, sorda al testimonio,
repudió su sublime patrimonio.

En este instante justo lo transmite
al gentil desdeñado por tu orgullo,
de hoy más llamado al celestial convite,
mientras eterno dolor será tu arrullo.
Tú misma te has buscado este desquite. 5
¿No has elevado acusador murmullo
aun por esa inscripción que dice cuánto
cuesta a *tu Rey* beneficiarte tanto?

Mas ¿qué es esto, Señor? Cuando se apura
el rigor contra ti, cuando te cerca 10
de impíos adversarios nube oscura
y aun la faz de tu Padre miras terca:
cuando a abrumar al Justo se conjura-
el cielo con la tierra, ¿no se acerca
a consolarte un corazón propicio 15
en ese mar de horror de tu suplicio?

No, no falta, en verdad, quien se aproxime
a ti con un dolor que por sí solo
compensa toda la ira que te oprime,
y de esa turba conjurada el dolo. 20
Pero antes de decir qué amor sublime
te apronta tan brillante mauseolo,
déjame oír la voz que entre la saña
popular te confiesa con fe extraña.

Es una voz aislada y a un extremo 25
tan grande humilde, que tal vez tuviera
otro por deshonor que entre el blasfemo
sarcasmo universal se le adhiriera.
Mas no cree tal el Hacedor Supremo;
él la acepta gustoso, y se apodera 30

de esta ocasión de darnos perentoria
lección, al pecador consolatoria.

Apurando el furor sus invenciones
por hacer más terrible este suplicio.
5 dispuesto había que entre dos ladrones
se hubiese de efectuar el sacrificio,
y Dios que en toda especie de baldones
quiere a su hijo bañar por alto juicio,
permite que redoble afrenta tanta
10 el futuro esplendor de la cruz santa.

Están, pues, a su lado, en otras cruces
suspendidos como él dos, criminales,
uno al norte, otro al sur, en claras luces
mostrando los destinos humanales.
15 Mas tú, ciega Salén, nada trasluces
de los hondos designios eternals,
y aplaudes al oír que a tu improprio
del segundo ladrón se une el dicterio.

Mas, el del lado diestro, ora una lumbre
20 le ilustre superior, dándole un viso,
encubierto a la estulta muchedumbre,
del celestial futuro paraíso;
ora la incontecible mansedumbre
de Cristo le conmueve, con deciso
25 lenguaje hablando al bárbaro consorte,
sabio reprende su feroz deporte.

Y tornándose humilde a Cristo luego,
«Señor, Señor, le dice, cuando al trono
«del Padre tuyo vuelvas, yo te ruego
30 «no dejes a este triste en abandono»;
y el Salvador replica: «ten sosiego,
«pues me has reconocido; yo te abono

« que en mi gloria desde hoy tendrás la parte
 « que a tu alta fe mi redención le impartel »

Así, tú que nacer pobre quisiste
 en destituido establo de pastores,
 y en la pobreza sin cesar viviste, 5
 ejemplo dando a ignotos pecadores,
 que de tu ley, por último, elegiste
 por lumbreras a incultos pescadores;
 has dispuesto hasta el fin ser consecuente,
 cual lo muestra un ladrón que se arrepiente. 10

No un potentado o ilustre personaje
 el primero será que en el gran día
 de nuestra redención, el dulce gaje
 de ella disfrute en tu alta compañía.
 A un criminal oscuro tu hospedaje 15
 primero otorgarás, en alegría
 inefable el suplicio convirtiendo
 que al lado tuyo le anonada horrendo!

Sublime religión que al pobre ensalzas
 sobre el más opulento envanecido, 20
 y hasta los gozos más perfectos alzas
 el seco corazón del afligido;
 que del justo al nivel dulce realzas
 del pecador el pecho arrepentido,
 ¡oh, religión de Cristo, te saludo 25
 de admiración y de terneza mudo!

Yo, que soy infeliz, yo que he pecado,
 cuando a mi convicción algo faltara
 para caer ante tu autor postrado,
 el solo corazón me arrodillara. 30
 ¿Qué mal en ti no encuentra preparado
 el remedio mejor que ambicionara,

y si no hay hombre que sufrir no tenga,
¿quién hay a quien tu abrazo no convenga?

Mas al pie de la cruz ya se adelanta,
por Juan y Magdalena sostenida,
5 la que a los cielos con su luz encanta,
de dolor y de luto revestida.
Agotado su aliento a angustia tanta,
se la creyera, al verla, descendida
de otra cruz más cruel que la en que inerte
10 mira al dueño absoluto de su suerte.

Ah! demasiado tiempo ella ha tenido
de prepararse a trance tan amargo,
desque supo el honor que conferido
le había el cielo, por sublime encargo.
15 La idea de este instante ha estremecido
su tierno pecho con tormento largo
cada vez que dichosa contemplaba
al hijo en quien su propia vida hallaba.

Y no obstante, mirando ya presente
20 ese momento inevitable, ay triste!
juzga que demasiado de repente
su corazón desprevenido embiste.
El alma, como el cuerpo, falleciente
llega a intervalos a dudar si existe;
25 pero a intervalos palpa la presencia
de un dolor que no alcanza la conciencia,

No, no es posible que un igual trastorno
de la ley natural tenga en el giro
de los más largos tiempos su retorno!
30 Ni el Dios que exhala el postrimer suspiro

y de la angustia que le aniega en torno
 halla, su madre al ver, blando respiro,
 permitirá que igual horror se agrave
 sobre un pecho tan puro y tan suave!

En más necesidad la ve que él mismo 5
 de un oportuno bienhechor consuelo:
 de su orfandad por eso en el abismo
 la dice que de Juan la encarga al celo
 del discípulo fiel, cuyo heroísmo,
 arrojando por fin todo recelo, 10
 a recoger el último legado
 viene de boca del maestro amado.

«Madre, ahí tienes tu hijo», oye María:
 «Hijo, ahí tienes tu madre, «Juan entiende;
 y en él representado, oh Virgen pía, 15
 todo hombre el don del Hacedor comprende:
 Bien digna es en verdad de tu agonía
 la pérdida de un Dios; pero depende
 de tu materna intercesión amante
 todo alivio y perdón desde este instante. 20

Sí, Reina celestial, tan gran destino
 será a tu duelo inmenso en lo futuro
 un bálsamo feliz de ti bien dino,
 si no bastante en el presente apuro.
 Indigno fuera aún del poder divino 25
 pretender consolarte, de seguro,
 mientras sientes rodar sobre tu frente
 de la sangre de tu Hijo el riego ardiente.

¿Qué exclamación tan triste le escuchaste
 verter tras largas horas de martirio? 30
 «Padre mío, ¿por qué me abandonaste?»
 dice, e inclina su frente como un lirio!

Es que pasó descomunal contraste
por su mente en un raptó de delirio,
y vió la inmensa gloria de que lleno
estuvo siempre en el paterno seno:

5 Los homenajes vió que le tributa
sin cesar toda excelsa jerarquía:
los himnos que en loor suyo ejecuta
cuanto orbe llena la región vacía;
sobre la creación vió su absoluta
10 dominación; y de la tierra impía
en un rincón, por fin, se vió sujeto
a perecer, de escarnio y odio objeto.

Los mismos que ha venido de la muerte
eterna a rescatar, son los que ahora
15 le recompensan con rigor tan fuerte!
A idea semejante se evapora
su fuerza divinal un punto, e inerte
en él lo humano destituido llora.
Queda al oírle el Padre en luto envuelto;
20 mas no puede alterarse lo resuelto.

Y de su pena, al rehusar su amparo,
quiere dé la creación señal inmensa.
La vida entonces, oh portento claro!
en la vasta extensión queda suspensa;
25 y el mundo, en un completo desamparo,
duda si un día más se le dispensa:
los prados y los montes se marchitan,
y las olas del mar muerte dormitan.

Una lúgubre sombra a dilatarse
30 comienza por doquier: del firmamento
amagan las estrellas desgajarse
y todo está en inmóvil aturdimiento.

Un mundo indigno muere, a no dudarse,
a fin de renacer con doble aumento
de inocencia y virtud, por la eficacia
de un sacrificio de infinita gracia.

Y más y más se acrece el ostensible 5
sucumbir general, mientras que lucha
con su agonía el Salvador, terrible,
y a ti morir con él, Madre, se escucha.
Al fin, con eco por demás sensible,
le oyes triste exclamar: «tengo sed mucha», 10
y con anhelo maternal tú esperas
que agua le ofrecerán aquejas fieras!

Te engañas aún en esto! que a su labio
hiel y vinagre dan por refrigerio.
Más ya del sufrimiento y del agravio 15
este es el fin: se consumó el misterio
con la postrera predicción del sabio.
Salvado el orbe está del cautiverio,
e invocando a su Padre en un gran grito,
su último aliento derramó el proscrito! 20

El sol toda su faz yerto ya empaña,
y envuelve el orbe obscuridad profusa
a la mitad del día. De su entraña
lanza la tierra multitud confusa
de reanimados muertos, y con saña, 25
rota y temblante hasta el cimiento, acusa,
cual la natura trastornada entera,
de haber muerto a su dueño a Sión fiera.

El gran velo del templo se ha rasgado
en su gran longitud: tristes lamentos 30

por toda la ciudad se han escuchado.

Maldición, maldición! gritan los vientos.

Huyendo aceleradas han pasado,
al pavor de tan tétricos portentos,
5 fieras desconocidas, y horizonte
de lumbre sepulcral parece el monte.

¿Qué extraño es que la tierra así se espante,
Jerusalén, y que al Empíreo propio
haga llorar tu crimen? Incesante
10 de la divina saña hiciste acopio.
Tú, la electa de Dios porque brillante
y puro siempre de elemento impropio,
entre la aberración del orbe entero,
mantuvieses su culto verdadero.

15 Hasta que al fin, llegado el día fausto,
con esa luz un nuevo aliento dieses
al universo, de esperanza exhausto,
esa hermosa misión por cuántas veces
mirando con desdén, al culto infausto
20 del gentil, no tan sólo ocultas preces
osaste dedicar, más las alturas
todas manchar con prácticas impuras!

Por imponer destierro ignominioso
a Jehová de su templo concluiste,
25 y en su lugar a un ídolo horroroso
la sangre de tus hijos ofreciste.
Los profetas que el cielo bondadoso
enviaba a despertarte, recibiste
dándoles galardón de injusta muerte,
30 y aun no rompía su alianza el Fuerte!

Castigo era de padre el que te daba,
y si con guerras, hambre y cautiverio

tu criminal olvido escarmentaba,
 veníate bien pronto el refrigerio.
 Él tus dispersos hijos congregaba,
 a restaurar tu muro, y el imperio
 volvíate con dicha más profusa 5
 des que implorabas tu perdón confusa.

Mas el delito con que te has manchado
 en este fatal día, todos borra
 los anteriores. Tiembla! que ha espantado
 aun al furor de la infernal mazmora! 10
 Todo te grita para siempre airado:
*Asesina de un Dios! quien la socorra
 no tendrá en ningún clima ya tu gente,
 del cielo fulminada eternamente!*

De oprobio y maldición llevando escrita 15
 sobre su frente la terrible enseña,
 de toda raza y religión maldita,
 no hallará para sí paz halagüeña.
 Y lo peor será que así proscrita,
 jamás querrá decir lo que ante seña 20
 tanta y tan prodigiosa, hoy dice yerto
 más de un labio gentil: *Dios mismo ha muerto!*

Más en tanto que así, de un justo pasmo
 y de su propia acción como áterrada,
 se esconde esta ciudad, para sarcasmo 25
 de ella, salude el mundo la alborada.
 Sea todo él un grito de entusiasmo,
 al ver ya a la justicia entronizada,
 y huir, gimiendo por su cetro roto,
 el genio del pecado ya remoto. 30

El sol, en la Judea obscurecido,
brilla cual nunca al resto de la tierra,
que parece a su amor juvenecido,
tan duplicado encanto desencierra!
5 Los árboles de nuevo han florecido,
sonríe el valle y la orgullosa sierra,
y eleva el mar, con delicioso arrullo,
por toda costa encantador murmullo.

Los hijos en los vientres maternas
10 de gozo se estremecen, y se entona
un himno por las almas patriarcales,
que ven de su esperanza la corona.
Los espíritus que hábitos mortales
habrán de revestir y aun aprisiona
15 la excelsa previsión en otros mundos,
se dan el dulce parabién jocundos.

Ah! con razón, mi Dios, se alegran tanto,
y su hosanna repite todo viento,
y con razón el mismo cielo santo
20 al hombre envidia desde tal momento!
Cese ya, cese de infundirle espanto,
y no dé más motivo a su lamento
la transgresión de Adán; antes medite
que de ella más justo es se felicite!

25 Ella, es verdad, robóle la ventura
perenne que le estaba destinada;
pero en su ausencia, prueba tan segura
del sacro amor jamás le fuera dada.
La mente en vano a concebir se apura
30 tal sublime portento, y fatigada,
deja, en la insuficiencia de su lumbre,
que de él un lampo el corazón vislumbre!

No puede a aquese bien contraponerse
 mal alguno. Oh Jesús! cabe tu tumba
 cómo he sentido el alma ennoblecerse,
 cuando a mi oído tanto amor retumbal
 ¿Qué seno así ha llegado a endurecerse, 5
 que su incredulidad no aquí sucumba?
 ¿Do el infortunio está, que aquí no exclame
 merecer que benigno se le llame?

A nuestra redención pudo una pena
 sola bastar de tantas que sufriste: 10
 era una gota necesaria apena
 de la sangre a torrentes que vertiste;
 y no obstante apurar la copa llena
 se te vió del dolor, porque quisiste
 que en sufrimientos u oprobiosa muerte 15
 nunca otro se jactase de excedertel

¿Y cuando por el hombre solo has hecho
 extremos tú tan grandes, osaría
 él obstinarse en criminal despecho
 y acusarte tal vez de tiranía? 20
 No en culpa tal incurrirá mi pecho,
 después que me ha brillado tu gran día,
 y alabaráte siempre mi trabajo
 por la alta inspiración que aquí me trajo.

Todo, todo, Señor, lo he comprendido 25
 donde sufriste angustias sin iguales:
 veo que tú enseñarnos has querido
 que no es la tierra el fin de los mortales:
 que a un destierro bien corto a ella han venido,
 y son anuncio sus mayores males, 30
 como precio también, de una corona
 más esplendente, que tu amor cauciona.

No es más la vida que una impuesta prueba,
y al mayor sufrimiento el mejor lauro.

¿Cómo en el mal nuestra alma se subleva,
y en él no siente aún bienhechor restauo?

5 Con un consuelo ignoto y fuerza nueva,
cual en un baluarte inexpugnable, instauro
mi alma en esta verdad, y hallo en mi brío
para sufrir aún mucho más, Dios mío!

Más al tiempo que acato así tus fines,
10 y el extravío que sufrí lamento,
¿permitirás, Señor, que en tus confines,
aun me asalte un profano sentimiento,
y te ose suplicar que me ilumines,
si es posible este alivio a mi tormento,
15 solo, Señor, sobre una amarga duda,
que hasta aquí viene a combatirme cruda?

Tú sabes en qué olvido la memoria
de un amor triste para mi alma ha estado,
mientras la varia escena de tu historia
20 con corazón absorto he visitado!
Mas no puedo pensar que esta victoria
llegue a ser duradera, y separado
de tu sepulcro, que mi arrobó causa,
temo me vuelva a perseguir sin pausa.

25 Sabes también que de mi afán presente
no es su pérdida infausta ya el origen,
y resignado a tu querer potente,
muy otros sentimientos me dirigen.
No indignas de este sitio reverente
30 parécenme las dudas que me afligen,

cuando si ansío, Señor, de ellas librarne,
es por poder del todo a ti entregarme.

Sí, de mis pensamientos la discordia
por siempre cesaría, des que cierto
supiese que tu gran misericordia 5
había a su delito el seno abierto.
Yo sólo de aquella alma la concordia
turbé: sólo por mí cadáver yerto
tornada fué en su flor: ¿por mí es posible
sufra también condenación terrible? 10

Ah! para que expiar yo bien contrito
pueda de mis ofensas la gran copia,
conceder el destino necesito
que la única corrió, de Elvira propia.
Si es lícito, por tanto, al que proscrito 15
viene a esta tumba a enriquecer su inopia
pedirle al Salvador algún milagro,
tal petición a su piedad consagro.

¿Ha escuchado él mi voz y el velo ha roto,
que la insondable eternidad oculta, 20
por realizar mi fervoroso voto,
y confundir mi duda, que le insulta?
Un conocido acento, que aun remoto
me llega, en desvarío me sepulta,
y en concierto de célica dulzura 25
mi propio nombre con bondad murmura.

Se acerca más y más, cual de una brisa
misteriosa en las alas, que ya oream
mi frente. Ya apareces improvisa,
Elvira. ¡Qué fulgores te rodean! 30

¡Qué dicha celestial en tu sonrisa!
 «Las obras del Señor en mí se vean.»
 dices. «La vida en la infracción dejóme;
 pero la sangre de Jesús bañóme».

- 5 «De mi agonía en el instante extremo,
 «su nombre, con dolor, el labio mío
 «alcanzó a pronunciar, y del supremo
 «cielo bajando salvador rocío,
 «oh mi Teudo, ya ves que hoy nada temo.
 10 «Desecha, pues, ese recelo umbrío,
 «y une a mi voz la tuya, porque al Santo
 «de ardientes gracias entonemos canto.»

- Oh delicia, oh dulzor! sí, que se rompa
 mi corazón en ecos fervorosos,
 15 y resuene mi voz como una trompa,
 que inunde los espacios anchurosos.
 De las lirás angélicas la pompa
 mis himnos venga a hacer más armoniosos,
 porque no cesen de elevar la pura
 20 oferta al Inmortal de mi ventura.

- Puesto que tú eres para siempre, Elvira,
 feliz ante su trono, y certidumbre
 tan dulce de ello alcanzo, ya no aspira
 el alma sino a santa servidumbre.
 25 Tú con tus ruegos fortaleza inspira
 al corazón, y guíelo tu lumbre
 en la larga excursión que estoy resuelto
 a emprender, de tu fausto auspicio envuelto.

- ¿Qué otra misión más noble a una existencia
 30 como la mía, que al confín del mundo
 ir de aqueste sepulcro la excelencia
 a predicar al bárbaro errabundo?

Y en tanto que de Dios tú la presencia
gozando estás, un mérito fecundo,
ganándole mil almas, adquirirme
para ir después contigo a reunirme?

Mientras llega ese tiempo suspirado, 5
ocupación análoga tendremos,
tú en el excelso asilo ya alcanzado,
yo de este humilde valle en los extremos.
De la unión el momento anticipado,
el uno y otro así nos bañaremos 10
en el lago inefable de delicia,
que aquesta tumba nos abrió propicia!

Si bien des que he formado mi plausible
resolución, sin desaliento o calma,
ha excitado un impulso bonancible 15
a apresurar su cumplimiento, al alma,
una atracción potente, indefinible,
que en mí hoy obtiene una absoluta palma,
a visitar los sitios me ha llevado,
que algún grande suceso aquí ha ilustrado. 20

De ellos estando propiamente llena
Judea toda, no es de pocos días
obra, dar curso sobre cada escena,
a ese tropel de reflexiones pías,
en que la mente absorta se enajena. 25
Breves no han sido, a la verdad, las más
y como un grato auxilio a la memoria,
consigno leve parte en esta historia.

Después que los sepulcros de tus reyes,
Jerusalén, que con distinto adorno, 30
guardan los cementerios de sus greyes,

de que se ve cuajado tu contorno,
y los grandes palacios donde leyes
dió su poder un día, y hoy bochorno
son de la humanidad, que ni destellos
5 de tanta vanidad encuentra en ellos:

Después que he recorrido con más gusto
los santuarios do inspiró a sus vates
el mismo cielo ese poema augusto,
a que da el largo tiempo más quilates,
10 y hace las voces resonar del *Justo*,
cual faro de consuelo en los embates
de la humana miseria, tu recinto
he abandonado tras un sacro instinto.

He visitado la desierta orilla,
15 donde oculto entre sauces y abedules,
arrastra aún el Jordán su onda amarilla,
en engañosos transparentes tules.
Estréchale al oriente la cuchilla
de las montañas del Arabia azules,
20 cuya profunda soledad mi mente
pobló tal vez de multitud ingente.

Por ellas ver bajar me figuraba
las turbas de Israel con alta grito,
al punto en que su viaje terminaba
25 largo a la tierra del Señor bendita.
Oh! cuán diversa entonces les brillaba
de hoy, que en su aspecto desolado escrita
la cólera de Dios llevar parecen
la arena y el peñón que la guarnecen!

30 Sobre uno de esos montes, con su manto,
de Moisés la gran sombra ante mis ojos
se dibujaba, pronto el varón santo

a dar a extraña tierra sus despojos.
 Sólo de lejos el promiso encanto
 le era dado atisbar, y sin enojos
 colmaba, en la forzosa despedida,
 de bendiciones a su grey querida. 5

Luego acercarse el arca milagrosa
 veía,alzada de Levita en hombros,
 y de este río la corriente undosa
 ante ella dividirse en dos asombros.
 Mas allá, de la trompa sonora 10
 al eco, ella iba a reducir a escombros
 de la orgullosa Jericó los muros,
 polvo tornando sus peñascos duros.

Más con ningún recuerdo conmoviste,
 oh sagrado Jordán, el pecho mío, 15
 como con el favor que mereciste
 de dar al mismo Dios bautismo pío.
 Desde ese día para el mundo fuiste
 de vida fuente, venturoso río,
 y me juzgo en verdad santificado 20
 del baño que en tus ondas yo me he dado.

¡Cuál ha sido, no obstante, la terrible
 maldición de ese mar, (a) que tu tributo
 corre a nutrir, cuando te fué imposible
 hasta hoy purificar su humor poluto! 25
 Él está ahí, callado, incommovible,
 con la muerte no más por atributo,
 la muerte, que exclusivo imperio funda
 en él y en cuanta playa le circunda!

(a) *El mar muerto.*

No hay viviente en su seno, porque infecta
es la onda suya y por demás amarga,
y una tal pesadumbre la está afecta,
que al más raudo bajel el paso embarga.

5 Ni arrugas en su faz tal vez proyecta
el ventarrón, que en ella se descarga,
y al contemplarse en su bruñido espejo
el sol, jamás le exalta su reflejo!

Su triste influjo difundiendo en torno
10 vuelve fétido el aire e irrespirable:
ninguna ave cruzar por el contorno
ni el animal se ve más miserable.
Un árbol solamente triste adorno
da a su ribera tétrica, inarable,
15 y cubierta de sal, que en leve niebla
al viento se alza y aun el cielo puebla,

Mas no esperéis de ese árbol en el fruto
hallar un refrigerio a vuestro labio.
Sólo os dará ceniza por tributo,
20 objeto apenas de discurso al sabio.
Viene aquí únicamente árabe astuto
a vagar con frecuencia, cruel agravio
al viajador incauto disponiendo,
y a menudo la muerte al robo uniendo.

25 Es este lago, en fin, remedo vivo
del alma del incrédulo. Su fondo
ocupa la maldad, que el fuego activo
fulminó del Señor a lo más hondo.
En su apariencia deslumbrante, altivo,
30 no le mueve del alba el rayo blondo
ni el encanto más dulce de la tarde,
y su insensible faz parece aguarde

Para alzar al Criador, de la natura
 el himno general, que por sí mismo
 él venga a remecerlo. Bien augura
 que en castigo del mal nació su abismo.
 Un eco en el oír se le figura, 5
 triste como la voz del fatalismo
 en que el crimen feroz se reconcentra,
 cuando ni asomo de esperanza encuentra!

Despojo funeral no más descubre
 el que pretende escudriñar su seno: 10
 con pena trae el Jordán su onda salubre
 para verla infestar de su veneno.
 Toda avenida de sus playas cubre,
 terror de todo pensamiento bueno
 que quisiera acercársele, una plaga 15
 de desalmados, que escarmiento amaga!

Sepárese mi vista de un recinto
 tan desconsolador, y ella remonte
 ese mismo Jordán, a do distinto
 otro lago me ofrece otro horizonte. 20
 Salve, *Fenezaret*, tu noble instinto
 aun repetir parece a cada monte
 de tu ribera aquella gran doctrina,
 que hizo en ti resonar la voz divina!

Llena de vida al más ligero viento, 25
 tu onda con entusiasmo se levanta,
 y al través de los siglos el acento
 oye del Salvador, y en él se encanta.
 Tu ardiente regocijo va en aumento.
 ¿Ha creído sentir su excelsa planta 30
 esa ola que risueña se estremece,
 y en suavidad tan dulce se enternece?

Cuánta razón yo encuentro a tu alegría,
bello Jenezaret! Sí, el favorito
fuiste tú de Jesús, que se placía
visitando a menudo tu distrito.

5 De sus milagros a tu faz vertía
la copia en profusión; pueblo infinito
de su enseñanza el más sublime arrullo
bebía entre el compás de tu murmullo.

Huyendo del rumor de las ciudades,
10 y el vano argumentar de los Doctores,
él sabía muy bien que sus verdades
tiempos debían aguardar mejores.
Faros de salvación a las edades
futuras, sus divinos resplandores
15 habrían ofuscado humana mente,
a no serle mostrado lentamente.

Por eso de explicar no se curaba
sus sublimes parábolas! Vertidas
en medio del desierto, le bastaba
20 fuesen de la memoria retenidas.
A esto admirablemente conspiraba
la presencia del mar. ¿Son comprendidas
sus olas elocuentes por ventura?
¿Qué recuerdo, no obstante, más nos dura?

25 Sólo ellas un poder desenvolviendo
inmenso, incalculable, y en sonora
tormenta alzarse al cielo pareciendo,
una idea nos dan del que allí mora.
Con razón, pues, el Cristo, produciendo
30 su celestial doctrina salvadora,
quiso que escena digna aquesta fuese
de ella, que al mundo testimonio diese.

En tanto, esos acentos misteriosos,
 que acaso desdeñó la insuficiencia,
 los hacía aún entonces poderosos
 de estupendos milagros la influencia.
 Y aquellos pescadores humildosos, 5
 que en tinieblas dejaba tanta ciencia,
 viendo a su autor los mares someterse,
 clamaban: *Tú eres Dios!* sin detenerse!

Sirviéndole el prodigio irrecusable
 para toda conciencia de instrumento, 10
 podía en ocasión más adaptable
 a la fe dar apoyo el argumento.
 Y cuánto en esta lógica admirable,
 oh justo Dios, tu providencia sienta!
 Cuánto honran tu poder los fundadores 15
 que propagar debían tus fulgores!

La fe del corazón los animaba,
 y venció todo estorbo su rudeza.
 Tu propia mente por su boca hablaba,
 y se hubo de rendir la sutileza. 20
 Hoy ya, como en su tiempo, toda traba
 el prodigio no vence, y la tibieza
 del cristiano tal vez, en días agros,
 vendrá a poner en duda tus milagros.

Quejas se escucharán y maldiciones, 25
 que, a inspiración de ciego escepticismo,
 lanzarán decayentes cien naciones;
 pero aislado será su parasismo.
 Levantarán más altos tus pendones
 otros mil pueblos a ese tiempo mismo, 30
 mirando solamente ese eco espurio
 de la muerte de aquellas como augurio.

Y el árbol de tu fe más estrechando,
cual la exclusiva salvación del hombre,
con todo el brío juvenil brillando,
proclamarán sin término tu nombre.

- 5 No habrá falso profeta que, anunciando
de ese árbol la ruina, los asombre,
y signos llamarán de nueva aurora
los que el impío cree de final hora.
-

- Morir tu religión, oh Jesucristo!
10 ella con tanto empeño preparada
desde que el mundo aparecer fué visto!
Por claras profecías anunciada,
como el brillo de un sol de atrás previsto,
fué a una nación del cielo destinada
15 a germinar la salvación del mundo,
entre las breñas de un rincón profundo.

- Lució esa aurora al fin, y pareciste
del Padré tuyo a completar la gloria:
la última mano a su ley santa diste
20 y tus palabras consignó la historia.
Oh divino Jesús, nada resiste
al impulso gradual de tu victoria,
que desde diez y seis siglos no cesa
de allanar cada día nueva empresa!

- 25 En las orillas del Jordán se inicia,
y luego a todas partes se derrama
fecundándolo todo: la sevicia
del Paganismo inútilmente brama.
Ella sus torpes ídolos desquicia,
30 de Jove el rayo se escondió a su llama,

y los ríos de sangre que corrieron
por extinguirla, al trono la subieron.

El bárbaro furor tras esto doma,
y hasta hacer que él adopte no descansa,
con el vencido fraternal idioma. 5

Toda injusticia u opresión amansa.
Aun al presente la época ya asoma
en que la esclavitud, que no se cansa
ella de hacer por días menos fuerte,
halle en Europa su completa muerte. 10

En pos su turno le vendrá al destierro
del privilegio injusto; y cuando iguales
acostumbre a creer, sin torpe yerro,
haberlos Dios formado, a los mortales,
aunque aplicar a la raíz su hierro 15
tendrá, del árbol más fecundo en males,
hasta que eterna paz cubra la tierra,
sepulto el genio de la infausta guerra.

Y cuánto ha de quedarla todavía
para llevar, al fin, el genio humano 20
a aquel sublime estado de armonía
que el divino Evangelio muestra en grano!
Allí con perfección que no podía
trazar sino de Dios la excelsa mano,
brilla del hombre el último bosquejo 25
siendo ya de su autor digno reflejo:

Cuando llegue a mirar sólo un amigo,
acreeador a su afecto y bendiciones,
en aquel mismo bárbaro enemigo,
que le colme de afrentas y aflicciones! 30
Por eso, en tanto que de aspecto antiguo

se cubrirán las otras religiones,
y atrás dejadas del común progreso,
les será el sello de su muerte impreso.

Sólo a la de Jesús, por privilegio,
5 harán los años mismos más lozana,
y ante su fin indefinido, egregio,
se creará siempre estar en su mañana.
Sobre la propia eternidad su regio
rumbo dilatará, marcando ufana
10 al hombre, sin cesar, que irá tras ella,
la senda de salud, propicia estrella.

Y si un día llegase a realizarse
en toda latitud su plan futuro,
más allá no pudiendo imaginarse,
15 y convertido el hombre en ángel puro,
de estar próximo el mundo a terminarse,
ese fuera el indicio más seguro,
y a serle otro sistema substituído,
solo en tu cielo, justo Dios, nacido!

20 Jamás concebiré yo la arrogancia
del impío, Señor, que, sin disculpa,
ora porque no otorgas a su instancia
toda terrena bendición, te inculpa,
ora porque de cerca tu substancia
25 divinal no le muestras. ¿Es tu culpa
si su obstinada ceguedad no advierte
te ha visto el mundo cual podía verte?

Honrando hasta no más nuestra natura,
al cubrir tu Deidad bajo su forma,
30 y con tu ejemplo y doctrina pura,

de nuestra suerte dándonos la norma.
 ¡Cuánto prodigio tu verdad no augura,
 y de no haber dejado nos informa
 tú ni apariencia de pretexto al hombre
 para acusar tu venerando nombre!

5

Para mí el testimonio que del Cristo
 me da su libro santo y la creencia
 universal, cual si lo hubiese visto,
 prueba a mi mente su divina esencia.
 Y tanto menos a la voz resisto
 de mi razón, si admiro la excelencia
 de la doctrina que inventó su labio,
 y nunca hubiera ni entrevisto un sabio!

10

¿Quién dice que a la tierra no es posible
 trasladar la perfecta venturanza
 en la época de angustia más terrible?
 Quien sigue a Cristo fiel tal suerte alcanza,
 de mil males el embate horrible
 al que en él ha fundado su pujanza,
 no inspira ni instantáneo desaliento,
 antes doblar parece su contento.

15

20

El no cifra en los bienes engañosos
 del mundo su alegría, y ha aprendido
 a habitar los espacios luminosos,
 de este polvo con tiempo desprendido.
 Si puede sólo hacernos venturosos
 el poseer la verdad, que tan perdido
 busca el humano afán sobre la tierra,
 tu solo foco, oh mi Jesús, la encierra!

25

Su reino de absoluto predominio
 es la parte inmortal. Cuando resuelto

30

estoy, por tanto, en bárbaro dominio
a ir a extender la luz, tu apóstol vuelto,
de tu amorosa Madre el patrocinio
vengo a implorar en su sepulcro esbelto
5 de Jetsemaní: la última visita
que hacer pretendo en la ciudad bendita.

Sí, Virgen, reina del supremo emporio,
el alma en estos sitios dominada,
del divino poder no deceptorio,
10 se cree de todo riesgo resguardada.
No será, yo lo espero, transitorio
el recibido brío, y cimentada
está sobre robusto fundamento
mi religión; ella es convencimiento.

15 No obstante, bien lo sabes, madre mía:
siempre de un precipicio marcha al borde
quien toma a la razón por sola guía,
sin que la fe con ella vaya acorde.
En vano la mayor sabiduría
20 a cubierto se cree de que la asorde
sobre su pedestal influjo extraño.
Fatal mil veces ya le fué ese engaño!

La convicción de nuestra mente es huella
impresa en arenal que el viento azota.
25 El primer huracán se burla de ella,
e imprime en su lugar distinta nota.
La razón que mayor brillo destella,
sobre abismo de dudas siempre flota,
y a la más firme persuasión del sabio
30 la fe del ignorante le hace agravio.

Bien cerca está de aquí la triste altura
que *Monte del escándalo* se nombra.

y donde, a impulsos de pasión impura,
 de Salomón la idolatría asombra.
 ¿Y qué conciencia estar puede segura,
 cuando cubierta ve de tanta sombra
 la mente más ilustre, y tal reato 5
 en el que al cielo ser debió más grato?

La fe es el don mayor que pudo el cielo
 al hombre dispensar. Por ella sola
 verá cubrirse en ruinas, sin recelo,
 el orbe, entre una inmensa batahola. 10
 En vez de que resfríe su alto celo
 la tentación más fuerte, lo acrisola,
 y el imperio más duro de la muerte
 por ella en un paraíso se convierte.

A ti de tanto bien, benigna Madre, 15
 dispensadora sin igual reputo,
 pues que al más puro amor tiene por padre,
 al amor, que en ti encuentra su atributo.
 Pena no habrá que el corazón taladre,
 si tú le fortaleces de ese fruto. 20
 ¿No dijo el mismo Dios que de horizonte
 él haría cambiar los propios montes?

Pues con un talismán tan ensalzado
 por la divinidad, ¿de qué braveza
 podré verme jamás amenazado, 25
 que a allanarla no baste mi firmeza?
 Mi acento por la fe siempre inspirado,
 postrará ante la Cruz toda fiereza,
 y a su divina claridad abiertos
 por mí será mil hórridos desiertos. 30

Un corazón que purifica el llanto,
 es quien esto te pide, oh gran Señora,

en los propios lugares donde tanto
 de, nuestra redención sufriste en la hora.
 Haz, pues, que más fecundo ese quebranto
 sea por mí: que de la excelsa aurora
 5 a que abrió tu Hijo un continente entero,
 yo un rastro deje en él no pasajero!

Adiós, Jerusalén; por más enojo
 que tu genial dureza nos infunda,
 no te osa improperar ningún arrojo
 10 ante el sacro fulgor que te circunda.
 Grande tu crimen fué; pero al sonrojo
 tuyo debemos redención fecunda,
 y objeto de interés, ¡raro contraste!
 eres al mismo Dios que asesinaste!

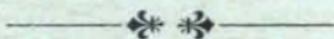
15 Maldecida por él como de un tierno
 padre lo suele ser criminal hijo,
 llorar viste a Jesús cuando el eterno
 rigor del que le enviaba te predijo.
 De la antigua alianza su paterno
 20 amor se acuerda siempre, y con prolijo
 empeño entre tus ruinas aun te guarda,
 y el postrimero golpe te retarda.

Cuando aventado ha sido tanto imperio
 25 que un tiempo le sirvió para penarte,
 no sólo cual testigo del misterio
 de su pasión él muestra conservarte;
 mas aun para romper tu cautiverio
 y a la primer grandeza restaurarte,
 30 parece el aguardar que arrepentida
 tu mancha reconozcas deícida.

Y quién sabe si el día que dejaran
los pechos de tus hijos, siempre yertos,
el lote de aceptar que les legaran
sus obcecados padres, tus desiertos
contornos nueva vida no ostentaran, 5
y desde la distancia descubiertos,
no más tus edificios principales
moradas parecieran sepulcrales!

Una existencia que sin base flota
donde quiera que arrastre sus dolores, 10
tu prole no llevara, siempre nota
para sufrir desprecios y rigores,
ni vendría a buscar tumba remota
solamente al país de sus mayores.
Serías del Señor nueva peana, 15
y aun en poder terrestre Soberana?

Al repetirte adiós la vez postrera,
lloro cual lo hice a tu primera vista.
Y ¿cómo tal tributo no te diera,
cuando de tal consuelo va provista 20
el alma mía, que segura espera
contraste no sufrir que se resista
al mágico poder de tu memoria,
eco armonioso de imborrable gloria?



INDICE

	<u>Página</u>
LEYENDAS NACIONALES.....	1
El Campanario.....	3
Inami o la Laguna de Rancho.....	89
El Bandido.....	217
Huente magu.....	337
TEUDO O MEMORIAS DE UN SOLITARIO.....	463





— ESTADO 63 —